

TOMO



FONDO
José Miguel
Alzola

S U M A R I O

Autobiografías

Manuel Verdugo-F.González Díaz
Heraclio Sánchez-Ildefonso Ma-
ffiotte-Diego Crosa-Juan Fran-
chy-E.Díaz del Corral-Carmela
Eulate-Carlos Cruz-Jacito Te -
rry-Isaac Viera-Francisco Ber-
ges-Santiago Sabina-Juan Pérez
Delgado "Nijota".

- Cabrera Pinto
- González Méndez

Leoncio Rodríguez

Patricio Estévez

José Pérez Vidal

Valeriano Fernández Ferraz

Varios autores

Valentín Sanz

Elías Zerolo

Sabino Berthelot

Dionisio Pérez

El arcediano que tenía la sonrisa
de Voltaire.

Santiago Tejera

Luján Pérez

JOSE MIGUEL ALZOLA

ESCRITORES Y ARTISTAS

AUTOBIOGRAFIAS

Manuel Verdugo.—F. González Díaz.—
Heraclio Sánchez Rodríguez.—Ildefonso
Maffiotte.—Diego Crosa.—Juan Fran-
chy.—E. Díez del Corral.—Carmela
Eulate.—Carlos Cruz.—Jacinto Terry.
—Isaac Viera.—Francisco Borges.—
Santiago Sabina.—Juan Pérez Delgado;
«Nijota». — — — — —

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

-778837-

MANUEL VERDUGO

Sr. D. Leoncio Rodríguez.

Mi querido amigo: Me pide usted mi autobiografía. ¡Eso es pedir peras al olmo! No tengo humor para escribir mi novela que no es más que una historieta inmoral que no interesa a nadie, ¡ni a mí mismo! Allá van esas cuartillas en que aparecen opiniones de un sujeto que bien puede ser mi «alter ego».

Suyo aftmo.,

Manuel VERDUGO

X

A mi consecuente amigo
Verdugo

Yo tenía un amigo.

¿Verdad que el comienzo de este relato parece pura broma?...

Y sin embargo, juro que hablo seriamente.

Yo tenía un amigo...

¿Cómo pudo realizarse este fenómeno? Mi corto entendimiento no acierta a explicárselo. Estamos rodeados de misterios. Sobre todas las cosas evidentes, se cierne la antepenúltima letra del alfabeto como un reto a nuestra manía de análisis: la más peligrosa de todas las manías. (Entre ellas incluyo la de engañarnos a nosotros mismos, hija del noble deseo de engañar a los demás.)

Ello es que yo contaba con un amigo—perdón por mi insistencia; pero: ¡es tan agradable repetir esa palabra, cuyo misterioso significado es la desesperación de todos los filósofos!— Un amigo insoportable a juicio de la mayoría de los que le trataron; por eso, indudablemente, me fué simpático en alto grado. Tenía la fiera independencia de los hombres geniales, y tan poca práctica de la vida, que no sabía reír una necesidad a tiempo, ni llorar un duelo de esos que se despiden con lágrimas de guardarropía y lacayos «a la Federica».

Yo miraba con admiración y recóndita envidia a este ejemplar curiosísimo del «bípedo implume» de Platón; que tenía sentimentalismos de doncella y altiveces de potro indómito. Esta comparación, genuinamente hí-

pica, no sé si será del agrado de los «modernistas»; pero es exacta.

El pasaba por la vida como un sonámbulo; sordo a la greguería de las multitudes, a quienes odiaba sinceramente tal vez porque padecía de oxifresía. Afirmaba, después de un viaje a la Mesopotamia, que el Paraíso terrenal era un mito; que Adán debió ser un «*pithecanthropus erectus*» despreciable, y que le inspiraban una ternura infinita los poetas que pretenden hacernos ver la existencia como un vergel, cuando no es más que un bosque enmarañado, donde abundan los útiles alcornoques y escasean los emblemáticos lirios, efímeros y divinamente inútiles.

Estas ideas extravagantes, que su imprudencia dejó escapar en la pequeña población en que residía, formaron en torno suyo un vacío hostil, donde él se ufanaba como un monarca en la vasta extensión de su palacio.

X

Un día que satirizó, con muchísima gracia, al «Doctor de la Gracia», y aventuró ante un auditorio estulto, sutilezas metafísicas sobre el pecado original, perdió la amistad

de un grave funcionario, tan intransigente en materias teológicas, que hubiera tostado piadosamente a mi amigo, si en estos tiempos humearan aún las hogueras de nuestro Señor Rey Carlos II.

La mayoría de los hombres procuran acumular ajenas simpatías haciendo—; naturalmente!—transacciones ridículas con su conciencia; mi extraño amigo me confesó, que no gustaba de coleccionar amistades, como algunos bibliómanos reúnen libros, solo por el placer de amontonarlos en una estantería, y sentir, de tarde en tarde, en la punta de los dedos, la satinada caricia del papel «couché» al hojear una obra editada con lujo al gusto moderno, o para admirar trivialmente la paciencia de un anónimo benedictino en las letras mayúsculas de algún manuscrito medioeval. Amistades «a flor de piel...» ¿Para qué?... Un libro: ¿no es un amigo?... En general, el número de volúmenes está en razón inversa de la bondad de una biblioteca. Pocos libros; pero escogidos. La encuadernación es indiferente... «Libros—decía—que pueda leer y releer sin que me produzcan fatiga, antes al contrario, descubra en ellos nuevos motivos de emoción o de enseñanza: libros cuyo sentido y profundidad

me sea grato analizar: unos, claros, diáfanos como la amistad de un niño, otros complicados, algo confusos, como el espíritu complejo y sutil de una cortesana elegante que haya cumplido los treinta años...»

«Amo—añadía—la variedad sobre todas las cosas, y quiero también encontrarla en mi pequeña «biblioteca»... Para ciertas almas inquietas que se embriagan con la dinámica de las pasiones, en la variedad, en la oposición de sentimientos está el orden, la armonía, la resultante de un sistema complicado de fuerzas, que produce el equilibrio. Y en la vida, lo mismo en mis afecciones que en mis libros, siento un raro placer leyendo «El Pentateuco» después de saborear una novela de Zola, y absorbo con delicia el veneno de Baudelaire o de Jean Lorrain, para leer más tarde un capítulo del «Kempis», soñando con una divina madona de Carlos Dolce, que oí sonreír una tarde en la soledad de un Museo de Turin...

×

Sobre Estética mi amigo tenía opiniones que eran los corolarios de una larga educación a que él mismo se había some-

tido y que hubiera querido sintetizar con la claridad de un teorema geométrico.

Un día, en cierto café, tan concurrido como poco alumbrado, y donde todo el mundo discutía—sin duda esperando que de la discusión «saliera la luz»—hablaba de Arte en nuestro corro un señor de esos que se creen elocuentes por ser locuaces y creen saberlo todo porque todo lo ignoran. Al exponer mi amigo sus ideas, el gárrulo defensor de una Estética «Al alcance de todos»—era suscriptor del «Portfolio del desnudo»—no pudo menos de mirarle con inmensa compasión...

—¿De modo que usted cree que puede existir algo más bello que la Venus de Milo o la Venus de Médicis, o la Venus Calipigia, o la Venus de... ?

—Sí, señor: el Hermes de Praxiteles.

Un violento acceso de tos enrojeció el rostro del ventrudo admirador de Afrodita; el cual se levantó majestuosamente de su asiento—no sin antes recoger un libro que se había dejado en el diván: tomo número 100 de las obras de Paul de Kock—y ausentóse de la tertulia saludando a mi amigo con una de esas sonrisas cuyo sentido más vale no desentrañar.

¿Hubiera sonreído del mismo modo en

Olimpiā, si hubiera visto a Fidiā grabar en un dedo del Júpiter colosal —su obra magna— esta breve inscripción: «Pantarcés es bello», para eternizar la memoria y la belleza de alguién que le era muy caro? ¿Hubiera sonreído el hocico de puerco espín ante los habitantes de Egesca cuando tributaron honores divinos a Filipo de Crotona «a causa de su belleza»?... Tal vez nuestro sutilísimo crítico, si se hubiese hallado en Aega (Achaia) y conocido a los jóvenes sacerdotes de Zeus, al enterarse de las perfecciones físicas que tenían que reunir para ser elevados a tan codiciada dignidad, hubiera sufrido otro violento acceso de tos. Y en Elis, presenciando una de aquellas fiestas celebradas periódicamente para glorificación de la belleza, en las que un «Gagnímèdes» palpitante—elegido por sufragio—era paseado triunfalmente por la ciudad como hermosa estatua animada, bajo una lluvia de flores, vítores y aclamaciones; presenciando esta «ridícula» apoteosis, el sensato suscriptor del «Portfolio del Desnudo» no hubiera sonreído, porque en su indignación, de fijo hubiera mirado a todos los griegos—genios insuperables del arte plástico—como a unos seres anfigamos dignos del más aplastante desprecio...»

Afortunadamente para los hijos del país amado por los dioses, en aquellas remotas edades el ventrudo señor aún no había hecho su aparición como vertebrado inteligente, y hogaño tiene ideas muy vagas respecto a la situación geográfica del Atica, del Peloponeso y de Sicilia. Olimpia, «le suena»... Si no recuerda mal está en París, «Boulevard Capucines»... no lejos del «Café de la Paix»... Se entra también por la «Rue Caumartin»...



—Mi amigo fué a la pequeña ciudad donde le conocí, en busca de tranquilidad. Conservo de él una carta, de la que transcribo un fragmento interesante, porque refleja fielmente su fisonomía moral:

«De vez en cuando necesito los grandes beneficios de la soledad y de las montañas para calmar mis horribles ansias de vida y mis exaltaciones de tempestad; pero ya empieza a cansarme este aislamiento en que voluntariamente me he refugiado. El bastarse a sí mismo dicen que es prueba de superioridad intelectual; mas la soledad, como todos los remedios peligrosos, no debè emplearse a grandes dosis. Creo que el espíritu en perpetuo

monólogo, llega a caer en aquella abominable filosofía eleática que negaba el mundo externo y borraba la Naturaleza. ¡Y es tan hermoso el mundo de la forma, tangible, plástica, tanto más adorable cuanto que es efímera, como las rosas, la infancia y todo lo que es bello, y en su mismo carácter transitorio lleva el germen de su eterna renovación!... Para ser feliz—con las restricciones inherentes a este vocablo elástico—encerrado en mi «mundo interno», necesitaría seguir la áspera pendiente que conduce al perfeccionamiento moral de los grandes místicos; y para escalar esa cumbre donde se columbran los resplandores eternos, es necesario pisotear la materia, macerar la carne, olvidarse de la forma humana... ¡«La forma humana», que adoro con el fervido entusiasmo de un artista pagano!... ¡Esa forma, de gloriosa belleza, que irradia el calor y la sana alegría de Grecia! Por eso estoy persuadido de que jamás podré ser feliz; porque la armonía entre el espíritu y la materia solo supo sostenerlo aquella raza ungida que llevó la vida al más alto grado de exaltación; y pensando y sintiendo como los helenos, veinte siglos más tarde, me encuentro extraño en un ambiente social que me asfixia.

La figura de Julianó el Apóstata no acaba

de sermón simpática, pues creo que sus ideales de resurrección pagana eran más de político que de artista. El hombre moderno, para mí verdaderamente genial en su utopía es Ricardo Wagner, aquel sublime «loco» que soñó con una religión en que se rindiera culto a Cristo y a Apolo. ¡Qué dos símbolos!... Pero ese ideal solo podría mantenerse en un corto número de espíritus, que supieran penetrar en su «verdadero significado»: Artistas de inteligencia muy cultivada, cuyos ojos supieran extasiarse ante los dos horizontes bañados de luz... ¡Qué hermoso y absurdo sueño ver a Apolo en su olímpica desnudez doblando la rodilla, inclinando su noble frente coronada de laurel, despertando las divinas armonías de su lira ante la Cruz sagrada, donde pende la dulce imagen de Jesús, que extiende los brazos como para abrazarle, y a él convierte los ojos envolviéndole en una mirada de perdón!...

X

Mis ideas religiosas han seguido un curso muy extraño: De la pura y candorosa fe de mi adolescencia, pasé bruscamente—fenómeno nada raro en esa edad crítica—a un

materialismo estúpido, fruto de lecturas abstrusas mal digeridas. Después, como un término medio conciliador para mi pobre espíritu indeciso, me refugié en una idea caótica de panteísmo; me bañé en ese pristino albor de las religiones orientales. Más tarde la figura de Jesús me atraía como una estrella rutilante en medio de las lobregueces de mi noche intelectual; y hacia ella dirigí mis pasos vacilantes. El Jesús legislador de almas me parecía una grandeza abrumadora; pero... (¡Oh, Luciano!, ¡Oh, Juliano!, ¡Oh, Porfirio!...) ante aquello de «Jesús, hijo de Dios Eterno» y «Jesús, hijo eterno de Dios», Calvino me hubiera socarrado en una fogata como la que achicharró a nuestro paisano Miguel Servet. Después... Después, hartado de hacer carambolas teológicas con el pensamiento, guardé la simbólica serpiente que se muerde la cola, en una caja de mazapán, y me tendí a la sombra de Sócrates, que parecía sonreírme con sus labios tímidos, sin aceptar la ofrenda de mi corazón... Y así musité las palabras que dirigía a sus discípulos el gran amigo de Alcibiades: «El que de vosotros, al mirarse en un espejo se encuentre hermoso, cuide de no deformar esa belleza con la deformidad de sus vicios; y aquel que se vea

feo, procure borrar la fealdad de su rostro con el brillo de sus virtudes.»

×

He ahí el fragmento de la carta que aún conservo cuidadosamente. No es de extrañar que el que sustentaba tan peregrinas ideas marchara por el camino que le trazaran los Hados con la majestad de un camello en el desierto... El mismo día en que nuestro pequeño filósofo (perdone «Azorín») osara tan imprudentemente examinar la solidez de una de las «columnas de la Iglesia» ante un digno funcionario e intransigente teólogo, éste,— hombre imbuído en todas las teorías del santo enemigo de Pelagio, menos en las que se refieren a la humildad—no devolvió el cortés saludo que en el paseo le hiciera mi amigo, el cual deteniéndose murmuró filosóficamente: «¡Uno menos!...» Acabo de perder un volumen curioso de «mi biblioteca»: «Las delicias de la Piedad», encuadernado en pergamino. Edición de 1801. Con licencia eclesiástica. Y luego, abriendo los brazos, exclamó como el Cid:

«¡Se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo!...»

Y este era el sujeto por quien yo sentía un poco de admiración y secreta envidia, y cuya amistad yo cultivaba como una flor preciosa, temeroso siempre de que alguna vez aquel hombre original me clasificara entre los tomos de su biblioteca «abandonados a la polilla...»

Pero... Ya lo ha dicho Paul Hervieu: «La amistad, la cordialidad, son sentimientos efímeros: son como esos vagos enternecimientos que nos asaltan después de una buena comida, durante una digestión agradable.»

Mi amigo, tan fecundo en seductoras paradojas, que a veces le ponían en contradicción consigo mismo, abundaba siempre en mis opiniones, con cierta condescendencia, que a mi se me antojó irónica... Y cierto día, no pude por menos de rebelarme —¿Quién no se ha rebelado alguna vez en la vida, ¡oh, lírico Luzbel!?!— Me rebelé, porque aquella interrumpida conformidad con mis ideas me irritaba mucho más que una continua contradicción.

Además: meditando sobre las cosas y las causas, descubrí este apotegma secular, que creía enteramente nuevo: No puede existir

armonía entre dos personas que viven siempre de acuerdo...

Este prodigioso descubrimiento lo hice después de leer la conmovedora historia de Artemisa y Mausoleo...

He aquí por qué eché en cara a mi amigo su insoportable condescendencia, su amable y humillante asentimiento que, a mis ojos, era la expresión más cumplida de una falsa amistad.

El sonrió... —¡maldita sonrisa! ¿Por qué será el hombre el único animal que sonríe?— Sonrió y me dijo: —¿Quieres que sea sincero, que siempre te diga la verdad desnuda, la verdad de lo que pienso?... ¡Pobre amigo! La sinceridad, lejos de ser el bello coronamiento del edificio de la amistad, es el terremoto que lo destruye... La verdad absoluta no se hallaba en ninguna parte: en vano se esfuerzan los filósofos por descubrirla desde hace treinta siglos; no la busques, pues, en la amistad... Conténtate con apariencias, y dí con nuestro excéptico poeta:

«Con tal que yo lo crea,

¿Qué importa que lo cierto no lo sea?»

Y luego, distraídamente, añadió:

—¿Hoy es?...

—28 de Diciembre, lunes...

—Pues a fin de semana, lo más tarde, tendré un amigo de menos... ¡otro libro interesante de mi biblioteca!...

Se equivocó. No hubo que esperar al sábado. Fué el martes —¡al día siguiente!— cuando sentado frente a mí en el «Restaurant» donde solíamos almorzar, me dijo tranquilamente que yo no podía comer entre personas bien educadas, porque me llevaba a la boca, con el cuchillo, los trozos de la tortilla «a la francesa», y, además, sorbía la sopa caliente haciendo el desagradable ruido de un cachalote...

Y no volví a dirigirle la palabra...

¡Oh, las amistades!... ¡Oh, las tortillas!...

GONZALEZ DIAZ

Mi autobiografía, si la escribiera íntegra, total, sin reservas ni atenuaciones, sería dolorosa de escribir y penosa de leer. Mi «yo» sólo a mi propio interesa. ¿Quién puede tener interés en averiguar lo que ha sido y es mi vida, lo que hoy pasa en mi espíritu, donde siempre reina una devastación horrible?

Yo considero esta clase de trabajos como una especie de anatomía psicológica; hay que mostrarse en ellos «al desnudo», y el desnudo moral espanta cuando los dolores y los desengaños no se cubren con ningún velo de mentiras o de ilusión. Este estado de ánimo en que yo me miro, formidablemente pesimista, no puede ser simpático a la juventud, que ha menester afirmaciones enérgicas y entusiastas para fortificar con la fe de los demás su propia fe.

Yo tengo ahora derecho a «reservarme», pues me he derrochado en confidencias íntimas. Hace mucho tiempo que mi obra de es-

critor viene siendo una queja y una protesta «contra todo». Una vez llegué a decir: «he quemado los ídolos que adoré, y me voy a la deriva, como barco sin rumbo, por la existencia abajo...»

×

He quemado los ídolos que adoré. Me he retirado a llorar y meditar sobre «mis ruinas». Si no temiera aparecer cursi y pedante, diría que pertenezco al número de los hombres que no han sido ni serán comprendidos. Soy el último mono de la aldea. Mis pequeños defectos se me han echado en cara como delitos, y jamás se han reconocido mis buenas cualidades. Mientras trabajaba en mi perfeccionamiento espiritual, logrando hacerme cada día más sencillo y más bueno, las turbas complacíanse en apuñalarme; he sentido mi carne en boca de lobos, y hoy... no sé lo que soy; sólo sé que la canalla arrastra «mi cadáver».

×

Después de haber leído cuanto me cayó en las manos, hoy, en un momento de crisis hon-

¿ísima, de las manos se me caen los libros. Los libros me han envenenado. Aplicando el oído a lo que leo, siento solamente los gemidos y los sollozos del alma humana, del alma moderna. Estoy fatigado, estoy enfermo, y no digo que vivo, sino que peno.

Confío en que esta «debacle» pasará; pero, mientras dura, me desconcierta y me lastima mirar dentro de mí mismo. No leo más que obras de confortación y de consolación: la Biblia, el Kempis, Pascal (cuyas dudas y batallas se resolvieron en una creencia delirante, como yo quisiera que se resolviesen las mías), y un librito de rezos ingenuos que me ha prestado mi madre.

×

Mis defectos principales son—¿se me permitirá decirlo?—la timidez y la bondad. Por tímido, no he llegado a ninguna parte; por bondadoso, me han juzgado débil y me han proscrito. La bondad estorba, la timidez igualmente, y aun creo que la honradez demasiado meticulosa.

Mi mayor desgracia quizás consiste en que soy un «pesimista tierno», categoría en que Paul Bourget clasificaba al sombrío y blando

Tourguenef. Si yo hubiera podido convertir en odio, es decir en fuerza, todo el desprecio y asco que la ruindad de los hombres y la vida me inspiran, no sería tan desdichado como soy; pero, en vez de eso, aspiro a hacer buenos a los malos, y no sé odiar. Mi corazón, como el de Antígona, no ha sido formado para aborrecer.

×

Soy cristiano, profundamente cristiano. Cierta día, en medio de una tormenta de dolor, un relámpago iluminó mi alma, y me abracé llorando a la cruz de Cristo...

No seguiré por esta senda de confesiones que me arrancarían en mi soledad gritos de desesperación...

×

Grandes tribulaciones y amarguras me enseñaron temprano a llorar, y mis ojos siempre están húmedos... Llora por mí, llora por todos, llora por cualquier cosa que me conmueva. Y no hay cosa alguna que dejé

de conmovermé. No falta nunca una cruel mano escondida que sacuda «mis cuerdas».

En lugar de morderla, yo beso esa mano.

X

Cuando en mis horas de examen interior, me examino, compruebo que no hay en la vida mía una sola acción baja o mala. He cumplido rigurosamente con mis deberes, he querido honrar con mi pobre pluma el pensamiento, hacer del pensamiento un agente eficaz del bien. Antes que clavar mi aguijón en la piel ajena, me lo clavé en mi costado dolorido. He hecho girones mi manto, y he repartido sus pedazos entre mis amigos y entre mis enemigos. Procurando imitar a Cristo, mi maestro, héme dado en alimento, en convite, a mis prójimos.

Si esto es cierto, ¿qué me importa lo demás?

X

Odio la vulgaridad sobre todas las cosas. Por no ser vulgar ni adocenado, sería capaz de cualquier extravagancia... lícita. Por no

serlo, voy contra la corriente, en sentido contrario al rumbo que lleva la multitud.

En este particular delicado, en este punto débil, llego hasta el delirio. Admiro mucho a César Borgia, como lo admiraba Maquiavelo, y a Nerón, «esa figura culminante del mundo antiguo», como lo admiraban Renán y Flaubert; los admiro por las mismas razones que ellos los admiraban.

No asustarse. Mi admiración es exclusivamente artística.

×

Aprecio a los hombres desordenados, pero buenos, que el mundo condena; y desprecio a los sepulcros blanqueados, a los fariseos, a los lobos con piel de cordero que aprecia el mundo.

Divido los pueblos, como los hombres, en civilizados, a medio civilizar y completamente bárbaros. Si no me es dable vivir entre los civilizados, prefiero vivir entre los bárbaros del todo.

×

Detesto la seriedad asnal de los que callan,

se repliegan y se enfurruñan para hacerse valer delante de la juventud que grita, canta y alborota.

Siempre estaré en medio de los jóvenes loqueando un poco, para que sus cantos, sus risas y sus gritos me aturdan, y «no sentir el horror de la vida».

Es más. Siempre seré joven, porque, aparte mis desencantos, que traen larga fecha, no tendré nunca ninguno de los defectos de los viejos: ni el egoísmo, ni el espíritu de cálculo, ni la acritud, ni la soberbia.

¿Qué más? Nada más.

No he escrito una autobiografía. Mi autobiografía se encuentra entre «mis papeles». En aquellas páginas está mi alma como una mariposa atravesada por un alfiler.

HERACLIO SANCHEZ

En el palacio de los Faraones, sobre las aguas del Mar Rojo y a través del Desierto, Moisés demostró, con sus prodigios, que Dios le había hecho depositario de su omnipotencia, el día en que, apacentando sus rebaños, la voz del Eterno resonó en aquellas soledades, mandándole ir a Egipto y libertar a su pueblo. Vocaciones tales son contadísimas en la Historia. Recuérdese a San Pablo, camino de Damasco; a los Apóstoles en el mar de Galilea, y alguno que otro directamente llamado por Dios, y el resto de las vocaciones para el Arte, la Ciencia o un estado social, se reduce a un conjunto de aptitudes y suma de circunstancias (lugar, tiempo, educación, condiciones económicas, etc.) que empujan al hombre hacia su último destino, por determinados senderos de la vida.

A veces, la aptitud natural permanece para siempre desconocida, aún al mismo que la posee; otras se siente el aletazo interior, pe-

rô en vano el espíritu se fatiga y forcejea contra los obstáculos exteriores que le aprisionan; con frecuencia una lectura casual, una palabra, un hecho imprevisto, una circunstancia fortuita, son el relámpago que viene a mostrarnos el camino, haciéndonos cambiar de vida y llenando el alma de inesperadas e intensas emociones: ejemplo, Mallebranche, que en edad avanzada lee por vez primera un libro de Filosofía, y la sacudida interior es tan intensa, que le hace exclamar, mientras lloraba de gozo: «¡Yo sabía todo esto!»

José Enrique Rodó, en su libro «Motivos de Proteo», cita multitud de casos en que, grandes artistas y eminentes sabios descubrieron su vocación al contacto de una realidad insospechada. La vanidad y el egoísmo forjan también vocaciones falsas, de donde nacen tantas existencias estériles y desgraciadas, tantos pseudoliteratos que parodian el Arte como las niñas parodian la vida con sus muñecas...

Exceptuando, pues, lo violento y lo extraordinario, puede asegurarse que la vocación es un cúmulo de aptitudes que se inician y manifiestan cuando las circunstancias forman

un ambiente propicio a su desarrollo y florecimiento.

Conforme a lo que llevo dicho, no fuí yo, sino mi padre, quien inició mi vocación eclesiástica, enviándome al Seminario, sin que en aquella edad supiera yo absolutamente nada de lo que es el sacerdocio.

Después aprendí a pensar y medité en mi pasado y mi porvenir, dentro y fuera del tiempo; sacudí los prejuicios, reflexioné muchos días y muchos años; consulté, al fin, con hombres de toda mi confianza, y me decidí. Ya sacerdote, tuve ocasión de conocer más de cerca el mundo y los hombres; he cotéjado miles de veces las doctrinas de Cristo con las de sus enemigos; he palpado muchas miserias y... ¡hoy volvería a ordenarme con más decisión y entusiasmo que entonces!

Mi primer discurso

Tenía yo catorce años, y en mi pueblo se inauguraba una plaza, izando la bandera española. Escribí unas cuartillas, que corrigió mi padre, y las declamé como Dios quisó,

desde el «kiosco de la música», convertido en tribuna.

Aquel fué mi primer discurso, sin duda malísimo, pero que me valió un regalo de dos pesetas, para mí, entonces, un capital considerable.

Cómo los hago

Aunque alguna vez me han obligado a hablar sin preparación, de ordinario medito el asunto más o menos, según el tiempo de que dispongo, la importancia del tema, mis conocimientos anteriores y la cultura del auditorio.

En cuanto a la forma, suelo confiarla a la inspiración del momento, para que el discurso sea más espontáneo y lleve el sello del propio carácter; cosa indispensable, a mi juicio, si la oratoria no ha de ser un mecanismo de gramófono, sino algo vivo y original.

Respecto a lo que hubiera querido ser, todavía no lo he pensado.

Lo que más me gustaría, por ahora, es

quē, cuando predico, no hubiese entre los que me escuchan, tanto sordo...

Qué opino de la Literatura

Pienso muchas cosas, pero me limitaré a consignar que el principio «el arte por el arte», o sea la manifestación de lo bello, independiente de toda moral, es un extravío en los seres que, como el hombre, han de tener el bien como suprema norma de sus acciones. Con gusto suscribo las siguientes palabras de Hello: «¡Levantad la voz, vosotros, los que juzgáis: en presencia del Arte envilecido, levantad la voz que condena! ¿Para qué sirve el arma que tenéis, si miráis con sangre fría el universal rebajamiento; si soportáis a hombres que se llaman artistas, y que temen que esta tierra no esté suficientemente llena de lo do? Quieren aumentar las vergüenzas de la vida real con las vergüenzas de la vida imaginaria a que nos conducen.»

¡Despertad, por lo tanto, en el público la chispa amenazadora, la inquietud por lo bello! Críticos, levantad la voz y decid a esos

hombres: Vosotros, artistas; vosotros, hombres investidos de una dignidad y una potencia tales, que vuestro pensamiento llega a ser el pan que alimenta a los demás hombres, la sangre que circula por sus venas; vosotros, guardianes de la pureza de la lengua, vosotros habéis mancillado la lengua, habéis ofrecido en espectáculo vuestros vicios a vuestros contemporáneos, para especular enseguida con su degradación, que es obra vuestra. Vosotros, los que lleváis el nombre de artistas y que vendéis tan cara la desvergüenza a los hombres, comprended vuestra dignidad perdida, para medir, si es posible, la profundidad de vuestra degradación.

Mis aficiones

La música ocupó siempre un sitio de preferencia entre mis aficiones, y hasta llegué a defender, siendo alumno de Estética, la supremacía de aquélla sobre las demás bellas artes. Después cambié de opinión en favor de la Poesía, pero conservando siempre por la música una predilección incomparable.

Admiro más a los grandes compositores que a los grandes poetas, tal vez porque, creyéndome capaz de hacer una estrofa más o menos correcta, para la composición musical soy completamente inútil, no obstante haber estudiado tres cursos de Armonía y Composición.

Y es que la inspiración poética tiene mucho de armadura intelectual, fabricada con elementos de ideas que durante la vida van almacenando en la memoria la observación y el estudio, hasta el extremo de que los sentimientos mismos han de cristalizar primero en ideas para entrar en el campo de la reina de las artes.

En la música, por el contrario, el sentimiento lo es todo, y la idea se eclipsa, o se convierte en esclava, cuya misión es disponer el espíritu y excitarlo para que produzca esas maravillas arrancadas al sentimiento, como si fuesen una verdadera creación de la nada.

Mis lecturas .

• Mis lecturas predilectas son las obras que a la belleza literaria unen la riqueza del pen-

samiento. Por eso me entusiasma la Sociología, ciencia hoy la más interesante, y la más excelsa, ya que abarca todas las ramas del saber humano como poderosos auxiliares, y, algunas, como bases insustituibles.

En cambio, odio la novela (exceptuando algunas obras geniales), por considerarla inútil para el entendimiento, y casi siempre altamente perjudicial. Caldea la imaginación, excita las concupiscencias, forja utopías, deslumbra con el colorido, envuelve en rayos de luz la mentira, y termina casi siempre por hacernos ver las cosas distintas a cómo son en realidad.

Para la juventud, sobre todo, es la novela, y más la de nuestros días, un veneno mortal, causa de desequilibrios nerviosos, de locas ilusiones, de insoportables pedanterías, y, a veces, de horribles tragedias. En el orden social, es inmenso el daño que ha producido esta clase de lecturas, pues más que la cátedra, el mitin, el periódico y el folleto, es la novela el cauce por donde hace dos siglos corren esas aguas mortíferas que tienen sus fuentes en el grosero materialismo y el hinchado racionalismo filosófico. La revolución ha contado con ese arma terrible, y en verdad que ha sabido esgrimirla. Su influencia en

las costumbres no puede ser más p̄rniciosa, si pensamos que descorre todos los velos, y estimula todas las pasiones... Me admiro de que haya madres que no se preocupen de las novelas que lean sus hijos.

Añádase que su lectura enerva y deprime, ya que el que a ellas se consagra, no soporta después estudios serios, aún a costa de sus pensos y palizas.

Esta plaga se aumenta hoy con el mercantilismo de los que escriben, no para hacer arte, sino para hacer dinero, y como se compra más, lo que más agrada, todos los apetitos bajos concurren a esa feria y arrebatan a los autores el fango que les pregonan para embrutecerlos.

Algo parecido podría decirse del teatro; pero ya basta.

●

ILDEFONSO MAFFIOTTE

Por qué soy escritor

Cuando mi madre—aquella santa madre mía, inteligente, comprensiva y buena—agotó todos los procedimientos imaginables, desde el castigo hasta el encierro, para que yo no apareciera en casa lleno de mataduras en las piernas y de heridas en la cabeza, se le ocurrió un último recurso al que debo mi ventura y mi tortura. Me leía. Me leía «El poema del Cid», «El estudiante de Salamanca», las novelas románticas y generosas de Walter Scott, las obras firmes y recias del Duque de Rivas; las blandas y amables y un poco infantiles también de García Gutiérrez. Y yo oía, acostado, y lloraba.

Sin querer, mi madre, entonces, me legó esta vida. Debo bendecirla y decir: «A tí te

debo el nombrē, si lo tengo, y el dolor, que sí lo tengo, y que es lacerante y perenne. A tí, madre, te debo la vida.»

Mi primera obra

Emilio López, el actual contador del Cabildo, debe guardar—si es que tiene el raro vicio de guardar papeles—mi primera comedia. La escribí; es decir, la dicté—yo no sabía ni podía escribir entonces—a los ocho años.

Recuerdo que se representó la «obra», y tuvimos un éxito Isaac Cabrera Cruz, un muchacho sin pretensiones a pesar de todo, y yo. Claro que nadie más que nosotros mismos fuimos los intérpretes y los espectadores.

Algo de Teatro

No «opino» bien del teatro español contemporáneo. Creo que Linares Rivas causa tanto o más daño al teatro que el que le hizo—con

todo y ser mucho—don Jacinto Benavente en lo que se llamó su primera época.

El drama de interior burgués, equilibrado, bien trazado, bien visto; con su correspondiente contrafigura del autor que todo lo resuelve y todo lo define, ha sacrificado la sinceridad y la personalidad artística.

«Escribir en necio para darle gusto», eso que preconizó aquel lamentable fabricante de comedias que se llamó Lope de Vega, es lo terrible.

Únicamente Jacinto Grau—y estoy seguro de que se reirán ustedes de mí—ha tenido el valor de aparecer nuevo y fuerte, desdeñando el aplauso de los más por el elogio de los menos.

Lo que interesa es ser así siempre, siempre, hasta que el público se prepare, se eduque y comprenda.

No importa que la anhelada recompensa no nos llegue en vida. Hay que acostumbrarse a ser un poco universales, y decir: «Ya llegará, si es que la merecemos.»

Los autores que prefiero

Mis autores predilectos—no los que admiro, que son infinitos; ni los que respeto, que son

infinitos también; sino los que amō— son Enrique Heine, Lord Byron y Alfredo de Musset.

Para estos hombres singulares y trágicamente cómicos, se imaginó esta frase, esta maravillosa frase que es —Gómez Carrillo me asista—una de las pocas verdades verdaderas de que dispone la filosofía literaria: «la ironía es una tristeza que, no pudiendo llorar, sonríe».

Reirse de todo es triste, pero es bello; sobre todo cuando la belleza es nuestra religión y nuestra condenación al mismo tiempo.

Algo de mis obras

De mis obras, la única que me parece algo serio, substancial y fuerte, es «Perdida».

Claro es que, tratándose de obra hecha a base de novedad y de fortaleza—las dos cualidades que el público no tolera si la firma no trasciende a humedad del Norte—, se corre un peligro grave. Pero, hay que correrlo; con un poco de desprendimiento, de altruismo, de sacrificio si se quiere, en bien de la sinceridad artística.

Porque, sería imperdonable, si tenemos la suerte — aunque sea una vez tan siquiera— de imaginar algo nuevo y fuerte, empequeñecerlo y adocenarlo, por «darle gusto a quien lo paga».

Además de que «eso» no se paga ni con todo el oro del mundo. —

La mayor emoción

Emoción la noche del estreno, acaso no la sienta. Se está como galvanizado, como petrificado. La verdadera emoción, la única emoción se experimenta en el momento de hacer, de concebir, de crear, cuando se tiene la fortuna de poder emplear esos conceptos con una verdadera justicia.

Hubo, sí, una gran emoción, inolvidable para mí. Fué cuando se estrenó «Arrorró». La ovación final fué tan unánime, tan clamorosa, tan inesperada, que yo quedé como aturdido, como ebrio—y juro a Dios que entonces no lo estaba. Me dejaron solo en escena aquellos simpáticos cómicos que acaudillaba Luis de Llano, y yo tropezaba con algo que no acertaba a ver, que no ví hasta que no

tuve ocasión de mirar fija e inquisitivamente cuando se corrió la cortina. Era el cuchillo canario con que Julián, el «mago» celoso, asesta la puñalada a Carmen, la inocente, la esposa y madre buena.

Un momento me pareció tener a mis pies, entonces, todo el rencor y la «incomprensión premeditada» de mis amigos queridísimos, vencidos por un esfuerzo noble.

Y después de aquella gran ovación, de aquella satisfacción enorme e inmerecida—esta es la verdad—«vine» a hacer los telegramas de «La Prensa».

Lo malo fué que olvidé el cuchillo, el trágico cuchillo canario, del cual se apoderaron mis ya dichos amigos y con el que no han cesado de sacarme tiras de la piel desde entonces.

De mi diario sentimental .

Un recuerdo intenso y una lección admirable de la vida, me los proporcionó el miedo infantil a los fantasmas y a la muerte.

Había en la vieja casa de mis abuelos un gabinete sombrío y misterioso, lleno de animales disecados, en cuya contemplación nos extasiábamos los chiquillos, cuando lograba-

mos apoderarnos de la llave y entrar allí furtivamente.

Un día la hube de conseguir yo solo, y, resueltamente irrumpí en el austero gabinete, mientras mis primas Carmen, Consuelo y Josefa Rosa, tan rubias y tan bellas, jugaban en el patio.

Oía yo sus voces y sus risas, al tiempo que avanzaba hacia el fondo de aquella ficción, de aquella representación de la vida en una quietud mortal. Y, ¡horrible impresión, miedo insuperable!, me encontré de buenas a primeras, de malas a primeras, con un enorme—me parecía enorme—esqueleto que presidía el cuadro.

Me caí de espanto, a la vez que mis primas, las rubias y bellas y bienamadas Carmen, Consuelo y Josefa Rosa, subían e invadían el gabinete, y trenzaban una danza infantil, cogidas de la mano y cantando, alrededor de aquel emblema trágico de la muerte, que ellas llamaban «el muñeco».

Usted, lector, que es un hombre inteligente y artista, podrá imaginar lo que, pasado el tiempo, me haría pensar aquel símbolo maravilloso de la vida, rubia y bella, trenzando una danza alrededor de la muerte en esqueleto.

DIEGO ROSA

A este mundo vine
porque me trajeron,
si me lo consultan
por allá me quedo:
fui otro Segismundo
de "La vida es sueño"
que un grave delito
cometí naciendo.

¡Yá de sobra he purgado mi crimèn!
¿Cuándo seré absuelto?...

Al venir a este valle de penas
una tunda de azotes me dieron
porque no lloraba
y era mi silencio
síntoma de asfixia

—o quizá mutismo de remordimien-
[to—

¡Cuántos pescozones
me propinó el médico!

¿Es preciso venir a este mundo
llorando y gimiendo?...

Vocaciones sentí desde niño
por todo lo bello
y a mi ama de cría

¡dediqué los pellizcos primeros!

¡Era muy hermosa
la que me dió el pecho!
Estudiar no quise,
me aburría el Colegio
el latín y los números siempre
mi suplicio fueron.
¿Para qué tantas sumas y restas
sin tener un céntimo?
¡A pintar!, me dije
y cambié por el arte mis juegos
bellezas copiando
del jardín isleño,
sin que nadie mis pasos guiara,
¡sin que nadie me diera un consejo!
Todos me decían:
“Eres un talento,
es preciso que vayas a Roma
a estudiar con los grandes maes-
[tros...”

y los poderosos
nunca me atendieron,
ni los diputados
ni el Ayuntamiento.
¡no se usaba entonces
pensionar, como ahora, a los genios!
Sin alas no pude
levantar el vuelo,
y como ave triste
en mi jaula quedé prisionero.
¿Cómo entonces pintar si en mi tie-
[rra
no encontraba medios?
Pinto, ¡de milagro!
La verdad confieso,

No hace mucho rompí los grilletes,
pero pronto a mi cárcel he vuelto:
¡Oh, la Corte! ¡La Corte de España!

¡Qué hermosos museos!

¡Velázquez y Goya,
Murillo y el Greco!

¡Oh, Madrid de simpático ambiente,
con qué dulce placer te recuerdo!...

Hoy pinto acuarelas
que por suerte vendo
a los rubios ingleses que buscan
en la Tenerife de mis gratos sueños,
salud campesina
durante el invierno,
bosques perfumados
y jardines quietos.

Para la captura de mis compradores
me valgo de un medio;

Voy al "Humbold", cual rico turista,
pero a nadie mis cuadros enseño,
que si los expongo...

me expongo al descrédito.

De frac en los salones,
bailando correcto,
procuro amistades

con el pez de más libras y luego
un estudio canario a su dama,
galante la ofrezco.

Es ella quien muestra
y alaba el obsequio

y las otras, de envidia, me compran
las demás acuarelas que llevo.

¡Benditos ingleses,
que así pagan los otros que tengo!

Las bellas pollitas
desde jovenzuelo
endulzaron mis horas amargas
con sus embelesos;
¡yo no sé cuántas novias sensibles
tuve en aquel tiempo!
Mas no me he casado
—¡Dios me libre de eso!—
que mis acuarelas
no me dan derecho
a pedir una niña a sus padres
y que viva peor que con ellos;
a traer angelitos al mundo
y que pidan volver a los cielos...

¡Malhaya los hombres
que se casan con poco dinero!
Los que dicen: "Con pan y cebollas
el amor es bueno",
no están en lo firme,
que ese amor me resulta indigesto;
¡Al mondar las cebollas, lloramos!
Esto prueba que estoy en lo cierto.
Ahora busco las tiples... ligeras,
amores perversos,
que una ingrata me ha herido de
[muerte

y soy un escéptico;
Por ella y a solas
con mis sufrimientos,
en mis noches de insomnios eternas
hice algunos versos
que jamás publico,
que a ninguno leo:
¡Son las quejas de un ave que canta

sobre un árbol seco!
 Si escribí esas rimas
 fué tan sólo por llorar mis duelos,
 ni soy un poeta
 ni ese nombre tan alto merezco;
 ¡Que en la prensa diaria
 publique "croniquillas" en verso!
 Las pagaban a ¡doce pesetas!
 no había más remedio.
 ¿Que escribí folías
 del solar isleño?
 ¡Son para mis "magos"
 y las cantan ellos!
 ¿Que ya en tres concursos
 he obtenido premios?
 El jurado creyó que eran de otro
 y por eso gustaron mis versos.
 El "nosce te ipsum"
 me hace muy modesto,
 y además es mi calva una prueba
 de que todos "me toman el pelo".
 ¿Que canté al terruño
 en veladas romances leyendo?
 Verdad; pero siempre
 con un fin benéfico,
 por mi "Hospitalito"
 que es invernadero
 de flores sin savia,
 sin savia de besos,
 que es un trozo de gloria en que
 [duermen
 ángeles enfermos.
 También por los pobres
 en ridículo, a gusto, me he puesto
 de galán en comedias y dramas,

de corista cantando en conciertos:
¡No me importa que el público silbe
si aplauden del cielo!...

Dedicado a pintar, como Maura,
el color siempre fué mi recreo,
pero no usé nunca
porque es falso y se tuerce al mo-
[mento,
el color político

con que se hacen pinturas... pintu-
[ras al fresco;

Ni jamás fuí nada
ni en nada me meto:

¡Con decir que no soy ni siquiera
del Ayuntamiento!

No obstante al terruño
con bríos defiendo.

Por él en la cárcel
estuve hace tiempo:

No saqué mi cabeza con canas
por falta de pelo.

* * *

Es esta mi historia,
si acaso la tengo;

de aventuras galantes... corramos
un tupido velo.

La mujer, buena o mala, merece
todos mis respetos.

Ellas son las que endulzan pesares
con la aroma sutil de su sexo;

ellas son las que rozan las cuerdas
del arpa en que duermen mis páli-
[dos versos,

ellas son mi culto,
yo las reverencio.

Durante mi vida
he sentido ambiciones, deseos,
ansias tormentosas
de algo que no expreso
y que he visto perderse, esfumarse,
como nubes que arrastran los vien-
[tos.

¡Oh, mis ilusiones!

¡Ya todas han muerto!...

Mis paisanos feliz se imaginan
que soy, y me alegro,
que es el disimulo
lo que me he propuesto;
se me suele juzgar por el rostro
que es muy embustero:
antifaz con que el alma se cubre,
pocas veces del alma es espejo.
Hoy, al fin de mi vida de joven,
tan sólo pretendo
buscando placeres
ahuyentar recuerdos.

¡El olvido es un sánalo todo!

¡El olvido es un gran anestésico!

Sin pensar en el triste mañana
—porque es un misterio—
cual un hombre alegre
gozo y me divierto,

lo mismo en tertulias de tono ga-
[lante.

que en fiestas de pueblo;
igual en la corte que allá en el cor-
[tijo

si busco sosiego.

Bailando "berlinas"

en berlina mil veces me he puesto;
no me importa, que así mis nostal-
[gias

¡las lloro... riendo!

... ..
Añadid a lo escrito un carácter
sensible a lo tierno;
una boca que es dulce por fuera
—y amarga por dentro—
unos ojos que van mendigando
de otros ojos caricias de ensueño;
un magín que no cuenta con nada,
y un bolsillo que cuenta con menos,
y tendréis de mi humilde persona,
terminado el humilde bosquejo...

¡Yo soy un Don Nadie!

¡Yo soy un bohemio!

JUAN FRANCHY

Mis aficiones literarias

Como declaración previa, debo decir que, para mí, la literatura constituye un culto. Así, a la ligera, ¿es posible hablar de esta divina concepción que todo lo crea y todo lo expresa? La literatura es el Arte supremo, en todo lo que este concepto tiene de grandioso.

Es inmenso el ámbito de la literatura. Difícil es, pues, determinar una afición a este respecto. El género poético, el dramático, el didáctico, el periodístico, ¡cuánta verdad y cuánta belleza se puede expresar en todos!... Sin embargo, refiriéndonos a la forma, tal vez pudiera ser interesante la exposición de algo nuevo sobre la preferencia del lenguaje rimado o del prosáico. Yo sólo diré que el verso se presta más (quizás porque tiene ascen-

dencia iconográfica) a disfrazar muchas tonterías. Y perdonen los malos poetas. La prosa no. El menor desliz que en ella ocurra, ya es un formidable escollo para el que intenta cultivarla. Con estas palabras puede establecerse la diferencia entre las dos formas: en el verso, el ripio es tolerado y obligado; en la prosa, no existiendo esta obligación, el ripio es una majadería. En el verso, casi todo es ambiguo y difuso; en prosa es terminante y preciso. En el primero, predomina el concepto (exaltado por Quevedo y Góngora); en la segunda, el término es dominante. Para decir verdades, la prosa; hasta el punto de que, en verso, serían falsos los mismos Evangelios...

En cuanto al amor a la literatura habría mucho que decir. Si tener afición a la literatura es frecuentar reuniones de cafés y tascas malolientes en donde se habla de literatura con machaquería y dándose las de intelectual, declaro que no soy aficionado, porque no me gusta la suciedad, ni el plebeyismo, y menos en el Arte. Sin llegar a decir, como el célebre profesor, que odio con toda el alma la bohemia artística, afirmaré con él que el escritor debe tener el pelo corto y el alma grande.

Y ya que empecé hablando de la «religión»,

justo es que diga algo de los «dioses». No puedo darles otro nombre. ¿Cómo llamar a un Goethe, que escribiendo «Werther» y «Fausto», aún le sobraba talento para saber latín, griego, matemáticas, filosofía y música? ¿Y a Cervantes y Quevedo, cuya fecundidad prodigiosa no les impide ser políticos y guerreros? ¿Y aquel Garcí-Lasso de la Vega que murió a los treinta años, después de hacer todas las campañas del Emperador y contribuir el primero a formar nuestro Siglo de Oro? ¿Y la maravilla de Shakespeare; y el milagro de Dante Alighieri?... Verdaderamente, que cuando uno piensa en estos hombres y se decide a emborronar cuartillas, es para preguntar: pero, ¿puede decirse nada mejor? ¿Queda todavía algo por decir? Y se siente uno muy humilde y con deseos de sonreírse cuando se llega uno a creer que vale algo...

Creo en muchos escritores contemporáneos. De los nuestros, Galdós y Palacio Valdés, sobre todo. Ni Pedro Mata, ni Salaverría, pasando por toda la decadencia actual, llegan para mí a la categoría de iconos. De los extranjeros, no hablaré más que del prodigioso D'Annunzio, del cual se puede decir (como de Schaffle, en cuanto al socialismo) que toda

su obra genial constituye la quinta esencia de la literatura. Pero tiene un defecto garrafal, y por eso lo cito: le gusta exhibirse demasiado. D'Annunzio, decía el tenor Constantino, es de los que les gusta vestirse de máscara para llamar la atención.

—¿...?

Lo que más escribo son crónicas. Se puede decir en ellas muchas cosas «inmediatas», que llegan enseguida hasta el público.

Un susto emocionante

Hay emociones en serio y en broma, como yo las clasifico. En las primeras no hay grados para mí. La emoción estética la siento lo mismo ante un cuadro de Velázquez, oyendo a Beethoven, o contemplando una mujer bella: en todos estos momentos el alma parece alcanzar la bienaventuranza del último fin, como si constituyeran los primeros peldaños de la escala del cielo prometido.

Las otras, las en broma, se confunden con lo que denominamos sustos, por lo que a veces resultan un poco pesadas... La faena de un torero, la caída de un aeroplano, la doma

de un león. Para contadas, prefiero estas emociones, pues las otras son demasiado subjetivas, demasiado íntimas, y al no sentir las la generalidad, al modo que uno las siente, puede saber a pedantería la más noble sentimentalidad.

Y vamos con uno de mis sustos más emocionantes. Fué una aventura que a punto estuvo de costarme el ir a la cárcel, o a la vicaría, y de las cuales me salvó una mujer, cuya memoria doy a luz pública para hacer patente una vez más la lealtad y la perspicacia femeninas.

Un día me escribió Anita, una de esas Anitas lindas y dulces que hay en Madrid (gratos recuerdos de la plaza de Santa Cruz, Puerta de Hierro y la Moncloa), una cartita perfumada con uno de esos papelitos que regalan, como anuncio, en las tiendas de novedades. Aun conservo esa carta escrita por las cuatro caras, y en una de éstas, cruzada, la siguiente invitación: «No dejes de ir hoy; no seas bobo; y te daré lo que tú sabes.» Fuí a la cita y nos encontramos. Por cierto que al entrar en la plaza Mayor nos tropezamos con un paisano de Tenerife, que con otros amigos departía, y temí por mi fama de «formalito», como escribía yo a la fami-

lia, cuando le pedía dinero... Menos mal que el paisano fué discreto, y en su honor quisiera publicar su nombre, que ignoro; sólo sé que se apellida Carrasco, y es hoy joven y apuesto sargento de la guarnición.

Salimos de la plaza, Anita y yo, y, dando un gran rodeo, subimos por el cuartel de San Gil; nos fuimos por el paseo de Rosales, y, siempre ansiosos de un mayor panorama natural—naturalmente—nos adentramos por los solitarios jardines que por las inmediaciones del Campo del Moro se extienden. Anochecía. Era un anochecer de la meseta castellana, cálido y susurrante, que hacía recordar aquello de «la música callada, la soledad sonora», que dijo San Juan de la Cruz.

—¿Y, eso?, —le pregunto a Anita por centésima vez—. Lo que Anita me había prometido no era más que un beso; no vaya a creerse que intento relatar una de esas historias picantes, que resultan tan simples y tan burdas cuando no son cantadas por un Boccaccio. Pero Newton, al inventar su célebre binomio, pensaba, de seguro, en la multiplicación de los besos... Uno por dos, por tres, por cuatro...

La tragedia imprevista

De pronto, la tragedia imprevista. Yo hē creído siempre—como Malthus, Darwin y Schopenhauer—que un idilio roto es una tragedia. Ante nuestra vista se presentaba algo espantable y monstruoso: un guardia; pero un guardia nocturno, con ojos de bandido y barba patibularia, armado de afilado chuzo. —«¡No querrán ustedes ir a la Comisaría!», rugió aquella fiera. Ya se puede imaginar mi sorpresa, mi susto, mi emoción, como quierá llamarse.

—¿A la Comisaría? Y ¿por qué?, pregunté yo haciéndome el indignado. —«¡Cómo, por qué, y poco ha faltado para que lo oyerá el alabardero de guardia?»... —¡Exagerao!, exclama Anita chulescamente. El guardia se enfadó. —¡Hala, pues; hala, a la Comisaría. Yo miré el afilado chuzo y el pitō de alarma. Aquello se iba poniendo feo.

Mas, ocurriósele a Anita una idea providencial. —Ese tío, lo que quierē es dinerō. Siempre había creído que Anita tenía muchísimo talento y ahora me lo confirmaba. Con dinero se arreglaría todo. No mē atrevía, sin embargo. ¿Y si mis ofrecimientos agravaban el asunto?... Me arriesgué, al fin.

—Oiga usted, guardia—le dije, parándome delante de él, y sacando del bolsillo cinco pesetas. ¿De qué tengo yo cara? —El guardia dulcificó su semblante. —Hombre, usted verá. Cara de caballero..., contestó meloso, mirando de soslayo el duro que brillaba en mis manos. —Pues bien—le repliqué—si soy un caballero y ésta (señalando a Anita) es una señora, cuyas intenciones fueron usar y no abusar del silencio y soledad de estos jardines, déjenos ir, y tome usted como recuerdo. Yo le dí el duro, que él cogió, rápido. —Bueno... Pero que esto no se sepa. —No, hombre, no—dijo muy seria Anita—. Mañana volveremos...

Así acabó aquella aventura... municipal. Y la llamo así, porque luego me enteré que este guardia y otros «colegas» tenían organizado el servicio que podía llamarse de sorpresas idílicas, con «ramificaciones» en todos los paseos y jardines de Madrid.

EDUARDO DIEZ DEL CORRAL

De Zamora a Grecia

Allá, cinco siglos antes de Jesucristo, en los albores de la época clásica de la Grecia, a uno de sus siete sabios, a Solón, ocurriósele aportar al caudal de la literatura «gnómica» la hoy ya manoseada sentencia: «Conócete a ti mismo».

Mas ni a Solón, ni a Periandro, ni a Quilón, ni a ninguno de los otros tres compañeros, se le ocurrió decir, que yo sepa, este otro: «No hables jamás de ti».

Le estaba reservada a un zamorano (que soy yo) la gloria de emparejar la máxima imposible del griego con la realizable que acabo de exponer.

* * *

Hablar de sí... y conocerse, para poder ha-

blar... ¡Ahí es nada! Agustín, obispo de Hipona, escribió sus «Confesiones»... y hubo de hacerse santo. Juan Jacobo Rousseau, catorce siglos después, imitó al africano en lo de escribir, que no en lo de santificarse; y publicando la historia de su vida, hasta en los detalles más íntimos, comenzaba: «Emprendo una tarea que no ha tenido ejemplo ni tendrá jamás imitador. Voy a mostrar a mis semejantes un hombre en toda la verdad de la naturaleza, y ese hombre seré yo». Que fué mucho decir, porque si la intención de la sinceridad debió de ser franca al principio, Dios sabe qué reparos o disimulos o justificaciones le aconsejarían luego, pues resultó la más amañada obra del ginebrino, y allí donde al comienzo escribió «Las Confesiones» pudo añadir muy bien, al final: «convencionales».

Entre San Agustín y Juan Jacobo, vóyme con el obispo: Quiero decir que, tras estas confesiones minúsculas hágame santo, o cartujo por lo menos, o sea que el reino del silencio, en lo que toca a la Literatura, será conmigo. Y ya que la satisfacción de mirarme en esta galería de señores que sirven para algo, me ha traído, hecho el recuento de mis méritos y de mis fuerzas, a la des-

ilusión de ver para cuán poco sirvo yo, siento la imperiosa necesidad de desvestir los colorines de la gaya ciencia y ataviarme humildemente con la sencilla ropa del que quiere pasar inadvertido, porque así es de justicia, no sea que la gente, que nunca ve más que lo que ve—y ve muy bien—vuelva a tomarme por un guardia... y tenga razón.

Explicaré esto del guardia, y aquí entrarán ya las confesiones.

Mi mayor satisfacción

¿Que cuál ha sido la mayor satisfacción de mi vida?

He tenido varias que no son del caso; pero, en fin, una de las mayores fué la de vestirme el uniforme de cadete. Y como cadete—léase romántico—a despecho de los años, sigo siéndolo, por eso temo a los colorines de las vestiduras. Y porque a la satisfacción, siempre corta, sigue siempre la decepción un poquito más duradera.

¡Inolvidable día!... La pureza de mi vocación, el fervoroso convencimiento con que entraba en la «religión de hombres honra-

dos», como llamó Calderón a la Milicia, hicieronme dar al trivial momento de vestir un traje de colores vivos y galones brillantes toda la trascendencia y solemnidad de una profesión de fe. No podía mi espíritu esperar, ni lo necesitaba, el acto casi litúrgico de jurar la bandera; yo, mientras me ceñía la espada, contestaba «in mente» el «sí juro» clásico, a la pregunta: «¿Juráis a Dios y prometéis al Rey...?», que, también, yo mismo me hacía. Admiráronme y me ayudaron, en los menesteres del atavío, dos compañeros infelices, que por su mala ventura eran paisanos aún. Y salimos los tres a la calle: orgullosos ellos de ir conmigo, y flamante y deslumbrador yo, transvertiendo por ojos y ademanes la dichosa liberalidad que me permitía poner de manifiesto ante las atónitas pupilas de los transeuntes pasados mi gloriosa condición de hijo de Marte.

¡Oh, qué hermosa tarde! ¡Qué cielo! ¡Qué luz! ¡Qué sol! ¡Qué alegría! ¡Y qué valor sentí yo en mí! Podía mi Patria descansar segura. ¡Qué inusitada superioridad! ¡Y qué sensación de experiencia de todo, sobre mis diez y seis años, apenas cumplidos! Y lo de-

más, seres y cosas, ¡cómo se empequeñecía ante mí! ¡Hasta Napoleón!...

Anduvimos por las calles céntricas de Madrid, arriba y abajo, catorce veces. Catorce mil hubiera yo andado. Charlábamos sin cesar; es decir, charlaba yo solo. Que mis amigos bastante hacían con admirarme. Porque era el caso que el uniforme habíame despertado, de pronto, tales enseñanzas guerreras, que, aderezado con lo que de mis lecturas veníaseme a las mientes, salían por mi boca verdaderas y admirables críticas estratégicas. A César, Alejandro, Aníbal, tratábalos con la confianza de camaradas. Me parece recordar que a Atila le critiqué de pusilánime. A Napoleón... a Napoleón le censuraba abiertamente. E iba yo diciendo de él: —Batallas, lo que se dice verdaderas y complicadas batallas, con combinaciones artilleras y de ingeniería... y de caballería a cargas... y de infantería a descargas... vamos, lo que se llama batallas, no pudo dar nunca. A lo más, un conjuntillo de combates...

En tal instante de la calle de Daoiz (casualidad simbólica), por cuya desembocadura pasábamos, salió una desgredada mujer que, con ademanes descompuestos, se acercó a nosotros, y encarándose conmigo y ti-

rándome de un faldón del capôtê, me gritó estentórea: —¡Guardia! ¡Guardia! ¡Por Dios, venga usted! ¡Que a mi hija la quiere matar ese chulo!...

Miré al cielo, ví estallar en él un resplandor rojizo... y juro que leí en su dosel, con enormísimas letras funerarias, esa sola palabra: ¡¡Waterloo!!

... ..
Luego, andando los años, no han sido pocas las veces que, en la vida, me han vuelto a deslumbrar los colorines de una vestidura; pero siempre he recordado la lección y nunca he vuelto a subirme a las nubes. Me he ataviado como Dios me ha dado a entender, modestamente... y a vivir.

CARMELA EULATE SANJURJO

Mi labor literaria

Empecé a escribir, haciendo traducciones del francés para la revista portorriqueña que dirigía el insigne literato don Manuel Fernández Juncos, y en la que colaboraba su hija Amparo, mi íntima amiga. Mi primer cuento original lo publiqué teniendo apenas quince años.

Después he escrito cuatro novelas, entre ellas «Marqués y Marquesa», que se editó en Tenerife, y a la que puso prólogo don Benito Pérez Armas. El producto de su venta en las islas, me permitió, por la hidalga generosidad de sus habitantes, hacer un valioso donativo para el Hospitalito de Niños de Santa Cruz.

Entre mis obras figura «La mujer en la Historia» y «La mujer en el Arte», que tie-

ne dos partes, «Las inspiradoras» y «Las creadoras».

Publiqué también varios estudios históricos y biográficos, y desde que estoy en Barcelona tres tomos de poesías traducidas. El primero de estos tomos se titula «Las cántigas de Amor», que avalora un prólogo de don Francisco Rodríguez Marín; el segundo la «Antología de Poetas Orientales», que dediqué al sabio orientalista, mi amigo el Dr. J. H. Abendanon; en gratitud por los originales facilitados, y el tercero, la traducción del poeta ruso, K. Balmont, hecha directamente del original, con la colaboración del caballero ruso Mr. Goncheff, que puso a mis órdenes la Editorial Cervantes, que hizo el libro.

La grave enfermedad que padecí de la vista, me retrajo de obras originales que exigían sucesivas lecturas, y aproveché los estudios orientales hechos durante mis viajes por Holanda, Alemania e Inglaterra, para recopilarlos y corregirlos. Yo tenía ya práctica de estas traducciones en verso, por haber hecho traducciones de los más famosos líricos ingleses, que en otros libros de la Editorial Cervantes, de la misma serie en que está mi traducción de Balmont, alternan con traduc-

ciones de Maristany, Diez Canedo, Guillermo Valencia y otros.

¿Mi mejor obra?

«La mujer en la Historia», y me hace suponerla, no la mejor, sino la menos mala, los elogios que ha merecido del ilustre general Burguete, que la prologó, y de los profesores que inauguraron el cursillo de educación femenina en Barcelona, en Enero de 1916, presidido por el Rector de la Universidad, Dr. Carulla. En el programa se repartió una lista de libros selectos que deben figurar en la Biblioteca de toda mujer, y entre los nombres excelsos de Fray Luis de León, Severo Catalina, Stewart Mill, Concepción Arenal y Ruskin, está el modestísimo mío, con mi obra «La mujer en la Historia».

Qué opino del feminismo

Para contestar a esta pregunta, tengo que definir mi concepto del feminismo. Soy parti-

daria de él, si en esa palabra se entiende el dar la mayor cultura a la mujer, desligarla de las trabas que entorpecen hoy su camino y facilitarle los medios de ganar su vida independiente. No cabe duda de que siendo la mujer, en mi concepto feminista, no la rival sino la compañera del hombre, es decir, antes que todo, hija, esposa y madre, esta compañera, por la forma en que en el siglo XX se desenvuelve la vida masculina no puede ser más que un ser inteligente, enérgico, activo, capaz de comprender al hombre, de secundarle y de sustituirle en los casos de muerte, o de larga ausencia.

La vida, según un símil muy manoseado, es un viaje. Bien estaba que en los tiempos antiguos, en que los hombres usaban como vehículos las galeras y las diligencias, fuesen las mujeres como ellos; pero hoy, nadie que razone, pretenderá que dos compañeros que tienen que hacer el viaje juntos, salgan el uno en un automóvil de 24 HP., y la otra en una tartana tirada por su mulita. Pero el límite de la independencia de la mujer está marcado por los jalones que definen la autoridad del hombre, ya sea padre, ya sea marido, y, por lo tanto, nada es más perjudicial al educar a las niñas que no enseñarles

las fronteras y hacer de ellas, no mujeres esencialmente femeninas, que secunden y comprendan al hombre, sino mujeres masculinizadas, que le exasperan con contradicciones y exigencias ultrasexuales.

Estas intransigencias del Feminismo, que tocan con la política, nos han perjudicado, impidiendo que se sumen a la coaligación social para elevar a la mujer, muchos hombres de buena fe. Sin embargo, avanzamos, y esto se aprecia en las grandes ciudades como Barcelona, donde el Instituto es tan nutrido de alumnas, que ya se solicita para la Ciudad Condal, como para Madrid, un Instituto exclusivamente femenino, con su cuadro de catedráticas. Y es que los hombres, al casarse, temieron escoger por esposa a la mujer inteligente, y como padres ven los escollos de la ignorancia para sus hijas, y quieren precaverlas para el porvenir.

No se crea que esta afirmación mía, de que la mujer debe ser inteligente, activa y enérgica, cuando los tradicionalistas de la educación nos la pintan sólo como «mansa cordera», es cosa mía, ni de este siglo de modernas reivindicaciones. La Santa Doctora de Avila, una de las mentalidades más excelsas del siglo XVI, y la más genuinamente española, de-

cía que la «mujer» necēsitaba sēr «enérgica» (su vida prueba si ella fué también inteligente y activa) y de su reforma de la Orden del Carmelo, y de sus numerosas fundaciones, se desprende que su predicación la hacía con el ejemplo. ¿Es que el más exigente de nuestros padres de familia, sean cuales fuesen sus ideales, rechazaría el que su hija copiase en su corazón y en su espíritu, la imagen de Teresa de Jesús?

Mi mayor alegría

Responderé a esta pregunta, ateniéndome exclusivamente a mi vida literaria. Debo confesar que me sentí grandemente halagada, cuando el Spanish American Ateneo de Washington, ese centro cultural fundado para la compenetración de ambas Américas con nuestra madre España, y cuyo Presidente honorario era el Rey, me concedió mi título de socio de honor, para premiar mis traducciones de Shakespeare.

B. PEREZ ARMAS

Sin caer en pecado de vanidad me parece que puedo asegurar—después de veinte años de actuación constante en la política—que soy un espíritu respetuoso con la opinión pública, tolerante hasta el extremo en achaques de periódicos y periodistas, pues si bien en mis mocedades hube de andar con actas, sable y pistolas, luego me curé de tales andanzas, y ni siquiera para atajar la calumnia dí empleo a plumas de jueces y escribanos.

«Non ha mala palabra, si non non es a mal tenuta», decían los clásicos, o, lo que es lo mismo, «no habría palabra mala, si no fuese mal tomada».

¿Y quién libremente, en un país meridional, se coloca en el vórtice de la vida política, o puede aspirar, si tiene sesos, a que no le alcancen las llamas de la pasión?

Adoptar ciertas actitudes no conduce, por otra parte, más que a empeorar las cosas.

Hita lo dijo: «do añadieres leña, crece sin duda el fuego».

La verdad no es más que una, y en sociedad tan reducida como la nuestra, pronto hace su camino, llegando hasta los más rezagados en el conocimiento de la vida política. De ahí que las campañas periodísticas difamatorias produjesen en Canarias tan escasos efectos, porque, además, con rarísimas excepciones, todo lector sabía perfectamente a qué atenerse, así respecto al juzgado como al juzgador.

No obstante fui partidario entusiasta del público debate en cuanto afectara al interés del país, siempre que a la pureza de intenciones acompañase la corrección de formas. Discutir todo, con entera libertad de juicio, apasionadamente, si se quiere, con aquella compostura y respeto que demandan la educación y el buen gusto, con cualquier clase de adversario que bregue noblemente por el interés colectivo.

En diversos períodos de mi vida se me combatió presentándome como hombre ganoso de poder, esclavo del éxito, sin parar mientes en escrúpulos de ideales ni de procedimientos.

Los chubascos pasaron sin que yo abriese

el paraguas, y siempre, indefectiblemente, mis detractores resultaron «mojados»... ante la pública vindicta. Fué cuestión de tiempo. Una vez dije:

—Si por alguien que ofrezca la solvencia de su nombre se quiere una revisión completa, retrospectiva de mi conducta, tanto dentro de la política como fuera de ella, decidido estoy a discutir para que la pública sanción pueda producirse de modo consciente y definitivo.

«Engaña a quien te engaña e a quien te fay, fayle». No digo yo tanto, pero sí que muchas veces los burladores suelen salir burlados.

Pude estar alguna vez, o siempre, equivocado; pude estar hábil o torpe; eso no lo discuto, porque tengo de mis facultades el pobre concepto que merecen; pero que obré digna y caballerosamente en toda ocasión, sí que es incuestionable, digan lo que digan mis apasionados detractores.

El concepto del deber es diverso, desgraciadamente, en multitud de cuestiones, según la posición en que nos encontremos; de ahí que, a veces, todos los hombres de las izquierdas no coincidamos, ni los de las derechas tampoco.

Vivo tranquilo con mi conciencia, seguro de que ningún hijo de Tenerife laboró con más entusiasmo, decisión y constancia que yo por el progreso moral y material de la isla.

Mis aficiones

Ningún otro placer me seduce tanto como el amor a la naturaleza, al campo, a que a las veces me entrego para renovar energías y sedimentar en el espíritu las cosas grandes y bellas que constituyen el tesoro de la vida. Las altas perspectivas de la conciencia humana se oscurecen, se achican, en el rudo batallar de las ciudades, las pasiones y los egoísmos. Sin otras sollicitaciones que las de las cosas, nada determina en mi ser movimiento que no venga de los senos ubérrimos de la madre común.

Y así paso muchos días, entre montañas cubiertas de bosques, a 800 metros de altitud, solo, «bebiendo» y siendo «bebido», en pleno paisaje abrupto y montaraz. No leo en tanto ni una línea de periódico; ni hablo de cosa que no sean afanes agrícolas, ni escu-

cho otros ruidos que los de las esquilas, las fuentes y los pájaros...

¡A qué dilatados espacios, a qué hondas conjeturas conduce la contemplación de estas sierras bravías, de estas gargantes y vallecillos que bajan desde las cimas pujantes a las rompientes y las playas!

Se ha dicho que el sentimiento de la naturaleza es uno de los más refinados productos de la civilización y la cultura. Acaso sea hiperbólico, pero lo que sí creo yo es que sólo el hombre que ha logrado convertir su espíritu en algo así como una lámina de cristal, un espejo, puede adueñarse íntegramente de todos los encantos y sugerencias de la naturaleza.

Porque una cosa es ver, describir, pintar fielmente un paisaje, y otra entregar nuestra alma a la suya, en ese panteísmo estético, avasallador, que nos confunde en la armonía del conjunto.

CARLOS CRUZ

Mi vida no tiene historia; es una vida serena, tranquila. Si algo hay en ella que se aparta de la placidez monacal de este pueblo en que vivo, es lo que a ti, lector malicioso, no te interesa saber y lo que a mi, precisamente, me interesa que no sepas. ¿Qué sabes tú de dolores que no hayan vibrado en tu alma? ¿Qué sabes tú de alegrías que no reiste?

Soy joven y en mis espaldas pesan ya mucho los años pasados.

No le debo nada a la vida, y, sin embargo, tiemblo al pensar que pudiera perderla. La culpa de casquivana y soy su más fiel amador.

Me pasa con esta buena señora lo que a las criadas respondonas: están constantemente vociferando del ama y sólo abandonan la casa cuando ésta, cogiéndolas por un brazo, la echan a la calle. Así yo, reniego de la vi-

da y no la abandono hasta que el Ama mē eche.

Decir algo de mí es tanto más difícil cuanto nada tengo que merezca los honores de la publicidad; además, no he de ser tan cobarde conmigo mismo, que haya de faltar a la verdad por el temor de que unos cuantos señores graves y otros cuantos niños «deliciosos» rían, con risa de gorila, las manifestaciones que yo hiciere en este momento. A esos tales—que nada saben ni de nada entienden, pero que de todo son críticos—sólo les diré que entre los libros de mi modesta biblioteca figura en primer término el Kempis. Le he leído mucho y estoy muy agradecido. El me ha enseñado muchas cosas que los hombres pusieron gran empeño en ocultarme.

Cuando tengo el espíritu entenebrecido, tocado de las miserias humanas, acudo a él, y, solícito, me unge el unguento bienhechor de los consuelos y las fortalezas. El me ha dicho: «Si en cualquier acontecimiento estás firme y no juzgas de él según la apariencia exterior, ni miras con la vista del sentido lo que oyes y ves, antes luego por cualquier causa entras en lo interior, como Moisés en el tabernáculo, oirás algunas veces la

respuesta divina y volverás instruído de muchas cosas presentes y venideras».

* * *

Hace algunos años, cinco o seis, busqué la ayuda de unos cuantos amigos, cómo yo ansiosos de vivir la augusta vida del espíritu, para fundar en La Laguna un Ateneo.

En mala hora concebí tal idea; sobre mí y aquellos buenos amigos cayeron—¡formidable chaparrón!—las burlas y las ironías todas de los graves señores de mi pueblo. Porque he de advertir que en nuestra inexperiencia nos olvidamos de dar cuenta e implorar la protección de los tales varones.

¿Cómo, pues, fundar un Ateneo sin el beneplácito de los muy altísimos magnates? A desacato y rebelión tomaron osadía tal, y era necesario castigarnos con el más duro latigazo del ridículo y exhibir en las lanzas de sus pecheros nuestras cabezas pecadoras para que sirvieran de ejemplo a los que, como nosotros, pensarán y sintieran.

El grito de «Non serviam» no se había dejado oír todavía en La Laguna.

Pero, a pesar de todas estas intrigas y vanidades huecas, el Ateneo se fundó, y hoy

día, después de haber pasado por toda la semana de pasión, goza de buena salud.

* * *

Quisiera decir algo del cambio sufrido en La Laguna en unos cuantos años, cambio que, en mi sentir, se debe a la juventud, a esta juventud que supo arrojar fuera de sí prejuicios y convencionalismos, despertando a otra vida más propia de los años juveniles.

Por aquel entonces, y no data de ello muchos lustros, La Laguna se hallaba entenebrecida, silenciosa, arrebujaada en una pereza tradicional; diríase que el sol no lograba romper los celajes grises que doselaban la antigua Agüere.

Una de sus características eran las tertulias de esquinas y zapaterías; en ellas, sin hacer ruidos, silenciosamente, honestamente, criticábase—eso sí, con fin muy cristiano—de todo y de todos; y lo mismo el señor grave, ventrudo, que el pollo almidonado de las guías incipientes echaban su cuarto a espadas en esto de la murmuración beatífica. Para ellos el comadreo era alimento espiritual.

Se hablaba a media voz, con sordina. Si

alguno se atrevía a protestar valientemente, se le señalaba con el dedo. No estaba bien de la cabeza, decían con risita fina, afligranada. Si por desgracia tenía aficiones literarias y osaba revelarlas al público—¡horror!—lenguas famélicas hacían girones de su pobre reputación. El sentir y pensar por cuenta propia era privilegio reservado a media docena de varones que, por no dar pruebas de nada, ni aun de esto las daban.

¡Escribir! Si algún muchacho lo intentaba podía contar que los primeros en censurárselo eran sus compañeros.

De política y administración local, vale más no meneallo. Esta ciudad de los escudos heráldicos y de los arcaicos palacios, que parecía dormir un sueño de noblezas, fué esclava—¡gran ironía!—de dos o tres caciques, tan repletos de osadía como faltos del pan de la inteligencia.

Hubiérase creído que un ave agorera se cernía sobre los tejados de las viejas casas de la histórica ciudad.

La juventud respiraba este ambiente de cobardía, de servilismo tal vez. Eran jóvenes sin los arrestos de la sangre moza, sin el acicate sublime de los ideales; en nada pensaban como no fuera en rumiar envidias.

Hacía falta quien, como Unamuno, les dijera: «Pensad, aunque penséis mal».

Llegué a temer, decíame en una ocasión un viejo amigo mío, que la juventud hubiera muerto para siempre en La Laguna.

Pero no; la juventud ha vuelto por sus fueros; ha abandonado el vivir de camarillas y ha saludado las nuevas primaveras con cánticos de vida. Ella, alegre y cascabelera, ha hecho sonreír el rostro adusto de esta ciudad noble y vetusta, que en su vejez venerable había olvidado el reír, y que hoy, agradecida, le brinda las bellezas encantadoras de sus tardes magníficas y la fecundidad sublime de su vega florida.

Fué en un invierno, en una de esas noches melancólicas, largas, cuando nos decidimos a echar a la calle una revista literaria. Éramos cuatro sujetos, tan ricos en ilusiones como pobres en dinero; y he aquí el mal, porque el editor prefería—y hacía bien—el dinero a las ilusiones. Esto fué lo primero que nos dijo al proponerle nosotros la publicación de un nuevo periódico. ¡Dinero!, decía «Ramiro» calándose sus grandes quevedos sacerdotales. ¡Dinero! ¡Como no empeñemos el «chaquet» de «Bustamante»!... Por aquel entonces estrenaba el poé-

ta un «chaquet» canelo y un hongo ídem, dignos de ser loados en un romance modernista.

No sé cómo pudimos convencer al editor que nos publicara el periódico. Le pintamos las grandes entradas de la empresa, aunque él decía para su capote: ¡con literaturas a mí que conozco las tacañerías del público! Lo cierto es que la revista nació y se le bautizó con el nombre de «La Lid». El título fué causa de grandes discusiones; a unos le sonaba mal, a otros, los más, les parecía cursi con exceso. ¡Con cuánto entusiasmo esperábamos la salida del primer número! ¡Cómo recuerdo ahora la alegría que nos produjo verle surgir flamante y pulido de la máquina! Todos queríamos verle, leerle a un mismo tiempo. Eran las virginidades de un ser ansioso de horizontes nuevos.

Corta fué la vida de «La Lid». La pobre-cilla murió a poco de nacer y a fe que era buena chica, según aseguraba «El de las Chozas», aunque tenía el defecto de llamar tuerto al que tenía un ojo de menos. El golpe mortal se lo dió un artículo de «Ramiro». Por aquel entonces escribía yo, muy mal por cierto, una serie de artículos titulados «Mundanas», que me dieron patente de sicalípti-

co, de pornográfico, de escritor inmoral, ¡Qué sé yo cuántas atrocidades me decían!

Y era, precisamente, cuando mayor número de lectores tenía.

Odio, sobre todas las cosas, el engaño. Aquellos seres cobardes, que nunca tuvieron el valor de ser sinceros, no ya con los demás, pero ni aun con ellos mismos, no son santos de mi culto. Columbro en lo más profundo de sus conciencias un servilismo de lacayos, y si en vez de la casaca raída les veo ostentar una levita o un «frac» me encojo de hombros, les dejo libre el paso y pienso en las mudanzas de los tiempos. Hay gentes—yo las conozco y tú, lector, también debes conocerlas—que, gozando de grandes independencias y libertades, tanto por su fortuna como por su posición, no han podido echar fuera de sí el lacayo villano y adulón que a todos lados y en todos los momentos les acompaña. ¿Será el espíritu de la esclavitud, aquel espíritu encanijado de los tiempos medioevales que aun vaga errante por el planeta?

Desprecio, con el más grande de los desprecios, la hipocresía, esa máscara sonriente y afable, y esta aversión la siento en ma-

yor intensidad por los artistas que sacrifican su Arte y los poetas que prostituyen su espíritu para halagar pasiones, para ensalzar vanidades, para lograr el aplauso desbordado de las multitudes inconscientes.

Entiendo que el Arte es un depósito sagrado que ponen en manos de sus elegidos las divinas y providentes musas.

Entiendo que aquellos que no supieron conservarlo con la pureza de las virginidades inmaculadas, están malditos para siempre. Deben ser arrojados por mercaderes del templo de Minerva.

Vivo y siento mi Arte; su pobreza tiene magnificencias de soberano, su humildad—porque es muy humilde—encuentra siempre las mayores hidalguías en las vastas extensiones de mi alma, y, ni los fuertes ni los estultos, lograron jamás envilecerle, que su orgullo es escudo que le salva de bajas tentaciones.

Las doctrinas del Cristo de Nazaret, de aquel divino cantor del amor y del perdón, que muere amando y perdonando en las infinitas agonías de una tarde de dolor inmenso, han florecido en mi pecho.

Tiene mi Cristo augusta belleza en un rostro de paz, atracciones sublimes en unos ojos

escrutadores de almas, sonrisas de misericordias en una boca desgranadora de consuelos.

En los momentos de las terribles angustias, El me sonríe y su sonrisa es aurora que baña mi alma: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos».

* * *

Amo a las flores como a seres conscientes de alma generosa y delicada. Cada una de ellas encierra para mí un poema de amores, unas veces, de llantos, otras; pero todas mis predilecciones son para los crisantemos, para esa flor triste, enferma, flor de sepulcro, que parece llorar eternamente las nostalgias de la amada.

* * *

En una tarde de misterio quedó mi alma prendada de una sonrisa.

Soy un pagano del amor, esclavo soy suyo, y en mi fiereza sólo ante él me humillo en homenaje de ardorosa pleitesía. Mi espíritu y mi carne se postran ante Venus que

surge de la espuma, radiante y sublime en su belleza.

* * *

¿Mis defectos? Un poco de los siete pecados capitales, menos la envidia y la avaricia.

Amo el bien y si alguna vez hago el mal, flaquezas son de la carne. Mi conciencia es mi mayor castigo.

Y con esto termino. ¿Queréis conocer mi vida, en conclusión? Dos noches: una noche oscura, solitaria, de angustias infinitas, y una noche serena, inmensamente azul, tejida con rayos de luna...

JACINTO TERRY

Yo fuí soldado en Algēciras. Primero fuí sē-
minarista en Cádiz. Después me dió por acau-
dillar muchedumbres. Y por último caí en la
cuenta de que lo mejor es no ser nada.

De modo que en el momento de mi pre-
sentación quedamos en que no soy nada des-
pués de haberlo sido todo.

Cumplí siempre como bueno; decir lo con-
trario sería ofenderme, y antes de cometer
tal felonía prefiero que la defensa sea para
los otros. De soldado serví lealmente a mi pa-
tria y juré derramar la última gota de sangre
por ella. De seminarista dí a Dios lo que es
de Dios, muy poco, y al César lo que es del
César, menos todavía. De caudillo tuve alter-
cados con varios gobernadores civiles, me ene-
misté con la policía cuando sus jefes se dis-
putaban mi amistad; ideé y llevé a cabo ma-
nifestaciones de protesta contra muchas cosas;
anduve más en boca de alguaciles y en pluma
de escribanos que doncella en tela de juicio;

trastorné algunos planes y si no moví el mundo en sentido contrario no fué por falta de voluntad, sino de fuerzas.

Quedamos, pues, en que he sido casi todo lo que un hombre puede ser. Lo que nunca he conseguido es ser rico. Y eso que intenté varias veces ocupar ese cargo. Pero, amigos, no todo sale a medida de nuestro deseo.

Lo anterior es todo. Ahora vamos a los detalles y sirvan los comentarios que ponga al relato de autocrítica de mi modo de pensar, tratando mucho de no caer en el auto-bombo, cosa que sentiría; créanlo.

X

Una vez, siendo muy joven, requerí de amores a la más linda mujer que ante mis ojos se había presentado. Más tarde he encontrado a muchas y a cada una he dicho que era la más linda, pero esto no hace al caso. La cuestión es que al poco tiempo se casó y no conmigo, en lo que no anduvo desacertada: por mí y por ella. ¡Dios se lo pague!

Poco después anduve mostrando con orgullo una hembra que quitaba el sentido por las calles sevillanas y que cuando vió, al año, que se me acababan los metales, se

marchó a Barcelona, aprovechando la ocasión de que a un militar, amigo mío, le pagaba el Estado la mitad del pasaje.

Posteriormente sucesos como los anteriores volvieron a repetirse con intervalos de meses y hasta de días.



Precisamente por mi excesivo amor a las mujeres me dió esta manía de escribir que no acabaré conmigo, porque antes acabaré yo con ella. En cuanto veía unos ojos negros, aunque el resto de la cara estuviese en los antípodas de Venus, allá iban versos y más versos, cursis, enmascarando un sensualismo de bestia con la «esbeltez de la palmera, albo cuello de cisne, garganta de alabastro y labios de coral», versos ramplones, hechos con los ojos en las estrellas y las manos en los bolsillos.

Cuando comprendí que las mujeres necesitan algo más comestible que versos, me dediqué a enviárselos a los directores de revistas literarias, y ¡he visto cada disparate con mi firma al pié!... Lo que me consolaba es que los directores que me publicaban aquello eran tan poetas como yo y tanto podían dirigir

una revista literaria como ponerse al frente de un almacén de chacina.

Me dejé de versos cuando noté que en vez de hacer poesías hacía ridículos y escribí en prosa, largo y tendido, variando por completo mi anterior modo de ser, porque mal si escribo, lo comprendo y se justifica, pero he dicho cada verdad como un templo y con una franqueza que ya la quisieran para su uso particular muchos que pregonan lealtad e hidalguía.

Creo que los mejores literatos son los españoles. En esto soy más patriota que nadie. Literatos, músicos y pintores, para mi gusto, los españoles. No cambio a Pérez Galdós por Gorkí, ni a Chapí por Wagner. Si tuviese necesidad de cambiar dos literatos españoles por dos extranjeros, trocaría a Blasco Ibáñez por Octavio Mirbeau y a Felipe Trigo por cualquier francés osado que se atreviese a contarnos lo que hace en la cama en noches de insomnio, pero de ahí no pasaba: los demás literatos españoles valen tanto como los mejores del mundo.

De la política estoy hasta la punta de los pelos. Un día me dijeron en Cádiz:

—Estamos recogiendo firmas para pedir al

Gobierno la demolición de las murallas.
¿Quiere usted firmar?

No puse obstáculo y firmé. No tardé mucho en enterarme de que aquellas firmas habían servido para que se presentase candidato a diputado a Cortes D. Rafael de la Viesca, de la fracción conservadora. Me engañaron como a un chino; como engañaron a los demás.

X

De la medicina tampoco estoy muy contento. Una vez tuve un ataque de artritis en Cádiz, y el doctor Armelin me aconsejó que me abstudiese de beber agua, si acaso mojar-me los labios cuando la sed fuese espantosa. Al recobrar la salud me marché a Lisboa, y al cabo de algún tiempo me repitió el artritis con su hinchazón estúpida y sus dolores terribles. El doctor Gentil, un médico de mucha fama entre los lisboetas, me recomendó que bebiese mucha agua, a cada instante, agua siempre, sin que mediase más de una hora entre un litro de agua y otro litro... ¿Tendrá este señor acciones de la Compañía de Aguas?, fué lo primero que se me ocurrió al ver que trataba de convertirme en estan-

que. Y decidí, por mí y ante mí, en vista de tales contradicciones científicas, beber la que me diese la gana, poca o mucha, según la que el estómago pidiese... Los descendientes de Hipócrates serán verdaderas notabilidades, pero el que mejor sabe el agua que yo puedo beber soy yo. ¡Así todos supiesen la cantidad de vino que pueden albergar!

×

Después de salir del Seminario y olvidar para siempre las Guerras Púnicas, me dediqué al estudio de la Química. Debido a esto, —y vean ustedes lo que son las cosas—, cuando estuve en Lisboa, de tumbo en tumbo, me encontré con un Sr. Figueiredo, dueño de una fábrica de licóres, que, juzgando tener ante sí un Curié u otra notabilidad química por el estilo, me encargó de su fábrica, gracias a lo cual yo cobraba una cantidad extraordinaria de cientos de reis a la semana y me hice popular en «Poço do Bispo», donde me conocían por «O espanholito». El diminutivo no era por familiaridad, sino por mi estatura. Con quien yo gastaba familiaridad en Lisboa era con una «Marquesita de los Laureles», que murió mientras yo hacía en

esta capital pajaritas de papel con sus cartas y telegramas... ¡Pobrecita! Si fuese verdad lo de la inmortalidad del alma ¡cuánto gozaría su alma por dedicarle yo este recuerdo!

De Lisboa, a los cinco años, salté otra vez a Cádiz; de Cádiz, al año y medio, salté a esta ciudad, y antes de eso, y después de eso, y mientras eso, he andado en Tánger, persiguiendo moras con un amigo que llevaba mi cédula personal porque la suya se la había dejado en un Juzgado de instrucción de Sevilla; he correteado por Gibraltar llevando al brazo a Mesodi, una judía interesantísima que era capaz de llevar tras sí todo el mundo cristiano con solo agitar el plumaje de su sombrero, y que no tenía más defecto que el enunciado, el ser demasiado interesante, como que casi siempre estaba en ese estado. He visto cómo se hacía el contrabando en La Línea y cómo los encargados de perseguirlo se fumaban buenas brevas debidas al matute. Conocí a Dicka en Cartagena, una artista francesa que en el teatro hacía de serpentina y en la calle de serpiente. Me he caldeado con el sol de Badajoz, y tanto que llevo siempre una extremeña muy cerca de mí para que no se me olvide el calor que hay que sufrir desde Mérida hasta

Zafra. Se me han ido los ojos tras las go-
meras, y si los he vuelto a recobrar ha sidó
porque los necesitaba para admirar las hijas
de Tenerife.

ISAAC VIERA

Ha tiempo dí a la estampa en esta capital una autobiografía, bajo el título de «Palotes y Perfiles», con un prólogo del finado escritor, D. Miguel Pereyra de Armas, y aunque ha llovido mucho desde ese tiempo acá, muy poco tengo que añadir a aquel trabajo escrito «pro pane lucrando». No quiero recordar las penalidades sufridas en las bóvedas de La Guaira, bajo la dictadura de aquel Calígula de levita y de sombrero de copa que se llamó Antonio Guzmán Blanco, cuyo espíritu debe morar en la mansión que tiene en su puerta escrito el «Lasciate ogni speranza» del cantor gibelino.

Sólo diré a los lectores que por causas de todos conocidas tuve que emigrar con mi numerosa prole a la República Argentina, con poca plata, como dicen por allá, en el bolsillo, pero con muchísimo coraje en el corazón.

En el vapor alemán «Mendoza», que según mis noticias yace sepultado en los abis-

mos del Oceano, me embarqué en esta ciudad una mañana de Noviembre de un año sin gracia para mí, de cuya fecha no quiero acordarme, con rumbo a Buenos Aires. En ese día había en el horizonte canario negrozcos y relampagueos, anunciadores de tormentas. También bajo mi cráneo se agitaba una tempestad más espantosa que la del personaje de «Los Miserables», de Hugo.

Pasé de mis adoradas rocas a regiones para mí desconocidas, llevando en estrecho camarote el hogar, el dulce nido que en canaria tierra había formado el amor, entre risas y balbuceos infantiles.

Las lágrimas gotean sobre el papel en que trazo estas líneas al volar de la pluma, recordando el adiós a las pobres peñas de mis amores, el momento en que ví desaparecer ante mis húmedas pupilas la silueta del Teide entre cortinajes de grisáceas nubes, pensando que a las faldas de la vieja montaña quedaban los pueblos, las pintorescas aldehuelas que inspiraron mis mejores versos de trasnochado romántico.

A las dos o tres singladuras de zarpar de Añaza, extintas las bascas del mareo, todo era júbilo, no en la gran Toledo, sino en mis pobres hijos al ver los peces voladores que,

en bandadas, saltaban sobre las olas, estremeciéndolas ligeramente con su contacto.

Sólo yo vivía en la noche negra del desterrado en la que no brillan las estrellas, ni siquiera se percibe esa obscuridad luminosa que en las borrascas nocturnas se nota desde la cubierta de un trasatlántico, fenómeno que se conoce con el nombre de ardentía o fuego marino; sólo yo, repito, permanecía taciturno, sombrío, sintiendo golpear en mis sienes la siniestra idea del hambre y del desamparo de mi familia.

Después de una feliz travesía, arribé a Montevideo, en una de esas mañanas cuyos matices vivirán por siempre en mi retina.

A la vista de la bellísima ciudad, que los vates aficionados a poner motez llaman «Coqueta del Plata», escribí una decena de espiñelas, saludando a la patria heroica de Artigas y de Lavalleja.

De esas décimas recuerdo la primera y la última.

Allá van:

Bella cual sueño de Egeo
de una nave sobre el puente,
en los mares del Oriente
contemplo a Montevideo.

Hermosa como el deseo
de tropicales amores
de ancho río, a los rumores
la patria de Lavalleja,
ante mi vista asemeja
una sultana entre flores.

... ..

Lejos del nativo hogar,
pueblo libre, te saludo,
en ese lenguaje rudo
que distingue a mi cantar.

Todo el amargor del mar
que he atravesado hasta aquí
en mi corazón sentí
al dejar el patrio nido,
y ese amargor se ha extinguido
tan sólo con verte a tí.

X

La composición literaria a que me refiero se publicó en casi todos los diarios de la metrópoli uruguaya.

Y a los pocos días de la inserción de mis humildes versos de salutación al país a donde acababa de arribar, esos mismos periódicos, en sendos artículos, anunciaban una conferencia del que estos renglones escribe, exci-

tando al público a que concurriera a dicho acto.

En el teatro Solís
dí mi pobre conferencia;
el tema: la independencia
del uruguayo país.

Leoncio Lasso de la Vega
hizo mi presentación,
encomiando en su oración
mi periodística brega.

Salí con doce duros de Santa Cruz de Tenerife, y llegué a Buenos Aires con mil pesos argentinos, que me produjo la conferencia que dí en Montevideo.

Ese milagro, que yo sepa, no lo ha hecho ni la virgen de la Buenaleche.

SANTIAGO SABINA

Mis primeros pasqs

—Mi «debut» como maestro director y concertador lo verifiqué cuando apenas había cumplido los 17 años. Valencia fué la ciudad en que, por primera vez, tomé la batuta, dirigiendo la orquesta del Teatro de la Princesa.

—¿...?

—Eso ocurrió allá por el año 1910.

Después de aquella época recorrí casi toda España, dirigiendo diversas compañías de opereta y zarzuela... Aquí mismo estuve, actuando en el Parque Recreativo, al frente de la compañía del veterano Gamero.

Tournee «Frégoli»

A principios de 1914, me uní a Frégoli, el celebérrimo transformista, y con él actué durante ese año y el siguiente, haciendo una laboriosa «tournée» por América, durante la

ēual visitamos el Brasil, la Argentina, Chile, Centro-América y la República de Cuba.

—¿...?

—Con el mismo Frégoli trabajé también en Francia, y sólo hube de dejar su compañía cuando el popular artista llegó a Italia.

Ya en este país, el país soñado de todos los artistas, trabajé cerca de cuatro años como maestro director y concertador de conjuntos líricos, afanándome cuanto pude en el estudio y la perfección de mi arte, y adquiriendo así, a base del propio esfuerzo, la cultura musical necesaria para no ser un indocumentado en estas materias.

En Francia

—¿...?

—Después, allá por 1917, volví a Francia, llamado especialmente para dirigir en el teatro «Sarah Bernhard», de París, una ópera de asunto español, original del maestro Contesse, titulada «Pepita», y de la nueva tendencia futurista.

Aprovechando por entonces mi estancia en la capital francesa, procuré darme a conocer de aquel gran público con algunas composiciones, entre las que fueron singular-

mente acogidas las tituladas «Polichinela» e «Impresiones de Oriente».

«L'Errante»

De vuelta a Italia, y en aquellos pintorescos cenáculos de arte, conocí a un poeta de la escuela modernista, el magnífico Goffredo Fanti, uno de los que con mayor acierto y fortuna siguen el dinamismo lírico de Gabriel D'Annunzio.

Fanti me entregó un poema de asunto romántico, para que le pusiera música. Leí la obra, me agradó sobremanera, y de ella salió mi primera ópera «L'Errante», en dos actos.

—La traducción del poema al castellano estaba hecha por Gregorio Martínez Sierra. Este se hallaba vivamente interesado en el renacimiento del arte lírico español, y ponía de su parte el mayor empeño en que el ansiado proyecto se realizase.

Después dí los últimos toques a una nueva ópera, cuyo libreto pertenece al mismo poeta italiano, y que lleva por título «Místico fonte».

La «tournée» Esperanza Iris

—¿...?

—Estuve aquí el pasado año, con el propósito de descansar una corta temporada; pero a poco de llegar, fui llamado por Esperanza Iris, con el fin de que me pusiera al frente de su compañía de opereta. Acepté, y marché inmediatamente para Madrid, donde hicimos una brillantísima campaña. Recorrimos después los principales teatros de la Península, y de allí marchamos a América, actuando en el Uruguay, la Argentina y el Brasil.

—¿...?

—Aprovechando los deseos de Esperanza Iris, que quería descansar en Méjico, yo decidí volver a Canarias, para descansar asimismo al lado de mi familia, una corta temporada.

Algún episodio

—Recuerdo en estos momentos uno que no olvidaré jamás, por las circunstancias excepcionales en que acaeció.

Fuë durante la guerra, en el frente italiano, donde tuve la suerte—desgracia la llamé yo entonces—de encontrarme, a causa de mi afán de buscar emociones y un poco también por el deseo de realizar un acto humanitario.

Funcionaban en el frente, en la segunda línea de trincheras, tres teatros para los soldados. Y, con el fin de actuar en ellos, me invitaron, en unión de otros artistas. Todos vivíamos en Udine (Friule), a donde regresábamos por la noche, después de la función.

Estando en Udine, nos sorprendió el avance de los austriacos. La consternación que reinaba en la ciudad, a causa de las noticias que se recibían respecto a la avalancha enemiga, era inenarrable. Así las cosas, llegó un aviso del Alto Mando, diciendo que, no obstante haber roto los austriacos el frente, no había peligro, dada la fuerte resistencia que había de ofrecer la línea en Chividale.

Esto nos tranquilizó un poco, y aquella noche pudimos dormir tranquilos, confiados en las noticias del Alto Mando.

Pero he aquí que a las cinco de la mañana del siguiente día cayó la primera bomba

en la población. Todos nos levantamos sobresaltados. Los bomberos anunciaron que había necesidad de desalojar inmediatamente la ciudad... Y yo, sin esperar a nada, empecé a correr, a correr como un galgo, desde el amanecer.

Atravesé los ríos Silla, Livenza y Tagliamento. A la entrada de este último, me encontré con la Tercera Armada, que mandaba el duque de Aosta, y que desde hacía tres días se retiraba, protegida por la Caballería.

Cuando pasé el Tagliamento eran las ocho de la noche. ¡Y había estado corriendo desde las seis de la mañana!

Allí tomé precipitadamente un tren de mercancías, que me condujo a Bologna... Durante el trayecto, hacinado como un fardo, me puse a reflexionar seriamente en mis condiciones de corredor. Y al día siguiente, en Bologna, leí en los periódicos que la noche anterior habían sido volados los puentes de todos aquellos ríos que yo había pasado, durante mi «brillantísima carrera», unas horas antes...

RAFAEL AROCHA («RAMIRO»)

Nací el día 17 de Noviembre de 1878 en la casa marcada con el número 2 de la plaza de la Concepción de la Ciudad de San Cristóbal de la Laguna. Y la última casa que habité en dicha ciudad —¡coincidencia singular!— fué otra también marcada con el número 2, en la misma plaza y frente a la primera. De ella salí a causa de la catástrofe más grande de mi vida, ocurrida el 16 de Febrero de 1932, catástrofe que ha servido, no obstante, para purificar mi alma en el dolor, para conducirme a la región excelsa de la Verdad. Si fuera pesimista, —que no lo soy,— diría que mi vida en la Ciudad de los Adelantados se deslizó entre dos locuras, una involuntaria, la de mi nacimiento, y otra voluntaria, la que me condujo a un Manicomio.

Siempre he sido tímido y encogido, un verdadero salvaje con todo el pelo de la dehesa, como diría mi buen amigo el viejo pe-

riodista don Patricio Estévez. Criéme entre las faldas de mi madre y al calor de las enseñanzas de mi querido padre, que me llevaba a misa, al sermón y a la novena, que me conducía de paseo por todos los caminos y vericuetos de la vega lagunera en las tardes de los domingos y días festivos. Los días de trabajo los pasaba en la escuela y en mi casa, leyendo novelas y las «Impresiones de Viaje» de Alejandro Dumas. Las estancias estaban aromadas por las emanaciones adoríferas del naranjo, del laurel y del ciprés, cuyos troncos aserraba mi padre y por los sahumerios de incienso y de corteza de naranja con que mi adorada madre secaba y perfumaba el planchado de ropa en el gran cestón de caña. Eran los tiempos de las misas de luz y de las tortas mañaneras, de los grandes temporales de agua y viento, de los molinos perdidos entre las mallas de la bruma y de los barcos de las fiestas populares. Así se formó mi alma soñadora y romántica poetizando los países extranjeros, de los cuales tenía noción por los libros, juntamente con la visión evocadora de las ermitas y santuarios y monumentos antiguos de mi patria chica, al dulce calor del hogar en las inolvidables veladas familiares. Y este modo de ver lo conservo aún en mi

edad madura. No hay que tocar los ideales terrenos. Los países lejanos y los hombres notables hay que verlos a distancia para que se conserve la ilusión.

Entré en el Seminario donde estudié diez años. Fuí un buen estudiante al principio. Luego me hice un desaplicado, un verdadero holgazán. Consecuencia de las malas amistades. Bien es verdad que yo tampoco tenía vocación.

Dejé el Seminario y me dediqué a la enseñanza a domicilio. Me metí luego a periodista. Perdí las clases y me gané dos procesamientos. Muchos artículos míos levantaron roncha por aquel tiempo. Padecía una furia iconoclasta y hubo edición periodística que se agotó.

La rebeldía contra las injusticias comunicaba vigor a mi pluma y la hacía convertirse en piqueta demoledora hasta que por fin entré de empleado en el Registro de la Propiedad, en su Oficina anexa de Liquidaciones del Impuesto de Derechos Reales y «senté la cabeza» formando expedientes y extendiendo notas y cartas de pago.

Del Registro de la Propiedad pasé más tarde a la Oficina de Consumos, a escribir recibos de chacina y de petróleo y luego a

las del Ayuntamiento. Siendo empleado municipal, descargó sobre mi cabeza la tormenta y el rayo destructor puso fin a la primera etapa de mi vida aquí en la tierra. Medio siglo de vacilaciones e incertidumbres, en las ideas y en la profesión: seminarista, profesor particular de enseñanza, periodista, empleado... Total nada entre dos platos.

Mi timidez natural y un prejuicio funesto —una idea equivocada acerca del acto fisiológico— me impidieron, después de algunas tentativas inocentonas en los años floridos de la juventud, acercarme a la mujer con decisión de crear un hogar. No supe introducirme en otra familia, mezclar mi sangre con otra sangre. «Me inhibí» y me encerré en la soledad durante largos años malgastando inútilmente mis energías. ¡Maldito prejuicio que fué la causa de que se torciera el eje de mi vida, ese eje en torno del cual gira todo en esta existencia terrestre!

La lectura fué mi solaz y mi confortación. Intensificóse mi vida subjetiva y enriquecióse mi mentalidad con rarezas de ensueño y con modos de ver sutiles y sugerentes. Profundizaba en el misterio de la existencia.

Aparte de innumerables artículos en periódicos y revistas, he publicado una Divagación literaria titulada «De mi tierra», que obtuvo «suspense» en unos Juegos Florales; una novela corta, «Fruta Eucarística», que promovió un escándalo y un pequeño poema en verso «Reflejo de lo Eterno», que no fué comprendido. Tengo varios libros en preparación que no sé cuándo se publicarán.

Tras de muchos cambios ideológicos, esos cambios de frente que echan a perder una existencia humana, se ha clarificado por fin el ideal y avance decidido por el buen camino. Un camino en el cual encuentro pocos compañeros, porque desgraciadamente la Humanidad está loca, va mal orientada, no hay visión acertada de lo que constituye el destino humano.

La existencia de Dios se demuestra hasta la evidencia. No hay más que tener muy claras las ideas de «ser necesario» y «ser contingente» y raciocinar con lógica. Se adquiere la certidumbre absoluta. Cierta es también la existencia del alma humana, pues aunque no conozcamos su naturaleza íntima, no tenemos más remedio que admitir operaciones que exceden de las fuerzas de la materia y ya es sabido que no hay efecto sin causa. La

materia no puede pensar, raciocinar, investigar la verdad, desenvolver la fórmula del binomio de Newton o concebir la «Iliada». Estas cosas proceden de una substancia inmaterial, indescomponible, por lo tanto, e indestructible. Únicamente podría perecer por voluntad divina. Y Dios que es el Bien infinito, Dios que es el Amor y que nos crea por amor, ¿va a hacer que existamos, que tengamos conocimiento de su existencia, que aspiremos a la felicidad eterna, para perecer miserablemente y no ver satisfechas nuestras aspiraciones? Dios es Justicia infinita y no puede hacer eso. Luego, tanto por parte de Dios, como por parte nuestra, el alma es inmortal.

Y yo afirmo que todo hombre que está seguro, por convicción intelectual, de estas cosas superiores a las que está destinado indefectiblemente—porque la obra de Dios no puede dejar de tener efectividad—se porta bien siempre y será buen padre de familia, buen esposo, buen hijo, buen hermano, buen ciudadano, en una palabra.

Pisar en la tierra, sí, pero ajustar nuestra conducta a lo superior. Observar siempre el orden moral: he ahí todo.

Tenerife, 1939.

FRANCISCO BORGES SALAS

Por desgracia o por fortuna no tengo, hasta la hora de ahora, nada interesante que contar de mi vida; porque mi vida es la más gris, la más monótona, la más vulgar de todas las vidas.

Desde pequeño fuí muy aficionado a la pintura y escultura. La sentía hondamente; pero cada vez más enamorado, más «loco» que nunca, mi espíritu buscaba, porque le sugería una más fuerte emoción intelectual, la grandeza de la escultura; sin embargo, muchísimas veces me «olvidaba» de «mis figuritas de barro», y entonces, era el color, era esa música suntuosa y ardiente de la pintura la que llamaba mi atención.

En vista de lo «aplicado» que era para el dibujo, según la opinión decisiva, rotunda, de mis «admiradores» de entonces, ingresé por consejo de mis padres, en la Escuela de Artes y Oficios. Allí aprendí, bajo la dirección de don Pedro Tarquis y de don Teodo-

miro Robayna; a encauzar mis disposiciones artísticas. Luego en mi anhelo de llegar a «ser algo» de lo que tanto soñaba... y sueño, vine a «caer», inesperadamente, en el taller del señor Compañ; hice todo lo que pude durante un año... Después, he continuado solo en el desierto...

Después, contra «viento y marea», contra miles de inconvenientes, contra dolorosas hostilidades...

* * *

Transcurridos algunos años de completa inactividad, volví, por una de esas «casualidades», a la que tal vez deba la evolución más grande y venturosa de mi vida, a trabajar desesperadamente. He hecho algunas obras, sin pretensiones de ninguna especie, seguro de que no causarían un «profundo estremecimiento de admiración», satisfecho en la sencilla pobreza de lo que es mío exclusivamente.

He salido pocas veces de mi tierra, y, sin embargo, tengo en el alma la impresión de que he viajado mucho, como aquellos soñados

res que, «en los bellos tiempos del romanticismo, salían de la lectura de Byron, cansados de vivir en una vida que sólo habían soñado».

* * *

Soy un propugnador ferviente de toda noble revolución artística, siempre que ésta no pierda su afinidad con la naturaleza que la creó; porque nada significa al mundo, que necesita de fuertes y bellas evoluciones intelectuales, el continuar imitando lo que tan maravillosamente han dejado hecho los maestros de otros siglos. Además, toda imitación siempre es pálida; nunca podrá alcanzar el valor de aquello que fué creado por nosotros mismos, en la absoluta confianza de que nuestra sinceridad no nos engañó...

JUAN PEREZ DELGADO «NIJOTA»

Yo quería ser cura

Fué en La Laguna, «era de noche y sin embargo llovía»; yo, si ustedes me lo permiten, tenía a la sazón trece años. Mi familia reunida en cónclave, me disparó por la espalda esta pregunta:

Niño, ¿qué piensas estudiar?

Yo no me amedrenté; al contrario: sin titubeos, poniendo una mano en el corazón, la otra en la mejilla, y la otra, no recuerdo dónde, (¡qué pose para un retrato!), contesté:

—Apreciables familiares: ¡yo quiero ser cura!...

Y empecé a estudiar latín, decidido a ser en lo futuro un buen padre de almas, para castigar con almendras los pecados al modo del cura del Pilar de la Oradada.

Yo no quería ser cura

¿Ser yo cura? ¡Qué locura!
Porque tú sabes, muñeca,
que este cura por tí peca,
si le dices: ¡Peca, cura!...

Efectivamente, «por mor» de cierta muñeca «mecánica», abandoné yo mis estudios eclesiásticos—no digo: «colgué los hábitos», porque nunca los llegué a usar—. ¿Que cómo fué la cosa? Fijaos: La citada muñeca de carne y hueso, (menos hueso que carne, al contrario de lo que dan en nuestras carnicerías), me soltó varias veces esta afirmación categórica:

—¡Mira, chico, tú nunca serás cura; nunca cantarás misa!

Yo me disparaba, como una escopeta, e inquiría agriamente:

—Y, ¿por qué no puedo yo ser cura?

—No puedes ser cura, porque no tienes ojos de cura.

—¿Que no tengo ojos de cura? Pero ¿es que para ser cura, se necesitan unos ojos especiales?

—¡No, nene, repetía ella, tú no tienes

ojos de curá, porque tienes «ojos de enamorado»!...

¡Caracoles! Aquí dí yo los tres brincos de rúbrica en tales casos, y empecé a hacer «in mente» las siguientes reflexiones: Enamorado es el que ama a una mujer. La mujer tendrá ciertos atractivos para ser amada. ¿Qué atractivos tiene la mujer? Y como estaba presente la citada muñeca, le dediqué una soberana «caída de ojos» que me caracteriza, pudiendo apreciar (¡y eso que no se usaba entonces la falda mínima ni el escoté máximo!) todos sus atractivos entrantes y salientes, por lo cual decidí —con el visto bueno del cónclave familiar— pasar del Seminario al Instituto, y dedicarme, desde luego, a la antigua, agradable, si que también culinaria tarea de «pelar la pava»...

Mi precocidad poética

 Mi lírica vocación
 es tan antigua, que infiero,
 rimé mi verso primero
 con mi primer biberón.

Queridos lectores: Manuel del Palacio, poeta bueno, si los hay, compuso una redondilla

ingeniosa que dice, más o menos: **Mi** vocación de poeta—es tan antigua, que infiero—solté mi verso primero—al tomar la primer teta.

Y yo, aunque es tan antigua como la suya. mi vocación, he tenido que arreglar la redondilla tal como aparece al principio de este párrafo, porque si don Manuel se crió con teta, yo; más humilde y menos sensual, me crié con biberón.

Es el caso, lectores, que yo en los blancos días de mi lactancia y en los de mi «desbiberón» (no digo destete, porque sería impropio) y después en los de mi adolescencia, ya me las entendía con las musas, y por una vil perra chica, para comprar pastillas, que me daban mis tíos, componía redondillas y cuartetas con inusitada facilidad.

Versos para el público

Tiene gracia, ¿no? Con el seudónimo de «P. Nalty», voz del argot balompedista, salieron a la luz pública mis primeros versos, en «El Balón», órgano de los «foot-ballistas» laguneros. ¡Iniciación augural y simbólica! ¡Un poeta que empieza a escribir en tal periódico, ha de rodar mucho por la vida y ha de terminar forzosamente a la patada!...

Pero cuando empecé a escribir en serio mis versos cómicos (perdonad la paradoja), con el seudónimo actual, fué allá por el año 1916, en «La Verdad», simpático semanario que se publicaba en La Laguna.

Después de «La Verdad» vine a «Gaceta», y he terminado esta primera etapa de mi carrera en LA PRENSA, donde he conseguido alguna popularidad—que Dios me conserve por muchos años—gracias a la gracia que derramé en mis croniquillas; porque yo, como decía Vital Aza,

Tengo gracia y humorismo.
¡ Me diréis que esto es cinismo!
Si será, no lo discuto;
pero no he de ser tan bruto
que hable yo mal de mí mismo.

Por qué me firmo Nijota

Yo tengo actualmente veintitrés años y cuatro canas en la cabeza. No sé si soy demasiado joven para tener cuatro canas, o demasiado viejo para tener veintitrés años. Lo cierto es que estas canas me salieron a consecuencia de una novia que tuve (¿quién no ha tenido una novia?). Esta dichosa novia

tenía un nombre (¿quién no tiene un nombre?). Este nombre empezaba por la letra ene. La tal novia, de cuyo nombre no quiero acordarme, se llamaba ¿Nicasia, Nabucodonosora, Nicanora? ¡No recuerdo! Fué entonces, cuando yo buscaba un seudónimo para mis versos de «La Verdad», y una noche le pregunté a mi novia: ¿Qué seudónimo me recomiendas, pichona? (¡Yo siempre he sido aficionado al tiro de pichón!).

Ella, que era bastante chistosa, me contestó: ¡Chico, si yo de eso no entiendo ni jota!

¿Ni jota has dicho?, grité yo. ¡Eureka, eureka! (Estos «eurekas» los oyó mi suegra desde su habitación, y me gritó: ¡No sea usted mal hablado!). ¡Ni jota has dicho! Pues bien; ahí tienes el seudónimo; uniremos nuestros nombres en mis triunfos literarios, al igual que ya están unidos en mis triunfos amorosos (¡qué se creía ella eso!) La N inicial de tu nombre, la J inicial del mío, enlazadas por la copulativa y, de este modo N y J. De ahí salió el Nijota, que tengo el gusto de ofrecerte, lector.

Apoteosis final

Como yo soy un muchacho gracioso y

quiero tener una buena caída, he pensado suicidarme arrojándome del más alto balcón de una torre. ¡Así tendré una muerte de grandes vuelos!

La torre escogida para el suicidio será la de la Concepción de La Laguna, porque allí, en el interior de dicha torre, fui bautizado, y porque siendo La Laguna mi pueblo natal, creo que agradecerá esta deferencia de designarla para escenario de mi muerte. Los pueblos siempre agradecen que sus hijos los prefieran para realizar los actos más trascendentales: El estreno del primer drama, la publicación del primer libro de versos o el lanzamiento del último suspiro.

Yo espero que mis amigos y paisanos de la vieja Agüere, sabrán agradecer mi patriótico gesto y honrar mi clara memoria, colocando en el interior de la torre donde pienso hacerme papilla, y en sitio bien visible, una mármorea lápida con la siguiente o parecida inscripción:

«Aquí dentro fué bautizado el gran poeta humorístico Nijota, y ahí fuera, cansado de la vida, se rompió el bautismo. Requiescat in pace.»

BIOGRAFÍAS ISLEÑAS

Cabrera Pinto

**Su labor en la enseñanza y en el
periodismo**



**Valentín Sanz, 15
Santa Cruz de Tenerife**

Valor destacado en la vida intelectual del país, espíritu lleno de noble y constante inquietud, la obra de Cabrera Pinto en Tenerife fué y sigue siendo digna de gratitud y elogio por todos los que tuvimos ocasión de aquilatarla y aplaudirla.

Su antigua y brillante labor como periodista, tanto en las columnas de los periódicos locales como en los grandes diarios de Madrid, en los que popularizó el pseudónimo de «Fraymón»; sus grandes entusiasmos por toda obra de cultura, y más que nada su gestión incansable y meritísima como director del Instituto de La Laguna, al que elevó a la categoría de uno de los primeros centros docentes de España, como han reconocido cuantas personalidades han visitado el magnífico establecimiento,—Meca de la espiritua-

lidad canaria,— contribuyeron en tal forma a cimentar el prestigio del finado, especialmente por sus dotes de organización y ténidas iniciativas, que nadie osó regatearle los méritos que había contraído ante el país por tan especiales cualidades de actividad y de amor a la institución que representaba, y por la que tan ardoroso entusiasmo demostró siempre.

×

El concepto que de la labor del señor Cabrera Pinto tenían sus paisanos, lo confirmaron después testimonios de la mayor excepción—recordamos en este momento los nombres de Unamuno, Cobián, Conde de Romanones, Blasco Ibañez, Franco Rodríguez, Zamacois y otros ilustres visitantes del Instituto— y últimamente el señor Lerroux, dejó consignada su impresión en estas laudatorias palabras:

«Crear de la nada es obra divina; pero obra humana, que puede llegar a ser excelsa, es la de hacer revivir las ruinas para convertirlas en templo donde se preparan las generaciones que han de perpetuar las glorias de la raza y aumentarlas.

Quien la hizo puso en ella tanto corazón como inteligencia y tal vez ha echado los ci-

mientos en el lugar más adecuado, de la Universidad que ha de unir intelectualmente la regeneración de España con sus filiales de Africa y América.

No quisiera para mí más alta gloria que esta que merece el maestro, el director de este Instituto y mi venerado amigo, don Adolfo Cabrera Pinto.»

×

El señor Cabrera Pinto cursó sus primeros estudios en La Laguna, trasladándose después a Sevilla, donde obtuvo el título de Licenciado en Filosofía y Letras.

Fué luego bibliotecario del Instituto de Avila, en cuya población residió varios años, y profesor auxiliar más tarde, de los Institutos de Granada y Ciudad Real, cuyos cargos renunció.

En 1904 se le expidió el título profesional de catedrático numerario, desempeñando como tal los cargos de director de Instituto, de la Normal de Maestros y de la Sección Universitaria que contribuyó a crear con sus activas gestiones.

Fué también oficial tercero de Administración y primero del Gobierno civil de Avila; diputado provincial y vicepresidente de

la comisión provincial en varias ocasiones; presidente honorario del Magisterio de la Palma; académico de la Real de la Historia y de las Bellas Artes, y escritor, como al principio decimos, de gran nombradía, habiendo publicado un libro sobre la vida de Santa Teresa de Jesús, que mereció entusiastas elogios de la crítica madrileña.

×

El señor Cabrera Pinto fué objeto en varias ocasiones de entusiastas y merecidos homenajes.

En 1906, con ocasión de la visita del rey al Instituto, el Claustro, por unanimidad, como antes, en julio de 1905, renovó su solicitud de que se le concediera al señor Cabrera Pinto la Gran Cruz de Alfonso XII, entregando personalmente a S. M. nuevas y razonadas instancias.

En una inspección que giró a los establecimientos docentes de Canarias el rector de este distrito universitario, decía «que por el brillante estado en que se encuentra este Instituto y por las importantes reformas llevadas a cabo, en su mayor parte por el señor Cabrera Pinto, no solo con las cantidades asignadas por el Estado, sino logrando dona-

tivos de los particulares al citado fin», daba cuenta de ello a la superioridad proponiéndole para una distinción.

En 1913, reunidos en el salón de actos del Ateneo de La Laguna, representantes de los centros docentes, del Cabildo Catedral, Económica de Amigos del País, sociedades y corporaciones, sin excepción de ninguna clase, para testimoniar de un modo imperecedero y elocuente la gratitud de aquella ciudad al señor Cabrera Pinto, a quien se debe la creación de la Escuela Superior de Comercio de Santa Cruz de Tenerife, la Escuela Normal Superior de Maestras de La Laguna, la implantación de los estudios universitarios, las obras del Instituto, etc. etc., esto es, la vida espiritual de Canarias, acordaron adquirir por suscripción popular un busto de bronce que debería colocarse en el salón de actos de la Universidad.

En el mismo año, el Ayuntamiento de Santa Cruz de la Palma, de donde era natural el señor Cabrera Pinto, acordó asociarse a este homenaje.

En 1914, el Ayuntamiento de La Laguna acordó por unanimidad que, como homenaje a sus constantes desvelos y trabajos en pro del engrandecimiento del primer centro do-

cente de esta provincia, el busto del señor Cabrera Pinto, adquirido por suscripción popular, fuera colocado en la plaza de Guillermo Rancés, que da entrada al Instituto.

El interesado renunció a este homenaje, por estimarlo superior a sus merecimientos.

En 1915, el Real Consejo de Instrucción Pública, en pleno, le propuso por unanimidad para la encomienda de número de la Orden civil de Alfonso XII.

En 1917, el Ayuntamiento de Santa Cruz de la Palma, tomando en consideración los excepcionales méritos que concurrían en el señor Cabrera Pinto y su incansable celo en pro de la enseñanza, acordó declararle hijo predilecto de aquella isla.

×

En 1920, el Ayuntamiento de La Laguna, a instancia de los alumnos de todos los centros docentes de aquella ciudad, suscrita además por el vecindario, sin distinción de clases ni ideas políticas, acordó por unanimidad otorgarle el título de Hijo Adoptivo de La Laguna y darle el nombre de «Cabrera Pinto» a la calle de Fagundo. El pergamino que con tal motivo se dedicó al interesado, dice así: «El Excmo. Ayuntamiento Constitucio-

nal de La Laguna de Tenerife, impulsado por un sentimiento de justicia y fervoroso patriotismo, en sesión celebrada en 26 de enero de 1921, acordó nombrar a don Adolfo Cabrera Pinto y Pérez Hijo Adoptivo de San Cristóbal de La Laguna, y poner su nombre a una de las principales calles de la ciudad. La abnegación, la perseverancia y celo insuperables con que ha vivido entregado a una labor provechosa y fecunda en pro de los más altos intereses del país son virtudes que demandaban esta consagración pública y solemne, a la que se asoció el pueblo entero de La Laguna, orgulloso de que recibía en su seno varón tan esclarecido.»

A estas muestras de simpatía del pueblo lagunero correspondió siempre el señor Cabrera Pinto con una veneración extrema por la noble e histórica ciudad. «¿Dónde habrá tierra como esta?—escribía en una ocasión—. Respirando el aire perfumado que refresca y alegra los sentidos, de la vega de Agüere—hermosa llanura, rodeada en parte de una serie de colinas que, en forma de herradura, la resguardan de los vientos fríos del Teide, que, con sus «nieves cano», tiene a la espalda, y que con sólo andar unos cuantos kilómetros al suroeste se asoma al mar, cuyas brisas

templan el ardor propio de estas latitudes— parece que se siente la plenitud de la vida y que la comunión con la naturaleza nos infunden nuevos alientos, nuevas fuerzas. La primavera eterna de la isla de Calipso reside, sin duda alguna, en la antigua e ilustre ciudad de los Adelantados.»

Ausente en Sevilla, donde se encontraba por motivos de salud, el ilustre *catedrático* dejó de existir en la capital andaluza a fines de Diciembre de 1926, causando su pérdida profunda y general impresión en el país, y rindiéndosele por todas las clases sociales un sincero homenaje de afecto y simpatía a su memoria; justo premio a quien con tanto entusiasmo y eficacia sirvió la causa de la cultura isleña.

De su labor periodística

AVILA A VISTA DE PAJARO

De Avila suele decirse que sólo tiene dos estaciones. la de invierno y la... del ferrocarril. La frase—no muy exacta por cierto, pues en Avila hay comarcas donde en pocas horas se pasa de la región de las nieves perpetuas a la del olivo,—la frase hizo fortuna, y de ahí su mala fama.

Con esta misma prevención llegué yo a la antigua capital castellana. Sabía que Avila está asentada en una elevada y ancha colina del Guadarrama, y tan próxima a Madrid, que con andar un centenar de kilómetros se ascema al Manzanares. Que era la ciudad histórica por excelencia: la patria de los héroes de Zorita y de las Jaras de Sevilla: de Jimena Blázquez y de las barbianas hembras que

en cierta ocasión memorable le ayudaron a rechazar el asedio puesto a su fortaleza. Que aquí nació la admirable monja Teresa de Jesús: la gran Doctora mística de la Iglesia. Sabía, sobre todo, que el frío es tan intenso, que, para librarse de sus caricias, Alfonso el Batallador—según cuentan las crónicas—mandó «hervir en aceite», ni más ni menos que si se tratara de pescadillas, a los nobles que quedaron en rehenes cuando se acercó a las murallas y no pudo apoderarse de aquel célebre niño, confiado entonces a la lealtad avileña que andando el tiempo había de llamarse Alfonso VII... Y con ser tanta mi ignorancia, que no llamo crasa por no incurrir en el famoso tópico, creo que los propios madrileños no sabrían más que yo en este punto.

×

—¿Lo ven ustedes? Se habla mal de Avila, o mejor, se hablaba, porque no se la conocía, y principalmente porque se habla de ella en invierno.

Hoy, merced a la propaganda incesante, todo el mundo sabe que Avila, al amparo de soberbias cumbres, posee una de las más amenas y deleitosas regiones, una de las estacio-

nes de verano más agradables. Sus mil y pico de metros sobre el nivel del mar, sus 12 grados de temperatura media, su clima inapreciable en esta época del año, su corta distancia de la capital de España y otras condiciones que poco a poco han ido divulgándose, eran un incentivo poderoso para el madrileño que huye en verano de la aridez que le rodea. No en todas partes se encuentra: salu-tíferas aguas como las de Revenga, temperatura agradable, buenas carnes, fresca leche y sabrosísimas truchas, como otras ricas y muy sazonadas frutas—que diría el clásico—no menos a la vista que al gusto agradables.

Y con ser muchos, no son éstos sus únicos atractivos. Avila encierra además monumen-tos insignes, tesoros históricos ocultos largo tiempo a los ojos del vulgo, y que mi distin-guido amigo Sánchez Moguel y otros hom-bres como él ilustres, van aclarando con notas de discreta erudición.

La muralla que circunda la vieja ciudad, y que puede citarse como ejemplo de forti-ficación de la Edad Media, tan completa y tan bien acabada, que quizás no exista en Eu-ropa ninguna otra que la iguale; la catedral, cuyas líneas sencillas expresan, sin vacilacion ni vagos contornos, la elevación del espíritu

cristiano, y cuyo aspecto varonil, de verdadera fortaleza, evoca el recuerdo de aquella época gloriosa en que a un tiempo se rezaba con fervor y se peleaba con denuedo; la basílica de San Vicente, uno de los templos más hermosos que el catolicismo ha inspirado en España, y cuya restauración, dirigida por el genial autor de la Bolsa de Madrid, va muy adelantada, el convento de la Encarnación, donde pasó la mayor parte de su portentosa vida Santa Teresa de Jesús; el de Santo Tomás, residencia veraniega de los Reyes Católicos y sepulcro del infante don Juan; la capilla de Monsén Rubí, verdadera joya que su poseedor y patrono el Conde de Parcent y Marqués de Fuente del Sol procura conservar en toda su pureza; el elevado torreón de los Guzmanes, en el cual descansó a su regreso del Norte el malogrado Alfonso XII; la Academia de Administración militar, establecida en el antiguo palacio de Polentinos, y tantos y tantos otros monumentos a cuyo mérito artístico va unido el interés histórico, cautivan de una manera irresistible la atención del forastero.

Así se explica el incremento que la colonia veraniega, la madrileña sobre todo, va adquiriendo de año en año.

Ávila es, sin duda alguna, el Madrid de verano.

Basta, para comprender el influjo que esta provincia debió ejercer en la cultura española, fijarse en el «Monumento a las grandezas de Avila», levantado en la plaza del Alcázar con motivo del tercer centenario de Santa Teresa. Como Goethe simbolizó las ideas en las antorchas que «las madres de la vida» llevan por el caos de la superstición y de la ignorancia, Avila ha querido simbolizar toda su historia en ese monumento, señalando a la admiración de las generaciones presentes y futuras sus santos, sus escritores y artistas, sus militares célebres y sus personajes políticos, que llevaron también la luz de la civilización a todas partes.

Pero no se crea por esto, como piensa mi ilustre amigo el Barón de Tourtoulon—uno de los escritores franceses que con más imparcialidad hablan de nuestra patria, sin incurrir en exageraciones ridículas ni exclamaciones cursis,— que Avila ha permanecido en plena y característica Edad Media. No. Sin aventar despreciativamente las cosas de sabor histórico tradicional y legendario que la individualizan, sin prescindir siquiera de los mercados del viernes, que esos sí tienen un

pronunciado sabor antiguo, sin renunciar; en una palabra, a su abolengo, Avila, como Fausto, se va convirtiendo, por arte, no del diablo, sino de una buena administración y del espíritu trabajador y tenaz de muchos de sus naturales, en un pueblo a la moderna.

X

No es éste un artículo-reclamo.

No, no se trata de eso; que Avila no necesita ya reclamos.

Visítela—en verano mejor que en invierno—, visítela los que no piensen así, los que crean aún que en Avila no hay más que nieve, y de fijo convertirán sus dicterios en alabanzas. De mí puedo decir, plagiando el antiguo cantar, que si me pierdo alguna vez (lo cual dudo), y hay interés en buscarme (lo cual dudo más todavía), me busquen en Avila.

Y no se apresuren mis queridos paisanos, enamorados, como yo, del único país del mundo donde el termómetro «duerme» en eterna primavera; no se apresuren a escandalizarse y tomarme por un hijo renegado.

Que me busquen en Avila... si no estoy en Canarias.

SANTA CRUZ Y LA LAGUNA

El gran novelista español está en lo cierto. «La imaginación popular—escribe en «Los Ayacuchos», episodio noveno de la serie tercera,—la imaginación popular emborriona la historia, y luego nos cuesta Dios y ayuda descubrir con raspaduras la verdad.» Así se explica la leyenda relativa a la enemistad y antagonismo entre Santa Cruz y La Laguna, cuando nada hay, al parecer, que justifique estas prevenciones. Santa Cruz tiene su espaciosa bahía y su magnífico puerto, a juzgar por lo que dice de él persona tan competente como el ingeniero señor Guadalfajara, será uno de los mejores de España; La Laguna tiene sus campos, sus Rodeos, que, no por lo que de ellos se cuenta, sino por lo que

producen, son el granero de Tenerife. Santa Cruz tiene su invierno; La Laguna su verano. En Santa Cruz están los centros militares y civiles; en La Laguna los docentes y eclesiásticos. En época de fiestas levantais vosotros, en el más céntrico y concurrido de los paseos—la plaza de la Constitución— un bazar de beneficencia, impropio, por lo antiestético, de la más modesta aldea; nosotros tenemos en la más hermosa y concurrida—la plaza del Adelantado— otro bazar que, a feo, no le va en zaga al primero. Media Laguna pasa el invierno en Santa Cruz. La Laguna es la Santa Cruz del verano, con perdón sea dicho de los vecinos del Cabo. Cuando la brisa se declara en huelga, un borriquillo muy simpático, el más simpático que se pasea por Santa Cruz, que no se envanece como otros, más tratables, pero más burros, y que obedece humilde todas las indicaciones que se le hacen con el ronزال, provee del apetecido hie-lo a los vecinos: para los días, contados por cierto, en que La Laguna se «acalora» tanto como Santa Cruz, otro burro, también simpático y resignado a su papel de tirar de un carro, prestará aquí idéntico servicio...

¿De qué nace ese antagonismo? Si existió en tiempos, en que los burros no repartían

el hielo a domicilio, el verano se ha encargado de borrar toda diferencia. Basta acudir, de día, a las carreteras y paseos, llenos siempre de forasteros, casi todos de Santa Cruz, y, de noche, a la plaza del Adelantado, para convencerse de ello.

Cuando el tiempo lo permite, el centro predilecto de reunión es esta plaza, que viene a ser algo así como la estación central de todas las personas conocidas, el Bolsín a los efectos mutuos. Allí, durante las primeras horas de la noche, se congregan al amor de la charla las dos ciudades hermanas: Santa Cruz y La Laguna. Allí se oye música los jueves y domingos, muy buena por cierto. Allí se contemplan caras bonitas y se escucha dulce y gracioso hablar. Allí se conoce a todo el mundo; se murmura de todos—porque ya se sabe que la murmuración es la única superioridad del hombre sobre los demás animales,— y se vive casi en familia...

Será esta plaza una sala de disección. Medio mundo criticará del otro medio. Acaso se oigan verdades amargas. No lo niego. Pero yo desafío a que me citen un lugar donde pasar mejor y por menos dinero las noches de verano.

EPISODIO DRAMATICO

Una nota triste debe terminar esta crónica si ha de ser reflejo fiel de lo que ocurre en La Laguna.

Hace pocos días leía y saboreaba el artículo que desde la playa dirigió Biasco Ibañez a un diario madrileño, y que el novelista valenciano, al ver cómo en plena naturaleza los pulmones funcionan con más vigor y la sangre circula con más fuerza, al sentir, en una palabra, la egoísta voluptuosidad de la salud, no duda en bautizar con esta frase del gran Zola: «La alegría del vivir».

Una noche—nos cuenta, después de pintarnos un hermoso paisaje—, la grandeza del Arte turbó este majestuoso silencio de la playa, compuesto de mil sonidos indefinibles, y

mientras los compañeros de Sorolla se extasiaban en la contemplación de los efectos de luz que producian sobre los grupos las trisadadas linternas japonesas, el violoncello exhalaba su queja dulce, cantaban los violines apasionadas frases, y la viola, el instrumento del amor, confundia su halagadora caricia con el susurro del mar, que parecia extenderse lánguidamente sobre las arenas para oír mejor. Ahora era Beethoven, que ganaba nuestras almas para pasearlas por la inmensidad asomándolas a todos los abismos; después, Mozart, con su gracia cortesana, que hacia soñar salones de porcelana, blancas pelucas, rojos tacones y huecas faldas de rameada seda; Mendelsohn animaba en el ambiente, con sus vivos y fantásticos giros, todo un mundo de seres invisibles, y Schumann daba la sensación de la tempestad en aquella calma de noche de verano; como ojos de invisibles oyentes, brillaban a lo lejos los puntos de luz de los faros, las linternas de los buques, los reverberos de los barrios marítimos, y por encima de la arboleda marcábase, como una niebla roja, el vaho luminoso del alumbrado de la ciudad.

¡Cuán alegre la vida! ¡Qué hermosura la del Arte!

Todos pobres y casi bohemios—continúa—sentimos las más dulces de las embriagueces, lo que no puede proporcionar vino alguno, y lamentábamos irónicamente la miseria de los grandes millonarios, de los reyes y de los emperadores, que seguramente estarían a tales horas sudando en sus lujosas camas, sin más música que la de algún irreverente mosquito.

Amanecía. Como si cayesen telones de gasa—prosigue—iba aclarándose el horizonte, y el mar, a la luz azulada del alba, parecía blanco y denso como de temblona gelatina, en la que se abrían paso trabajosamente las primeras barcas. Se destacó poco a poco en la playa la silueta inmóvil de un carabnero, y a sus pies algo informe, como ramas o ropas amontonadas, pero cuya vista nos hizo palidecer al poco rato. El mar, agradeciendo la serenata, con sus lentas ondulaciones nos había traído su regalo: un cadáver.

X

El hermoso cántico de Blasco Ibáñez a la playa y huerta valencianas sonaba en mi oído como música de largo tiempo conocida. Los campos de La Laguna, como la huerta de Valencia, extienden hasta la ciudad su des-

bordada vegetación: también en nuestra pintoresca campiña ondean las palmeras con surtidores de pluma, y las parras se enredan como serpientes de esmeraldas a los erguidos troncos, y las flores esparcen sus perfumes, y los pétalos de las últimas rosas vuelan entre enjambres de insectos de oro. ¡Vivir! Sólo aquí, en esta deliciosa campiña, con un ambiente que irradia luz y colores, se comprende la alegría de esta palabra. Aquí, aunque La Laguna con andar tan solo unos cuantos pasos pueda asomarse al mar, a buen seguro que el mar le traiga nunca su terrible regalo.

Esto pensaba yo cuando en uno de los sitios más públicos de La Laguna, donde agitan las palmeras sus surtidores de pluma, donde vuelan los pétalos de las últimas rosas entre los enjambres de insectos de oro, donde esparcen sus perfumes las flores, y donde debe sentirse, más que en ninguna otra parte, la alegría de vivir, apareció un hombre ahogado: ahogado en una pequeña charca que difícilmente cubría su cuerpo rígido, yerto, sin más ropas que una camiseta y unos calzoncillos. No fué a tomar su «primero y último baño», como el joven «escupido» por el mar frente a la casa de Blasco. Era el cadáver de

un hombre honrado, inteligente y laborioso, un padre de familia modelo y un individuo útil a la sociedad. El trabajo que falta o que no produce lo bastante; la administración que al propio tiempo recarga las contribuciones; una factura más o menos apremiante; el delirio, que puebla la mente de fantasmas y de sombras, le arrojaron en brazos de la muerte, esa eterna desposada de los desesperados...

Desde aquel amanecer, Blasco Ibáñez nos dice que está triste, siempre triste. Las espumas, la luz, el sonriente azul de ese inmenso espejo que se llama mar, le recuerdan la sonrisa hipócrita del niño manso y malvado que jura no pecar, mientras prepara una nueva diablura.

Desde este otro día que tanto aterró a los vecinos de La Laguna, también yo estoy triste, siempre triste. ¿De qué sirven todas las fuerzas de vida y de riqueza que hay en Canarias, si la carestía de una parte y lo que se lleve el fisco de otra, paralizan todos nuestros esfuerzos, todas nuestras ansias de mejoramiento; si lo que hace la Naturaleza, la Sociedad lo destruyè?

EL CRISTO DE LA LAGUNA

La devoción que ha inspirado el Cristo de La Laguna puede sólo compararse con la que infundieron e infunden todavía imágenes tan celebradas como la de la Virgen de la Macarena—la morenilla que hace llorar de alegría a las cigarreras apenas asoma su rostro divino por la Resolana—o lugares tan afamados como el sepulcro de Santiago.

Entre los cristos más populares de España figura el Cristo de La Laguna. Como el milagroso de La Seo, que comparte con la Excelsa Patrona de Aragón los fervores de los zaragozanos; como el famosísimo de Canadá, hallado sobre los mares de Irlanda por los pescadores de aquel pintoresco pueblo del Cantábrico en la época en que Enrique VIII

de Inglaterra persëguía a los católicos, destruía sus iglesias, quemaba sus imágenes y cerraba sus monasterios; como el histórico de la Vega, que dió nombre a la hermosa leyenda de Zorrilla, y que, a semejanza del que se venera en la capilla de San Mimato, en Florencia, tiene el brazo izquierdo desprendido y caído de la cruz: como el de Triana, el Cahorro de Triana, jōya artística de inapreciable valor, orgullo de los trianeros y admiración de cuantos le contemplan; como el de Burgos, que la piedad atribuye al propio Nicodemus, y como tantos otros... el Cristo de La Laguna recibe también culto universal. De toda la isla, de toda la provincia, de toda España y aún de toda la América española, se envían ex-votos cumpliendo promesas hechas al Cristo.

X

A la prodigiosa imagen del Cristo de La Laguna va unida, como a las anteriores, su historia y leyenda, transmitida de padres a hijos y consagrada por la devoción popular.

Cuenta una tradición, recogida cuidadosamente por Núñez de la Peña en su obra sobre Canarias, que construido, casi a raíz de la conquista, el convento de San Francisco,

el Adelantado Alonso Fernández de Lugo quiso donar a la comunidad un crucifijo de indiscutible mérito artístico con el fin de promover la devoción del pueblo hacia el Redentor del género humano. En esto están de acuerdo todas las versiones, aunque varían respecto a la forma cómo se adquirió la efigie que desde entonces existe en la capilla del que fué convento de religiosos franciscanos.

De tres maneras distintas se refería el hecho en tiempo del reverendo padre Quirós, provincial de la orden. Mas, sea procedente del Cairo o de Tierra Santa, y comprado en Barcelona al capitán de una nao veneciana por el mismo Fernández de Lugo con el dinero que le facilitara un arcángel, generosos prestamistas cuya especie ¡ay dolor! se ha perdido para siempre; haya venido directamente a Santa Cruz y verificándose o no, en el acto de la compra, el aumento de ducados hasta completar el precio, como se verificó el milagroso aumento de los panes; fuera, en fin, traída por dos ángeles, revestidos al efecto de forma humana, y entregada a los comisionados que pensaban embarcarse en dicho puerto para mandar labrarla en la Península, la tradición atribuye a la imagen un origen sobrenatural, que hará sonreír al gran

escritor contemporáneo Sergi, para quien los latinos, franceses, italianos y españoles, son los últimos depositarios en el mundo de la idolatría y la superstición, pero que regocija a los espíritus menos fuertes y a los ánimos menos audaces y gustosamente reclusos en el santuario de las primitivas creencias...

La escultura del Cristo, de magnífica talla, pertenece en opinión de unos inteligentes al siglo XII y según otros al comienzo del XIII. Una monja del monasterio de San Bernardino, en Las Palmas, Sor Catalina de San Mateo, más notable por sus místicas iluminaciones que por su competencia en materia de arte, pretende que la imagen fué hecha por los mismos que presenciaron la sublime tragedia del Calvario. Sea cual fuese su antigüedad, remotísima sin duda, lo cierto es que esta divina efigie, imán del cariño y devoción de los laguneros, vino a ser desde luego el seguro asilo adonde acudía la piedad cristiana en las calamidades públicas. Cuando sobre esta hoy semi olvidada ciudad pesaba alguna grande aflicción y debilitaba el vigor de los naturales una epidemia, o amargaba el porvenir del labrador «la sequía de los campos o la presencia en ellos de la devastadora langosta, el Cristo era sacado del

templo procesionalmente, contándose como otros tantos milagros estas romerías.

A eso, a la protección que siempre dispensó a la primitiva capital de Tenerife, debe el título de Cristo de La Laguna. El Ayuntamiento, por acuerdo de 7 de Septiembre de 1607, dispuso se consignara en sus presupuestos la cantidad de cincuenta ducados para uno de los templos más admirables del arte cristiano, el nunca bien ponderado San Juan de Letrán, en Roma.

Pero, ¡oh, fuerza de la inconstancia humana!, la devoción al Cristo de La Laguna no ha sido siempre la misma. Hará unos sesenta años el Cristo estaba arrinconado y la capilla tan abandonada, que un día penetró en ella el ganado que pastaba en la plaza de San Francisco, no menos abandonada que la capilla; lo que hizo exclamar al célebre padre Argibay, zumbón y buena persona a la vez: —«Nuestro Señor muere como ha nacido: en un establo...»

El culto que en la actualidad se tributa a la soberana imagen excede al de los primeros tiempos. Es un culto grande, intenso, vivo.

Durante las fiestas del Cristo, La Laguna, que desde la época del padre Argibay ha

realizado bruscos adelantos más parecidos a saltos caprichosos, como decía nuestro insigne Galdós, que al andar progresivo y firme de los que saben adónde van, mas no por eso menos reales,—se transforma por completo durante sus famosas fiestas del Cristo. A semejanza de ciertas casas ilustres de Castilla que con lo que les resta de su pasada opulencia pueden aún deslumbrar y admirar cuando se lo proponen, La Laguna causa en esos momentos una impresión de maravillosa grandeza. No, no exagero. Sus viejos edificios, retocados con motivo de las fiestas, presentan evidente mejora de cariz; sus muros dados de cal, lucen mejor que de ordinario; las flores que se asoman, cariñosas, a las tapias de los corrales y huertas, parecen más bellas, sin duda por el mayor cuidado que en estos días reciben; el pueblo, mejor, los pueblos todos de Tenerife, vestidos de gala, invaden la ciudad, llenan el templo y se desparraman por sus anchas calles que recorre la procesión, adornadas de trecho en trecho con vistosos y artísticos arcos, y por las plazas, suntuosas, sin rival en Canarias, iluminadas a la veneciana. En una palabra, la pereza noble, como de león adormecido, que invade el espíritu lagunero, se convierte en

rica ciudad de los Adelantados revive y evoca sus días de gloria.

Pero el acto más conmovedor, de majestuosa pompa e incomparable poesía, el más digno de contemplación para el creyente y de estudio para el artista, es el regreso de la imagen a su santuario. En la hermosa plaza de San Francisco, profusamente iluminada y llena de un gentío inmenso, descansa la soberana imagen antes de entrar en la capilla, en un monumental templete...

El Cristo, vuelto hacia su ciudad predilecta, parece tenderle sus brazos y decirle:

—Yo velaré por tí.

La sensación que este acto produce es inefable, grave, solemne, indescriptible. En los regocijos—y perdonad lo profano de la frase— en los demás regocijos populares acaso haya momentos de mayor jolgorio; no lo hay seguramente de más comunicativo júbilo. Parece como que a través de los siglos llega a nosotros un eco, no de las tristezas del Gólgota, sino de las alegrías de Sión.

BIOGRAFÍAS ISLEÑAS

González Méndez

(IMPRESIONES Y RECUERDOS DE
SU VIDA ARTÍSTICA)



Santa Cruz de Tenerife
Valentín Sanz, 15

Una visita al estudio del pintor

González Méndez... Le conocimos en su estudio del antiguo Camino de los Coches. El artista, blandiendo en sus manos un martillo y un escoplo, daba los últimos retoques a una talla en madera. Unos relieves, estilo Renacimiento, en gruesos tablones de tea resinosa y llena de nudos, en los que invirtió sus ocios durante dos años. En aquella labor ayudábale a ratos los inteligentes obreros, Manuel Espinosa y Francisco Quintero, sus discípulos en esta clase de trabajos, por los que demostraba especial afición.

La estancia era amplia, de grandes ventanales y elevado techo. Todo en ella denotaba el refinado gusto del artista. Magníficos tapices, trofeos, panoplias y armaduras. Antiguos bargueños, caballetes y profusión de cuadros en las paredes. En una pequeña me-

sa, que lucía en su centro un coco tallado, se amontonaban numerosas revistas francesas. En una de ellas, «La Revue du Bien dans la Vie et dans l'Art», aparecía un retrato del pintor y en otras páginas un amplio juicio crítico de sus obras. Lo firmaban dos conocidos literatos franceses, los hermanos Paul y Georges Romilly. Al comienzo del escrito decían: «El proverbio de que nadie es profeta en su tierra no tiene valor en España. Las Islas Canarias se enorgullecen hoy de tres de sus hijos, igualmente y diversamente célebres: un político, León y Castillo; un novelista, Pérez Galdós, y un gran pintor, González Méndez.»

A continuación, los hermanos Romilly consignaban los rasgos más salientes de la vida artística del pintor: sus primeras luchas en París, en los días de zozobra de la invasión prusiana, tiempos de privaciones y agobios económicos en los que tuvo que dedicarse a pintar abanicos para proporcionarse medios de vida. A los dos años de rudo batallar, su primer triunfo: un premio de la escuela de Artes Decorativas por un trabajo de escultura. Luego, su ingreso en la Escuela de Bellas Artes para dedicarse exclusivamente a la Pintura; su excursión más tarde por España

y Canarias para obtener apuntes de viejos pescadores y campesinos, estudios que le valieron grandes elogios del profesor Gerôme y de sus compañeros de la Escuela. Y ya con una completa preparación técnica, sus éxitos en la Exposición de París de 1876 y en los certámenes de la galería Georges Petit, donde presentó un catálogo de más de ciento cuarenta obras en pintura, pastel, acuarela, tinta china y dibujos. Suceso resonante en los círculos artísticos y en el gran público de París, que le colocó a la cabeza de los más destacados pintores de la época, y por cuyo triunfo, a propuesta unánime de la Asamblea, fué concedida a nuestro paisano la cruz de la Legión de Honor.

Anotemos, por último, algunas de sus obras más elogiadas: «Un duel sous Louis XIII», «Un vieux charrón» (premiada en la Exposición Universal de 1889), «Le conseil du Vieux Maître», «Una audición del siglo XVII», «Enrique III», un retrato premiado en la Exposición de 1900, sus trabajos decorativos en Tenerife y su cuadro, «Fiesta palmera», de asunto regional, aparte de gran número de «panneaux», dibujos alegóricos y en tinta china, que, a juicio de los críticos, podían ser comparados a las ilustraciones de

los más célebres maestros de la época, Maurice Leloir, Julien Blant y otros.

Glosando el poema maternal simbolizado en uno de sus cuadros, «La jeune mère», —una bella campesina bretona de blancas tocas, dormida junto a la cuna del hijo de cabecita rubia—, un gran poeta francés, André Barde, escribió esta estrofa:

La fileuse a file su tard, cette veillée,
que le fil a glissé de son doigt nonchalant,
Qu'elle a aissé dormir sa paupière éveillée,
Et son sommeil se peche au sommeil de l'enfant.

Otro aspecto muy simpático de la interesante personalidad artística de González Méndez, era su afición a la música.

Desde muy niño, el artista reveló esta vocación, sugestionándole sobre todo los cánticos religiosos.

—¡Había que oírme—nos dice en tono irónico—cantando el «Incarnatus» en la catedral de La Laguna!... Después pasé de la categoría de modesto cantante a la de inspirado compositor, y más son, entre otras producciones musicales, una «Marche antique» y un «Menuet»... De la primera dicen los hermanos Romilly que no haría mal efecto

en una representación d'Eschyle y Sophocle, y de la segunda que hubiera encantado en el siglo XVIII...

En todas las obras de González Méndez campean la originalidad, la riqueza de matices, la maestría y la inspiración. El artista no ha olvidado, según los hermanos Romilly, que era el compatriota de Velázquez, del que era ferviente admirador, y de Murillo, y como estos grandes y gloriosos maestros ha sabido ser colorista sin sacrificar la pureza del dibujo.

Otra alta cualidad de este artista era la variedad de su paleta. En sus acuarelas, «victoriosas de dificultades», muestra el colorido intenso, los paisajes luminosos de las islas Canarias, y en sus cuadros más célebres —«Un vieux charron», «La jeune Mére» —las medias tintas delicadas, el cielo brumoso y velado de la Bretaña, con sus tipos melancólicos y sombríos...

Cuando abandonamos el estudio, el ilustre pintor nos tiende su mano con cordial efusión, y nos dice:

—Hace usted bien en acercarse a nosotros, los artistas. Que todo no sea hablar solamente del plátano y del tomate..

Leoncío Rodríguez

González Méndez en Madrid y París.

Entraba un día por casualidad en el «Café Universal» de Madrid, donde los estudiantes canarios solían reunirse para distraer un momento la atención de sus profundos estudios, y ví, entre un grupo de amigos que le rodeaban, un joven moreno, de negros y retorcidos bigotes, ojos de mirada penetrante, seco de cara y sumamente nervioso, que les hablaba de bellas artes con la facilidad del que conoce a fondo la materia.

Sentéme cerca y me puse a estudiarlo, según mi pernicioso costumbre de observar las personas desconocidas, cuando uno de los jóvenes canarios se me acercó con aire misterioso para decirme que aquel señor era Manuel González Méndez, un pintor distinguido y discípulo de la escuela de París. Yo abrí

una boca tamaña significando mi asombro, y después de reflexionar larga y seriamente, me acerqué al oído de mi amigo para decirle con igual misterio «¡Pues no le conozco!»; a lo cual el amigo en cuestión me arrojó una mirada de desprecio para hacerme ver mi ignorancia.

Acerquéme aún más al pintor y trabamos conversación, disertando de pintura y bellas artes en general; él con la modestia del verdadero talento y yo con el descaro que tengo para hablar de todo sin entender palabra de nada. Verdad es que para esto basta tener algunas ideas generales tomadas de aquí y de allá, incompletas a veces y mal digeridas siempre, y exponerlas a medias dejando al interlocutor el cuidado de terminarlas. Con algunas ideas, diez o doce nombres de autores que no se han leído y una buena dosis de aplomo, dice mi amigo Domingo Díaz, me sobra materia para hacer un discurso. Hícelo así aquella tarde y Méndez y yo salimos juntos del «Café Universal» para visitar el asombroso Museo del Prado.

Muchas veces había entrado en él, recorriéndolo extasiado; pero hasta aquel día no había adivinado el por qué de la belleza de las artes pictóricas. He pasado horas enteras

de muda contemplación delante de las obras inmortales de Velázquez; pero no hubiera sabido decir por qué son bellas; y lo peor es que hoy tampoco, no obstante la crítica seria que de las mejores obras y las principales escuelas me hizo Méndez con la simplicidad y la claridad de un maestro. Aquel día encontré en el Museo nuevos y riquísimos e inagotables tesoros de belleza en los que no hubiera soñado jamás. Rivera, Velázquez, Murillo, Rubens y el gran Ticiano me encantaban, sin que yo me explicara su genio colosal; y es que en las artes, como en todo, se necesita estar iniciado, haber recibido una educación especial para alcanzarlas en toda su belleza.

La rapidez con que analizaba un cuadro hasta en sus más ínfimos detalles, la seguridad con que marcaba la bondad, el talento con que recomponía la obra, las elevadas consideraciones que hacía acerca de la composición, los mil datos que se escapaban de sus labios acerca de los pintores y de las escuelas en general, me tenían tan asombrado como las bellezas de aquel Museo incomparable.

—Si este hombre no es un pintor—decía yo entre mí—, es indudable que le falta po-

co, y por lo menos puede asegurarse que es un crítico de primera fuerza.

En parte me equivocaba, porque algunos días después le vi hacer un retrato con la misma rapidez, exactitud y seguridad que hubiera hecho la crítica de un Juan de Juanes.

Lo que yo no me podía explicar es que, siendo Manuel G. Méndez hijo de Canarias no hubiera oído hablar de él en toda mi vida. Ahora me doy cuenta exacta del fenómeno; porque en Canarias, como en otras muchas partes, no son conocidos sino los periodistas que hacen ruido, los oradores de clubs en los tiempos de libertad, los grandes cosecheros de cochinilla y los que se saben dar lustre. El verdadero talento es modesto, según dicen; aunque yo opino que es muy conveniente soplar a dos pulmones la corneta de la fama, y que no tiene menos talento el que sopla más fuerte.

Sea de esto lo que quiera, es el caso que mi amigo Méndez, artista de corazón, encerrado en las peladas rocas afortunadas, sin más protección que su trabajo y su perseverancia, sentía la imperiosa necesidad de tomar aire fuera de los patrios lares, donde los medios de estudio para un arte serio son

nulos de todo punto; y aferrado en esta idea con la tenacidad que le es característica, trabajó sin descanso para allegar algunos recursos, con los que, atravesando el Atlántico proceloso, vino a dar en este otro oceano sin fondo y sin orillas que se llama París.

Aquí le aguardaba lo que él sabe y yo me callo, porque no sé si le gustará decirlo, aunque lo que honra y enaltece no debe callarse: que ejemplos tan dignos como el de Méndez mejor sirven de estímulo para los demás, y de hermosa lección, que los de aquellos que llegan con esfuerzos prestados. Yo no veo una razón plausible para ocultar la horrible lucha, la tenacidad incansable, el valor sereno de un hombre que, solo, sin apoyos, sin recursos, sin más guía que la esperanza de alcanzar un fin noble y honroso, se sostiene sin desmayar, un año tras otro, en batalla descomunal contra el adverso destino.

Esa tenacidad era la nota distintiva del carácter de Méndez: luchar hoy y mañana y no desmayar jamás. Y como nada retrata a los hombres tan bien como sus hechos, voy a citar uno que le hará conocer perfectamente. Poco tiempo después de llegar a París estallaba la guerra franco-prusiana. De victoria

en victoria se acercaban los alemanes a la vanidosa capital de Francia, y no pasó mucho tiempo sin que las tropas enemigas cercaran y envolvieran la hermosa ciudad. Era imposible salir y había que resignarse a los horrores del sitio. Una noche que Méndez dormía tranquilamente, despertó al terrible estruendo de la primera bomba que los prusianos lanzaban. La noticia no era lo más a propósito para conciliar el sueño ni mucho menos, porque a cada instante se oía más cerca o más lejos el ruido de las balitas que caían sobre París. Cualquiera otro desacostumbrado a semejante sinfonía hubiera rezado un Padrenuestro disponiéndose a morir; Méndez se vistió y se puso a estudiar perspectiva.

Si no temiera que se me tachaba de parcial diría muchas cosas acerca de sus cualidades intelectuales y artísticas; pero creo que me las puedo permitir, porque me tomaré también la libertad de decirle sus defectos con idéntica franqueza.

Empezaré diciendo que, amigo de la belleza, la ha buscado dondequiera que se encuentra. Yo no consiero a un nombre como artista completo si no ama todas las bellas artes, la pintura, la escultura, la música,

el baile y las bellas letras en general. En cuanto a la escultura, las mejores disposiciones de Méndez son sin duda para este arte, y lo prueba el que, gracias a su consejo, aparecerá en uno de los mejores monumentos del mundo una composición escultural distinta de la que había concebido el artista encargado de ejecutarla, e indiscutiblemente más bella y apropiada. Conoce la música por esa tendencia de toda alma artística hacia el divino arte; y la conoce y la juzga con sano y elevado criterio, sintiendo por igual la sencilla belleza de nuestras melodías y las ricas armonías de los maestros alemanes.

Los estudios clásicos que se hacen en las escuelas de las bellas artes, y que en la de París, la más completa de Europa, tienen una verdadera importancia, han de ser indispensablemente auxiliados por la historia y las literaturas, con especialidad la griega y romana. El que se inicia en esta clase de estudios, si acierta a comprender y sentir la belleza de las grandes obras que el genio griego produjo y que son y serán siempre la más alta manifestación de ella, no alcanzada por los poetas romanos, ni sobrepujada después en ningún tiempo; el que llega a beber una vez en aquellas eternas fuentes de ins-

piración, no se saciará jamás. Este deseo de ardiente saber, sentir y admirar la belleza en las nobles enseñanzas de la historia y en los grandes poemas, le ha llevado a estudiarlas, no como crítico, sino como artista, en lo cual hay algunas diferencias; pues mientras el primero se ve en la obligación de señalar y castigar todos los errores y admirar las bondades, el segundo, más generoso, perdona y pasa rápidamente sobre los defectos y se detiene a saborear las bellezas. Méndez no sabrá disertar sobre la objetividad y subjetividad de la belleza, cuestiones revesadas y un si es o no es ridículas; pero sabrá sentir y admirar a Homero y a Sófocles. Lo que yo no le perdono, y se lo digo aquí para que todos lo sepan, es que defienda cierta literatura a la moda que algunos llaman «naturalismo» y a la que sospecho le cuadraría mejor el nombre de «brutalismo», y cuya más sublime manifestación es el libro último del jefe reconocido de la escuela Mr. Zola, «Nana»; es una indecente y desnuda exposición de torpezas y miserias que revuelven y escandalizan.

Pero, en fin, los hombres no son perfectos y los amores literarios de Méndez cojean por ese lado.

II

Y ya que he dicho a los lectores quién es Manuel G. Méndez, voy a hablarles de lo que hace cuando maneja los pinceles, aunque no deben esperar una crítica seria, porque es más difícil de lo que parece.

Apenas salió de la escuela de París, emprendió un viaje a Canarias, y de paso por Madrid, pudo estudiar «d'apres nature» los grandes maestros de la inimitable escuela española, Murillo, Rivera, y más que otro, el genio colosal del gran Velázquez. Desligado de la dirección de su maestro Mr. Gerome, y abandonando la estrechez académica, la tiranía de las reglas, como Fortuny y todo el que ha querido volar con sus propias alas, se dió a seguir un segundo estudio en la naturaleza, guiado sólo por la inspiración de su

genio. Y no sería Méndez un pintor verdaderamente español, si así no lo hiciera: que no se presta nuestro carácter a estrechas sujeciones, sino que gusta y vive de la más fiera independenciam.

Muchos de mis apreciables lectores habrán visto las magníficas «cabezas de estudio» que hizo Méndez en Canarias. Algunas son dignas de los más renombrados pintores. Dibujo puro y correcto, colorido exacto, construídas con precisión y seguridad admirables, en todas ellas hay una tranquila armonía de líneas y colores que encanta y suspende; pero su mérito mayor, aparte de la soltura de ejecución, es el tener todo el carácter del modelo. Porque en materias de retratos, algunos pintores sacrifican el parecido, es decir, la naturaleza, a ciertas bellezas de forma o color; y otros no más avisados, lo sacrifican todo a la naturaleza. Un justo medio entre ambos procederes sería el de mejores resultados; y en realidad esa es la tendencia de casi todos los pintores, aunque no todos la alcanzan. En las cabezas de estudio a que me refiero se hallan perfectamente armonizadas las dos tendencias, hasta el punto que, siendo estudios, y, como tales, desligados de la rigurosa exactitud, son retratos fidelísimos; lo

que me hace pensar que los calurosos elogios que merecieron de Mr. Gerome y algunos otros célebres pintores, hubiérase aumentado sobremanera si se compararan las obras del artista con el modelo.

Aquí me permitiré una ligera observación para que no se diga que todo son alabanzas. No en todos los retratos ha sido Méndez tan feliz como en los estudios que hizo en las islas Canarias y que, ya digo, son verdaderamente admirables. Depende esto de que Méndez no es un pintor completamente realista y peca a veces por seguir la primera de las dos tendencias de que hablaba más atrás; por cuya razón los retratos que ha hecho son siempre bellos, pero no siempre absolutamente parecidos. Sin embargo, el que ha expuesto en el «Salón» este año, y del que me ocuparé más adelante, reúne todas las cualidades deseables, lo mismo que algunos otros que ha hecho últimamente y que le han dado un nombre en los salones aristocráticos y en el mundo artístico parisiense.

Trajo de Canarias algunos bocetos de paisajes de cualidades muy serias, y de cuadros de costumbres de los aldeanos de esa provincia, con los que ha pintado algunos cuadros de pequeñas dimensiones, de composición fe-

liz, correcto dibujo y alegre y brillante colorido. Pintó también uno de grandes dimensiones, aunque nunca debió hacerlo, pues el asunto, siquiera bello y bien ejecutado, no se presta sino para cuadros pequeños. Un gran cuadro, con figuras de mitad del tamaño natural, requiere un asunto de más trascendencia que una alegre escena de fiesta, y puesto que a Méndez no le faltan sólidas cualidades para acometer una obra de grande aliento, un cuadro de historia, como sería la «Muerte de Agripina» que no ha terminado, debió abandonar la idea de la pintoresca «fiesta palmera», por otro tema más serio y más elevado. No es que la belleza se encierre únicamente en las composiciones históricas, sino que las composiciones históricas o puramente dramáticas encierran más bellezas. El cuadro de que me ocupo, tal como está y dado lo que representa, figuraría muy bien en un Museo en Canarias, porque siendo un asunto de Canarias, y ejecutado por un pintor de ese país, allá tendrá todo su valor.

X

Después de estos cuadros ha pintado Méndez muchos otros de pequeñas dimensiones, según el gusto de los tiempos que corren, es

decir, cuadros de una sola figura de hombre o mujer, «casacones, Enrique III o Luis XV,» de ejecución esmerada, colorido brillante y dibujo purísimo. Es lástima que un pintor dependa para vivir del gusto de su época; a ésta no le ha dado por los grandes cuadros, o, por lo menos, si los admira no los compra. Sin embargo, un pintor de genio lo mismo lo vierte en las grandes composiciones que en una sencilla figura, como Fortun y Méndez pinta esos juguetes con bastante esmero, para que sean admirados por los inteligentes. Citaré un cuadrito, propiedad del conde de L'Etoile, hijo de Fortun y, por el riquísimo y brillante colorido, la delicadeza y la finura de los detalles, la armonía de los tonos y la elegante soltura de ejecución. Representa un marqués de los tiempos de Carlos III a Carlos IV de España, que lee con cierto entusiasmo en un libro, mientras se pasea tranquilamente por sus jardines. No sé qué marqués sería, porque en aquellos felices tiempos, y en éstos, fueron los marqueses españoles poco dados a la lectura y sobremanera brutitos; pero el cuadro, dígame lo que se quiera, es muy superior a lo que el señor marqués se merece.

Citaré también un «Mefistófeles» de largas, huesosas y prolongadas piernas, roja perilla, afilados bigotes, y risa diabólica, que en el silencio de la noche canta la serenata al pie de la ventana de Margarita. Muchas veces, contemplando esta figura, me he preguntado dónde encontró Méndez un modelo con piernas tan desmesuradas. Sin duda las exageró un poco para dar a su tipo la ondulación de la serpiente. Este cuadro, con otro que representa una «Venus» del siglo XIX, ha sido adquirido por el rico y conocido fabricante Mr. Potin. Citaré, por último, un «Pintor del tiempo de Rubens», obra bellísima de dibujo y colorido, y una verdadera joya artística.

Además de éstos ha ejecutado algunos otros de composición más complicada, como son «dos estudios de pintor» no terminados aún, y uno titulado «Au dessert» (a los postres), que es una obra maestra y merece que nos detengamos un poco a examinarla.

III

El cuadro que intento analizar para que mis lectores se formen la idea que mejor les parezca, representa una sencilla escena en el comedor de una casa rica y noble allá por los tiempos del buen rey Enrique III de Francia, del que la historia cuenta tales proezas que, si otros fueran los tiempos, fuego del cielo cayera y le acabara.

Figura, digo, un comedor de nobles católicos como lo atestigua la imagen sagrada que en un pasillo se ve y que no me dejará mentir, y para describir la escena justo es comenzar por el teatro donde la escena se realiza, es decir, por el comedor, salón de regulares dimensiones adornado con todo el lujo de la época. En el suelo un rico tapiz, legítimo de Smirna, con sus caprichosos di-

bujos de variados colores, donde el artista pintó los pliegues que hace un galgo indolentemente recostado, la ligera acción ejercida por el gran embellecedor de lo que no destruye, y el polvo que acompaña a las más sacudidas alfombras.

Si del suelo pasamos la vista a las paredes, percibimos a nuestra derecha una chimenea grande, hermosa, característica, labrada y cincelada con el rudo dibujo de la edad media, en la que arden chisporroteando sendos trozos de leña. En el muro del fondo un riquísimo mueble, una especie de gran «escaparate» cuyo nombre ignoro, donde se exponen los preciosos barros cocidos pintarrajeados acaso por Bernard de Palissy, mudos testimonios de la más regular fortuna del anciano señor del palacio, y del más que regular talento del pintor que allí los trasladó. El resto del muro menos la estrecha puerta por donde se ve la imagen, adornado está por soberbias tapicerías de esas que a su belleza primitiva agregó el tiempo las de costumbre y el artista las que le sugirió el genio. Algunos otros muebles llenan con arte los huecos, y todos, muebles, tapicerías, alfombras y escaparate están pintados con esa facilidad, sencillez y ligereza oportuna, que no quita

Cierto que Duran es un retratista célebre, con mucho talento y muchísima fama; que se hace pagar algunos miles de francos, porque su firma vale hoy más que sus obras. Méndez no tiene tantas relaciones para retratar a conocidos personajes, y es extranjero en Francia. Si los dos fueran españoles o los dos franceses, cada uno se estaría en su casa y Dios en la de todos.

Decía, pues, que yo no necesito comparaciones, más o menos desprovistas de fundamento, para decir y asegurar positivamente que el retrato de Juan Real que ha hecho este año es una obra excelente y que tiene cualidades de primer orden. Es verdad que todos los buenos pintores se parecen en algo, y si en otra cosa no, en que son buenos; es mucha verdad que todos aprendan estudiándose mutuamente. Pero no lo es tanto que Méndez haya ido a estudiar a Carolus Duran, teniendo los excelentes modelos que se llaman Van-Dick y Velázquez, y ese otro que es modelo de todos y que apellidan Naturaleza. Y con estos tres modelos, sobre todo con el último, una buena porción de genio, de trabajo, de estudio y de observación, se hacen retratos de primer orden.

¿Es decir esto que el retrato no tiene un

importancia al interesante grupo que adornan, a las distancias justas que tanto ayudan a la perspectiva geométrica.

Hay en la estancia aquella una verdadera atmósfera, se siente allí circular el aire, suavizando las durezas de que los cuadros están llenos, y lo primero que ocurre al mirarlo es que allí dentro no se asfixia nadie. Y luego se armonizan tan bien las luces, los colores, las sombras, las masas y las líneas, que no puede apartarse la vista del cuadro, sintiéndose el respeto que toda verdadera obra de arte inspira al que sabe sentirla.

IV.

Voy a hablar ahora del retrato que ha expuesto González Méndez en el Salón de este año. Poco será lo que diga, pues ese retrato irá a Canarias y podrá ser perfectamente apreciado.

No haré yo lo que otros han hecho, críticos distinguidos sin duda, pero cegados a mi ver por una cierta preocupación; no lo compararé con los que pinta «Carolus Duran», aunque este sea todo un honor. «Carolus Duran» es un sol que brilló indudablemente con luz propia, pero exagerada con los cristales de aumento de la moda. Pinta a su moda, según su genio y su temperamento; Méndez pinta a su manera. Otro vendrá que pinte como Dios le dé a entender y su genio le guíe.

Cierto que Duran es un retratista célebre, con mucho talento y muchísima fama; que se hace pagar algunos miles de francos, porque su firma vale hoy más que sus obras. Méndez no tiene tantas relaciones para retratar a conocidos personajes, y es extranjero en Francia. Si los dos fueran españoles o los dos franceses, cada uno se estaría en su casa y Dios en la de todos.

Decía, pues, que yo no necesito comparaciones, más o menos desprovistas de fundamento, para decir y asegurar positivamente que el retrato de Juan Real que ha hecho este año es una obra excelente y que tiene cualidades de primer orden. Es verdad que todos los buenos pintores se parecen en algo, y si en otra cosa no, en que son buenos; es mucha verdad que todos aprendan estudiándose mutuamente. Pero no lo es tanto que Méndez haya ido a estudiar a Carolus Duran, teniendo los excelentes modelos que se llaman Van-Dick y Velázquez, y ese otro que es modelo de todos y que apellidan Naturaleza. Y con estos tres modelos, sobre todo con el último, una buena porción de genio, de trabajo, de estudio y de observación, se hacen retratos de primer orden.

¿Es decir esto que el retrato no tiene un

sólo defecto? De ningún modo; però son tan inapreciables y están tan bien recompensados por las bondades y bellezas en que abunda, que detenerse a criticarlos es nimiedad, y acusa pobreza en el crítico. Pero, si es indispensable que los diga, allá van. Se reducen a uno, a que las manos, magistralmente pintadas, están diciendo al observador: «Caballero, mírenos usted, que aquí estamos nosotros.» El caballero las mira y responde: «Pues hijas mías, son ustedes muy guapas (como pintura se entiende)».

Un distinguido crítico español dijo que la cabeza era magnífica, y que las manos estaban demasiado a la vista. «La Revue artistique et littéraire», no encontrando una palabra con que calificar el retrato, dice que «está vivo». Otro que no recuerdo, habla de la «superbe allure», etc., etc.

Por lo demás ¿cuáles son las condiciones de un buen retrato? Una de las primeras es sin duda el parecido; pues lo tiene en alto grado. La naturalidad, la soltura de ejecución, la corrección y elegancia en el dibujo; la exactitud en la construcción, la justa tonalidad, etc., etc., todo es rigurosamente justo; exacto y bello. ¿Falta algo? Ah, sí; que en el Salón se coloque en lugar preferente: pues

esta hermosa cualidad la tuvo también, lo que prueba que el jurado estimaba la obra.

Ahora todo lo demás que el artista quiera poner por su cuenta y riesgo, sin alterar aquellas primeras condiciones, le es perfectamente acordado. Y Méndez en esta ocasión valiéndose del permiso, para introducir bellezas sin número, colocando a su modelo como le pareció más conveniente, poniéndole el fondo que más le gustó, y la silla que creyó más oportuna; le recomendó el traje más a propósito, como es un abrigo de pieles admirablemente pintado, y para concluir hizo un retrato de tamaño natural desde las rodillas a la cabeza, en seis días. Verdadero «tour de force», de que se reían los demás artistas enterados que dos semanas antes de expirar el plazo señalado para la admisión de obras, había comenzado una de tantos alientos como aquella, y que después hubieron de reconocer su error, al pár que el talento y la inspiración del artista.

Así es, poco más o menos, el distinguido hijo de Canarias, Manuel González Méndez.

J. Maffiotte

París, 1880.

Conversando con el notable artista

¿Para qué intentar una semblanza de Méndez? ¿Para qué empeñarse en encerrar en media docena de cuartillas, una vida que es una odisea, y un espíritu que es un coloso?...

Estas preguntas me las vengo haciendo a mí mismo, desde que pensé decir algo de nuestro gran pintor. Y nie las vengo haciendo, porque he vacilado antes de romper con la rutina, ya erigida en ley, de dar al público datos biográficos que nada valen si no son un estudio completo, a través del que pueda verse el desenvolvimiento de un espíritu y la peregrinación de una voluntad. No son cuatro fechas lo que seguramente desean los lectores, sino algo que les llevè una palpación de lo que es el alma artística, digámoso así, del ilustre canario.

Para lograrlo, el medio más expedito es concederle la palabra al señor Méndez, o lo

que es lo mismo, reproducir dentro de la fidelidad posible, parte de una de las muchas conversaciones que hemos sostenido acerca de estética. ¡Sí, lectores, que la estancia de Méndez en Tenerife, ha sido para mí, entusiasta de todo lo que sea arte, un verdadero filón! ¡Gusta tanto encontrar con quién departir de lo que se lleva dentro, de esa segunda naturaleza, oscura como un oráculo, vaga como un sueño y brillante como una visión!...

No perdamos tiempo.

«—Veo que es usted de los que consideran a Velázquez como la suprema encarnación del arte de la pintura.

—Sí. En Velázquez está todo. Ni Rafael, ni Miguel Angel, ni Verocchio, son superiores a nuestro coloso, y todos, con sus distintos alcances y tendencias, están «dentro» de él. Es un prodigio. Puedo asegurarle que que yo no concibo nada más allá. Velázquez es la vida vista por los ojos del Arte.

—¿Ha estudiado usted mucho al gran maestro?

—Días, meses y años he pasado ante sus lienzos, empapándome de su espíritu, estudiándolo. Es inagotable: siempre se halla algo nuevo, algo desconocido... Mi criterio en

el Arte es la sobriedad, esa sobriedad de la Naturaleza que produce sus efectos, marca sus tonos y engendra sus seres, de una manera admirable, sin apelar a choques violentos, ni a complejidades de mal gusto.

—Coincide usted con Taine.

—Sin duda; he sido su discípulo, y es el que ha dicho la última palabra... Desengáñese usted; el pintor ha llegado al límite, al verdadero Arte, cuando olvidado de lienzos, pinceles y colores, no ve más que la Naturaleza, a la Naturaleza que «viene», que se le «acerca», que se le «rinde»... Cada pincelada debe ser un trozo de la Naturaleza, de la Naturaleza viva y verdadera, que viene obedeciendo al conjuro mágico, al soplo del Arte... Esta es la labor de los genios, lo que hacen los Velázquez.

—¿De suerte que usted es de los que opinan que las escuelas no hacen pintores?

—Me explicaré. Una escuela no fabrica genios; da el hogar y la leña. La chispa viene de otra parte... El maestro enseña la ortografía, pero ¿quién enseña el pensamiento?

—Magnífico. Comprendo su teoría.

—Sí; es sencilla. Se aprende la parte «me-

cánica», se aprende la teoría del movimiento; pero luego se anda por cuenta propia, con ritmo peculiar, característico... El artista, como el pájaro, una vez que tiene plumas, debe volar, volar solo, sin preocuparse de nada, sin sujetarse a teorías, ni parar mientes en el color, tamaño y demás cualidades del plumaje... ¡Vuelan los que tienen alas, no los que atesoran muchas plumas!...

—Dígame, D. Manuel ¿no piensa usted hacer algo genuinamente nuestro, de la tierra? ¿No cree usted que aquí existen elementos de primer orden?

—Sin duda alguna. Estoy, como usted, enamorado de las islas y sus costumbres. En mis últimos viajes he tenido ocasión de admirar cosas sublimes. La tierra, el sol, el mar, el aire, todo es aquí tentador para el artista... ¡Soberbio material ofrecen esas magas, frescas como las brisas del oceano, a quienes la Naturaleza ha dotado de líneas tan gallardas y seguras que recuerdan el arte clásico!...

—Pues manos a la obra, que falta nos hacen algunos cuadros completamente «nuestros», debidos a pinceles de artistas de talla.

—No es cosa tan fácil. Para hacer algo bueno es menester que pase tiempo, que me

empape de nuevo en este ambiente especial y originalísimo, porque he pasado mi vida entera trabajando en cosas distintas. Ya saldrá, ya saldrá, deje usted que «la máquina se ponga en condiciones»... A mí me interesa mucho todo lo que sea de la tierra, y por eso sigo con entusiasmo el movimiento literario y artístico. ¡Ustedes los jóvenes están haciendo mucho y merecen ser secundados por todo el público! ¿Cómo de lo contrario puede llegarse aquí a tener una legión de artistas?

—Tiene usted razón, amigo D. Manuel; por desgracia el Arte, en cierto modo, depende del público, y aún estamos muy distantes...

—Desmayar es perder la partida. La victoria no concede sus laureles sino a los que saben luchar. ¡Adelante, siempre adelante!...»

* *

En estos párrafos ya los lectores pueden ver algo de lo que es el alma de Méndez; ahora, para terminar mi labor, voy a dar idea de sus triunfos.

A los dos años de salir de estas islas se colocó a la cabeza de la Escuela de Bellas Artes, obteniendo una primera medalla. Esto

fué el año 1872, según puede verse en «El Gaulois» de 9 de Agosto. Dos años más tarde abandonó definitivamente la escuela.

De suerte que en cuatro años quedó hecho nuestro pintor. ¡Qué triunfo para un pobre muchacho nacido en Canarias!

Desde el 1875 fué admitido en el Salón de París, o lo que es lo mismo, en la exposición internacional que se verifica todos los años. Allí ha obtenido varias recompensas muy honoríficas.

A los 10 años de lucha, aconsejado por algunos de sus íntimos, reunió todos los cuadros que tenía en la casa, más los que poseían sus muchos «amateurs», y formó un salón que fué visitado por todo el París artístico. De allí salió su gran triunfo, la ansiada ilusión de todos los que batallan en la moderna Mecca.

El gran Gerôme hizo una instancia, que suscribieron la mayor parte de los artistas franceses, pidiendo al ministro de Bellas Artes que concediese la Legión de Honor al señor Méndez.

¡La Legión de Honor pedida por las eminencias del Arte! ¡La Legión de Honor concedida sin favoritismos ni influencias!

Basta con ese dato, para saber hasta dónde

alcanzan los grandes méritos de nuestro querido artista.

B. Pérez Armas

Diciembre de 1900.

HIDALGOS

FIGURAS DEL PASADO

HIDALGOS

Perfiles biográficos del ilustre periodista

D. Patricio Estévez

Por

LEONCIO RODRIGUEZ

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

¡Quién no lo recuerda! De blanca barba y ojos azules; ágil, a pesar de su edad proveeta; afectivo en el trato; sencillo y campechano en sus maneras, todas las tardes, a la misma hora, veíasele descender del tranvía en Santa María de Gracia, con un voluminoso paquete de periódicos bajo el brazo. Con andar resuelto y juvenil atravesaba por entre los cardos y pedruscos del camino de la ermita y torcía hacia la derecha en dirección a su vieja casa solariega. En la puerta, dos jovencitas, una de blanca tez con menudas y doradas pecas, otra morena, de ojos redondos y risueños, salían a su encuentro con jubilosa alegría. ¡Papá! ¡Papá!... Y confundidos los tres en un abrazo, el anciano de los ojos azules, la jovencita rubia y la de los ojos redondos y risueños, cruzaban el sombrío patio, lleno de macetas

y tinajas con cactus, plantas trepadoras y una alta araucaria al centro, y subiendo por unos estrechos escalones de piedra se dirigían al entresuelo donde el hidalgo tenía sus libros, sus cachivaches y sus recuerdos... Cuadros de Valentín Sanz, González Méndez, Felipe Verdugo, Eduardo Rodríguez. Abríase de par en par la ventana, y una oleada de luz y de aire fresco del jardín invadía la pequeña estancia. De afuera, de la huerta, llegaba también un olor a flores de almendro, a eucaliptos y retamas. Una sensación de placidez, de suavidad y de silencio en el ambiente. Sólo, a ratos, el rumor del viento zumbando en la arboleada o la algarabía de los gorriones en los aleros de la cercana ermita.

×

¡Don Patricio Estévanez! Hidalguía de raza; bondad y nobleza de espíritu. ¡Cómo se refocilaba el anciano en aquel suave calor de afectos familiares! ¡Cómo se reanimaba y rejuvenecía su espíritu! ¡Cómo sonreían, con sonrisa infantil, sus ojos azules, mientras las jovencitas le cepillaban el sombrero cubierto del polvo del camino y con sus manecitas blancas ceñían luego a sus sienes el viejo go-

¡Fro doctoral! ¡Cómo se solazaba después, acomodado en su poltrona de cuero, aspirando el aroma del almendro familiar, «el de la dulce, fresca, inolvidable sombra», y sintiendo en sus pies los halagos de su gato de Angora...

Después, a rebuscar y coleccionar papeles. Tarea ímproba entre tantos centenares de cartas, autógrafos, fotografías, periódicos, etc., guardados en cajones o amontonados en los estantes. De pronto, un papel amarillento, con letra desteñida, que llama la atención de las jovencitas. Una carta de la bisabuela, doña Isabel Power de Meade, dirigida a su hija pocos días antes de su muerte. Y la jovencita lee: «Mi amada hija: Sólo una madre es capaz de sentir las congójas que yo siento. La idea de dejarte en la tierna infancia me aflige cruelmente, pero la voluntad de Dios debe cumplirse y yo me entrego con resignación a sus decretos. A tí te toca, en adelante, mi pobrecita Isabel, consolar a tu papá. Mírale como amigo; sigue sus consejos; ábrele tu corazón. No hagas jamás sino lo que te ordene, y acuérdate que tu primer deber es para con Dios. Luego, a tu entrada en el mundo, procura recomendarte y hacerte estimable por tu modestia, buen juicio y afabilidad a las gentes de aprecio y en-

tendimiento. Evita el ser vana; sólo, mi querida, debes usar de la vanidad bien entendida, aquella que se nos permite para superiorizarnos a las acciones bajas; pero trata siempre con dulzura a los inferiores, y ama a los pobres. Cuida de tu corazón y no dispongas de él sino cuando halles quien sea digno de poseerlo. ¡Adiós, mi más amada Isabel! El Todopoderoso te bendiga y te guarde como lo desea tu amante madre, cuyos consejos te pido que no olvides jamás. ¡Adiós, mi pobre hijita; último y eterno adiós! —ISABEL.»

—Aprended bien los consejos de la abuelita—decía el anciano. Y seguían rebuscando papeles: cartas de la familia; libros del tío Nicolás; poesías del tío Diego... Retratos de damas, generales, obispos, artistas...

Y así, hasta que llegaba el oscurecer, la hora de la cena: una cena modesta, frugal, en la ancha mesa de pino que en días memorables vió congregada a su alrededor abundante prole. Aquel comedor, donde antaño se reunían veinte, en alegre tertulia, ahora sumido en tristeza y soledad, que vió don Nicolás Estévez a su regreso de la expatriación. La abuelita venerable, cargada de años; la bondadosa tía Dolores; los hermanos Nicolás, Diego, Paco, Isabel y Cristina; los amigos de

la casa, Almeda, Valentín Sanz, Power, el tutor don Bartolomé Saurín... todos tenían allí sus sillas vacías. Y muchas noches, en las largas veladas invernales, mientras el viento y la lluvia azotaban los tejados, el hidalgo solía evocar aquel triste éxodo de su juventud en los años de 1866 y 67. Aquel día nefasto del 5 de octubre, en que, hallándose en Santa Cruz con su abuela y su hermana Isabel, desalojando la casa de la Marina en que había nacido, se enteró de la declaración oficial de la epidemia de fiebre amarilla. Luego, su forzoso retiro en Santa María de Gracia con sus hermanos Nicolás, entonces oficial del Ejército, y Diego, el poeta prematuramente desaparecido. Más tarde, las desgracias familiares, la enfermedad y muerte, en el transcurso de unos meses, de sus hermanos Francisco y Diego, su abuela y sus hermanas Isabel y Cristina, y la tía Dolores, que pierde la razón a causa de tantos y tan continuados reveses.

En los ojos de las jovencitas brillaban lágrimas de emoción y de pena al recuerdo de los infortunios familiares. Afuera, el viento y la lluvia continuaban azotando los tejados, y al retirarse de la mesa, un ósculo paternal sellaba las frentes de las dos hermanas.

—¡Padre, la bendición!

—¡Hasta mañana, hijas mías!

Y se retiraba a su lecho, alegre, tranquilo.

Oíanse después unos leves pasos en el corredor; luego el crujido de pesadas puertas de tea al cerrarse, y, a los pocos instantes, la vieja mansión, sin luz, sin ruido, se quedaba envuelta en profundo silencio, en una paz bendita.



Había en nuestro hidalgo mucho de la idiosincrasia y distintas características de sus dos ramas familiares. De los Murphy, ilustre familia irlandesa llegada a Tenerife a fines del siglo XVII, el temperamento apacible y sereno: los ojos azules. De los Estévanez, oriundos de tierras meridionales, el espíritu inquieto, la fiebre de aventura: los ojos agarenos de la jovencita risueña. Prototipo fiel de los primeros era aquel insigne regidor y Diputado a Cortes por la Isla, don José Murphy, ponderado y ecuánime, reflexivo y laborioso. De los segundos, aquel indomable revolucionario y Ministro de la Guerra de la República. D. Nicolás Estévanez, de memoria tan grata para los tinerfeños. Su

padre, don Francisco Estévez y García Caballero, capitán retirado y acérrimo progresista, habíales inducido el culto a la democracia y a sus caudillos en tal forma, que hacía vestir de luto a sus hijos cuando alguno de aquéllos, como su amigo Zurbano, caía bajo las balas enemigas. En su despacho no había otros retratos que los de Espartero, Quintana, Mazzini y Garibaldi, y su lema era, como el de Topete, «educar a sus hijos para demócratas a fin de que sus nietos fuesen republicanos». A esta usansa, aunque predominando en ellos la tendencia moderada, todos en la casa de los Estévez eran republicanos, con excepción de aquel respetable octogenario, D. Juan Patricio Meade, hermano de doña Isabel, que desde Escocia se había trasladado a España al comenzar la guerra de la Independencia, cayendo prisionero en Medellín; luego luchó contra los carlistas, como oficial de la Legión inglesa que mandaba el general Lacy; emigró a América y vino luego a Tenerife a reposar sobre sus laureles de viejo luchador, con el espíritu propicio ya a la benignidad y a la templanza. El era el único que discrepaba de las ideologías políticas e inclinaciones demagógicas de sus sobrinos. Y recordaba en sus Memorias

D. Nicolás una carta del bueno de D. Juan Patricio, su tío, en los días siguientes a la revolución, en que le decía: «Indignado estoy con lo que he visto; has de saber que tus amigos de aquí, y no digo correligionarios, porque mal podéis ser correligionarios no teniendo religión ninguna, se han portado de una manera indigna. Reunidos en el Ayuntamiento, han arrojado por un balcón el retrato de la reina, del cual no sé que haya cometido la más pequeña falta. Puede ser necesario algunas veces derribar instituciones y tronos, pero ensañarse con retratos sólo es propio de «golfines». Carta a la que hubo de contestar don Nicolás: «Me sorprenden sus lamentaciones por lo del retrato; no me sorprenderían si eso lo hubieran hecho con el original, pues sus sentimientos de humanidad me son bien conocidos. Por mi parte creo que merecen caer por los balcones y arder en la plaza pública todos los retratos de los Ayuntamientos, no porque sean de reyes o de roques, sino porque suelen ser afrenta del arte y ofensa de la verdad.»

Sobreponíase, sin embargo, en todos ellos, en los Murphy como en los Estévanez, el amor a la tierra, el apego a la casa solariega, a las rocas, al mar, a las brisas, a las

florés isleñas, que hacían decir a don Nicolás, el gran revolucionario, en sentimentales estrofas:

Mis horas de ventura

no fueron, no, las de la gloria ansiada,
que fueron ¡ay! las de la vida oscura
entregado al placer de la lectura
debajo del almendro...

Pero continuemos relatando la historia de nuestro ilustre biografiado. En su formación espiritual, en su condición pacífica, había mucho del carácter y las tendencias de don Juan Patricio. Su abuela doña Isabel, pensando que él podía ser el amparo de sus hermanas, intentó inculcarle la afición a la carrera del sacerdocio, ingresándole en un seminario. Vistió algún tiempo la sobrepelliz, pero a poco se vió que su vocación no le llevaba por los derroteros religiosos. Y con el único bagaje de su ilusión juvenil emigró de Tenerife, allá por el año 75.

Comenzó después su peregrinación por la vida. Juntóse en Lisboa con su hermano don Nicolás, entonces expatriado; trasladóse más tarde a Oporto, y allí, frente al mar, pasábase las tardes en un banco, junto a la «Iglesia de los clérigos», evocando con algunos isleños los recuerdos de la tierra lejana. Luego, su

marcha a Inglaterra, por obligarle a salir de Oporto el Gobierno portugués, que le consideró como conspirador y «elemento peligroso», y, tras una breve estancia en Londres, su establecimiento en París con un modesto empleo de traductor, al principio, y luego como confeccionador de Guías y correspondal de periódicos madrileños. Una vida llena de privaciones y penurias, sin más albergue a veces que los atrios de los templos, ni más refugio contra las inclemencias que las salas de los Museos.



Enfermo, a causa de las muchas penalidades sufridas en la expatriación, tornó a Tenerife, ya desvanecidas del todo sus ilusiones juveniles, ya satisfechos aquellos deseos de aventuras que le habían llevado por los senderos del mundo; a reposar otra vez, ahora en plácida calma, junto al almendro de «la dulce, fresca, inolvidable sombra».

Fundó entonces aquella notable revista que llevó el título de «La Ilustración de Canarias», palenque literario de sus fieles amigos y colaboradores, Francisco María Pinto, Antonio Zerolo, Gil Roldán, Power, Dugour,

Cámara, Azcárate, Luis Maffiotte, Patricio Perera, Pulido, Costa, Espinosa y tantos otros que daban entonces lustre y gloria a las letras canarias, y después «Diario de Tenerife», que sostuvo durante 49 años, sin que pudiera realizar las ambicionadas «bodas de oro», porque reveses de salud le obligaron a trasladarse a Madrid buscando alivio para aquel cruel padecimiento de sus ojos que hasta entonces había logrado atajar con «coccimientos de altea, sin poder meterlos en camino». La gacetilla diaria, el suelto prosaico le hicieron olvidar, decía, las reglas de escribir, y la fatigosa corrección de pruebas, durante tantos lustros, le había dejado sin vista.

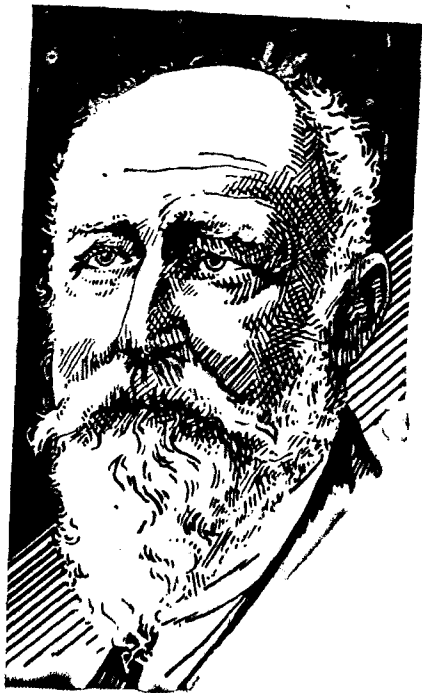
Muerto el «Diario», nos confesaba, se dió él por muerto también. Y, en efecto, aunque pudo prolongar la vida unos años, vivió únicamente para el dolor. El suyo y el de sus hijos inconsolables que veían cómo se apagaba, día por día, la luz de aquel espíritu bondadoso, resignado, modesto: alma de niño y temple de hombre a la vez, que pudo decir con legítimo orgullo, al final de su labor: «He llegado a los 76 años sin haber sufrido ningún castigo de profesores ni autoridades, sin haber cometido ningún acto de que pueda

reprochamē y considerado en la sociedad, si no como un hombre útil, pues harto sé que ningún mérito puedo alegar, como persona decente y honrada. Con ello me considero largamente compensado.»

X

Y una mañana del mes de agosto vióse salir un féretro de la vieja casa solariega. Traía una sencilla corona de retamas. Arriba, en las ventanas, tras los empañados cristales, perfilábanse varias caras demudadas de llanto. Lentamente, por el sinuoso camino sembrado de cardos, abrióse paso la pequeña comitiva. Al llegar frente a la puerta cerrada de la Iglesia, el sonido de una campana, doblando por el muerto, hizo ahuyentar los gorriones de los aleros de la ermita. ¡Emotiva despedida al más ilustre feligrés de los contornos!

Luego, carretera abajo, un carro fúnebre llevábase los venerables restos. ¡Se iba el hidalgo de Santa María de Gracia! ¡Desaparecía con él toda una tradición! ¡Todo un linaje espiritual!



Carta autobiográfica

Sr. D. Leóncio Rodríguez. Querido amigo: Le agradezco su buena intención para conmigo, aunque en el estado en que me encuentro, cada día más averiado, hubiera preferido que prescindiera de mí en esa serie de confesiones e intimidades que va a publicar LA PRENSA. Y no crea usted que trato de rehuir el bulto; es que, por muchas razones que no son del caso explicar, que no son fingida modestia, estoy más para olvidado que para «exhibido», o como dice Pepe Moure, más para maitines que para laudes.

• Mi labor periodística •

Me pregunta usted, en primer término, por mi labor periodística.

Aunque temo que mi memoria no me sea

del todo fiel, tomé usted nota de lo que recuerdo en estos momentos, y certe por donde quiera.

Al fundar «Las Noticias», Rafael Calzadilla y Alfonso Dugour, allá por los años de 1868-69, solicitaron mi colaboración siendo yo entonces «oficialmente» estudiante de bachillerato en La Laguna, pero en realidad cómico de la legua en una famosa compañía de aficionados. Después, por el 72, fuí asiduo concurrente a la redacción de «El Combate», en Madrid, pero sin atreverme a «mayores». El 75, fundé en Lisboa «Miscelánea Ilustrada», revista más lujosa que ilustre, y «La Floresta de la Juventud», revista para niños. Vivieron poco. En París publiqué «El buen novelista», e hice varias traducciones, así como la adaptación al español de una «Guía de París» y una «Guía de la Exposición del 78». Además escribí varias correspondencias para Méjico, para «Las Noticias» de aquí, la «Revista de Canarias» y «El Memorandum». También, aunque fechándolas en Tenerife, envié varias correspondencias a «El Globo», de Madrid. De vuelta en el país, en 1880 ayudé lo que pude a los compañeros en diversos periódicos, fundé más tarde «La Ilustración de Canarias», que sólo vivió dos

años, y después el «Diario», hasta que me lo mataron durante mi ausencia en Madrid en 1917, cuarenta y nueve años, «salvo error u omisión». También, como usted sabe, colaboré asiduamente en «El Progreso» en sus primeros tiempos y muerto el «Diario», me dí por muerto yo también, aunque alguna vez no pude con mi genio y emborroneé algunas cuartillas para ustedes, los «muchachos de ahora».

De mi juventud

—¿...?

—Anécdotas de mi juventud sí tengo muchas, pero de tal índole que, o no son publicables o se necesitarían muchas cuartillas para referirlas. Las hay de todas clases, cómicas, dramáticas y trágicas. Alguna de ellas no he olvidado nunca y siempre he pensado que daría motivo para un artículo «notabilísimo», que por lo mismo no me he atrevido a escribirlo, seguro de que no sabría hacerlo en la forma que correspondiera a su importancia. Intimidades de familia e impresiones del corazón que se sienten, pero que necesitan un talento extraordinario para darle forma escrita y adecuada.

Sin el apremio de tiempo que usted me indicaba, sino dejándome en libertad de hacerlo cuando buenamente pudiera, en «confesiones e intimidades», yo se las hubiera hecho a usted extensas, detalladas, y casi me atrevería a decirle que interesantísimas, no por lo que a mi personalmente se refiere, sino por lo que atañe a cosas, sucesos y personas del país y aún fuera de él, pues no en vano he rodado por el mundo más de 60 años, siempre hecho un zascandil y siendo testigo y algunas veces modesto actor de no pocos sucesos públicos y «privados».

Para no contrariar del todo sus planes, ahí van algunos detalles de episodios de mi juventud, que en este momento recuerdo.

Santa María de Gracia

A poco de morir mis padres nos trasladamos a la vieja casa de Santa María de Gracia, con objeto de pasar allí los meses de verano. Por entonces, mi hermano Nicolás obtuvo una licencia para venir a pasar dos o tres meses con nosotros, y esa visita fué una pequeña compensación, un relativo consuelo, en la pena que a todos nos agobiaba. Diego continuaba desembarcado; de manera que pu-

dimos vernos reunidos todos los hermanos con la bondadosa abuela.

Tranquilos, contentos en lo posible y sobreponiéndose nuestra juventud a los dolores del alma, pasamos en Geneto aquellos meses; pero el 5 de octubre, día en que halládomos en Santa Cruz con mi abuela y mi hermana Isabel, desalojando la antigua casa de la Marina, donde yo había nacido, y que su dueño se proponía derribar para construir la tan poco estética que hoy ocupa aquel sitio, se declaró oficialmente la existencia de la fiebre amarilla. -

Regresamos precipitadamente a Gracia, y como la declaración de puerto sucio imposibilitaba el regreso de Nicolás a su destino en la Península, el mal ajeno, lá desgracia colectiva le obligó a permanecer a nuestro lado todo aquel invierno.

La forzosa incomunicación con Santa Cruz nos obligaba a encaminar nuestros paseos y excursiones por el interior de la isla, a lo que Nicolás, andador incansable, fué siempre muy aficionado.

De esa época recuerdo que recorrí con él, subiendo a las cumbres y descendiendo a los valles, toda la serie de montañas, desde Las Mesas hasta San Roque; que más de una vez

Llegamos hasta la Punta del Hidalgo—entonces no había carretera—salvando sin esfuerzo y sin cansancio los no menos de 20 o 25 kilómetros de mal camino, y allí nos obsequiaba espléndidamente el anciano don Miguel Cúllen, mostrándose siempre complacidísimo con nuestras visitas.

Un día salimos, siempre a pie, de Gracia, y nos encaminamos a la Orotava, haciendo sólo un breve descanso, para almorzar en el Sauzal, y a las diez de la noche llegamos de regreso a casa. Ese día sí que llegué a cansarme; pero al siguiente ya estábamos todos dispuestos para nuevas excursiones.

A Santa Cruz bajaba únicamente Diego, que por haber sufrido ya la fiebre amarilla en uno de sus viajes a Cuba, no corría peligro de contagio. Y esta circunstancia le permitió atender en su enfermedad y acompañar al sepulcro, al sabio médico, don Bartolomé Saurin, que a la sazón era mi tutor.

También yo, con mi entrañable, cariñoso e inolvidable amigo de la niñez, Juan Espino, hice un día una escapada. No se me ha olvidado la honda impresión que me produjeron la soledad, la tristeza de las calles de Santa Cruz, pues en algunas de ellas la hierba alcanzaba no menos de una vara de altura;

sus casas cerradas y sin otra señal de vida humana que algún sacerdote conduciendo el viático.

Coincidió la terminación de la epidemia con el envío a Tenerife del Batallón de Antequera, al que Nicolás consiguió ser destinado, con lo cual se prolongó un año más su estancia entre nosotros, hasta que, con el propio Batallón marchó de aquí a Puerto Rico.

Recuerdos dolorosos

Dos años más tarde, y de una manera brusca, inesperada, rápida, cuando apenas alcanzaba mis quince años, se enfermaron y murieron, en el espacio de algunos meses mis hermanos Paco y Diego, mi abuela y mis hermanas Isabel y Cristina, y por el efecto de tan tremendas desgracias perdió la razón mi tía Dolores, hermana de mi madre, y única persona útil de alguna edad que quedaba en la familia.

De esa horrible época conservo una de las impresiones más hondas de mi vida. ¡Cuántas veces, en el transcurso de mi labor de periodista, pensando en aquellos penosísimos días de 1866 y 67, me he dicho que darían materia para escribir un capítulo de memo-

rias interesantísimo y de honda emoción; pero siempre deseché la idea de intentarlo siquiera, seguro de que mi torpe pluma había de ser incapaz de reflejar el verdadero estado de mi ánimo, la magnitud de la desgracia y, la espantosa soledad de aquel adolescente sometido a la más dura prueba a que puede ser condenado el hombre más entero y fuerte!

Paso a paso, pero de una manera rápida, vi cómo fueron desapareciendo tantos seres queridos. Vivía aún mi hermana Cristina, que se iba extinguiendo lentamente, y mi hermano Nicolás, que se hallaba en la campaña de Santo Domingo, desde que se enteró de las desgracias, formó el propósito de venir a Tenerife. No era esto cosa tan fácil y tan rápida como las circunstancias exigían, y cuando al fin lo logró, con gran perjuicio en su carrera, ya tuvo apenas tiempo de recoger el último aliento de la moribunda.

Su estancia a mi lado en aquellos inolvidables momentos, fué un relativo consuelo para mi alma atribulada; pero su licencia terminaba y era preciso que nos separáramos de nuevo.

Y llegó el horrible momento de la separación.

Juntos salimos de la casa donde juntos

habíamos vivido los tres hermanos, último resto de una familia numerosa. Cristina nos había abandonado pocos días antes para unirse a los demás en el sepulcro, y nosotros íbamos a separarnos acaso para siempre. Silenciosos llegamos al muelle y sin balbucear siquiera una palabra—tal era la emoción que a los dos nos ahogaba—nos dimos el último abrazo.

No encuentro palabras exactas con que explicar el estado de mi ánimo en aquellos momentos.

Partió la lancha hacia el vapor y yo, en medio de aquel bullicio del muelle me sentí solo, completamente solo. ¡Solo en el mundo! ¡Qué terrible momento para un chico de 15 años!

Maquinalmente, como un enajenado, casi sin darme cuenta de lo que hacía, abandoné el muelle; pero no tuve valor para volver a la triste casa de donde habíamos salido, y, atravesando la ciudad como un sonámbulo, tomé a pie el camino de La Laguna.

Ya oscureciendo llegué a Gracia, nuestra vieja casa de Gracia, en la que tan felices días había pasado en unión de los seres queridos, muertos casi todos y separado del último que me quedaba, y no tuve valor para

Retenerme; sin mirar siquiera tomé el trozo de carretera que rodea la ermita, y, ya cerrada la noche, llegué a La Laguna.

Silencioso encaminé mis pasos a la casa de huéspedes que se me había señalado para seguir mis estudios en el Instituto. No ví a nadie; me encerré en mi cuarto y... ¡qué horrible soledad!, verdaderamente anonadado, me tendí en la cama. Entonces creo que logré llorar, y me dormí vestido; así me amaneció el siguiente día, primero de mi nueva vida tan llena de incertidumbres y de nubarroos horizontes.

A pié y sin dinero

Unos años más tarde emigré de Tenerife y me lancé a la conquista de lo desconocido.

Después de sufrir varias persecuciones en Portugal, donde la policía me llegó a tener por un «peligroso revolucionario», marché a Inglaterra, y de allí a Francia, donde permanecí cuatro años.

Pasé muchas calamidades. Me coloqué como traductor, ganando 30 duros mensuales, en casa de un señor chileno. Trabajé en la confección de dos guías, una de París y otra de la Exposición, y cuando llegó el momento

de percibir los honorarios, desapareció el chileno sin pagarme.

Por aquella época nos reuníamos en el café «Madrid», de París, todos los emigrados españoles, entre ellos don Nicolás Salmerón y Ruiz Zorrilla, y un día se nos ocurrió hacer un viaje a pie a Roma.

Realizados los preparativos de la excursión, a los pocos días nos pusimos en marcha, cuatro expedicionarios: Un carlista, cuyo nombre no recuerdo; el comandante Delgado, a quien llamábamos «Mustafá»; Zorrilla, primo de don Manuel, y yo. Caminamos durante unos ocho días, ocurriéndonos infinidad de incidentes, de los que iba yo tomando nota en calidad de cronista de la expedición. En Fontainebleau nos detuvieron los gendarmes. Cuando nos disponíamos a proseguir la marcha nos encontramos con que a «Mustafá» se le habían roto los zapatos de charol que llevaba, el carlista había enfermado, y Zorrilla y yo, que éramos los únicos que quedábamos ilesos, tuvimos que regresar a París, acompañando a nuestros compañeros de viaje.

Por efecto de aquella vida de constante bohemia, contraí una grave afección, y me decidí a regresar a Canarias.

Recuerdo también que estando una vez en Oporto, me detuvo la policía, poniéndome en la alternativa de regresar a España o marcharme al Extranjero.

Al ir a tomar el tren, encontreme con el cónsul de España, que según luego comprendí iba a acompañarme para ejercer vigilancia sobre mi persona. El cónsul llevaba por todo equipaje una maleta y yo un baúl. Al llegar a Lisboa, el cónsul y yo fuimos sometidos a un largo interrogatorio en la estación.

A mí me despacharon sin dificultad, pero al cónsul intentaron abrirle la maleta, por considerarlo sospechoso. Entonces yo, acercándome, le dije:

—Ya ve usted, señor cónsul, cómo este pobre emigrado, tiene más cara de hombre formal que usted.

Mis papeles

—¿...?

—Por toneladas se podrían medir los que he escrito o reunido, además de los que a mí han llegado de mi familia. Conservo muchos interesantes y curiosos, multitud de cartas de personas, personajes y personajillos, casi to-

do relacionado con asuntos del país y que irán en su día a los estantes de la Biblioteca Municipal; también muchísimos autógrafos de positivo mérito, y manuscritos de cosas antiguas en tal número, que ni yo mismo he tenido «todavía» tiempo de leer muchos de ellos en mis 71 primaveras.

Ya ve usted que no le pongo obstáculos por modestia. Lo que hay es que la viña no da más jugo ni mi «figura» puede presentar mayor relieve que la de un desgraciado que no sirvió nunca para nada positivo, y que ha llegado a los 71 años sirviendo sólo de estorbo a los demás.

Cuando yo acabe—que ya no acabaré—de escribir mis memorias, de las que sólo pude escribir media docena de capítulos, en ellas se verán muchas cosas que el país no debiera olvidar...

En fin, que no tengo ya ojos ni pulso para seguir escribiendo.

Le abraza su siempre afectísimo

PATRICIO

ENSAYOS BIOGRAFICOS

Viento y tormenta de una vocación

(Contribución a una biografía
de Don Valeriano Fernández Ferraz).

POR

JOSE PEREZ VIDAL

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

LA ISLA GOTICA

La isla de la Palma es una isla recia, enriscada y viva. Abajo, su perímetro breve se hunde rápido en lo azul del mar. A sus pies se humilla el blanco y el azul del mar y de la espuma. Arriba, sus cumbres agudas y cortantes se pierden atrevidas en el azul del cielo. El blanco y el azul del cielo y de la nube se desgarran en ellas.

Hay islas bajas, indolentes, abandonadas —de espaldas sobre las olas— a sueños lentos de balsa o armadía. La isla de la Palma, por el contrario, vigila todos los rumbos, erguida, a pie firme y desvelada, como una antena sobre el mar. Aquellas —las islas bajas— no son verdaderas islas; son, más bien, solares para islas. La de la Palma, sí, es una isla completa y con remate. La inspiración ardiente de los volcanes la ha concebido, y con la exaltación incontenible de cien erupciones,

se ha ido elevando, atormentada, como una isla gótica.

La isla de la Palma tampoco es—ya está anotada la brevedad de su pie—una de esas islas inmensas—Madagascar, isla de Cuba—aprendices de continentes. En la Palma, no sólo las costas, sino hasta los valles recónditos del interior, están oreados por la brisa marina. Y no hay palmero, cualquiera que sea su oficio, que no tenga en el alma tatuajes de marinería. Cualquier tema marítimo, desde la pesca con caña ribereña hasta la engolfada navegación, halla en la isla las mismas resonancias que las brisas en los salitrosos tarajales costeros. Los isleños son marineros en su gigantesco navío petrificado. ¡Qué delicia la del isleño, en la isla pequeña, al ver un buque surcar el mar enmarcado de la ventana, y creer que es él, en la isla, y no la nave, quien navega!

La capital de la isla es Santa Cruz de la Palma. La alegría blanca de su caserío se encarama y trepa rocas arriba sobre la costa oriental. La ciudad es pequeña. En el continente una localidad de su importancia con su escasa población, resultaría un pueblo. La proximidad de grandes urbes le sorbería la vida; la absorbería. En la isla, no. La capitalidad le da cierta prestancia. Vida y rique-

zas de toda la isla se concentran en ella. Y en consecuencia, tiene el gracioso aspecto de una capital en miniatura.

PAZ Y LATINIDAD

Sobre el núcleo urbano, en sitios dominantes, descuellan de cara al mar y a las alboradas, tres grandes edificios. Si se recorre detenidamente toda la ciudad, no se encontrarán por mucho que se inquiera, edificios más grandes. Los tres tienen, además, la traza semejante. Sus ventanas son pequeñas, escasas, disimétricas y no están abiertas ni cerradas: tienen el mirar entre pestañas, el entremirar de las celosías. Las puertas, por el contrario, se abren enormes, profundas y húmedas como bostezos. En puertas y ventanas, un rojo maduro, sin brillo ni grito. Ciega la cal de las paredes.

Sendas torres pardas montan la guardia junto a los tres casalicios. Y a los pies de la fachada principal yace, parda y dura, la genuflexión fosilizada de una escalinata de piedra.

Uno de estos tres grandes edificios domina la parte sur de la ciudad; otro, la parte

céntrica; el tercero señorea los barrios del norte. Son las casas amplias y calladas de los dominicos, de «las monjas», de los franciscanos.

En los conventos la vida transcurre lenta y sin ruido por las márgenes del tiempo. Amarillean las hojas de los calendarios,

En el convento de San Francisco se dan estudios elementales: unas migajitas de gramática para los pobrecitos escolares; en el de Santo Domingo hay cátedras de Latinidad, Filosofía escolástica, Teología moral y dogmática. Las monjas no tienen estudios. Las monjas se dedican y deben su celebridad, principalmente, a la elaboración de golosinas. Una gloria en dulce—cabello de angel, huesos de santo, rosquillas de San Antonio, magdalenas,— sale almibarada de sus manos.

El tañido de la campana convoca a clase a los escolares. Entre los que acuden a las de Santo Domingo hay uno que ha atraído, poderosamente, nuestra atención y curiosidad. Nos ha extrañado, sobre todo, su desenvolvimiento, confianza y familiaridad con las cosas y personas del convento. Es un niño de doce a trece años y se llama José María. El desembarazo y soltura con que se mueve entre los frailes tiene, sin embargo, una explicación. Los padres de José María son maes-

tro Antonio Vicente Fernández, tejedor en seda, y doña Nicolasa Díaz. Y doña Nicolasa es pariente cercana de fray Juan Antonio del Castillo, prior de los dominicos. El niño corre por los claustros como por los corredores de su propia casa.

Desde muy pequeño empezó a ir al convento. Le atraían, entonces, las golosinas de su padrino. Al recibir óleo y crisma de manos de fray Juan Antonio, lo había apadrinado el alférez don Juan Rodríguez Felipe, pero él llamaba también padrino a fray Juan Antonio. La infancia de José María ha sido dulce y dorada como los caramelos de violeta del padre prior.

Más tarde, las visitas al convento han terminado, también, otra finalidad. Como se ha visto, José María asiste ahora a los estudios de los dominicos. Hace unos tres años empezó a dar clase de latín con un preceptor, gramático, perteneciente a la comunidad. Al principio, las lecciones le parecieron enfadosas. El Nebrija se le resistía. Le costaba gran trabajo vencer los primeros temas. Al fin empezó a traducir. Y a medida que ha ido profundizando y adentrándose en los estudios, los estudios le han ido ganando. Sus adelantos han sido la mayor satisfacción de su preceptor, de su padrino y de sus padres.

De este modo, entre el amor creciente a los clásicos latinos, las dulces bendiciones de fray Juan Antonio y los cariñosos mimos paternos, José María ha visto transcurrir, alegremente, los meses y los años.

TEJEDOR DE AMARGURAS

El padre de José María, maestro Antonio Vicente, tiene una pequeña fábrica de tejidos. Es una de las numerosas fábricas minúsculas, semidomésticas, de la isla. En ellas se tejen, principalmente, cintas de seda y tafetanes— anascotillo, zegrí, cotonía...—. Y todas son fábricas modestísimas, primitivas y alegres; en las cuales, al par que se teje, se charla o se canta. Con todo, constituyen la manifestación más importante de la industria isleña.

A la fábrica de maestro Antonio Vicente ha acudido también desde muy pequeño el pequeño José María. Al convento comenzó a ir, como hemos visto, en busca de golosinas. La fábrica, en cambio, le atrajo, primeramente, por los barquichuelos de corcho, las pajaritas de papel y otros humildes juguetes que los tejedores le hacían. Después le llevó a ella el interés de las relaciones de viajes y arriesgadas travesías referidas por algunos

de los marinos que con frecuencia recalaban por la fábrica. Más tarde... No imaginaba el pobre muchacho lo que le aguardaba más tarde. Aquel centro alegre de distracción y deleite iba a tornarse para él en lugar triste de obligación y trabajo. La evolución del carácter de sus visitas al convento había sido para dicha y ventura. La de sus visitas a la fábrica iba a ser para desgracia e infortunio.

En efecto, a los pocos meses de iniciar José María sus estudios filosóficos, el grito de Riego en Cabezas de San Juan saltó sobre el mar y llegó a la Palma. La noticia del pronunciamiento zigzagueó, rápida, como una centella. De una esquina saltó a un zaguán; de un zaguán a un taller; de un taller a una fábrica... De la capital corrió a un pueblo; de un pueblo a otro. En un santiamén dió la vuelta a la isla. Detrás de las noticias llegaron detalles del triunfo. Luego, las órdenes. Había que poner en práctica el programa del partido triunfante. Era preciso, pues, cumplir las órdenes. Y las órdenes, en la Palma, como en toda España, se cumplieron.

El convento de las monjas, el de San Francisco y el de los dominicos fueron clausurados. José María, en medio de la calle, tenía el aire desamparado y roto de un polluelo caído del nido.

Los compañeros de estudio de José María, pasada la consiguiente sorpresa y desorientación, enfilaron la vocación hacia rumbos amados y risueños. Algunos marcharon a cursar Jurisprudencia a la Universidad de La Laguna. Casi todos buscaron cauces adecuados a sus inclinaciones. Ninguno tuvo peor suerte que José María. Todas las fórmulas y planes que concibió para anudar con otros sus estudios fueron rechazados resueltamente por su padre. Maestro Antonio Vicente le negó el permiso y la ayuda para todo. No ha tenido más remedio que someterse a la ciega e inflexible voluntad paterna. José María se ha hecho tejedor.

El nuevo trabajo ni es violento ni se efectúa a la intemperie. La fatiga física no se conoce en el oficio. Como cosa de juego, salta la lanzadera de un lado a otro. Sin embargo, el telar es potro de tormento para José María. Sus esfuerzos por resignarse resultan inútiles. No logra injertar en su vocación el postizo destino. Sus manos, sí, trabajan con bastante destreza. Pero el trabajo es mecánico. La atención se le escapa por la ventana de luz abierta a otro mundo por los estudios. Es su único alivio. Goce triste de un alma niña que ya conoce dolores de hombre. Dolores que matan al niño y endurecen su alma.

Ya se sabe lo que el fuego del dolor madura, tuesta y envejece.

Mientras muere su infancia, se operan cambios profundos en el espíritu de José María. Se debilita, por una parte, la ciega obediencia filial, el respetuoso temor a su padre. Apuntan por otra, brotes de rebeldes desahogos. La anterior amargura busca su desquite y su salida.

...Y pasan los meses. José María está cada vez más desesperado. Ya no es sólo su espíritu el que se evade de la fábrica. Ahora con frecuencia se fuga en cuerpo y alma. Aprovecha cualquier disculpa para abandonar el trabajo. Se ofrece para llevar recados, para salir a hacer alguna compra. Cuando no hay pretextos para escaparse los inventa. Cualquier descuido de su padre le sirve de escotillón para desaparecer. Se ha convertido en un verdadero zanguango. Completamente desmoralizado, vagabundea sin sentido. Sus libros, antes tan queridos y cuidados, yacen ahora encuadrados en polvo.

INVITACION A LA FUGA

Imagínese cuál sería el primer impulso de José María cuando cierta tarde, en la fábrica, recibió en este estado de ánimo, la noticia de la arribada de la «Ninfa». La entrada en puerto de un barco como la «Ninfa» constituía entonces, en las islas, uno de los mayores acontecimientos. La «Ninfa» pertenecía a la matrícula de Santa Cruz de la Palma, era propiedad de un comerciante de esta ciudad, y estaba tripulado por marinos de la misma. Además la «Ninfa» venía de la Habana y, en la Palma, un barco procedente de Cuba siempre ha tenido múltiple significado: la carta del hijo ausente, los «veguetos» de regalo, la caja de «dulces surtidos»; el sombrero de jipijapa; la «letra» de cincuenta pesos, la revista del mercado cubano, la noticia de tal cual persona y, cuando menos, las memorias para media población y algunos indios de ella de retorno.

El primer impulso de José María al oír la noticia fué, como se supondrá, arrinconar todo y correr al puerto. Mas esta vez no fué él sólo quien quiso abandonar el trabajo. Los

Demás tejedores demostraron los mismos deseos. A todos los atajó maestro Antonio Vicente. Como era ya tarde y hasta el día siguiente no se volvería a la fábrica, había que dejar todo recogido. Obedecieron un poco contrariados. Aquel retraso podría equivaler a perder el espectáculo de la entrada del buque en la bahía. Y, cumplidas someramente las órdenes, salieron corriendo. José María logró escapar un poco antes que los demás.

No había duda. En todo se advertía el acontecimiento. Casi todos los trabajos se interrumpían. Se cerraban los comercios. Algunos estaban ya cerrados. Y por las calles, numerosos grupos de personas marchaban hacia el puerto. Algunos chicos y aun grandes cruzaban corriendo. De los pagos próximos llegaban sofocados, sudorosos, no pocos campesinos que habían divisado a la «Ninfa» desde las alturas de Mirca o la Dehesa. La noticia corría como reguero de pólvora. Y en todos los rostros estallaba la alegría, la satisfacción. Y en las voces altas emocionadas la esperanza gozosa de recibir algo. Hablaba todo el mundo a gritos. Se cruzaban preguntas de acera a acera, de grupo a grupo... Pero nadie se detenía; todo se hacía sobre la marcha, camino del fondadero.

Cuando José María llegó a la esquina del

castillo de San Miguel, puerta de la ciudad sobre la bahía, ya la «Ninfa» había arriado velas y arrojado anclas. Iba a comenzar el desembarco. Tuvo, pues, que conformarse con la segunda parte de aquel espectáculo público y gratuito. Para muchos—y nuestro muchacho empezaba a presumir de entendido en náutica—casi lo más interesante era presenciar las maniobras de entrada en puerto. Sin embargo, no había que disgustarse. Todavía quedaba bastante. La playa de Degredo estaba llena de gente. La mitad de la población se hallaba allí congregada. El risco de la Luz, empinado sobre el mismo puerto, ofrecía su balcón a mujeres y ancianos del barrio de San Telmo, que «gozaban» la llegada del barco a vista de pájaro. La gigantesca mole del risco de la Concepción que, un poco más allá, cerraba, protectora, el paisaje por el suroeste, tendía sobre las aguas tranquilas de la bahía la alfombra verdegris de su sombra. Mecíase y recortaba sobre ella la silueta ágil y elegante de la «Ninfa»; limpia blancura sobre el gris vivo del mar, y blanco de todas las miradas.

Ya venían los primeros botes con pasajeros y marinos. Y ya en la playa la muchedumbre se agolpaba y estrujaba junto al desembarcadero. Antes de que los botes llegasen, ya des-

de tierra habían reconocido a casi todos sus ocupantes. Y se llamaban, a voces, unos a otros, los parientes y amigos. Y se adelantaban preguntas, y respuestas, que se perdían en la brisa y el barullo.

Y fueron llegando los botes, y saltó el pasaje. Y las preguntas y abrazos y estrujones caían como paliza sobre los zaraudeados indios y marineros...

A poco se inició la retirada. Los recién llegados tenían prisa de verse en sus respectivos hogares. Pero en las esquinas, en las plazas, en los zaguanes —¡oh, los zaguanes acogedores de Santa Cruz de la Palma!—muchos grupos se iban quedando enganchados, trabados en los más pintorescos comentarios. Toda la ciudad transpiraba aromas de «vegüero» y pña de Cuba.

Alegría gritona en todos los rincones. Sólo tristeza y preocupación acá dentro, en el cogollo del alma joven, y ya ensombrecida, del pobre José María. No sabía por qué. Pero el espectáculo de la llegada del barco, lejos de alegrarle como a los demás, le había entristecido. No había visto nada desagradable, no le habían comunicado ninguna mala noticia. Un marinero de la «Ninfa», que él había visto alguna vez en la fábrica, le había entregado una carta de su hermano—un hermano

pero la carta se la había guardado, sin leerla de padre, mayor que él, establecido espléndidamente como comerciante en la Habana—; para entregársela a su padre. No había, pues, ningún motivo claro de aquella tristeza. Sin embargo, el infeliz muchacho regresaba del puerto con un vago e inexplicable sentimiento de pesadumbre en el pecho. Para alejarse de la bulla y el entusiasmo de la calle Real, torció por la empinada cuesta de Matías y subió a Santo Domingo. La plaza del convento a aquella hora se recogía en notable contraste con la parte baja de la ciudad, próxima al puerto. ¡El mutismo del convento clausurado! ¡La soledad y el abandono! ¡Hierbas crecidas en las junturas de la escalinata de piedra no pisada! ¡El silencio del atardecer semidormido al pie de los laureles y los álamos! En aquel ambiente familiar y amigo, José María desahogó su espíritu y se consideró acogido. Sentado en un muro, junto a la iglesia, hundióse en recuerdos de sus tiempos felices. Su felicidad de ayer, que a él, sin embargo, le parecía muy lejana. Recordaba el correr alegre y despreocupado de su infancia. La vida monótona, pero tranquila y sosegada del convento. Aquella uniformidad sólo interrumpida por la solemnidad o bullicio de las fiestas religiosas. La gravedad de la sema-

na santa. El ingenuo y pintoresco primitivismo de la Navidad. Y le parecía estar viendo por los claustros a fray Juan Antonio, con su andar de pato. Y pensaba en sus afanes de entonces por el latín y la filosofía. Y en sus ilusiones, y en sus proyectos, ya truncados, para cuando fuera hombre. Y en el desconsuelo de verlo todo perdido, destrozado y deshecho.

Hundido en este amargo rumiar de sus tempranas hieles pasó largo rato. Al cabo se despabiló. Unã idea audaz se le había disparado, de pronto, del alma y le había sorprendido. Su naranja interior oprimida por tanta pesadumbre había estallado. Y con sus agrios jugos habían salido, despedidos, desesperados proyectos. Uno de ellos, el menos disparatado, le ganó bien pronto. «Me iré a Cuba»—se dijo con rápida resolución—. Y se entregó al punto a examinar las circunstancias que podrían ayudarle a ponerla en práctica: el hermano que estaba ya en la Habana; el parentesco con el capitán de uno de los barcos que hacían la travesía de la Palma a Cuba; el cariño y comprensión de un anciano tejedor de la fábrica, que podría interceder cerca de maestro Antonio Vicente... Con cada circunstancia favorable que descubría crecía su ánimo y su entusiasmo.

SIGNOS DE AMOR Y DE MUERTE

Día de San Miguel en la ciudad de la Habana. Año de 1823. Por la calle de Compostela ha entrado un coche y se ha parado frente a una casa. Desde dentro del coche, sin apearse nadie, han llamado alargando un bastón, a la puerta de la casa. A los golpes, una joven se ha asomado. Resguarda el cuerpo detrás de la puerta a medio abrir. Se la ve solamente la cabeza y parte del busto. Sus facciones no son correctas. Los labios son muy carnosos, la frente estrecha, los pómulos muy acentuados. Pero sus ojos negros y hermosos. Y sobre la media luna morada de unas ojeras profundas, suplica, anhelante, tras un vapor de lágrimas, su mirada.

—¿Aún está vivo ese chico?—ha dicho una voz desde dentro del coche.

—Sí, señor; todavía respira—ha contestado, sollozando, la joven.

—Pues vamos a verle—ha respondido, mientras descendía del coche, un caballero de hasta media edad. Detrás de él se ha apeado también un joven con un maletín en la mano. Los dos han entrado en la casa.

Después de atravesar una salita en penumbra, el caballero y el joven penetran, sin pedir permiso, en una habitación. Por la confianza y seguridad con que andan parecen de la casa. Pero, no, el caballero es médico y viene a visitar a un enfermo. El joven es ayudante. Con ambos ha entrado también en la alcoba un anciano. La joven ha llegado solamente hasta la puerta. Después ha retrocedido y se ha arrodillado en la penumbra de la sala. La luz triste y mortecina de una lamparilla de aceite se refleja en un fanal y en las lágrimas de la joven. La joven reza y llora. Un ronquido estertóreo sale de la alcoba inmediata y rasga la atmósfera cargada de dolor y sahumero.

¿Qué pasará mientras tanto en la alcoba inmediata? Hundido en un lecho, con la cara en sombra, está casi agonizando un enfermo. El médico lo ha observado y ha prescrito una sangría sin pérdida de tiempo. Su ayudante, que ya se apresta a practicarla, ha dicho al anciano:

—Hágame el favor. Descorra un poco la cortina de esa ventana.

El anciano ha obedecido. Y un rayo, rígido y brillante, del sol antillano ha penetrado como una espada hasta clavar su punta en las ropas de la cama.

Ahora sí se distingue claramente el rostro del enfermo. Sus facciones están desfiguradas. La muerte ha empezado a modelar en él el semblante de un cadáver. Sin embargo, no es muy difícil identificarle. En lucha trágica con la fiebre amarilla yace allí, vencido, expirante, nuestro pobre José María.

¡Qué trágico el destino del infeliz muchacho! Cuando tenía cifradas sus ilusiones en el estudio, un movimiento político clausura la institución en que recibe enseñanza. Intenta, luego, adaptar sus conocimientos a las nuevas instituciones y buscar cauce adecuado a su vocación y todos sus planes se estrellan contra la inflexible voluntad de su padre. Pone, más tarde, sus esperanzas en la isla de Cuba y... ¡cuánto afanoso y triste batallar antes y después de arribar a Cuba! Vencer a su padre que lo quiere tener a su lado en la fábrica. Convencer a su madre que lo quiere retener a su vera, en su cariño. ¡Vencerse y convencerse a sí mismo! Lucha dramática de un alma a solas con sus propias flaquezas, con sus propias dudas y temores, con su inexperiencia... José María cuenta apenas diecisiete años. Por fin, el viaje. En mayo de 1823 embarca en un bergantín para la Habana y ya en Cuba, el choque doloroso con la fría acogida de su medio hermano. José María

tampoco le tenía mucho cariño. Su propio padre se lo había hecho odioso a fuerza de ponerlo, constantemente, en sus amonestaciones, como ejemplo de laboriosidad. Y en consecuencia, el desesperar por no poder independizarse de él en seguida. Y a poco, cuando viene ya una colocación y parece aclararse su vida con halagüeños albores, el ataque terrible del vómito negro.

La enfermedad es de las que pocas veces perdonan. El médico de cabecera pierde pronto las esperanzas de salvar al enfermo. Pasa un día y otro y no recobra el conocimiento. Se decide apelar, como último recurso, a la junta de médicos. Cuatro doctores, de los más afamados de la Habana, se reúnen en consulta para examinar al enfermo. Y unánimemente convienen en la imposibilidad de la cura. Dentro de siete u ocho horas a lo sumo, calculan, el infortunado muchacho habrá dejado de existir. Perdidas, pues, todas las esperanzas, se le administra el Viático y el Santo Oleo. Y todo se dispone para el triste desenlace.

Pero pasan ocho, y diez, y doce horas. Y el joven «aún respira». Ocho, diez, doce horas más de vida para el chico; de muerte, para quienes cariñosa y apenadamente le atienden. Transcurre, lenta, amarga, toda una

noche interminable. Y, al día sigüientē... Ya hemos visto lo que sucede al día sigüiente: Al médico de cabecera es a quien, cuando volvía de una visita en las inmediaciones, hemos visto parar su coche y llamar a la puerta de una casa de la calle de Compostela.

La casa es el domicilio de una familia natural del pueblo de Breña Baja, en la isla de la Palma. En su seno ha encontrado José María, más que una pensión, un segundo hogar. El cabeza de familia es el anciano que hemos visto entrar con el médico y su ayudante en la alcoba del enfermo. Una sobrina suya, fuente inagotable de atenciones y cariños es el ángel tutelar del pobre moribundo. Es la joven que arrodillada todavía en la penumbra de la salita en sombra, reza y llora con el pensamiento puesto en la alcoba de al lado. ¿Qué habrá pasado, mientras tanto, en la alcoba de al lado? También a nosotros nos interesa saberlo. Veamos.

El practicante ha efectuado ya la sangría. La operación no ha podido ser más breve y sencilla. Los resultados, sin embargo, no han podido ser más grandes ni más importantes. Con la sangre parece que han brotado y salido también los malos humores. Y el joven casi expirante ha experimentado un gran alivio. El conocimiento y la vista han comen-

zado a aclarársele. Y el facultativo, satisfecho, acaba de exclamar: ¡Hombre tenemos!

Ahora el doctor se despide ya hasta la noche. Recomienda antes muchísimo cuidado con los alimentos y medicinas. El anciano sale a despedir al médico y a su ayudante hasta el coche.

La joven, al sentirlos salir, ha corrido a la habitación a ver al enfermo. José María la ha mirado todavía con ojos extraviados. Y por sus labios entreabiertos, ha salido, prendida en un suspiro, una palabra:

—¡Mamá!

La joven se inclina sobre él y parece que va a besarle en la frente.

SACRIFICIOS PARALELOS

Es de noche. En el comedor de una casa de Santa Cruz de la Palma hay una mujer y un hombre. El comedor denota una pulcra y hacendosa modestia. A la luz de un velón de aceite, el hombre y la mujer trabajan. La mujer repasa ropa blanca. A veces se detie-

ne un instante, vencida por el sueño. A veces suspira. El hombre tiene delante, sobre la mesa, un pliego de papel. En el papel hay escrita una lista. El hombre mira la lista y escribe luego unas líneas en un papelito. Al pie de las líneas—se ve claramente—la pluma describe el caracoleo inconfundible de una rúbrica. Luego el hombre vuelve a mirar la lista, y escribe, como antes, otras líneas en otro papelito. ¿Quién será este hombre que roba horas al sueño para escribir papelitos? Si nos acercamos un poco a la mesa lo sabremos fácilmente. Cómodos, descansados, sobre el sommier de la rúbrica, se ven claramente su nombre y apellidos. Este hombre se llama José María Fernández Díaz. ¿José María? ¿Será posible que este hombre, que ya traspone el filo de la media edad, sea aquel muchacho que dejamos, desperezándose de un sueño de muerte, allá en la Habana, en una casita de la calle de Compostela? Pues, sí; no hay duda, es el mismo, nuestro José María. No en balde ha transcurrido desde entonces un tercio de siglo. Los años pasan volando. Ahora estamos ya a fines de 1856.

¿Y qué habrá sido, en todos estos años, de José María? Intentemos rastrear, rápidamente, su vida.

Aquella mejoría que vimos iniciarse en la

enfermedad del muchacho se acentuó cada día más y, a poco, ya estuvo fuera de peligro. La convalecencia también fué rápida. Contribuyeron a ella, por igual, la sana y robusta naturaleza del joven y los cuidados de la cariñosa familia en cuyo seno vivía. Restablecido completamente en poco . más de un mes, logró un puesto de dependiente en un establecimiento mercantil de la Habana. El sueldo era escaso. Sin embargo, permaneció en este empleo durante unos cinco años. Y, precisamente, cuando, al cabo de los cuales, se le acababa de ofrecer una colocación mucho mejor, decidió regresar a casa de sus padres. Padecía un catarro, que empezaba a hacerse crónico, y la muerte de dos conocidos suyos, víctimas de la tisis, le había asustado. En busca, pues, de salud, volvió José María a la Palma. Su familia lo recibió con los brazos abiertos. Con más brazos, porque durante su ausencia, una hermana suya había contraído matrimonio y tenía ya varios niños. Y si había más brazos también había más necesidades. La situación económica de su casa era poco desahogada. José María comprendió enseguida que su padre, aunque quisiera, no podría proporcionarle ninguna ayuda para ganarse la vida. Ante esta perspectiva puso de nuevo su voluntad rumbo a Cu-

ba. El catarro con el cambio de clima se le había curado. Y decidido a poner en práctica su determinación, pidió pasaje a un cuñado suyo, condueño y capitán de una pequeña fragata. En el primer viaje de ésta volvería a la Gran Antilla. Pero, mientras esperaba la salida del barco, José María cayó bajo la acción de uno de los factores que más influjo ejercen en la vida del hombre: la mujer. Vió a una joven, se enamoró, fué correspondido, y adiós fragata y Castillo del Morro.

Las relaciones amorosas entre José María y Rosarito Ferraz se desarrollaron normalmente. Normalmente se desarrollan siempre los hechos que no se sabe cómo se desarrollan. Por más que, si nos fijamos, algo se logra averiguar de aquellos amores. Tenemos, por lo menos, datos ciertos acerca de su duración. Y ésta, precisamente, en relación con las costumbres de la época, no tuvo nada de normal. Unas relaciones completas, con todos sus preliminares, escarceos, declaración y sucesivas etapas de pasear la calle, hablar por la ventana y entrar en casa de la novia, no solían bajar de ocho o diez años. Y los amores de la apresurada pareja apenas pasaron de uno.

Celebrada la boda, José María empleó en

seda, por una ironía del destino, los pesos que aun le quedaban de los pocos que había ahorrado en Cuba, y se puso a tejer. Su voluntad y su buena fe en el oficio fueron entonces tan buenas como antes de marchar a Cuba habían sido malas. La satisfacción y orgullo de tener familia propia le infundían entusiasmos.

De este modo, teje que teje, pasa el tiempo y llegan los hijos. En cinco años le nacieron tres y «había fundadas sospechas de que pronto vendría otro hijo al mundo».

La familia crecía rápidamente. En cambio la pequeña industria no podía, por falta de capital, tomar incremento. Sobrevino, pues, lo que un economista llamaría desequilibrio entre la producción y el consumo. Una angustiosa crisis en la economía doméstica. Y ya se sabe, José María, como buen isleño, no concebía, frente a sus crisis, tanto morales como económicas, sino una solución: Cuba. Su esposa intentó disuadirle de aquel propósito. Le razonó, le suplicó, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. La esposa no pudo lograr, a pesar de su insistencia, lo que, sin trabajo, había conseguido la novia. A mediados de 1835, José María volvió, pues, a Cuba.

Esta segunda estancia en la gran isla an-

tillana no fué tan desgraciada como la anterior. Con la protección de un pariente bien acomodado, logró en una ciudad del interior, desenvolverse con bastante fortuna. Pudo enviar regularmente a su esposa cantidades suficientes para atender a las necesidades del hogar y reunir, además, algunos ahorros. Pensaba y le preocupaba, sobre todo, el porvenir de sus hijos. De esta preocupación brotaban sus energías como de un hontanar.

El, en Cuba; en la Palma, su pensamiento, su esposa y sus hijos. Así pasan los años. Cada día trabaja con más ánimo y entusiasmo. Las noticias que recibe de su casa le sirven de estímulo. Los hijos crecen. Llegan a la edad conveniente para empezar a ir a la escuela. ¡Qué noble y profunda emoción, entonces, la de José María! ¡Años y años ha esperado en ansioso desasosiego este momento! ¡La instrucción y enseñanza de sus hijos! Hacia este blanco han apuntado, siempre, tensa y desveladas, como flechas, sus ilusiones de padre. Sus hijos van a comenzar los estudios. Una dulce alegría se le desgrana por toda el alma, pero, al punto, le empieza a rebullir, amargo y profundo, un apretado temor, y la alegría palidece y se repliega. El está dispuesto a hacer los mayores sacrificios —gozoso sacrificio— porque sus hi-

jós estudien. Un hijo con carrera llenaría el vacío de su vida; daría a ésta sentido. Pero le entristece pensar en la posibilidad de que a su gozo y entusiasmo en el sacrificio no corresponda, por parte de los hijos, un entusiasmo y goce paralelos en el estudio. De aquí el temor que rasga su alegría.

Pero, no. Las noticias que empieza a recibir del aprovechamiento y aplicación de sus hijos desvanecen, cada vez más, sus temores. Los chicos parecen muy inclinados a los libros. Valeriano, el primogénito, da pruebas, bien pronto de aplicación y curiosidad intelectual. Tiene, además, una fuerte voluntad y una inteligencia despierta. Con estas dotes adelanta rápidamente y en pocos años domina y agota los programas escolares. Llega a saber casi tanto como su maestro. Y en la pequeña isla, donde no funcionan todavía colegios de segunda enseñanza, no hay posibilidades de estudiar más. Si aspira al título de bachiller o a cursar una carrera, le será preciso embarcar, marchar lejos de su casa, a otras tierras. Se ocasionarán por ello grandes gastos. El padre es quien tiene a este punto la palabra.

José María paladea, entonces, la satisfacción más dulce de su vida. Un aire fresco,

perfumado de felicidad, llega, por primera vez desde su infancia, a orear y reverdecer las marchitas flores de su espíritu. De nuevo en la Palma, el capitalito amontonado en Cuba peso a peso, privación tras privación, le va a permitir realizar su ideal más acariciado. Sus anhelos son los mismos de Valeriano, su hijo. O mejor dicho, los anhelos de éste son los mismos del padre. La auténtica vocación de José María, enterrada en el hueco escondido de su alma, y multiplicada con el riego de mil lágrimas recónditas, la había heredado el hijo.

Y los deseos, más bien, las ansias, empiezan a satisfacerse. Valeriano, en el curso de 1848 a 1849 inicia sus estudios en la Universidad Literaria de Sevilla, y tres años después en la de Madrid. No es sólo pasión por el estudio lo que Valeriano siente; sobre su conciencia obra también el peso del sacrificio paterno. Amor y dolor espolean por igual su voluntad decidida y sana.

Cursa dos carreras, Jurisprudencia y Literatura simultáneamente; gana dos años de una de las carreras en curso; obtiene en todas las asignaturas la calificación de sobresaliente; gana por sus méritos y antes de ser licenciado el puesto de sustituto en

la cátedra de Griego en la Universidad de Madrid y dirige la «Revista Universitaria». Realizar toda esta labor a un tiempo es la proeza de Valeriano en 1856.

El esfuerzo es agotador. El joven estudiante ha puesto sus nervios, todas sus fuerzas a la máxima tensión. ¿Será parejo a su sacrificio el de sus padres para costearle los gastos en la Corte? Fácilmente lo veremos. Habíamos dejado a José María una noche de las últimas de ese mismo año de 1856, en el comedor de su casa, en Santa Cruz de la Palma. Con él, en el comedor, se hallaba también su esposa. Y los dos, a la luz de un velón de aceite, estaban trabajando. Ella repasaba ropa blanca. A veces suspiraba, y otras veces vencida por el sueño, se detenía un instante. José María tenía delante, sobre la mesa, un pliego de papel. Y en el papel había escrito una lista. José María miraba la lista y escribía luego unas líneas en un papelito. Al pie de las líneas—lo habíamos visto claramente—la pluma hacía el caracoleo inconfundible de una rúbrica. Luego José María volvía a mirar la lista y escribía, como antes, otras líneas en otro papelito. Nosotros habíamos averiguado que todos aquellos papelitos llevaban la firma de José María. No habíamos leído, sin embargo, lo que decían las líneas anterior-

res a la firma. Acérquémonos, ahora, más a la mesa, cojamos al azar uno cualquiera de los pequeños papeles y leámoslo íntegramente. Dice así:

«He recibido de don Nicolás Molina, por D. José María Fierro, 20 reales de vellón con que se suscribió hasta el presente, cada mes, para la continuación de los estudios de mi hijo Valeriano.—Palma, 1.º de Diciembre de 1856.—José María Fernández Díaz.»

Este era el sacrificio de los padres. La elocuente brevedad del documento silencia todo comentario, excepto el del íntimo temblor de la emoción.

Valentín Sanz

(RECUERDOS E IMPRESIONES DE SU
VIDA ARTISTICA)



SANTA CRUZ DE TENERIFE

Valentín Sanz, 15_a

La pintura en Tenerife

PINTORES DEL SIGLO XIX.

La naturaleza es entre nosotros el medio más propicio a la pintura y lógicamente el número de paisajistas ha de ser siempre mucho mayor que el de los llamados pintores de historia o de figura; pero aquéllos tropiezan con la dificultad de la luz; ella, por su propia intensidad, ha de ser el mayor obstáculo que han de vencer los que se dediquen en Canarias a trasladar al lienzo el paisaje.

Dos grandes grupos forman los pintores típicos. Primero: El de nuestro tardío renacimiento, que comienza a fines del siglo XVII con Quintana y termina en el principio del XIX con don Luis de la Cruz, pintor cumbre de este período, no sólo de nuestra isla, sino de todo el archipiélago canario.

Segundo: El formado por los pintores del siglo XIX, que culminan en la técnica con

Valentín Sanz, y en el regionalismo con don Cirilo Thruillé.

Caracteriza al primer grupo el pintar con preferencia figuras, retratos y asuntos religiosos casi exclusivamente; cierta hilación y progreso de escuela, y el conservar los pintores que lo constituyen rasgos netos de la Escuela Española con exclusividad de las tendencias de las otras escuelas europeas.

El segundo grupo da preferencia al paisaje; carece en absoluto de tradición y continuidad de escuela; hondos abismos separan a uno de otro a causa de las corrientes de extranjerismo, principalmente francesas, como en los casos de Thruillé y González Méndez.

No hablemos de don Luis de la Cruz, pintor representativo del primer grupo, por ser de todos sobradamente conocido.

Del segundo grupo forman parte don Lorenzo Pastor, escrupuloso y correcto, pero sin verdadero temperamento artístico; Nicolás Alfaro, con personalidad propia en Tenerife, perdida luego en Cataluña, director y profesor de la Academia de Bellas Artes. Nuestro Museo conserva de él una sala entera con sus excelentes paisajes, todos de su época catalana; Gumersindo Robayna, pintor de los episodios de nuestra Conquista y

de apreciables retratos, de los que algunos se conservan en nuestro Ayuntamiento; Lorenzo Bello y Teodomiro Robayna, retratistas, y el segundo, fundador, en colaboración con otros artistas locales, de nuestro Museo municipal; Felipe Verdugo, acuarelista, muerto en temprana edad; Federico Meléndez, otro pintor malogrado; Filiberto Lallier, pintor apreciable de paisajes, influenciado por Nicolás Alfaro, de quien fué discípulo; Juan Botas, de grandes aptitudes, que siguió aquí las huellas de Valentín Sanz. Trasladado luego a Europa se extravió completamente, sin lograr una expresión personal que tanto buscó. Manuel González Méndez, nacido en la Palma, vivió y ejecutó muchas obras en Tenerife, pudiendo ser considerado como tinerfeño; estudió en París, donde se hizo nombre, y alcanzó recompensas en certámenes internacionales. Obras suyas son el techo del salón de actos del Ayuntamiento y los cuadros del de la Diputación provincial.

Párrafo aparte merece Valentín Sanz, figura cumbre de nuestra pintura. Se veía en él desde luego, que tenía corazón de pintor, que sentía lo bello y que, oprimido por sus ideas, trabajaba con afán por expresarlas. Fué discípulo de don Carlos de Haes, que

ejerció tal influencia sobre él, que algunas de sus obras parecen pintadas por la mano del maestro. Mas ¡qué admirable desarrollo tuvo después su formidable temperamento artístico! Encontró su propia personalidad, produciendo obras que son y serán asombro de cuantos las contemplan, como su famoso cuadro «Barranco de la Carnicería», que se conserva en nuestro Museo y sus magníficas «Puestas de sol», pintadas en la ciudad de la Habana. Murió joven, en los Estados Unidos, adonde se trasladó espoleado por su afición a pintar las aguas tranquilas y transparentes, que hubieron de costarle la vida. Las fiebres le llevaron rápidamente al sepulcro.

Cirilo Thuillé se alza en la pintura como el punto negro, como la víctima de la ingratitud de la tierra, más denigrado todavía que lo ha sido Juan Padrón en la música y Antonio de Viana en la literatura. ¡Casi se puede decir que es el único! De factura correcta y gran colorista, de lo más fino que ha producido el archipiélago, ¿quién de los demás de nuestros pintores puede competir con él en armonía y variedad de color? Ciertamente que, en ocasiones, es incorrecto el dibujo, sobre todo en la época de su aprendizaje. ¿Pero no miramos el conjunto? ¡Cuánta verdad en tipos

e indumentaria, cuánta vivacidad y gama en sus composiciones! Lástima que el Museo Municipal no haya podido reunir buenas obras de este pintor, que, aunque educado en la escuela francesa, tan bien ha sabido pintar nuestros «magos».

Resumiendo: Tres pintores de nota han visto la luz en Tenerife: don Luis de la Cruz, pintor de la Casa Real y maestro de miniaturas. Lleva su nombre una calle del Puerto de la Cruz; debería llevarlo también otra de esta capital. El genial Valentín Sanz, a quien rinde culto Santa Cruz, y una de sus principales vías comerciales lo recuerda, y Cirilo Thruillé, menos genio que los dos anteriores, pero más maestría.

Hay que desear que los artistas de la actual generación y de las sucesivas encuentren mayor protección y más medios para el desarrollo de su arte, que la que tuvo ésta de que ligeramente nos ocupamos, para que no se interrumpa la senda por ellos iniciada, única forma de que lleguen a producirse pintores que puedan laborar en su país natal.

Eduardo Tarquis

Mayo de 1929.

Valentín Sanz

¿Quién no ha oído hablar de Valentín Sanz? Sus contemporáneos nos describen su personalidad en estos términos: taciturno, cenceño, de espaciosa frente, mirada triste y natural huraño, reconcentrado en sus idealismos, esquivo al ambiente social, absorto en sus preocupaciones artísticas. Siempre solitario, veíasele vagar por nuestras campiñas o por las calles «estrechas y solitarias», como el poeta sevillano, «buscando los rincones oscuros y los ángulos de los patios interiores, donde crece la yerba y la humedad enriquece con sus manchas de color verdoso la tostada tinta de los muros». Y alguna que otra vez, acercarse, tímido y cauto, al rincón florido—una blanca casita de Tacoronte, oculta entre pámpanos y geranios— donde moraba su ilusión juvenil: la musa rubia, de ojos azules, escon-

didada como la moza becqueriana tras la celosía adornada de campanillas azules.

Herido acaso de desengaños, con prematuras tristezas en el alma, estas nieblas de su espíritu parecen reflejarse en la tonalidad gris de sus primeros cuadros. Paisajes de cielos oscuros, de horizontes neblinosos y melancólico ambiente. Una choza ennegrecida y chata, un hato de ovejas con los vellones teñidos de barro, un pastor arropado en su manta, y por todo ornato vegetal unos castaños solitarios, unas matas de retamas deshilachadas, con tenues puntos amarillos, y un pequeño sembrado de coles sobre la tierra colorada y esponjosa. O un paredón en ruinas, con los cimientos socavados por las aguas que se vierten sobre un lecho de musgo. Paisajes de luz opaca, de atardeceres tristes, de la Vega envuelta en lutos de invierno, sin más ecos que la canción desacorde de las ranas en los cañaverales sombríos. Y, sin embargo, en estos primeros óleos de Valentín Sanz palpita toda el alma de la tierra. Aquellos son, en efecto, nuestros paisajes, sin mixtificaciones ni pompas extrañas. Estos paisajes, desconcertantes para las miradas extrañas, vistos de tan especiales maneras por cuantos escritores y artistas, ajenos al país, han pretendido dibujarlos.

Impresiones distintas, pinceladas fugaces, que a veces resultan pintorescas. Así, por ejemplo, para el ilustre autor de «La Barraca», el paisaje es una costa festoneada por una áspera flora de chumberas y pitas, guardando tras las volcánicas montañas del litoral el secreto de ocultos valles tropicales; para Rusiñol, un montón de casas que parece que bajan de la montaña y se paran al pie del mar, y entre plataneras, ventanas pintadas de tono de sol: verde, azul claro, azul marino, rosa de piel de grana; para Claude Farrère, una yuxtaposición de colores rojos, blancos, verdes y sobre todo amarillos; miradores, celosías y grandes ojos atrincherados en todos los rincones; para Unamuno, una bruma de ensueño, de soñarrera más bien, un silencio y una soledad que se meten hasta el tuétano del alma, una torre oscura, tronchada; para Salaverría, panorama riente, fiesta de color; para Leclercq, montañas de belleza clásica, tintes aterciopelados, un encanto que no se puede definir; para Sagarra, fertilidad africana, insospechado exotismo, playas de azabache, y una ampolla monstruosa y volcánica, el Telde...

Para Valentín Sanz, el paisaje era la emoción, el sentimiento y el detalle: una choza,

una fuente, una cumbre, una ermita, un charco... La expresión plástica de aquellas estrofas de Estévez, traducidas en colores y armonías:

Un barranco profundo y pedregoso,
una senda torcida entre zarzales,
un valle pintoresco y silencioso...

...

Un gallardo mancebo en la montaña
que las cabras monteses perseguía,
en la cima del monte una cabaña,
y un torrente que al valle descendía...

Y fué, después, superación, equilibrio, justeza de colorido y perfección técnica al retorno del pintor de su largo peregrinaje artístico por España, Italia y América, con su fama ya sólidamente cimentada. El que había sido discípulo predilecto de Carlos de Haes, depurador y perfeccionador de su estilo, al reintegrarse al solar nativo recluyéndose en un bello rincón —«Las Gavias», de La Laguna— muestra un sentido más cordial, una visión menos sombría de la naturaleza, y pinta aquel magnífico cuadro, «El barranco de la carnicería», y otros no menos notables de la colección de nuestro Museo. Se advierte en ellos la

nuevā mōdalidad del artista y el toño más suave, menos agrio, que pone en el colorido y en la manera de sentir y expresar el ambiente. Ya no son aquellos nubarrones oscuros, aquellos cielos encapotados y tristes, aquella sensación de «chipe-chipe» lagunero, abrumadora, amargadora, de los anteriores óleos. Ahora los horizontes tienen tonalidades más claras, las aguas brillos y transparencias de lagos, los valles y montañas, perspectivas más luminosas. Ya la Vega no es una llanura en sombras; ahora es una cinta azul-violeta en la lejanía. Ya no lagrimean las copas de los árboles sobre la tierra empapada de agua; ahora son ramas que se entrelazan y desprenden del lienzo; gajos de viejas higueras azotadas por el viento; brazos erguidos, desnudos de todo ropaje, que en la primavera volverán a vestirse de hojas, a llenarse de frutos y de nidos. Sobriedad de líneas, armonía de detalles, riqueza de matices, expresión viva y palpitante del paisaje canario, que sólo la gran sensibilidad de Valentín Sanz supo expresar hasta entonces.

Fueron éstos, también, los últimos recuerdos del artista; su ofrenda de despedida a la tierra. El Destino le llevó otra vez a correr aventuras, a entregarse en brazos del azar;

buscando siempre emociones y horizontes nuevos; pero la suerte, en esta ocasión, le hubo de ser adversa. Trabajó y luchó con renovado empeño; obtuvo una plaza de profesor en la Academia de Bellas Artes de la Habana, y cuando le soñeía la ilusión de una vejez tranquila, sin agobios, en el remanso de su hogar, al hacer una gira por las costas de Norteamérica para tomar apuntes en los lagos de State Island, contrajo una afección palúdica que le ocasionó la muerte en la plenitud de sus facultades, a los 52 años de edad.

Las aguas azules y tranquilas, que habían sido fuente de inspiración del pintor, fueron también el sudario de nuestro gran artista, el genial intérprete del paisaje canario.

Pero ya había satisfecho su mayor afán? ya había encontrado la musa rubia, de ojos azules, en una bella antillana, Lola Muñoz, su amante compañera, la mujer soñada por aquel mozo de mirada triste y natural hurafío, que temía acercarse a la casita blanca de la campiña tinerfeña...

Leoncío Rodríguez

Notas biográficas

Valentín Sanz y Carta, hijo del capitán de marina mercante, D. Valentín Sanz, y de doña Catalina Carta, nació en Santa Cruz de Tenerife el año 1850.

Tenía su domicilio y su estudio en una pequeña casa de la calle de Teobaldo Power, donde residían sus padres y sus tres hermanos, Francisco, Catalina y Lucía, de los cuales sólo vive actualmente esta última, ya octogenaria.

Desde su infancia, demostró una especial vocación por la pintura, y aun no había cumplido 25 años cuando su fama de artista se vió consagrada por sus paisanos, otorgándole una importante recompensa.

En efecto, en Abril de 1875 la Diputación provincial, a propuesta del diputado D. Pedro Machado y Benítez de Lugo, acordó pensionar a Valentín Sanz, para cursar estudios de pintura en Madrid. La propuesta terminaba así: «Se concede una pensión por dos años

de 2.000 pesetas en cada uno de ellos, al artista pintor don Valentín Sanz, hijo de esta capital, con objeto de que pase a completar sus estudios en Sevilla y en Madrid.»

La propuesta fué tomada en consideración y por unanimidad fué aprobada.

Ya en Madrid ingresó en la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado, siguiendo sus estudios de paisaje con el célebre profesor don Carlos de Haes. En una oposición efectuada en la Academia de Bellas Artes de San Fernando obtuvo las dos medallas asignadas al colorido y al dibujo, el año 1876. Estos premios revelaban las grandes condiciones del distinguido artista y correspondían plenamente a la pensión de la Diputación que mercedamente disfrutaba.

X)

En 1879, Valentín Sanz obtuvo un gran éxito en Madrid. Su cuadro «Regreso al hogar», cuyo asunto está tomado de los campos de Asturias, donde estuvo el verano de 1878, fué considerado por la crítica como notable. Otro cuadro suyo, «Estudio de Otoño», del que se ocupó con elogio la prensa el año anterior, pasó a formar parte de la rica galería de don Isidoro de Urzais.

El «Regreso al hogar», fué adquirido por don Joaquín Maldonado Macanaz, exdirector de Instrucción pública, y el periódico ilustrado de Madrid, «El Oceano», reprodujo ambos cuadros de Valentín Sanz.

También fueron muy elogiados sus cuadros «Alrededores de Serantes» y «Entrada de Málaga», notable marina, de la que decía un crítico de arte «que su encanto nace de que la fantasía vence a la realidad».

Comentando estos triunfos del notable pintor isleño, decía en «La Revista de Canarias», el escritor D. Elías Zerolo: «Apenas hace cuatro años sólo era conocido Valentín Sanz por un pequeño círculo de «amateurs» de Santa Cruz, su ciudad natal, cuando la Diputación provincial tuvo el buen acuerdo de pensionarlo en Madrid; y le ha bastado ese tiempo para hacerse un envidiable lugar entre los más notables paisajistas. Allí ha aprendido lo que sólo se aprende en las buenas escuelas; pero afortunadamente no perdió aquello que había adquirido de la naturaleza, copiando casi sólo con la ayuda de su genio la nuestra salvaje y ruda, nuestros escabrosos barrancos y escarpadas montañas. De este consorcio admirable del genio natural, que casi sin anteriores conocimientos co-

pia con verdad la naturaleza, y el estudio de los buenos maestros del arte de Apeles, ha resultado un artista como el nuestro.

Y cuenta que el carácter de Sanz y Carta es un inconveniente para que sea conocido su verdadero mérito. Nada más retraído y modesto; y deben ustedes saber que en ninguna parte, y menos en Madrid, conviene ser corto de genio. Allí es preciso andar siempre estirado, con esas levitas que más que tales parecen «batas princesas» (como las llama un amigo mío) y que son susceptibles de trabilas; saludar a todo el mundo con aire de protección, y pensar que no se tiene abuela. Sanz y Carta es absolutamente el reverso de la medalla. Por esto tiene mayor importancia que se haya hecho conocer ventajosamente; porque puede estarse seguro de que el mérito y sólo el mérito de sus lienzos es el que ha levantado su nombre.

Entre sus últimos cuadros, es notable, según me dicen de Madrid, el «Regreso al hogar». El motivo está tomado de los campos de Asturias, donde estuvo el inspirado artista en el verano último.

Un cielo tranquilo y melancólico como las tardes del campo; un terreno extenso, pintoresco, como asiento de la vegetación del

norte, se ofrece con esa belleza misteriosa que da a la naturaleza la última luz del día: en primer término, un camino por el cual rueda perezosa una carreta tirada por dos bueyes, en la cual van sentados sobre una gruesa capa de yerba un viejo labrador y una niña; delante de los bueyes va un perro de esos que avanzan, se paran y pasan cien veces impacientes y activos por delante de los bueyes. Este es el asunto, tan sobrio como bello, más sentido que pensado y muy bien sintetizado en su título de «Regreso al hogar».

Después de varios años de residencia en Madrid marchó a Cuba con un cargo de dibujante, al servicio de la comisión de botánicos que presidía D. Miguel Colmeiro. Hallándose en la Habana, el entonces ministro de Ultramar, señor León y Castillo, le envió una credencial de oficial 5.º de Hacienda, y más tarde mejoró su situación y pudo atender a sus aficiones artísticas, ingresando como Profesor en la Escuela de Bellas Artes, cargo que desempeñó hasta su muerte.

En la Habana casó con una distinguida señorita cubana, Dolores de la Cruz Muñoz, en unión de la cual vino a Tenerife el año 96, pasando una corta temporada en una finca de la Vega de La Laguna, de cuyos pai-

sajés era un gran entusiasta, llevándolos al lienzo en sus mejores cuadros.

De ellos se conservan en nuestro Museo Municipal algunos muy notables, entre los que destacan los siguientes: «Paisaje de La Laguna», donado por el Cabildo Insular; «Paisaje del Manzanares», por la Mancomunidad, y los adquiridos por el Ayuntamiento a los familiares del artista, que son: «Barranquillo en La Laguna», «Riachuelo cubano», «En la vega de La Laguna», tres paisajes y retratos de su esposa y sus padres.

En la plenitud de sus facultades hizo un viaje a los Estados Unidos, en compañía de su esposa, y después de una excursión a los grandes lagos de State Island con objeto de tomar apuntes para sus cuadros, contrajo unas fiebres malarias que en pocos días le ocasionaron la muerte.

Contaba entonces 52 años de edad.

El dramático e inesperado desenlace produjo gran impresión entre los numerosos admiradores del notable artista isleño.

He aquí los términos en que el importante periódico de la Habana, «Diario de la Marina», daba cuenta en Noviembre de 1902 del fallecimiento de Valentín Sanz:

«Ha muerto en Nueva York. La noticia

ha causado entre nosotros profundo sentimiento de pena. Nadie la esperaba: Sanz había salido hace poco para los Estados Unidos, acompañado de la virtuosa compañera de su vida, sin que nada delatase que estaba tan próximo el fin de una existencia que solo parecía respirar salud y vigor.

El arte en Cuba está de duelo. Ha perdido a uno de sus más caracterizados representantes con el fallecimiento de don Valentín Sanz.

Su especialidad—los paisajes—le habían dado extraordinaria nombradura. Era un maestro en este difícil género en que sólo meritos tan notorios como los de Sanz pueden dar legítimamente una reputación tan brillante como la que disfrutaba el notable profesor de la Academia de San Alejandro.

• Sin tiempo para examinar, con el detenimiento a que era acreedora, la carrera del artista muerto lejos de los suyos, de amigos y admiradores hoy apenadísimos, ponemos fin a estas desaliñadas líneas, haciendo pública manifestación del pesar que nos ha producido la inesperada nueva del fallecimiento de don Valentín Sanz y enviando el testimonio de nuestra simpatía, en estas sus horas de tribulación, a la inconsolable viuda. »

Algunos meses después de la muerte de Valentín Sanz, su viuda, doña Dolores de la Cruz Muñoz, escribía desde la Habana a la acongojada madre del artista:

«Mucho me he acordado de aquel año feliz que pasé en esa con mi amadísimo esposo (q. e. p. d.) y con vosotras. Como usted dice muy bien: esos días de dichas sin fin no volverán.

Mucho me alegraría que en esa hicieran lo que usted me anuncia de trasladar los restos de nuestro pobre Valentín a Tenerife, pues recuerdo que siempre él me decía que quería lo enterraran en su tierra, y que cuando fuera viejo iría a descansar a esa para morir en su patria. Así es que me complacería se realizasen sus deseos, lo que yo no puedo hacer por mi parte por carecer de recursos para ello. Y qué pena para mí al pensar que en Nueva York está él tan solito, sin que ninguna de nosotras hayamos podido ir a llorar sobre su tumba. Ahí, en Tenerife, las tendría a ustedes, y aunque me privaría yo de tenerlo cerca de mí, me consolaría saber que había encontrado su descanso en la tierra amada, al calor de los suyos. Veán, pues, si ustedes pueden lograr que sus paisanos, sus hermanos, hagan esa obra de ca-

ridad en recuerdo del que tanto valía. Avíseme, que yo tengo la nota donde él está enterrado en Nueva York.»

Desgraciadamente no se vieron realizados los piadosos deseos de la viuda del llorado artista, y de este abandono o de este olvido inexplicable tendrá que reprocharse siempre nuestro país.

Las “cosas” de Valentín Sanz

El primer dibujo de Valentín

Muy pocos años tenía Valentín Sanz cuando andaba ya acosando constantemente a su madre con peticiones de dinero para comprar lápices y papel de dibujo. Un día en que sus demandas no dieron el resultado acostumbrado, contrariado y molesto por el fracaso sufrido, encerróse en el cuarto más retirado y menos decente de la casa, y cuando salió cuentan que quedaba dibujada en la puerta de tan impropia habitación una cabeza de ejecución tan perfecta como admirable; tanto que, corrido entre las amistades de la casa, empezando, claro está, por las más íntimas, el relato de la graciosa ocurrencia del pequeño, fué desde entonces uno de los lugares más concurridos de la vivienda aquel donde se abría la puerta de la estancia en cuestión.

Más tarde la casa ha sido restaurada y pin-

tada interiormente, pero nunca los familiares del llorado artista han permitido que sea borrado aquel dibujo, aun visible, pese a la acción destructora de los años, y testimonio fiel, en su día, de la ardiente afición pictórica y precoces cualidades de quien más tarde había de llegar a ser gloria indiscutible de las artes isleñas.

El entierro del abuelito

Poco tiempo después del episodio relatado murió el abuelo de Valentín Sanz. Este, con la inconsciencia y curiosidad propia de sus pocos años, no cesaba de rondar en torno a la sala donde el cuerpo del anciano había sido colocado, mientras la familia, entregada al dolor, apenas si reparaba en sus extrañas e insistentes investigaciones.

Llegó el momento de sacar el cadáver y Valentín Sanz fué llevado hacia el fondo de la casa para que no presenciara las dolorosas escenas que seguramente se habrían de producir. Luego, cuando la comitiva se hubo alejado y se pasara la angustia y turbación de los primeros momentos, doña Catalina, la madre, buscó al pequeño. Lo halló en el patio, ante uno de los grandes testers blancos de sus paredes, sosteniendo en la mano un

trozo de carbón. En la pared, dibujado, aparecía el abuelito, de cuerpo presente, rodeado de cirios y flores, tan enormemente parecido que se creyera, según la vulgar y repetida frase, que iba a «romper a hablar», muerto y todo...

—¿Qué haces, Valentín?

—Mira, mamá. El entierro de abuelito...

El puchero de la vieja

Esta anécdota de Valentín Sanz retrata cómo era su corazón de noble y de grande. Los familiares del pintor tinerfeño la recuerdan con ternura y emoción:

Todas las mañanas, apenas descubría el sol, Valentín se marchaba a pasear al campo, seguido por «Escipión», un enorme perro, compañero inseparable de sus correrías y aventuras. Casi siempre los pasos del pintor se encaminaban hacia la carretera de San Andrés y los valles que la cruzan. En ellos solía encontrar el infatigable buscador de motivos nuevos para sus paisajes, rincones y lugares en verdad dignos de su pincel.

Un día, remontando la ladera de una de las montañas que bordean esos valles, por encima de «La Ninfa» y bien próximo a Los Campitos, halló una choza miserable, a la

que se acercó en demanda de un vaso de agua para apagar la sed. Se asomó a la puerta de la choza y no vió a nadie. El quartucho infecto, acusador de la gran miseria de sus habitantes, se hallaba desocupado a la sazón. En medio de la estancia, sobre un fogón improvisado con unas piedras, hervía un puchero apestoso, haciendo saltar los borbotones del agua la mal ajustada tapa de la desportillada olla de barro.

Antes de que Valentín pudiera llamar a los moradores de la choza ocurrió algo horroroso por lo imprevisto y las consecuencias que tuvo. «Escipión», tentado del demonio, entró dando saltos en la cabaña, pasó junto al fuego y véase de qué manera le tocó a la olla que el puchero se vino al suelo, vertiéndose lamentablemente sobre las llamas, que chisporrotearon, medio apagadas y por el piso de tierra de la estancia.

Valentín oyó pasos a la sazón. Miró hacia fuera y vió una viejecita astrosa que se acercaba, rengueando, por el camino de la ladera...

Aquella mañana doña Catalina vió regresar a Valentín a hora desusada. Llegaba cansado y presa de gran nerviosidad, y sólo se volvió a marchar después de registrar todos

los bolsillos de sus trajes y las gavetas de la mesa, reuniendo en junto unas diez y ocho pesetas, que, con otras cuantas que logró de doña Catalina, fué a llevar, a Los Campitos, a la pobre vieja a quien «Escipión» había dejado aquel día sin comer.

De cómo «Escipión» tocó a fuego en Tacoronte

También amó Valentín en sus años mozos, cuando todavía los vientos de la fama no habían soplado para él. Fué el suyo un amor hondo, callado, sin esperanzas ni ambiciones. Jamás lo descubrió a nadie; sólo años más tarde, algunos íntimos suyos conocieron el secreto de aquella gran pasión silenciosa.

El objeto de ella—una linda joven, hoy respetable dama, conocidísima en nuestra sociedad—, ignoró siempre o pareció ignorar el amor de Valentín, que, por su parte, se conformaba con adorarla de lejos, con ciego fervor idólatra. En los veranos la joven marchaba a Tacoronte, y allá se iba también el pintor, todos los domingos, seguido, como siempre, de «Escipión», sólo con la ilusión de verla, aunque fuera de lejos.

Para mejor lograr su propósito y pasar inadvertido ideó subirse a la torre de la igle-

sia y acechar desde allí el paso de su adorada. Pero un día... ¡Oh, doloroso final del idilio mudo! «Escipión», el maldito «Escipión», tan travieso como siempre, tuvo la humorada de ponerse a jugar con las cuerdas de las campanas, y enredándose en ellas, cuando menos lo esperaba Valentín, lanzó a las cuatro vientos el repique más clamoroso y desordenado que ha oído el tranquilo pueblo de Tacoronte.

—¡Fuego!... La alarma cundió rápidamente. La gente corría de un lado para otro... Y Valentín, el desgraciado Valentín, huía de Tacoronte decidido a renunciar aún al pequeño placer de ver pasar a su adorada desde el refugio amable y discreto de la torrerita blanca.

Una excursión al Teide

También se cuenta de Valentín Sanz una curiosa excursión que hiciera al Teide, humorada famosa que retrata admirablemente la originalidad de sus invenciones.

En el mes de noviembre fué—víspera de Finados, por cierto—, cuando Valentín desapareció una mañana de su casa, sin decir dónde iba ni lo que pensaba hacer. Estuvo muchos días perdido. Sus familiares, inquietos,

tos, no cesaban de hacer averiguaciones en demanda de su paradero. Al cabo apareció. Regresaba del Teide, donde había pasado infinitas calamidades, medio muerto de hambre—pues todas sus provisiones se reducían a unos cuantos huevos duros que se le helaron y no pudo comer—, y bloqueado por la nieve, de entre la que fué extraído casi aterido por unos guías de Las Cañadas y conducido a la Villa, pasando por loco ante aquella gente sencilla, que no podía comprender el objeto de tal aventura.

Valentín Sanz en Madrid

Más tarde Valentín Sanz marchó a la Corte pensionado para cursar estudios de pintura. Y fué en la capital española donde comenzó a lograr éxitos crecientes que más tarde coronara en América, conquistándose un envidiable puesto entre los mejores artistas de la época, en su calidad de excelente paisajista.

En Madrid, Valentín siguió haciendo la misma vida que siempre hiciera aquí. Modesto, retraído, huraño casi, no quería cuentas con nadie, ni se enteraba de nada. No demostraba afán sino por trabajar sin descan-

se y cada día con más provechoso y evidente resultado.

—Valentín, eres un salvaje—le decían sus amigos, y entre ellos, principalmente, el después ilustre, doctor don Tomás Zerolo, entonces estudiante de Medicina y compañero de hospedaje del pintor.

—Bueno...—replicaba, y seguía haciendo su vida de siempre y pasando enormes calamidades económicas, sin que tampoco se preocupara de hacer nada por variar de situación.

Hasta que vendió su primer cuadro. Cincuenta duros le dieron por él. Cincuenta duros que el gran bohemio se propuso gastar convidando a todos los compañeros de hospedaje a cenar aquella noche en Fornos. Hasta la patrona le riñó cuando tuvo conocimiento de sus propósitos:

—Pero, don Valentín: ¡Qué locura! Podían ustedes cenar aquí, y guardar ese dinero...

—¿Cenar aquí esta noche también? Nada, nada... ¡A Fornos!

Y a Fornos fueron. A mitad del banquete se armó, nadie sabe la causa, entre los canarios y otros concurrentes, una trifulca de todos los demonios. Volaron los platos, caye-

ron, hechas cisco, las lunas de los espejos; rodaron las mesas por el suelo... Valentín y Zetsola pudieron escapar, descolgándose por la ventana de un pasillo. Al llegar a la casa de huéspedes, la patrona, enfadada, se había acostado sin hacerles de comer. Todo lo que quedaba en la cocina era una tetera mediada de té y unas cuantas migajas de pan.

—¡Buena noche!— suspiraba Valentín, mientras entretenían el hambre con tan frugal comida—. ¡He perdido cincuenta duros y nos hemos quedado sin cenar!

«¡ Ah ! ¿ Era usted ? »

Se anunciaba a la sazón una gran Exposición Nacional de pintura en Madrid. Casi obligado por sus amigos, y por la patrona que veía en ello una posibilidad de cobrar la ya crecida deuda de Valentín, el artista tinerfeño pensó ir al certamen. Y empezó a trabajar febrilmente, en un gran taller al que concurrían también otros varios pintores con propósitos semejantes a los suyos.

Un día, al entrar en el taller, sorprendió a Valentín la desusada agitación que entre los artistas allí congregados se notaba. Con su acostumbrada indiferencia, sin preguntar nada, se puso a trabajar. Pasó un rato; oyó pa-

...sos, ruido de voces y de taburetes que se arrastraban al levantarse bruscamente sus ocupantes, y ni siquiera separó la vista del lienzo.

De pronto notó que alguien le tocaba en un brazo y oyó una voz que exclamaba:

—Muy bien, muy bien... Su trabajo es admirable.

Se encogió de hombros y siguió trabajando, después de susurrar un ligero «¡Psch!». Los murmullos que se alzaron en la sala acabaron por llamar su atención. Alzó entonces la cabeza y se halló con el rostro sonriente y simpático de D. Alfonso XII, que no otro era el ilustre visitante y espontáneo admirador.

Todos creyeron que Valentín saltaría del asiento, turbado y confuso. Sin embargo, el pintor tinerfeño se contentó con sonreír un poco, exclamando:

—¡Ah! ¿Era usted...?—. Y continuó su trabajo como si no pasara nada.

×

El cuadro fué a la Exposición. Y hay quien dice que fué comprado por orden de don Alfonso XII, en recuerdo de la tranquilidad de su autor.

Los primeros éxitos

Aquel cuadro proporcionó a Valentín Sanz un triunfo verdaderamente halagador. Colocado pésimamente en el peor lugar del salón de Exposiciones, Valentín, a pesar de las instigaciones de sus amigos, se negó a formular la menor protesta. Y por aquel rincón desfilaron los más competentes críticos e inteligentes aficionados, solo por contemplar el paisaje admirable del joven pintor tinerfeño.

Después de la venta del cuadro, al que fijara precio la patrona de la casa de huéspedes, pues ni eso quiso hacer Valentín. Cien duros, dijo doña Salvadora, calculando las dos mensualidades en descubierto, y cien duros hubiera pedido él si Zerolo no le advierte:

—Como llegues a pedir menos de diez mil duros, no cuentes más con mi amistad.

Valentín se asustó y no pidió sino cinco mil, que el comprador pagó en el acto.

El ocaso

Luego vino el viaje a América; su larga residencia en la Habana, donde desempeñó una plaza de profesor en la Escuela de Bellas Artes, hasta que comenzó el ocaso del gran paisajista isleño. Cogido de lleno en los engranajes de la máquina oficial, lo olvidó to-

do: ideales, ambiciones, sueños... Pintó mucho, sí; y sus cuadros se cotizaban a altos precios en los mercados americanos. Pero su nombre fué poco a poco horrándose.

Ultimo recuerdo

Pocos artistas han sido olvidados tan pronto como Valentín Sanz. Pero es que pocos también han puesto, como él puso, verdadero empeño en ser olvidado. Su deseo, nacido de ignoradas desilusiones, se ha cumplido con creces. Por muchos paisanos suyos se ignora hasta lo que fué y significó aquel cuyo nombre lleva una de las principales calles de la ciudad. Esto es lo que hemos querido decir, y por eso las anécdotas relatadas casi se refieren más al hombre que al artista.

Porque si Valentín Sanz fué un gran pintor, fué también un gran corazón y un gran carácter. Cuando quiso triunfar, triunfó; cuando quiso ser olvidado, lo fué. Repartió con creces cuanto tuvo. Por repartir, hasta de la gloria que en vida conquistara poco o nada se llevó con él.

Antonio Martí

El pintor isleño en Cuba

En el restaurant de Inglaterra y en el Cosmopolita nos reuníamos fraternalmente peninsulares, cubanos y canarios; jamás olvidaré la cordialidad que reinaba en torno a aquellas mesas.

Era de los asiduos concurrentes un querido amigo mío fallecido recientemente: Pepe Castillo Fierro, que duerme el eterno sueño en el amoroso regazo de la tierra natal.

Una tarde—hacía pocos días que había yo llegado a la capital de la isla—, como hablásemos de cosas de Canarias, preguntóme Castillo de pronto:

—¿Conoce usted a Valentín Sanz?

—Desde la niñez,—repliquéle—. Nos queremos como dos buenos hijos de un pueblo

mismo; desearía verle, pues hacē muchos años que lo perdí de vista.

—Verle no es cosa tan corriente como usted cree; no abre su casa con facilidad. A mí, sí; yo sé el secreto para que se descorra el cerrojo de aquella puerta misteriosa; yo poseo la contraseña. Vamos allá. Usted se finge un desconocido; yo lo presento como un aficionado que quiere adquirir paisajes de Cuba, y como hace bastante tiempo que no se ven, y usted no ha de decir palabra, nada extrañará en los primeros momentos; tanto más, si se tiene en cuenta que no pasa día sin que me recomiende que le busque clientes entre mis relaciones. Reiremos, y él reirá también cuando descubra la inocente superchería.

Y dicho y hecho.

Hallábase situada su habitación y estudio en una de las calles de la ciudad antigua.

Subimos y después de ciertos toquecitos que mi acompañante daba en la puerta con los nudillos, y de silbidos y otras señales convenidas, contestadas desde el interior, sentimos rumores y ruidos de pisadas. En efecto, Valentín Sanz fué turbado en su reposo y se levantaba en ligero traje.

Antes que entrase en su cuarto cualquier extraño, tomaba grandes precauciones, y sus

ojazos nēgros velados por grandes pestañas, de mirar vago, somnolientos, escudriñaron a través de un pequeño ventanillo con atención minuciosa a los inesperados visitantes que interrumpieron su perezosa siesta.

Vistióse con toda la prisa de que era susceptible su indolencia de artista abstraído en la contemplación de las cosas que los soñadores encuentran bellas, abrióse la puerta y penetramos en el sagrado recinto de su alcaoba

Previa la correspondiente invitación con nombre imaginario, del desconocido visitante aficionado, personaje primero que no hablaba, como en las comedias antiguas, pasamos a un salón inmediato donde se exhibían un par de docenas de cuadros, y comenzó el bueno del pintor a hacer el artículo de esta guisa: un paisaje de la bahía, 100 pesos; un guajiro, 50 pesos; un campo, sembrado de caña, 80 pesos; orillas del río San Juan, 60 pesos; danza de negros, dos marinas, etc.

El me miraba con su mirada característica y continuó sus ofertas, a mi juicio, sospechando el engaño, a pesar de *esforzarme en disimular*. Me miraba como a un amigo a quien no se había visto durante largo tiempo, pero sin poder asociar el nombre con la persona

que veía, y continuaba fijándose en mí, de modo extraño y persistente.

Ya me iba siendo difícil sostener mi papel, y sintiendo que yo mismo me delataría, quise marcharme, y al punto manifesté a Castillo mi deseo de salir.

Aún no había acabado de hablar, cuando, riendo ingenuamente, con risa estrepitosa y bonachona, que daba a su fisonomía esa expresión de contento que notamos en los hombres que creen que la vida es una delicia, llegóse a mí con los brazos abiertos y me estrechó efusivamente.

Me había delatado la voz; la voz, cuyo eco acariciador no se extingue, a pesar del transcurrir de los años, en el oído de los compañeros de la infancia, de los amigos que nos quieren, de los parientes que nos aman, de la mujer con quien departimos en los días felices de las ilusiones.

Charlamos largamente de nuestro Tenerife, de sus consejeros y amigos, del simpático y cultísimo Nicolás Alfaro, de sus primeros paseos en el áspero camino del arte, de sus excursiones a los Rodeos, a Taganana, a la Orotava, para llevar al lienzo con artística inspiración la luz, el colorido, el ambiente de nuestros campos, las azuladas montañas coro-

nadas de caprichosas nubecillas, los bosques de laureles, los álamos plateados, la carreta tacorontera chirriando al peso de las doradas gavillas, los profundos barrancos, baluartes de los heroicos guanches; de sus paseos por las abruptas costas para copiar el mar y las rocas revestidas de liquen, combatidas por las olas bravías, de sus ideales sin esperanza, de sus amores tristes, confidentiales, melancólicos, silenciosos, muertos; cosas que pasaron, cosas lejanas que ¡ay! no han de volver. ¡Pobre artista! Pertenece a aquella generación que conservaba algo de ese romanticismo que se ha concluído por completo.

×

A los dos o tres días de ocurrida la escena que acabamos de narrar, una hermosa mañana primaveral, mi buen amigo me despertó con gran contento de mi parte.

Había cumplido su promesa de hacerme una visita en el Hotel del Louvre, de Matanzas, donde yo residía habitualmente.

Vagamos por los campos, extasiados en la contemplación del espléndido valle y del río Yumurí, cuyo cauce serpentea entre flores y palmeras, ensanchándose a medida que corre

a precipitarse en las saladas ondas; ya lo dijo Plácido, el inspirado mulato matancero:

Tú, semejante a los hombres
Ambiciosos de grandezas,
Cuánto más tu cauce ensanchas,
Tienes la tumba más cerca.

En posesión de un regular apetito nos sentamos ante la bien provista mesita del comedor del Hotel, dispuestos a hacer los honores al «menú» de Mateo, cocinero isleño.

No habíamos terminado de saborear una exquisita tortilla, cuando en malhora pasó a nuestro lado el mayordomo vigilando el servicio.

El día anterior se había comentado entre los huéspedes del Hotel, la enfermedad que padecía un viajero alemán recién llegado, y todos sospechábamos que era el vómito.

—Diga usted—le pregunté al mayordomo, como cosa natural—, ¿qué tal sigue el alemán?

—Parece que tiene todos los síntomas del vómito, replicó. Ahora lo vamos a trasladar al sanatorio.

Valentín me examinaba; examinaba también con mirada extraviada y pálida al ma-

yordomo, y levantándose de repente, como si algo extraordinario le sucediera... en el estómago, salió precipitadamente del comedor

—Vuelvo—me dijo—espérame.

Pasó un rato; transcurrió media hora, no volvía. Aun estaría esperando.

Me levanté al cabo, fui a mi cuarto, donde le había alojado, temeroso de que hubiera ocurrido algún sensible accidente, pero no estaba allí; recorrí el «hall», tampoco lo encontré; pregunté a los criados, y al fin, uno de ellos me informó que el señor vestido de negro—Sanz vestía casi siempre de negro—, había tomado las de Villadiego, llevándose su maletita y su caja de pinturas: ordenando a un coche de punto que lo condujese volando a la Estación. —A esta hora—añadió el mozo—debe encontrarse cerca de la Habana.

La fuga del genial pintor me dejó, como suele decirse, con la boca abierta; no atinaba a explicarme a qué obedecía; fué necesario que Castillo Fierro, a quien referí el estrambótico suceso, cuando nos vimos de nuevo en la capital, me descifrara el jeroglífico, desternillado de risa.

¡Valentín Sanz tenía tal cerote al vómito, que solamente de oír el nombre del terrible

mal el pánico le trastornaba, perdía el color y hasta se le alteraba... el vientre!

Cuando volví a visitarle en su estudio miró como de costumbre, por el agujero de la llave y por el ventanillo; al reconocermé, antes de abrir, informé con gran interés de la salud del alemán del hotel, de si yo venía fumigado, si traía patente limpia para poderme dar entrada libre en su cuarto.

Pidióme excusas por la fuga, y, tras un breve rato dedicado a la contemplación de sus notables paisajes cubanos, estreché su mano por última vez.

Todavía, cuando bajaba lentamente los escalones, me gritaba, riendo con su natural «bonhomie»: «que conste que hay tres cosas que me causan horror: la falta de dinero, los aprendices de piano...y la fiebre amarilla.»



Me ausenté de la Habana, y no volví a verle más.

No murió en Cuba del maldito vómito que tanto le horrorizaba, pero murió en extraña

tierra; sus ojos soñadores no contemplaron por vez postrera el cielo purísimo de su país, al que pedía la inspiración; el cielo de nuestra patria chica, tan amada por los buenos hijos de Tenerife que pasean por el mundo su nostalgia.

Juan de Anaga

Madrid, Enero 1908.

Un juicio crítico

ELOGIO DEL «CONDE KOSTIA»

Con el título «Los aislados», el ilustre escritor cubano «Conde Kostia» publicó en el periódico «La Lucha», de la Habana, el siguiente juicio crítico sobre Valentín Sanz y su obra artística:

Hace tiempo que esta figura de irónico resignado atrae mi atención en el «maelstron» de ambiciones que pasan ruidosas y alocadamente desbordadas por el accidentado terraplén de la vida artística habanera. Hace tiempo, sí, que deseaba ofrecer mi cariñoso tributo de admiración al artista irreprochable, al «paisajista» extraordinario, cuyo apellido es el primer blasón de la patria en que abriera sus ojos a la luz—esa luz que de modo

tan magistra! recoge en su paleta y difunde en sus lienzos, maravillas hoy de Cuba y mañana del mundo.

×

El Sr. Sanz—fuerza es consignarlo ya que nadie ha sido osado a ello—es uno de los poquísimos que sobresalen en ese género tan difícil del «paisaje», donde a una virtualidad técnica hay que unir un sentimiento profundo del alma de las cosas y una seguridad de estilo excepcional. Sanz siente la naturaleza como la sienten los «iniciados»—que son tan pocos—como la sentían Corot, Coubert y el famosísimo Franz Haes. Sus cuadros no son telas coloreadas con mayor ó menor habilidad, bajo un patrón académico, en la seca forma de un patrón pasado por todos los cartabones y afeminado a lengüetadas de cuchillo, apisonadoras del color que aplastan y extienden sobre el lienzo... no; son rincones de la Naturaleza misma, donde circula el aire, donde corre el arroyo, donde espejea el lago sobre cuya superficie parece oírse el eco sutil y ligero que, como un surco armonioso, deja en el aire la libélula con su ruido de murmullo vítreo, alma del paisaje... La veracidad sencilla de su arte, su profunda y casi infan-

til sinceridad, hacen de él el más completo de cuantos manejan el pincel en Cuba y uno de los más completos entre los que lo manejan en el extranjero.

X

¿Una prueba de lo que afirmo? Visítese el «Salón Pola», donde desde ayer hállase expuesto uno de los «paisajes» de Sanz; el último que ha pintado. Examínese ese tono de naturaleza «viva», satúrense los ojos de esa armonía fundida de tonos, préndase el ensueño en ese fondo azul que la oposición del verde hace más etéreo, refrésquese el ardor del alma en ese cristal opaco que forma en primer término un remanso y responda de nuestro entusiasmo la admiración conmovida del contemplador.

Lo más difícil para un pintor, en Cuba, es copiar ese cielo incandescente que parece desafiar hasta las pupilas del águila. Los ojos de Sanz son dos joyeles en que se recogen y guardan esos destellos abrasadores. Es sol cubano el que ilumina, llena y baña esos breñales vírgenes y esos setos siempre verdes por donde corre la sangre de la savia sorprendiendo y asombrando la realidad misma. Hobbema, Ruysdael, el Poussino, reconocerían

un hermano en ese aislado que el ruido del aplauso parece importunar.

Sí, un aislado; porque perdido en sus creaciones poderosas y profundas, se aparta, con un desdén sombriamente magnífico, de cuanto puede entorpecer, halagándola, la grandeza de su genio. Como el personaje de Djamy, la flor sensible de su alma se ha replegado, quizás, a los primeros embates de la ingratitude y a los eternos contrasentidos de la envidia. Pero ¿quién que haya despuntado en algo, no ha conocido las sangrientas mordeduras de esa hidra, hermana mayor de la de Lerna? No se triunfa en las artes y en la vida más que después de haber, sobre el propio cuerpo, cicatrizado muchas heridas. Y en todos los órdenes. Yo he tenido en los principios de mi carrera de periodista comienzos tan duros que puedo disputarle a cualquiera la palma de los sufrimientos habaneros. Y sin embargo, aun no se ha labrado la piedra en que mi buril cincele la palabra terrible que venga de la hiel tragada copa tras copa.

×

Los artistas, como los niños, tienen un Dios, siempre bueno con el «bueno». Y la prueba es que los cuadros de Sanz alcanzan

en el mercado habanero, francés, español y neoyorquino precios altísimos.

Hace poco, un coleccionador vendió en Madrid, por 3.000 pesos, uno de los primeros paisajes que pintara Sanz; un «ensayo». ¿Cuánto darían por el que ha expuesto últimamente en el «Salón Pola»?

Conde Kostia

La Habana, 1892.

La muerte de Valentín Sanz

En los primeros días del mes de octubre de 1898 se recibió en Tenerife la noticia del fallecimiento, en Nueva York, del ilustre paisajista tinerfeño.

El «Diario de Tenerife», que dirigía el veterano periodista don Patricio Estévez, íntimo amigo del gran pintor, comentaba la luctuosa nueva en estos sentidos términos:

«Pasó la primera dolorosísima impresión. Pero las mortales horas transcurridas desde que se recibió la fatal noticia, que ha sido necesario ocultar hasta hoy a su infortunada madre y a sus affigidas hermanas, si han dado lugar a la reflexión, no han mitigado la pena y el desconsuelo hondísimos que en nuestro ánimo sobrecogido produjo el conocimiento de la desgracia que para el país, para el arte, para la familia y pra sus amigos y admiradores, representa la muerte pre-

mtura e inesperada de Valentín Sanz, el hijo amantísimo, el amigo cariñoso, el apasionado amante de las bellezas del país, que admiraba y comprendía y reproducía como nadie; el paisajista eminente, el artista de inspiración y de genio, que era honra y orgullo de su pueblo y que, joven aún, cuando podía decirse que empezaba a trabajar con la tranquilidad y el reposo necesarios para que el genio se manifieste, no en rápidos y fugaces destellos sino en toda su plenitud, creando obras de importancia que le abrieran las puertas de la inmortalidad, desaparece para siempre del mundo de los vivos, casi repentinamente, cuando nadie podía esperarlo; como desapareció el también inolvidable Teobaldo Pówer, otro artista eminente, otra gloria del país, que en su manera de ser y en las manifestaciones de su inspiración y de su genio, tenía con Valentín muchos puntos de contacto.

Hacer una biografía del muerto; describir, siquiera a grandes rasgos, sus obras principales; referir anécdotas, incidentes y detalles de su vida; traer a la memoria recuerdos de la juventud y cariñosos inextinguibles de la niñez, sería hoy tarea, al par que dolorosa, en cierto modo grata para nuestro ánimo

acongojado; pero aunque lo intentáramos no lograríamos dar forma a nuestro pensamiento ni disponemos de tiempo bastante para ello.

Pluma más competente que la nuestra hará este trabajo, que será leído en sesión extraordinaria que al efecto ha acordado celebrar el «Gabinete Instructivo» y entonces lo saborearán nuestros lectores.

Nos limitamos hoy, pues, a consignar el fatal suceso, a enviar a su desolada familia el testimonio de nuestra simpatía y de nuestro sentimiento por esta desgracia que consideramos como nuestra, y a proponer al Excmo. Ayuntamiento que no olvide a Valentín Sanz, y ya que otra cosa no pueda ser, si no es posible traer sus restos para que reposen eternamente en la tierra en que nació y que con tanta vehemencia amaba, dé si quiera su nombre a una de nuestras calles, que bien puede ser una de las nuevas en proyecto, bien la de Santa Rosalía, en la cual existe la casa donde, no hace todavía medio siglo, nació uno de los hijos más distinguidos de Santa Cruz, D. E. P.

Juicios necrológicos

He aquí lo que decía, con motivo de la muerte de Valentín Sanz, el escritor cubano «Conde Kostia», en el diario «La Lucha», del día 7 de octubre de 1898:

«Un cable de Nueva York, transmitido a la Academia de San Alejandro, ha traído bruscamente la fatal noticia. un «paisajista» notable se ha extinguido, joven, en algunas horas, en la patria de Mac-Kinley.

Para nosotros, los que adorábamos tanto su luminoso pincel, ha sido como una gran herida en nuestros sentimientos humanos. La infatigable segadora ha añadido una gota de arena más a la clépsidra de odio que contra ella amontonamos. Aun joven ha bajado al fondo negro de la naturaleza el que sorprendió tantas veces, traduciéndolas, su superficie brillante y su alma luminosa.

El ilustre profesor de Paisaje de la Aca-

demia de San Alejandro deja un gran vacío en el arte pictórico cubano. Su enseñanza ha sido, en cambio, fecunda. Discípulos—hoy, verdaderos maestros—han aprovechado bien las lecciones que él sabía infiltrar en las almas y en los talentos preparados para comprenderle. La señorita Mercier, los señores Porro y Aurelio Melero, serán dignos continuadores del que ha cesado de pronto de ser orgullo «vivo» entre nosotros.

El nombre de Sanz no morirá mientras haya admiradores de la Naturaleza. Sus cuadros—pocos por desgracia para el arte—se pagarán fabulosamente cuando el tiempo les haya dado la consagración de los Ruysdael, los Corot y los Rousseau.

Mi adoración al artista muerto no es más que una prolongación de mi admiración al artista vivo. Yo no he esperado a que las paletadas de tierra hayan caído sobre la losa de su tumba para proclamar su excelsitud. El ha podido ver en mis elogios ante sus cuadros, elogios publicados aquí mismo, en «La Lucna». Y hoy, como ayer, yo mordería a los que blasfemaran su talento, claro como la luz y suntuoso como la vida.

¿Hay algo más doloroso que la muerte de un gran artista sobre cuyos cabellos no ha

nevado la escarcha blanca de los años?... El
sinfortunio de los infortunos es un destino
hermoso que no llega a realizarse por com-
pleto...

Conde Kostia.»

UN RECUERDO

Por Angel Guerra

También cayó. Cuando entró su vida inquieta en un período de perfecto bienestar, como si faltara a aquella alma el ambiente enfermizo de la bohemia del arte relegada al barrio Latino de París, inmortalizado por Daudet, murió. Mejor dicho, se secó.

Consumiéronse las fiebres de la juventud que calienta la sangre, caldea el cerebro y finge sueños extravagantes de gloria, y ya la paleta olvidada, cubierta de polvo, con las notas del color dormidas, en vano esperaba la mano nerviosa «que sabe arrancarlas». Y durmiendo quedan siempre los perfiles delicados del paisaje, con toda la sal-

vaje poesía del campo en flor. Ni aún para su sepulcro tiñó el pintor vivo las rosas pálidas del muerto.

Conocía yo al hombre. Creo que una vez lo ví. No lo recuerdo bien, pero me es igual. Me basta haberme comunicado con su alma, por medio de los relatos, de las anécdotas de su vida de judío errante, de bohemio; me contento con haber oído contar sus días tristes de Madrid, cuando la fama aun no había traído las primeras caricias y sus horas de ansiedad de París, cuando después de tanto soñar con el triunfo, se escucha la primera palabra de aliento y la gloria acaba por llenarnos el cerebro de ilusiones, de visajes, de humo mareante.

Zerolo, mi buen poeta, y Eusebio Navarro, mi mejor «cronista», me han revelado el «interior» del pintor, la parte íntima de la personalidad del artista, sus genialidades, sus extravagancias, sus delirios de soñador; todo lo que es propiedad de los amigos del alma para quien se tiene siempre abierto el corazón, y con todos esos elementos dispersos, con todas esas notas sueltas, diversas, he reconstituído al hombre, he integrado su carácter, he comprendido su especial idiosincrasia, me he familiarizado tanto con él, que

a veces he pensado que también fuí su amigo y que conmigo compartió sus penas y hasta participé del legítimo orgullo de sus ruidosos triunfos. Hasta el espíritu de paisanaje parece que se entrega a esta locura.

También conocía al pintor. He visto muchas veces algunos de sus cuadros, y he comprendido lo que es el arte. Uno de ellos representa una charca con unos juncos, un paisaje diminuto, que cualquiera tomaría como boceto de ensayo, si no resultara un lienzo completo.

La pintura del paisaje ha perdido su mejor intérprete en España. Yo he leído críticas en que se le reputa superior a Llardy, en cuya paleta hay todas las entonaciones del campo en flor.

Muere lejos de su patria, ausente del país nativo, del hermoso terruño con quien se ha soñado en el destierro; cuando ya la edad ha traído las desilusiones y no se busca la gloria sediento; cuando ya sólo se aspira al descanso tranquilo bajo el viejo árbol de la casa solariega, y que la pobre caja, al morir, la carguen los cuatro amigos tristes que nos quedan. ¡Pobre artista, bohemio hasta la muerte!

Noviembre de 1898.

BIBLIOTECA CANARIA

Sabino Berthelot

Noticia biográfica del sabio naturalista y eminente defensor del árbol de Canarias

POR

ELIAS ZEROLO

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Valentín Sanz, 15

I

El 4 de abril de 1794 nació en Marsella el ilustre naturalista objeto de estas líneas, siendo sus padres Juan Agustín Berthelot y Teresa Eulalia Augier.

Pocas noticias tenemos de su infancia. Su padre, que había sido comerciante y que tenía prestados algunos servicios a la familia Bonaparte, obtuvo que su hijo Sabino entrase en un colegio del Estado (Lycée Impérial) y allí, costeando el Gobierno sus estudios, recibió su primera educación.

Al salir del colegio de Marsella ingresó en la marina de guerra, donde sirvió como aspirante a bordo de «L'Ulm» y de «La Rose» hasta 1812.

Por esta época su hermano mayor partió a la campaña de Rusia, y nuestro joven marino quedó acompañando a su madre, que la citada ausencia dejaba sola: el padre de Mr. Berthelot había fallecido en 1809.

Hecha la paz, el joven Berthelot volvió de nuevo al mar, pero entonces creemos que en buques mercantes, haciendo algunos viajes a las Antillas francesas; hasta que en 1819 ó 1820 vino por primera vez a estas islas.

En esta época comienza una nueva fase en la vida de Berthelot, el cual presta servicios que no es posible olvidar al progreso y cultura de nuestro país.

Dueño completamente Berthelot de sus acciones, encontrámosle, en los diez años que aquí pasó entonces, entregado a diferentes trabajos que demostraban su laboriosidad y su aptitud para estudios de cierto género, a los que tenía afición; mas especiales circunstancias impedían le consagrarse todo su tiempo.

Ya se le ve por encargo del marqués de Villanueva del Prado—cuya memoria tantos títulos tiene a la gratitud de los canarios—, dirigiendo el Jardín Botánico de la Orotava, que el célebre patriota, padre de aquél, había fundado; ya de profesor en unión de Mr.

P. Alexandre Auber—que más tarde había de hacerse con justicia apreciar de la juventud estudiosa de la Habana—, del Liceo por ellos fundado en la misma población, Liceo que, sin embargo de los buenos métodos de enseñanza y del saber de los profesores, tuvieron que cerrar por las poderosas influencias que en contra se desencadenaron; ya también reuniendo materiales para escribir una historia del archipiélago; o ya, en fin, herborizando en nuestros montes y valles.

Siempre recordaba Mr. Berthelot ésta su primera estancia en Canarias, como la época más grata de su vida. En la introducción de su libro «Souvenirs Intimes», concluido poco antes de su muerte y que se conserva inédito, se lee el siguiente párrafo que nos lo probaría si más de una vez no se lo hubiéramos oído repetir.

«Hace más de medio siglo, escribe, que seducido por las bellezas naturales de este archipiélago, que los antiguos habían llamado las islas Fortunadas, y del que me proponía escribir la historia, pasé en él diez años. Esta fué la época más feliz de mi vida; podía entregarme por completo a mis estudios favoritos con la más completa independencia. La franca hospitalidad y el simpático carác-

ter de los habitantes de estas islas, contribuyeron mucho a hacerme prolongar mi residencia. Las íntimas relaciones que contraí con varios hombres distinguidos, la estrecha amistad que me ligó a algunos de ellos, hanme dejado recuerdos preciosos que llevan con frecuencia mi imaginación a aquellos tiempos.»

En estos años, pues, que tan agradablemente recordaba Mr. Berthelot, comenzó a dar a luz sus escritos. De éstos creemos fueron los primeros, una monografía del histórico drago de la Orotava, que publicó en las Actas de la Academia de Naturalistas, de Bonn; y otra sobre la «visnea mocanera», que envió a la Sociedad Médico botánica de Londres. Esta última mereció tal aprecio de aquella sabia corporación, que el Secretario de la misma escribió a nuestro amigo entre otras cosas: «Con trabajos tales es con los que la Sociedad cumplirá la misión de su instituto, y ruego a usted me crea sincero al asegurarle que la Sociedad ha recibido pocas memorias más precisas en sus detalles y útil en su conjunto... En el segundo número de las Actas de la Sociedad se publicará la memoria de usted, acompañada, si es posible, de un grabado».

Escribió también por entonces la relación de su primer viaje al Teide, que debió publicarse en las Memorias del Museo de Historia Natural de París.

Hemos citado especialmente estos primeros estudios de Mr. Berthelot, por creerse generalmente aquí que sus publicaciones son todas posteriores a la llegada a estas islas (5 de mayo de 1828) del ilustre naturalista y distinguido arqueólogo inglés Mr. Webb.

Indudable es que, unido a Webb, hizo Berthelot lo que sólo, por carencia de recursos materiales, jamás quizá hubiera realizado; quedando tal vez casi oscurecido en nuestras peñas entregado a la lucha por la vida. Pero esto no obsta para que pueda asegurarse que en aquella época tenía ya especiales conocimientos de la historia natural del país y de su etnografía, conocimientos que a Webb le convino aprovechar y que apreció lo bastante para unir al de Berthelot su nombre al frente de esa monumental obra—sin duda la de más importancia que referente a Canarias cuenta hasta ahora la bibliografía—que lleva por título «Histoire Naturelle des iles Canaries».

Y tan es cierto que no carecía ya entonces Mr. Berthelot de apreciables conocimientos

científicos, que le habían abierto sus puertas doctas sociedades. En noviembre de 1825 le había admitido la «Academioe Caesareoe Naturae Curiosorum», de Bonn; en 1826, la «Société Linnéenne», de París, por acuerdo especial y por unanimidad le había nombrado socio corresponsal; e igual distinción mereció en febrero de 1828 de la «Societas Médico-Botánica Londinensis».

II

EL COLABORADOR DE M. BERTHELOT,

Permítasenos antes de seguir adelante, dedicar aquí algunas líneas a Mr. Webb: que bien las merece el colaborador y amigo de nuestro biografiado.

Felipe Barker Webb, hijo primogénito de una noble y rica familia inglesa, y que a una educación de las más distinguidas unía el título de doctor por la Universidad de Oxford, nació en 1793. «Dotado—dice el mismo Berthelot en sus «Souvenirs Intimes» —de una vasta memoria, de gran inteligencia y de rara facilidad para los estudios lin-

güísticos, escribía y hablaba el latín y el griego antiguo, y conocía gramaticalmente seis o siete idiomas modernos. En Roma había admirado al célebre abate Mezzofante, en una conferencia en que quedó sorprendido viéndole conversar en griego moderno con un capitán candiota.. Yo oí muchas veces a Webb recitar cantos enteros de Homero y de Virgilio, odas de Horacio y poesías de Anacreonte. Pero estos conocimientos no los había adquirido solamente en las aulas: los viajes habían sido para Webb rica fuente de observaciones y estudios... Una obra conocida y estimada de todos los arqueólogos, «Osservazioni intorno allo stato antico e presente dell'agro Trojano», que escribió por así decirlo sobre el mismo terreno, lo había hecho ya (cuando llegó a Canarias) conocer de los sabios. Y puesto que hablo de este hombre bueno y generoso, de este corazón de oro, acabaré este ligero perfil mostrándolo tal como yo lo veo aún en el espejo de mi pensamiento.

Sus maneras eran las del aristócrata inglés; y su alta talla, su noble presencia y su bella fisonomía, prevenían en su favor. Un aire de bondad y de franqueza hacía inmediatamente desear su compañía; unía a su

inmenso saber mucha modestia y una prudente reserva con los desconocidos, que se tornaba con los íntimos en grata franqueza. De pronto podría tomársele más por alemán que por inglés; mirada dulce y afable, boca siempre sonriente, aspecto lleno de bondad.»

Webb murió en París en 1859 considerado como uno de los más notables botánicos de su época y tal vez como el más erudito.

Este fué el distinguido hombre que asoció a sus trabajos a Mr. Berthelot.

Después de la llegada de Webb, dedicóse Berthelot por completo a aumentar sus colecciones y reunir nuevos materiales para la grande obra. Para ello hizo en compañía de Webb exploraciones en todas las islas del archipiélago, durante dos años; y a fines del de 1830 partieron ambos para Europa, a fin de buscar otros colaboradores y preparar luego la impresión de la «Histoire Naturelle».

Antes de fijarse en París visitaron varias poblaciones de España, Francia, Italia, Suiza e Inglaterra, en las cuales Berthelot hizo conocimiento y estrechó relaciones ya comenzadas con notables lumbreras de la ciencia. En Ginebra encontráronse nuestros viajeros en casa del ilustre De Candolle con el barón de Buch—autor de trabajos de rele-

vante mérito sobre Canarias—, que llegaba a pie desde Berlín, «siguiendo, según les dijo, una formación geológica que estudiaba».

Lamentamos que de nuestra flaca memoria se haya borrado lo mucho que oímos varias veces recordar a Mr. Berthelot acerca de sus veladas en casa de De Candolle, a las cuales asistía también Chateaubriand, que entonces viajaba por Suiza.

En Avignón y Montpellier conoció Berthelot a los que fueron después íntimos amigos suyos, los profesores Delile, Dunal, Lallemand y de Moquin-Tandon; con éste último, sobre todo, conservó la más estrecha amistad hasta que falleció en 1864.

Ya en París, prontamente recogió Berthelot el fruto de sus estudios, viéndose elevado a puestos que, como el de Secretario de la «Société de Géographie», habían desempeñado y continúan desempeñando hombres de grandes conocimientos en las ciencias geográficas.

III

SU INTENSA LABOR CIENTÍFICA

Llegamos al período de la vida de Mr. Berthelot en que más conocido hizo su nombre.

Admira sólo la enumeración de sus publicaciones de entonces, que dejamos de hacer aquí, porque luego las hemos de citar. Pero merece mención especial la parte que tomó en la redacción de la «Histoire Naturelle des îles Canaries».

Esta importante obra consta de tres grandes tomos divididos en varias partes con objeto de facilitar su estudio; lo que hace que se la encuaderne en nueve o más volúmenes.

Su título no da cabal idea de las materias que trata, pues todo el tomo primero y parte del segundo está dedicado a la historia de la conquista, relaciones de viajes, geografía descriptiva, etc.; materias que, a la verdad, esto deja de ser de reconocido mérito la parte citada, que precisamente redactó Mr. Berthelot.

Escribió también éste la geografía botánica, que trata del aspecto general de la vege-tación, de la distribución fitostática de las plantas de los diferentes climas de los bosques y de los caracteres de la vegetación, sirviendo todo como de una necesaria introducción al estudio de la Flora de Canarias; colaboró en la geología, ornitología e ictiología; contribuyó notablemente a la formación del magnífico atlas que acompaña a la geografía descriptiva y la geografía botánica, y trabajó además en la corrección de casi toda la obra.

Es de Mr. Webb, prescindiendo de las partes en que colaboró, la redacción latina; clasificación y coordinación de la primera, segunda y tercera sección de la fitografía, que comprende la descripción de 1.116 especies de plantas fanerógamas. Las plantas celulares las describió Mr. Montagne, y en

la zoología trabajaron MMr. de Moquin-Tandon, Valenciennes, Brules, Lucas, Macquart, Alcide d'Orbigny y Gervais.

Mr. Berthelot desempeñó por espacio de cuatro años, de 1840 a 1844, la secretaría general de la Sociedad de Geografía de París, formando parte a la vez de importantes comisiones, entre ellas la de redacción del Boletín de la misma Sociedad, en unión de MMr. Montémont, d'Avezac, Cochelet, Cortambert, Daussy, Guigniaut, Jomard, de la Roquette, Roux de Rochelle, de Santarem y Vivien de Saint-Martin. Son muy notables las memorias de los trabajos de la Sociedad y de los progresos científicos que como secretario redactó cada año.

Tradujo por entonces al francés parte de la conocida «Histoire physique, politique et naturelle de l'ile de Cuba», por don Ramón de la Sagra; traducción de especial mérito por haber enriquecido el texto de la parte geográfica con un gran número de curiosas y eruditas notas sobre los navegantes, cosmógrafos y conquistadores citados por la Sagra, lo mismo que acerca de los mapas antiguos por éste mencionados.

IV.

SUS ESTUDIOS SOBRE LA PESCA

En los años 1843 a 1845, el almirante Mac-kau, ministro de Marina y de Comercio, que había sido su compañero en 1809 en la marina imperial, le encargó en nombre del Gobierno que reuniese materiales para la continuación de la importante «Histoire générale des Pêches», según el plan de Mr. Noel de la Morinière; y para que continuase sus estudios sobre la misma materia. Ya estos estudios habían motivado algunas de las publicaciones de Mr. Berthelot, y entre ellas un libro consultado con aprecio por todos los que no miran con indiferencia la importan-

cia que puede alcanzar la industria pesquera de nuestra provincia en la vecina costa de África: nos referimos al que dió a la prensa en 1840 con el título «De la peche sur la cote occidentale d'Afrique».

Para poder cumplir la comisión que había recibido, comenzó por visitar los puntos de pesca, desde el Var hasta el cabo de Creux; exploró después todas las lagunas en comunicación con el mar en las costas meridionales de Francia; y finalmente, hizo una larga excursión por las costas de España, desde el golfo de Rosas hasta más allá del estrecho de Gibraltar, estudiando detenidamente las ventajas e inconvenientes de los diferentes sistemas de pesca en uso.

Añadidos los conocimientos en estos viajes adquiridos a los que ya poseía, puso en aptitud de dirigir al Gobierno luminosas Memorias; y conservó un cúmulo de datos y observaciones que le sirvieron mucho más tarde, en 1875, para la publicación de otro de sus libros: «Études sur les péches maritimes».

Estas ocupaciones no le impedían tomar activa parte en los trabajos de diferentes centros científicos, como en la Sociedad Etnológica, de la que había sido fundador, y en

las Memorias de la cual publicó monsieur Berthelot en 1845 un notable estudio sobre el origen, costumbres, etc., de los guanches.

Un año después, en 1846, celebróse en Marsella la XIV sesión del Congreso Científico de Francia, y allí acudió Mr. Berthelot, como miembro del Congreso, tomando activa parte en los debates sobre las funciones de las antenas de los insectos, emigración de los peces, y diferencia entre la aclimatación y la domesticación.

En esta época, poco más o menos, fué cuando hizo el relieve de la isla de Tenerife, género de trabajo a que tenía mucha afición. De este relieve existen algunos ejemplares en Madrid y en París; y en esta capital poseemos dos, uno en la Capitanía general y otro en poder de Mr. León F. Laviaille, distinguido amigo nuestro, y que lo fué muy querido de Mr. Berthelot. Ejecutó también el relieve de nuestro archipiélago, pero muchos años más tarde, cuando ya residía nuevamente en estas islas; y lo regaló años antes de su muerte a nuestro amigo don Justo P. Parrilla.

V

SUS GRANDES AFICIONES ARTISTICAS

Además de las aficiones científicas y literarias, tenía las también Mr. Berthelot artísticas. Empleaba los pocos momentos que sus estudios le dejaban libre, visitando museos y colecciones particulares; lo que le hizo adquirir cierta cultura artística, que probó en algunos estudios críticos de bellas artes. Estas aficiones le llevaban con frecuencia a los talleres de algunos pintores sus amigos. Una de estas visitas dió lugar al siguiente hecho:

Un día fué Mr. Berthelot a ver a su íntimo amigo el célebre pintor Couder en su taller del Louvre. Couder trabajaba en un gran lienzo, «La presentación de los ministros del rey a la reina Victoria en el castillo d'Eu»;

y de pronto le dice a Mr. Berthelot:—Endóstate ese hermoso uniforme (uno de general que estaba sobre un sofá) y colócate ahí un momento; tengo necesidad de agregar al cuadro oficialés generales y personajes de la corte en actitud de mirar pasar el real cortejo; haz como si mirases por encima del hombro de alguno: así estás bien, no te muevas. Y algunos rápidos golpes de pincel bastaron para agregar al cuadro la nueva figura, que a la vez era parecidísimo retrato del modelo. Al día siguiente, Luis Felipe, que con frecuencia visitaba al artista, reparó en la figura añadida a uno de los grupos. —Creo, dijo, que he visto a este general, y sin embargo no recuerdo quien es. —Señor, le contestó Couder, yo no me comparo con Pablo Veronés, pero creo que puedo, como él, introducir en este lienzo a uno de mis amigos. —¿Quién es? —El Secretario general de la Sociedad de Geografía. —Pardiez, replicó el Rey, bien decía yo que le había visto. Está perfectamente; es necesario dejarlo.

De este modo transcurrió la vida de Mr. Berthelot, durante catorcè años de residencia en París.

Pero no estaba satisfecho. Deseaba poder alternar los estudios del naturalista viajero

con los del naturalista de gabinete; y su posición en París sólo le permitía lo último. Había también algo—que él llamaba en ocasiones su destino—que lo atraía a Canarias, que lo hacía pensar constantemente en una nueva estancia en nuestro país, estudiando su rica flora, aspirando el suave perfume de las retamas y observando su fauna terrestre y marítima.

Y en agosto de 1847 quedaron cumplidos sus deseos. El gobierno francés, que en época muy anterior había mandado a Tenerife como su representante a otro naturalista (Monsieur Broussenet, afamado médico y naturalista), nombró a Mr. Berthelot agente consular interino en ésta entonces villa de Santa Cruz de Tenerife. La nota en que el ministro Guizot le comunica el nombramiento tiene un párrafo que dice así: «Los títulos que habéis adquirido al afecto del gobierno del Rey, sobre todo por los trabajos a que os habéis dedicado durante vuestra larga permanencia en Canarias, tanto sobre los productos de este Archipiélago, como sobre la pesca en la costa Oeste de Africa, os han valido este testimonio de confianza; y lo justificará plenamente, estoy seguro, la utilidad de vuestros servicios».

VI

SU CARGO DE AGENTE CONSULAR EN TENERIFE

A fines de dicho año de 1847 llegó de nuevo a estas islas Mr. Berthelot a encargarse de la Agencia consular de Francia, que estaba a cargo del apreciable Mr. Bretillard, ya anciano; y poco tiempo después, ocupando el conocido poeta y escritor Lamartine el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República, le expidió éste, en 14 de abril de 1848, el nombramiento de Agente Consular.

Resumamos la carrera consular de nuestro

ilustre amigo, que no es este el punto de vista desde el cual hemos pretendido mostrarlo a los lectores, por más que, como luego veremos, también por esta circunstancia prestó importantes servicios a nuestro país.

En 1867 se le nombró Cónsul de segunda clase (honorario lo era desde 1861), y en 31 de marzo de 1874, de primera. El 17 de abril del mismo año el Gobierno le reconoció sus derechos al retiro que había solicitado meses antes, y en 28 del mismo mes y año el ministro de la República, Mr. Decazes, le participó estos dos últimos decretos por medio de la comunicación siguiente, que íntegra intercalamos aquí, porque demuestra suficientemente el aprecio que de su mérito hacía el Gobierno: «Señor: Tengo el honor de anunciaros que, por decreto expedido a propuesta mía el 31 de marzo último, habéis sido promovido a Cónsul de primera clase. Otro decreto, de 17 del presente mes (abril), os reconoce vuestro derecho al retiro. Los servicios que habéis prestado durante el curso de vuestra larga y honrosa carrera, justificaban, señor, vuestro ascenso; y me es sumamente grato transmitir os un testimonio excepcional de la estimación de este ministerio, en ocasión en que vuestro voluntario

retiro le priva de vuestra útil colaboración. Servíos hacer entrega del servicio de la Agencia (hoy Consulado de primera clase) de Tenerife a Mr. René Chassériau, Cónsul de segunda clase, de reemplazo (en disponibilidad), que el citado decreto de 17 de abril encarga de ese puesto, y que debe presentarse próximamente en su nueva residencia. Adjunto encontraréis el extracto, en la parte que os concierne, de los decretos de 31 de marzo y 17 de abril. Recibid, señor, las seguridades de mi más distinguida consideración.»

VII

LOS TRABAJOS DE BERTHELOT EN CANARIAS

Veamos ahora los trabajos de Mr. Berthelot durante su última residencia en Canarias, y digamos algo que haga conocer a los lectores sus ideas y costumbres, las distinciones oficiales y particulares que mereció y los escritos que dió a la prensa.

No halló Mr. Berthelot nuestro país como lo había dejado: que no en balde corren los años, y diecisiete habían impreso su huella en las costumbres. Aquellas casi patriarcales, que junto con la hermosura de nuestra rica

vegetación encerraban para Mr. Berthelot tan grande atractivo, ya no existían.

Aquellos isleños sencillos y joviales, tranquilos y contentos, satisfechos del presente y poco cuidadosos del porvenir, habíanse transformado: la vida íntima de la familia había perdido algo de sus encantos.

En compensación—que siempre el progreso la trae consigo—la vida social había ganado. Las relaciones generales y el cambio mutuo de las ideas se abrían camino y el periodismo había comenzado su misión civilizadora. (Aunque en 1785 a 1787 y en 1808 a 1810 se habían ya impreso periódicos en Tenerife (La Laguna), es lo cierto que hasta 1837 y 1838, en que aparecieron «El Pigmeo» en La Laguna, y «El Atlante», «El Tribuno» y el «Diario Mercantil de Canarias» en Santa Cruz el periodismo no llegó a adquirir carácter parecido al que modernamente tiene. Publicábase en esta capital, el año que de nuevo llegó a ella Mr. Berthelot, «El Boletín Oficial» (que tenía secciones de asuntos generales y literatura), «La Aurora» y «El Eco de la Juventud»).

Además habían dejado de existir muchos de los viejos amigos de Mr. Berthelot. Esto se encontró, pues, en el seno de otra pobla-

ción. Pero pronto nuevas amistades, nuevas afecciones, distracciones de otro género, vinieron a reemplazar las anteriores; y más que esto, el constante estudio de la naturaleza a que luego se entregó con ardor le llenaba todo el tiempo que las ocupaciones del consulado le dejaban libre.

Pocos meses después de su llegada a Canarias recibió Mr. Berthelot rudo golpe. Un hijo que tenía de su matrimonio con Mam. Clara Aillaud (Madame Berthelot falleció en Santa Cruz de Tenerife en agosto de 1878), murió en París en día que recuerda un acontecimiento histórico de trascendencia, el 24 de febrero de 1848. A duras penas consiguió el afligido padre sobreponerse a tal desgracia, y treinta años después aun se dejaba ver que la herida no estaba cicatrizada.

Salgamos de esta nube negra, que oscurecía algunas veces la tranquila existencia de Mr. Berthelot, y consignemos hechos que son títulos importantísimos al agradecimiento de los canarios.

Tal vez no debiéramos revelar aquí la parte que le cupo en que el Gobierno español tomase una resolución, que ha contribuido más que nada al desarrollo de la riqueza de esta provincia; mas, parécenos, si mal no re-

cordamos, haber oído hablar de que en la misma época se cometió una indiscreción que dejó traslucir sus trabajos; además, en lo que a decir vamos gana la memoria de nuestro amigo, por más que pueda decirse que su cualidad de extranjero debió impedirle ocuparse en tal asunto: aludimos a la franquicia de nuestros puertos.

Desde que Mr. Berthelot llegó a esta capital tuvo repetidas veces necesidad, por su cargo de Cónsul de Francia, de hacer, a nombre de ciudadanos de su nación, reclamaciones ante empleados de aduanas, quizás no siempre aptos y rectos. Piénsese lo que debió contrariarle, a él, que participaba de ideas diametralmente opuestas—en París había pertenecido a centros propagadores de liberales reformas,— las trabas del sistema aduanero. Esta circunstancia, y su deseo del adelanto de nuestro país, hicieronle pensar que el desarrollo de la riqueza de éste, colocado en el Océano como para que sirviera de punto de descanso entre dos mundos, no vendría jamás con tal sistema; y de aquí sus trabajos para las citadas franquicias.

Entregóse, pues, con incansable actividad a este asunto; escribió en los periódicos de entonces artículos que no firmaba y que pro-

vocaban duras réplicas de partidarios del sistema contrario; interesó en favor del proyecto a amigos suyos de Madrid, y aún a otros de París que tenían influencias algo ligadas a los hombres del Gobierno; y por fin, debido en no pequeña parte a estos esfuerzos, y a los que a la vez hacían ilustrados patriotas, se dictó el famoso decreto de 11 de julio de 1852 que concedió la libertad comercial a las islas Canarias.

VIII

SUS VALIOSOS SERVICIOS AL PAIS

Hemos dejado para este lugar el ocuparnos en otro importantísimo servicio, prestado durante su primera residencia en Canarias por Mr. Berthelot. Este fué de los primeros que se ocuparon en la propagación de la cochinilla en nuestro país. Tan conocidos y apreciados eran sus trabajos por la aclimatación y propagación del insecto que ha sido verdadera mina de oro en este archipiélago, que la Real Sociedad de Amigos del País de Tenerife (Laguna), al tratar de propagarlo, acordó, en sesión del 19 de febrero de 1825,

pedir a Br. Berthelot las noticias necesarias. En la comunicación con que el secretario de la dicha patriótica Sociedad le comunicó el acuerdo de ésta, se ve cómo no se ignoraban los mencionados trabajos de Mr. Berthelot, pues se le suplica «tenga la bondad de comunicarle las noticias que haya reunido y las observaciones que haya hecho».

Así es como encontramos unido el nombre de nuestro ilustre amigo a dos de los acontecimientos que más han contribuido en el presente siglo al progreso de las islas Canarias; la introducción del cultivo de la cochinilla y la declaración del puerto franco.

Si unimos estos títulos al aprecio de los canarios, a los adquiridos, en sus funciones de Cónsul de Francia, por medio de las ilustradas memorias que acerca de nuestro país enviaba con frecuencia al Gobierno del suyo, algunas de las cuales se mandaron publicar por él mismo; si aun añadimos los servicios prestados con sus diferentes libros y folletos, y artículos en revistas y periódicos, en todos los que, aunque fuera incidentalmente, se recomienda nuestro país al lector; y si tenemos en cuenta sus trabajos en el seno de Sociedades de Amigos del País, y otros servicios más que sería largo enumerar, com-

préndese perfectamente con cuánta justicia el Ayuntamiento de esta capital, interpretando fielmente los sentimientos de sus administrados, y podemos asegurar sin temor de equivocarnos, los de todos los habitantes de la provincia, lo declaró en 21 de julio de 1876 hijo adoptivo de Santa Cruz de Tenerife. (Era entonces alcalde el Sr. D. Patricio Madan; y bajo su presidencia se tomó por unanimidad el citado acuerdo, asistiendo a la sesión los individuos de la Municipalidad señores don Rafael del Campo y Tamayo, don Eduardo Calzadilla, don Luis Duggi, don Angel Crosa, don Mariano González Mora, don Francisco Noda, don Pedro Albertos, don José Ruiz y Arteaga y don Ernesto Guimerá. He aquí el proyecto de acuerdo con que concluía la razonada proposición presentada por don Rafael del Campo y don Angel Crosa: «El Ayuntamiento Constitucional de Santa Cruz de Tenerife, capital de la provincia de Canarias, deseando dar al sabio naturalista francés señor don Sabino Berthelot, público testimonio de alta consideración y aprecio, aceptando en todas sus partes la proposición que antecede, teniendo en cuenta las razones que en ella se expresan; a nombre del pueblo de Santa Cruz de Tenerife acuerda: Declararle

hijo adoptivo de esta capital; cuyo título pondrá en sus manos una comisión de esta Municipalidad compuesta de los señores don Angel Crosa, síndico, y don Ernesto Guimerá, concejal, en representación de este Municipio. Este acuerdo se publicará por medio de todos los periódicos de esta ciudad. Salón de Sesiones, etc. etc.»

Por cierto que el diploma que acreditaba esto, era el único, entre los muchos honrosísimos que poseía, que, encerrado en un cuadro, había colocado en visible lugar en uno de los gabinetes de su casa.

Un día el que estas líneas escribè le dijo algo de esta preferencia, y le contestó Mr. Berthelot: «Tengo ahí ese título porque creo que es, de todos los que poseo, el que se me ha dado con más justicia; nadie puede poner en duda que soy isleño de corazón.»

IX

LA CORRESPONDENCIA DEL ILUSTRE ESCRITOR

Sostenía Mr. Berthelot activa correspondencia con numerosos amigos, casi todos entregados a análogos estudios. Nada más curioso que esta correspondencia, una parte de la cual conservaba. Recordamos, un día que nos la mostró con objeto de obsequiarnos con algunos de aquellos ricos autógrafos, haber pasado horas muy agradables oyéndole hacer la semblanza de cada uno de sus amigos y refiriendo curiosas noticias de los mismos, algunos de los cuales habían fallecido hacía medio siglo.

Aquello era pasar revista a los hombres eminentes de casi todo el presente siglo, deteniéndose con placer cuando tenía entre sus manos—si no recordamos mal—las cartas de Humboldt, Bory de St. Vincent, de Moquin-Tandon, Broca y Quatrefages, de Francia; las de su colaborador Webb; las de L. de Buch y Bolle, de Alemania; (nuestro distinguido amigo el Dr. C. Bolle, el naturalista que mejor ha escrito sobre pájaros de la fauna de Canarias, mantuvo íntima amistad con Mr. Berthelot desde 1851, en que visitó por primera vez estas islas), las de don Martín Fernández de Navarrete y de otros ilustres españoles, repitiendo la lectura de las del distinguido cervantista que ha hecho famoso el pseudónimo de Dr. Thebussen.

Los últimos trabajos de Mr. Berthelot fueron las «Antiquités Canariennes», notable obra sobre el origen de los primitivos habitantes del Archipiélago; «Plantes et Forêts»—que es una refundición y ampliación de la Geografía Botánica que escribió para la «Histoire Naturelle» tantas veces citada,—obra que la muerte del autor dejó interrumpida, encontrándose por lo mismo inédita, con excepción de unos capítulos que por referirse especialmente a nuestro país se pu-

blicaron en la «Revista de Canarias» con el título de «Arboles y Bosques» e impresos aparte forman el primer volumen inédito que tituló «Souvenirs Intimes». Es éste un manuscrito curioso. De las cartas que había escrito desde 1848 hasta principios de 1880 y de las que conservaba copia, eligió algunas, y con ellas formó esta preciosa colección, especie de miscelánea artística, literaria y científica en que no entran por poco asuntos y noticias interesantes para los canarios. Las cartas van precedidas de una introducción que forman algunos recuerdos biográficos de Mr. P. A. Auber; del doctor Saviñón, ilustrado profesor de la extinguida Universidad de La Laguna; del marqués de Villanueva del Prado, y de Mr. Webb y parte de las cartas escritas por Mr. Berthelot a Mr. Auber—de quien hemos hablado en otro lugar,—desde 1826 a 1830. Fué este manuscrito el último en que trabajó Mr. Berthelot, pues acabó de ordenarlo pocos días antes de su muerte.

Tal vez la obra se resentía algo de esta circunstancia. En los últimos meses de su vida, la privilegiada memoria del respetable anciano le abandonaba ya, y sufría además algunas equivocaciones. Precisamente entre las cartas que, residiendo nosotros en La La-

guna, nos dirigió, no encontramos las dos que a nuestro nombre incluye en la colección ya citada.

X

UN JUICIO DEL DR. MASFERRER

Hemos hablado de la privilegiada memoria del ilustre naturalista, y efectivamente, era de las más prodigiosas. El Dr. D. Ramón Masferrer, apreciable amigo nuestro, que también lo fué muy querido de Mr. Berthelot, habla de ella y de su juvenil vigor intelectual en un artículo en que hizo el juicio de uno de sus libros y del que tomamos las siguientes líneas:

«Decíamos antes,—escribe el Dr. Masferrer—, que era necesario tratar personalmente a Mr. Berthelot para poder apreciar bien el contraste entre una organización octogenaria que ha entrado en plena decrepitud, y

el espíritu joven que la anima, el cual conserva todo el vigor y energía de que 50 años atrás se hallaba dotado; y para acreditar nuestro aserto bastará invocar el testimonio de cuantos hayan tenido el gusto de acompañarle algunos ratos en su bufete. La primera vez que me leyó parte de sus originales inéditos me causó la misma impresión (y perdóneme mi respetable amigo la comparación) que cuando detrás de un antifaz arrugado y viejo descubrimos una niña de quince años, de hermosa figura y de pasiones vivas; pues de tal manera se iban animando sus facciones a medida que se engolfaba en la lectura y tal sonoridad y viveza iba adquiriendo su voz, que cuando terminó tuve necesidad de oír de su propia boca la fe de bautismo, para quedar convencido de que no estaba yo equivocado en su edad. Otro hecho me sorprendió más todavía: mostrábame en cierta ocasión una obra inédita, y con motivo de que en ella se citaban unos versos de las «Geórgicas», de Virgilio, dejó el papel sobre la mesa y me recitó centenares de versos de este célebre vate latino, dejándome admirado de su prodigiosa memoria.»

INCANSABLE LABORIOSIDAD

Después de lo que dejamos dicho acerca de las muchas publicaciones y numerosa correspondencia de Mr. Berthelot, puede creerse que redactaba con suma facilidad: no era así. Vaciaba sí con espontaneidad en el papel lo que concebía; pero, antes que vieran la luz de la publicidad, sometía sus escritos a repetidas correcciones; copiaba más de una vez los borradores, y sólo después de largo trabajo los daba por terminados. Esto mismo prueba su incansable laboriosidad.

Y sin embargo, no por eso tenía su estilo nada de afectado; al contrario, elegante y

sencillo a la vez, jamás se suelta de la mano por pesado uno de sus libros. Sus mismas cartas, que también corregía con sumo cuidado, pueden servir para probar nuestro aserto. Hablamos de sus escritos en idioma francés, pues en castellano nunca escribía.

Los trabajos que Mr. Berthelot publicó en la «Revista» fueron vertidos al castellano por apreciables amigos; y, por complacerle, no se consignó, como tenemos costumbre, que eran traducidos: pequeña vanidad que fácilmente debemos perdonarle; de rasgos semejantes no están exentas ni aun las inteligencias superiores.

Pero si Mr. Berthelot escribía con suma elegancia y poseía el don de encadenar al suyo el pensamiento del lector, no era su conversación menos agradable. Adaptada siempre al asunto, ya nutrida de pasmosa erudición cuando éste eran las ciencias y la literatura, o ya ligera, chispeante, siempre amena e instructiva, nunca dejaba de interesar. Se animaba por momentos según hablaba, operándose en él como una vuelta a juveniles años, y llegando a pronunciar, sin hacerse cargo de ello, brillantes períodos que se hubieran tomado por verdaderas oraciones académicas.

De carácter bondadoso, aunque de pronto le hiciera parecer un tanto irascible su nervioso temperamento, supo atraerse, a la vez que el respeto, el cariño de los que le rodeaban.

Sus costumbres eran sencillas: fuera del tiempo que dedicaba a tomar ligero alimento, y una hora de descanso al medio día, todo el resto de éste y parte de la noche lo empleaba en sus favoritos trabajos. Sólo interrumpían éstos la visita de algún amigo, con los que fué siempre franco y expansivo, o algunos paseos.

XII

SUS IDEAS POLITICAS Y RELIGIOSAS

Tenía Mr. Berthelot gran fe en las ideas de progreso y libertad, y adaptaba a éstas su criterio político. Decía que había creído que se daba exagerada importancia a la forma en los sistemas de gobierno; pero que hacía años se había convencido de que es un error pensar así. Confiaba mucho en la estabilidad en Francia de la forma republicana. «Es además, decía, lo único posible, y por eso creo que Thiers realizó un gran acto de patriotismo prestando a la República la autoridad de su apoyo». Tenía la absoluta

confianza de que la República haría cada vez más la felicidad de su país natal; «pero es necesario, añadía, que los hombres del Gobierno se inspiren en un recto criterio, sin exageraciones ni debilidades».

Sumamente religioso, nunca se apartaba de sus actos la idea de la divinidad, aunque no seguía el culto de ninguna religión positiva.

XIII

SUS ULTIMOS MOMENTOS

Un día de la primera decena de noviembre del año de 1880, fuimos a ver a Mr. Berthelot: encontrámosle algo indispuèsto, pero trabajando sin embargo en copiar algunas cuartillas de los «Souvenirs Intimes». Días después su médico, don Diego Costa, anunció que se había apoderado de nuestro amigo una pneumonia, que los recursos de la ciencia no podrían dominar; y, desgraciadamente, se confirmó el pronóstico del distinguido facultativo: el día 18 a las nueve y cuarto de la mañana dejó de existir Mr. Berthelot.

Al día siguiente se celebraron sus funerales, demostrando en ellos el pueblo de Santa Cruz de Tenerife, por medio de comisiones

De todas las sociedades, desde las dedicadas a las especulaciones científicas hasta las de recreo, la parte que tomaba en tan irreparable pérdida. Sobre su féretro habíanse colocado fúnebres coronas, dedicadas por la prensa, Gabinete Instructivo, Gabinete Científico y Sociedad de Amigos del País; y al ir a ser depositado aquél en la fosa, pronunció el que esto escribe algunas palabras en nombre de la redacción de la «Revista de Canarias».

Hoy se ve en el cementerio, en la calle central y a la derecha, un modesto túmulo sobre cuya lápida se lee:

S. BERTHELOT,
hijo adoptivo
de Santa Cruz de Tenerife,
autor de la Historia Natural
de Canarias,
Cónsul de Francia, etc.

Esta fosa se ha abierto para mí:
Aunque dicen que he muerto, vivo aquí.

Nació en Marsella, Abril 4 de 1794.
Falleció en Santa Cruz a los 86 años.

Un estudio de Berthelot

SOBRE LA RAZA GUANCHE

Quando se examina hoy detenidamente la población de este archipiélago de Canarias, que en otro tiempo habitaron las tribus africanas cuyas costumbres hemos descrito en otra ocasión, se notan en gran número de individuos rasgos nacionales, que, en sus facciones, les distinguen esencialmente de los españoles. Nuestras observaciones diarias nos han acostumbrado a conocer esas caras cuya singularidad sorprende desde luego. Más de una vez hemos tenido ocasión de estudiar el tipo guanche en isleños cuyo origen no se presentaba dudoso, pues descendían de los

tipos aborígenes, de los Ben-Como, de Pelinor (este nombre fué sustituido por el de Trinidad entre sus descendientes), de los Dorammas (sustituido por Oramas). Nuestras observaciones multiplicadas nos han hecho fácil el conocimiento de este tipo indígena que se descubría a cada instante, al paso que surgían de nuevos encuentros nuevos motivos de comparación.

Por eso la fisonomía de los guanches se descubre aún en los habitantes de estas islas; no pereció enteramente el esforzado pueblo que sostuvo la lucha empeñada con los invasores; aquí está la historia para destruir un error acreditado por aquéllos que aceptan los hechos sin previo examen. Por bárbaros que se hayan mostrado los pueblos conquistadores ¿acaso aniquilaron jamás una nación por completo, y su dominación no llegó a establecerse en la tierra conquistada sino después del exterminio de los vencidos? Un hecho semejante sería una anomalía en la historia. Si la fuerza de las circunstancias motivó, en la época de la conquista del Archipiélago, algunos actos reprobables y aun bárbaros con los desgraciados guanches; si en algunas islas se vieron parte de los habitantes reducidos a la esclavitud, las órdenes de los Reyes

Católicos hicieron pronto cesar el odioso régimen de la injusticia y crueldad. La dominación española puso término a las piraterías que, hasta entonces, habían assolado aquellos parajes; el gobierno de las islas se organizó pronto, y los anales históricos nos dan pruebas de la moderación y prudencia que dictaron los primeros actos de la administración naciente. Puede deducirse del relato de los historiadores, que, después de la guerra de la conquista, estas islas no habían perdido la vigésima parte de una población que los datos menos exagerados hacen ascender a más de cien mil almas. Los combates que sostuvieron los naturales de Lanzarote y Fuerteventura contra Bethencourt y sus normandos no arrebataron a éstos más de trescientos hombres; y en menos de cuatro años todo el país quedó pacificado. Verdad es que la resistencia fué más tenaz en la parte occidental del archipiélago, en Gran Canaria, en Tenerife, en la Palma y en la Gomera: pero también los combatientes eran allí más numerosos. El Mencey Ben-Como, jefe de la liga de la Orotava, marchó contra los castellanos con seis mil guerreros determinados y esforzados. Con todo, las disensiones que desde largo tiempo reinaban entre las tribus indí-

genas adelantaron el éxito de la conquista, y la mitad de la población guanche vino a ponerse bajo la bandera de los conquistadores

II

En Candelaria, Fasnia, Arico y otras partes de la banda del Sur de Tenerife, subiendo de Güímar a Chasna y de allí hasta el Valle de Santiago, al bajar hacia las aldeas de la costa es donde se encuentran aún hoy la mayor parte de los usos y costumbres descritos por Fray Alonso Espinosa, Viana, Viera y demás historiadores de Canarias. Algunas expresiones del antiguo lenguaje que no han podido perderse y que se emplean en todas las islas; los nombres guanches con que se vanaglorian algunas familias, los bailes populares, los gritos de regocijo, el modo de pro-

porcionarse fuego, de ordeñar las cabras; de preparar la manteca, de moler el grano, todo eso subsiste aún, después de cuatro siglos de dominación extranjera. Traslúcense los antiguos usos en medio de los adelantos de la civilización; la invariable costumbre los trasmite de edad en edad como tradición de los tiempos que fueron. El habitante del campo, el pastor, el labriego, todo aquel pueblo agreste ha permanecido adicto a ellos, siguiendo viviendo como en otro tiempo: tuesta su cebada, moliéndola él mismo entre las dos piedras hereditarias colocadas en su humilde morada, prefiriendo al pan del rico el «gofio» de sus antepasados.

Esta moderna población nacida de la antigua tiene hoy otras creencias, ha olvidado su lenguaje, del cual conserva apenas algunas palabras; pero siguen los usos y costumbres de sus antepasados. El isleño, humilde, insinuante y astuto, atento y adulator como sus antecesores, pasa de la más expansiva alegría a la más reconcentrada tristeza; animoso hasta la temeridad en el más inminente peligro o desconfiado y receloso por cosas insignificantes, aficionado al canto y a la danza, apasionado por los ejercicios gimnásticos, avezado a los más duros trabajos, pero siem-

pre incansable, es sencillo en sus gustos y reservado en sus palabras.

La hospitalidad más franca, la veneración por la ancianidad, el respeto filial, el amor al país y a sus parientes, tales son las virtudes hereditarias que legaron los guanches a sus nietos. Es consolador para la historia de la humanidad ver conservarse esas costumbres patriarcales en el seno de la sociedad moderna. Con la sangre de una raza pura se han conservado estas bellas cualidades, propagándose porque los conquistadores del siglo décimo quinto, aquellos hombres fanáticos que pisoteaban los derechos de las naciones, no hubieran podido inspirar a los vencidos sentimientos de justicia y de sabiduría, siendo ellos los primeros que faltaron, dándoles el ejemplo de las malas pasiones. La energía de carácter en los antiguos isleños de las Canarias fué señalada por todos los autores que escribieron acerca de este pueblo de valientes. Los historiadores contemporáneos, que supieron apreciar el valor de aquellos indígenas en la tenaz resistencia que opusieron a los conquistadores, les hicieron completa justicia; y el largo drama de la conquista no es, por sí mismo, sino la confirmación del valor indómito y de las virtudes

guerreras que animaban a aquellas valientes tribus. Por lo demás, ese carácter enérgico constituía en aquel pueblo una de las cualidades que hasta las mismas mujeres poseían en alto grado. Recordemos el suceso de Andamana, aquella audaz isleña que, según cuentan las tradiciones, sometió a su obediencia todas las tribus de Gran Canaria. La historia de las guerras que los conquistadores árabes tuvieron que sostener en Africa contra los bereberes también nos ofrece en aquel sexo igual firmeza de carácter, y de ello tenemos un ejemplo en la reina Kahina, cuyo valor heroico hizo titubear durante algún tiempo el poder musulmán.

Lo que nos dicen los viajeros que han observado en Africa las tribus de razas bereberes o líbicas esparcidas en aquel vasto territorio que se extiende desde los desiertos del alto Egipto hasta las orillas del Atlántico viene en apoyo de las relaciones que hemos señalado entre las poblaciones primitivas de Canarias y aquellas tribus africanas. ¿Quién no reconoce el «Taboror» de los guanches en la relación de la primera entrevista de Cailaud con los ancianos de Syouah, aquel oasis habitado por los descendientes de los líbicos? Entretanto, la multitud, después de haberse

separado de nosotros, se dirigió al lugar del consejo, pidiendo explicaciones. Los Scheikhs se reunieron y fui llamado con mi intérprete. Diez o doce jefes principales se veían alineados en un banco cortado en la peña; detrás de ellos se hallaban los antiguos Scheikhs; todo el pueblo de pie, formando círculo, y en medio se me había destinado una estera tendida en el suelo.»

Volvemos a encontrar en las tribus africanas el uso del «gofio» de los guanches. «En toda la Berbería, dice Venture, después de haber tostado el trigo o cebada, se le pone sobre una pequeña muela de brazo, luego se hace la separación de la harina y el salvado.» Aquel grano tostado que aun en nuestros días forma la base alimenticia de la población canaria, es uso que llega a la más remota antigüedad: tortas de harina tostada fueron las que Abigail ofreció a David en el monte Carmelo: Virgilio nos hace ver también a Eneas mandando a sus compañeros, en las playas del Africa, que tosasen el grano que debían moler entre dos piedras. (Eneida, libro I.)

Pero en lo que se refiere a hallar relaciones entre los rifeños de raza rubia y los habitantes de Canarias que heredaron de sus an-

tepasados el color del cutis, y a señalar a los bereberes de aquella raza un origen vándalo, nos atenemos a los informes de Shaw que desmienten totalmente esa opinión. Tribus semejantes a las del Riff, por el color del cutis, el matiz del cabello y las facciones del rostro, desde tiempo inmemorial habitan las montañas de l'Aouresch.

El viajero que acabamos de citar habla de ellos en los términos siguientes: «No debo abandonar este país sin hacer notar que los que lo habitan tienen un aire y una fisonomía que difieren de los de sus vecinos; su color, lejos de ser moreno, es por el contrario blanco, y su pelo, casi rubio, es de un rojo subido mientras el de las demás cábilas es completamente negro. Aquellos hombres rubios hablan la lengua berebere.» Luego, observa Desmoulins, no se encuentra en aquel idioma el menor vestigio de la lengua germánica, lo que no podría menos de suceder si aquellas cábilas rubias descendiesen de los vándalos. Procopio nos prueba, al contrario, que aquellos pueblos del Norte no pudieron haber propagado su raza al Africa. «No existía en mi tiempo—dice—ni recuerdo ni nombre de ellos».

Sé sabe, por lo demás, que todas aquellas

hordas habían sido transportadas a Grecia y al Asia por Belisario. El autor de la Guerra de los Vándalos, que tuvo conocimiento por el moro Athaia, de las tribus de raza blanca establecidas más allá de las montañas, en aquella parte del desierto ocupada hoy por los touaregs, habla de ellos como de población antiquísima. Hay, pues, motivos para creer que los bereberes rubios, touaregs, riffeños o guancheris son autóctonos, así como los demás africanos de raza libia o atlántica.

Lo que acabamos de decir nos dispensa de todo comentario acerca de la opinión de un autor alemán, M. Franz von Loeher, quien ha publicado en la «Gaceta Universal de Augsburgo» un «Diario de un viaje a las islas Canarias», de una parte del cual hemos leído una traducción en castellano que lleva por título «Los Germanos en las Islas Canarias». Nuestros buenos vecinos de allende el Rhin quieren ver germanos donde quiera; y esta pasión de germanismo exagerado, que hace mas de mil setecientos años señalaba Tácito entre los pueblos del Norte de la Galia, M. Franz von Loeher, la ha llevado hasta las islas Afortunadas. Sabios hay en Alemania que también han pretendido que los celtas eran germanos.

Para abreviar con una opinión que no se puede impugnar seriamente, contentémonos con hacer notar que la lengua de los canarios del siglo XV era la misma que la de sus antepasados de raza libia que ocuparon toda la región del Atlas desde la Cirenática hasta las islas Atlánticas, con mucha anterioridad a las dominaciones fenicia, cartaginesa y romana. Recordemos al mismo tiempo que la invasión de los vándalos no tuvo principio en Africa sino en 429 de J. C. y que fueron expulsados en 534 por Belisario. Así, aquel pueblo bárbaro que dejó en la historia tan tristes recuerdos de sus rapiñas y depredaciones, y en el cual M. F. von Locher quisiera hallar algunas de las costumbres patriarcales de los antiguos guanches, no pudo gozar bastante tiempo de su conquista para hacer que se aceptase su lengua en un país en donde las costumbres seculares se han conservado intactas desde la más remota antigüedad; pues ni la dominación española en Canarias, ni en Africa la de los romanos, que duró más de 600 años, ni la de los árabes, que dura aún, lo mismo que la de Francia, empezada en 1830, han podido cambiar nada en ella; o por lo menos, si han variado algo, ha sido muy poco.

En cuanto a las analogías que nuestro autor alemán pretende haber hallado entre el dialecto guanche y la lengua germánica de vándalos y godos, y de que quiere sacar pruebas de una comunidad de origen, es completamente inútil que nos detengamos y que nos paremos en ellas. Son cosas que no deben tomarse en serio.

III

Sin pretender, pues, hacer aceptar las inducciones a que nuestros estudios podrían llevarnos, no tememos sentar desde luego que la existencia de la población era en este archipiélago antiquísima y parece remontarse a la época prehistórica; además, desde los primeros tiempos bíblicos, algunas emigraciones del Asia y otras del Norte y Mediodía de Europa vinieron a aumentar esta amalgama de razas diversas, que proporcionaron nuevos elementos a una variedad que los estudios antropológicos e históricos hacen descubrir.

En la parte etnográfica de nuestra «Historia natural de las islas Canarias» hemos hecho notar las relaciones entre el sistema de

embalsamamiento de los guanches y el de los egipcios, descrito por Herodoto; no son menos sorprendentes las que resaltan del examen comparativo de sus cráneos. Unamos a esto las analogías que se advierten entre cierto número de voces del antiguo egipcio y algunas expresiones berberiscas, según observaciones de Champollion. Puede suponerse, pues, que fueron estas islas habitadas en otro tiempo por pueblos de raza líbica, que aún conservaban hacia fines del siglo XV aquellos usos y costumbres primitivos cuyas huellas se vuelven a hallar en la más remota antigüedad. Pero también es probable que después del establecimiento de los árabes en el Maghreb, algunas emigraciones se dirigieron hacia estas islas Afortunadas, que tanto había embellecido la imaginación de los poetas.

Arboles y bosques

Tenerife, la Gran Canaria, la Palma y la Gomera poseen aún algunos hermosos restos de aquellos montes que las cubrían en otro tiempo; la Gomera pasa por la isla más montuosa del archipiélago. La isla del Hierro ha perdido sus grandes bosques y no conserva sino sus Pinos y algunos Mocanes. Solamente en las tres primeras islas que hemos nombrado es donde se hallan las más bellas espesuras de árboles siempre verdes.

Estos montes de Tenerife no han sido bien apreciados sino por los botanistas que han visitado la isla detalladamente, porque la mayor parte de los viajeros de paso que no han hecho sino estacionarse en Santa Cruz no han podido visitar los hermosos sitios del interior. ¿Qué idea podían formarse del país a la vista de las montañas desnudas y de la triste vegetación que circuye la rada? En sus

herborizaciones improvisadas, después de haber salvado las escarpas de la costa y de internarse en las infractuosidades de los barrancos, no traían de sus expediciones aventuradas sino algunas plantas recogidas con gran trabajo sobre las rocas de los contornos. Sin embargo, desde esta rada de Santa Cruz, cuyos alrededores son tan escuetos, se descubren ya algunas ramificaciones del Monte de La Laguna: preséntanse en lontananza por encima de los contrafuertes de la cadena de la costa que se extiende hacia el cabo de Anaga.

Al principio de este siglo (1801), cuando Bory de St. Vincent estuvo en Tenerife, visitó una parte de estos montes, mucho más extensos entonces que ahora. A mi vuelta a Francia, después de haber habitado en estas islas la primera vez, los treinta años de intervalo no habían podido disminuir la justa admiración del espiritual autor de los «*Essays* sobre las Fortunadas», y la selva de La Laguna estaba siempre presente en sus recuerdos. El viejo botanista me mostraba en su herbario, con una alegría de niño, las plantas que él mismo había recogido. Léese este pasaje en la obra que acabo de citar: «...Al Norte de la rada, se descubre a lo le-

jos esta inmensa y sombría selva. No intentaré describir su majestad, ni la impresión que me causaron sus producciones y su sombra.»

Estos montes vírgenes toman diferentes nombres, según los distritos montañosos a que pertenecen: el de Monte de La Laguna o «Monte de Las Mercedes» es aplicable solamente a la parte situada al Norte de la antigua capital; sus masas de verdura se extienden sobre los bordes del valle y cubren todas las alturas. Entre los Laureles, el laureo y el viñátigo son las dos especies más abundantes; los Barbusanos son raros; pero a medida que uno se acerca a la cresta de los cerros, los tilos se encuentran en abundancia; las hayas y las hijas, dos especies batantes extendidas, forman grupos aparte sobre la cumbre oriental. Durante la bella estación, se ascende de Santa Cruz y de La Laguna para disfrutar de la frescura de estos bosques donde crecen los «follados» al abrigo de los Laureles, y el «convólculo de las Canarias» se enreda como una liana en las ramas de los árboles más grandes. El «ranúnculo de Tenerife» crece allí entre los helechos que cubren el suelo. Desde el hermoso sitio de «la Mesa» se goza de un golpe de

vista encantador: el agreste valle de La Laguna, las montañas de la «Esperanza», y por encima, hacia el Occidente, el pico de Teide, que atrae en torno de sí los vapores de la atmósfera.

Antes de 1826 se iba a visitar con preferencia el «Llano de los Viejos», otro hermoso sitio de la misma selva; pero el huracán que lo destrozó enteramente cambió el aspecto de los lugares, y esta parte del monte, que quedó al descubierto, no ha podido reparar sus pérdidas. Muchos grupos de árboles florestales están diseminados a largos trechos en las vertientes de esta cadena del N. E., que se extiende desde Tegueste hasta la extremidad septentrional de la isla. Del lado de Bajamar y del vallecito de la Goleta, se encontraban todavía, unos veinte años atrás, sanguinos, marmilanes y brezos de escoba («Scoparia») en los espacios desprovistos de los árboles grandes. Hacia Taganana, los montes se componen aún de especies variadas, y al aproximarse a la punta de Anaga, los renuevos de las sabinas y de los almácigos recuerdan los árboles que sombreaban en otro tiempo los distritos del «Sabinal» y del «Almácigo» en los últimos límites de esta región florestal, que debió ocupar antigua-

mente una extensión por lo menos de cuatro leguas de largo por cosa de media legua de ancho.

×

El monte del Agua-García es, después del que acabamos de describir, el más importante de Tenerife: la vegetación se muestra allí en todo su lujo; situado sobre las vertientes septentrionales de las montañas centrales, empieza a unos 1.200 pies sobre el nivel del mar, pero no sube en el interior a más de 2.500; pasado este límite dejan de aparecer los grandes árboles, y los brezos desmedrados son los únicos que cubren los terrenos superiores hasta la altura de 4.000 pies.

Aunque menos extensos que los del Norte de la isla, estos montes siempre verdes ofrecen una variedad mayor de especies: el «Adenocarpus hojoso» abunda en la orilla y reemplaza a la «retama de Canarias» de los Montes de Las Mercedes. Los grupos de árboles son los mismos; pero los brezos han adquirido un volumen y una elevación poco comunes; véanse allí «Ilex» muy hermosos, Bæmerias, y entre las plantas nemorales, Hipericos, Bystropogon y Digitalis, que crecen en el gran barranco que atraviesa la sel-

va, en medio de soberbios helechos. La canarina de grandes campanillas, zarzaparrillas muy raras, labiadas de flores balsámicas, vienen a aumentar aún este conjunto de plantas diversas. Esta verdura sin cesar renaciente, esta reunión de vegetales distintos, en medio de aquel rocío vaporoso que penetra la vegetación y hace correr la savia a torrentes, forman de este sitio un lugar de delicias. Por todas partes tápices de lindos musgos, viejos troncos cubiertos de la yedra del monte, de la «Davallia» y del «Asplenium» isleño.

En la parte más umbrosa, los grandes Laureles han echado retoños, y estas ramas radicales han tomado tal crecimiento, que a veces estos tallos se sueldan entre sí por la base y no forman sino uno solo; entonces la parte del tronco viejo que subsiste aún, hallándose cercado en medio de este haz de ramas reunidas, da al árbol el aspecto más singular.

El monte del Agua-García es poco visitado a causa de su aislamiento, y aunque poco distante de la ruta más frecuentada, muchos viajeros han ignorado su existencia: un pliegue del terreno lo oculta enteramente, y se puede pasar adelante sin sospechar siquiera

su vecindad. Véanse aquí algunas líneas de la descripción que Dumont d'Urville ha hecho en la relación de su segundo viaje alrededor del mundo: «Al llegar cerca de un pequeño acueducto a medio camino de la Matanza a La Laguna, Mr. Berthelot nos hizo desviar a la derecha, y a doscientos pasos de distancia lo más nos encontramos a la entrada de una bella y magnífica selva, atravesada por un límpido riachuelo que corre al través de sendas que se diría haber sido trazadas para hacer de este hermoso sitio un paseo delicioso. Soberbios Laureles, Ilex y Viburnos revisten estos montes formando su base, mientras que enormes brezos de cuarenta a cincuenta pies de altura pueblan la orilla. Por el tono general, el aspecto y la forma de los vegetales, y sobre todo, de los helechos, estos montes recuerdan perfectamente los de las islas del Océano Pacífico... Después de haber vagado una hora bajo estas deliciosas sombras, salí de este sitio, no sin tener el sentimiento de no poder permanecer allí más tiempo.»

La opinión de un observador tan juicioso debe formar autoridad: al considerar esta selva bajo las relaciones de analogía con las de las regiones polinesianas, el sabio navegante

ha confirmado el carácter oceánico y el tono de frescura que habíamos asignado a estos montes vírgenes.

x

Al oriente del Agua-García se descubre el bosquecillo del Agua-Guillén. Este grupo de árboles del todo aislado debió de extenderse en otro tiempo hasta las cercanías de la Esperanza, donde vuelven a encontrarse todavía los brezos. Adelantándose hacia el Occidente se encuentran también restos de monte; y las alturas de la Matanza; Victoria y Santa Ursula ofrecen varios sitios umbrosos. Por encima de la Orotava se encuentran los bosques de castañeros plantados después de la conquista, que los sucesores del Adelantado han tenido la prudencia de conservar. Estos nuevos montes han invadido la región laurífera; así es que se encuentra allí un gran número de plantas nemorales que crecía en otro tiempo al abrigo de los árboles primitivos; aquéllas pertenecen a los géneros «Phyllis», «Bystropogon», «Cineraria», «Canarina», «Chrysanthemum», «Hypericum», «Rubio», «Poterium», etc.

Al Este y Oeste de la Villa, algunos restos de los antiguos montes revisten aún la

base de las montañas de aquel recinto; las pendientes de la «Resbala» y de la «Florida», las alturas de «Agua-mansa» y de «Tigaiga» poseen muchos vegetales preciosos; el sauce de Canarias presta su nombre a los riachuelos de los Realejos; el «*Poterium caudatum*», lindo arbolillo cuyas ramas matizadas flotan sobre los bordes de los barrancos, debió crecer en otro tiempo en la orilla y a la sombra de los montes.

Después de haber pasado el valle de la Orotava, se encuentran restos muy reducidos de los antiguos montes en las cercanías del pueblo de Icod; y aproximándose a la extremidad occidental de la isla, se presenta la pequeña selva de Los Silos, o «Monte del agua», donde crecen siempre las Ardisias y Myrsines, mezcladas con algunos otros árboles.

Dando vuelta a la isla por el Valle del Palmar, el país cambia de aspecto: los cistos y los pinos reemplazan por este lado a los montes lauríferos que no vuelven a aparecer sino en el valle de Güímar, subiendo hacia el Nordeste, donde crece el peradillo, y donde admiraba yo todavía en 1828, cerca del gran barranco de Badajoz, un bello grupo de madroños con flores y frutos, formando un con-

junto de los más armoniosos y trayendo a mi memoria los grandes bosques de las Antillas con todo el lujo de su atavío.

X

La isla de Canaria, la mejor cultivada del archipiélago, es también aquella en que han desaparecido los montes primitivos en mayores espacios, y muy pronto los nuevos desmontes los harán desaparecer enteramente. Los terrenos montañosos del valle de Teror y de los alrededores de Moya son los únicos donde aún subsisten algunos montes lauríferos. La montaña o selva de Doramas, célebre en la historia de las Canarias, fué uno de los sitios más renombrados por sus bellas enramadas.

Según la tradición, el príncipe Doramas, uno de los antiguos Guanartemes de la isla, al fijar su residencia en una espaciosa gruta situada en la parte más pintoresca de los alrededores de Moya, impuso su nombre a la selva que cubría en otro tiempo todo aquel distrito. Nosotros hemos visto este antro rústico que habitó el guerrero canario; los paisanos del valle lo muestran aún con orgullo, porque se ha conservado entre ellos la tradición de los altos hechos de Doramas, de su

hereísmo y de su fuerza sobrehumana. La «Hibalbera» de hojas florecidas y el «Bicácaro» de los Guanches serpentean en guirnal-
das y adornan la entrada de la gruta. Hoy esta caverna está solitaria: la selva misma no le queda más que su fama; pero los re-
cuerdos que evoca hacen siempre de ella un sitio de predilección para los isleños.

Las descripciones que los autores canarios nos han dejado del monte de Doramas no tienen nada de exagerado; en 1581, Cairas lo vió en todo su esplendor; en 1634, el venerable don Cristóbal de la Cámara, obispo de la Gran Canaria, lo atravesó en toda su extensión, y lo que ha dicho en sus Sino-
dales prueba que en aquella época era aún muy notable.

X

La vegetación primitiva se ha sostenido mejor en la isla de la Palma que en la Gran Canaria y Tenerife; los montes se presentan en grupos menos extensos, pero bastante numerosos, y los bosques lauríferos afectan sobre las rápidas pendientes del Nordeste y Noroeste una distribución y exposición análogas a las de las islas vecinas. Los castañeros que se han introducido han reemplazado

también a los antiguos montes. En general, el tilo es todavía uno de los árboles más abundantes; las otras lauríneas ocupan en diversos puntos lo alto de los grandes barrancos, donde algunos mocanes y acebiños ocupan el primer rango. Entre las plantas nemorales, además de las que hemos dado ya a conocer con referencia a las otras islas y que viven en los montes, hay varias que jamás hemos encontrado en otra parte, tales como las que ponemos por nota. Los montes de «Barlovento» poseen también una nueva especie de «Echium» a la que hemos puesto el nombre de «Piniriana» (pinillo), por ser el que le dan los habitantes del país. Esta bella especie echa un tirso cargado de flores azules, de ocho a diez pies de altura. En los contornos de la «Galga» hemos visto «viñáticos» cuyas cimas eran tan elevadas, que las palomas salvajes que en ellas se refugiaban estaban fuera de tiro de los cazadores, por grande que fuera el alcance de sus armas. En el distrito de «Adcainen» hemos medido un tilo cuyo tronco tenía más de catorce pies de circunferencia.

Pero principalmente en la famosa «Caldera» es donde hemos encontrado en 1829 los más hermosos árboles de las Canarias: en

presencia de estos vegetales seculares ocultos en las profundidades de aquel vallejo volcánico, da uno por bien empleadas las fatigas y los peligros que ha sido necesario vencer para llegar a este antiguo cráter. Sorprendidos desde luego con la mescolanza de aquella vegetación salvaje que ha echado raíces sobre aquellas rocas basálticas, no lo fuimos menos al aspecto de un gran «Álmácigo» cuyo tronco tenía más de siete pies de diámetro, y de un pino de igual dimensión, confundido entre los laureles, hayas y brezos. En los bordes del torrente que atraviesa la Caldera, admiraba yo otro pino cuyas robustas ramas sombreaban un espacio inmenso y formaban una bóveda de verdura que hubiera podido guarnecer a un gran rebaño. Este árbol imponente era quizá contemporáneo de las últimas revoluciones que habían trastornado todo este recinto. En frente se elevaban rocas amenazadoras, montañas sobre montañas, y precipicios que desde las crestas culminantes de la isla caían a pico en el fondo del abismo. La vegetación de este sitio singular, compuesta de las especies más discordantes, guarnecía los primeros asientos de las escarpas; las palmas de dátiles crecían allí al lado de los pinos, y las

plantas del litoral venían a confundirse con las de la región alta. Por su carácter grandioso, la flora de la Caldera lleva en sí un sello particular; sus bellezas principales consisten en lo gigantesco de las formas, en la extravagante distribución de sus producciones, y más todavía en los contrastes que resultan del desorden de esta reunión de árboles y plantas diversas en un espacio que apenas mide un cuarto de legua en contorno.

S. Berthelot.

CELEBRIDADES ISLEÑAS

El arcediano que tenía la sonrisa de Voltaire

Apunte biográfico por

DIONISIO PEREZ

Epistolario del célebre historiador

Viera, enciclopédico

LIBRERIA HESPERIDES. (CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Apunte biográfico

En verdad, a juzgar por las obras y muchos papeles que dejó escritos y a juzgar por su conducta en el arcedianato de Fuerteventura, el historiador, humanista, naturalista y químico Viera y Clavijo, murió en 1812, en la paz del Señor, sin sentirse tocado de enciclopedismo o volterianismo. Sin embargo, quienes lo conocieron en sus postreros años aseguran que, como una sugestión, como una obsesión, tenía constantemente contraído el rostro con "la sonrisa de Voltaire". Un pintor que lo retrata en aquel tiempo deja recuerdo perenne en su obra, que se conserva en las salas capitulares del Cabildo Catedral de Las Palmas, de aquel rostro tan parecido al de Voltaire, y hace años el notable escultor José María Perdigón, en el busto de Viera instalado en una pla-

za pública del Realejo de Arriba, lugar natal, ha conservado esta misma semejanza volteriana.

X

De esta vida insigne y afanosa, que desde sus primeros años se desborda en frutos de ingenio, que quiere aprovecharse leyéndolo todo, comentándolo todo, imitándolo todo, traduciéndolo todo, cultivando las más variadas y opuestas ramas del saber, hay un índice completísimo que escribió el mismo Viera y Clavijo cuando se le pidieron datos biográficos para la obra interesantísima de Samper y Guavinos, "Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III". En ese índice, minucioso relato de su vida, en que se recuerdan hechos insignificantes y se enumeran todas las personas que conoció y trató en Madrid y en sus viajes por Europa y se recuentan con ingenuidad infantil las postas que corrió fuera de España, las posadas en que hizo noche o durmió siesta, los ríos que cruzó o tuvo a la vista, los ciento veinticuatro grandes convites de ilustres personajes a que asistió, los palacios reales, sitios, quintas, villas, casas de campo, jardines botánicos, galerías de pintura, museos

de estatuas y antigüedades, gabinetes de historia natural, universidades, observatorios astronómicos, laboratorios químicos, catedrales, sinagogas, etc., que visitó, se olvida y oculta uno de los hechos singulares y que más debieron de impresionarle en su vida: su asistencia a la coronación de Voltaire en la Academia Francesa.

X

Hay en este hombre una cualidad característica: su impresionabilidad. Cuanto lee desde niño le apasiona, y quiere imitarlo y superarlo. La viva emoción que toda lectura le produce le hace creer que está en aquel autor la fórmula más exacta de la perfección. Teniendo catorce años leyó el "Guzmán de Alfarache" y escribió a continuación la "Historia de Jorge Sargo", un personaje semejante; leyó la vida de Santa Genoveva, princesa de Brabante, y la convirtió en una tragedia en verso; leyó el "Fray Gerundio de Campazas" y le puso una segunda parte; conoció escritos de Torres Villarroel y compuso en seguida un "Piscator lacunense", a modo de los que aquel hacía en Salamanca.

Lee el "Teatro crítico" de Feijóo, y se apodera de él un loco afán de

traducir y recopilar cuantas obras pudiera, aprendiendo para ello francés, italiano y griego. Y él mismo dijo de estos libros que en esta época leyó que "instruyéndole, desengañándole y divirtiéndole le hicieron vivir en el siglo de las luces, "en que muchos no viven". ¿Desengañarle de qué?... Era entonces un estudiante de Filosofía peripatética y Teología escolástica y se preparaba para la carrera eclesiástica en el convento de Santo Domingo de la Villa de la Orotava.

Desde aquella lejanía asiste al espectáculo literario de la corte y quiere tomar parte en ella, siguiendo cuantas normas y modos y modas advierte en los humanistas, en los poetas, siguiéndolos hasta en sus extravagancias, componiendo el "Abecedario de los nombres más usados de hombres y mujeres, cada uno disfrazado en una décima", la "Baraja de cuarenta cartas", a los artesanos, con equivoquillos y retruécanos, y "La dama moralista", o suma teológica moral, acomodada al estudio de una señora. Se lanza al periodismo también. Publica "Papel hebdomadario" en 1758 y 1759 y "El Síndico Personero" en 1764.

Escribe además relaciones de fiestas, elogios fúnebres, representaciones e informes sobre asuntos de

interés público: el destino que se da en Canarias a los expósitos, las ventajas que produciría la construcción de un puerto. A la vez organiza una academia literaria y se dedica a observaciones astronómicas. No hay en la España de esa época tipo de enciclopedista más perfecto, porque enciclopedista no es el hombre que lo sabe todo, sino quien siente la curiosidad, la emoción, la grandeza de cuanto existe en la realidad viva de la naturaleza y de cuanto el hombre pueda hacer e imaginar.

Acomete Viera finalmente el empeño que al cabo había de ser lo único que quedara perpetuamente en su labor: ser historiador de su patria. Y en este empeño siente viva y punzante y hostigadora la necesidad de trasladarse a Madrid.

X

Un azar afortunado lo instala en casa de uno de los grandes personajes de la corte; el marqués de Santa Cruz, "amante de las letras y de las artes, dotado de instrucción, de excelentes ideas y de virtudes". Lo retrata así el mismo Viera. Este marqués es viudo, tiene un hijo único, a quien quiere educar por preceptor de varia y liberal cultura,

y trata a este preceptor, para dar ejemplo al hijo, con las más extremadas muestras de respeto; con honras, distinciones y preferencias en la mesa, en el coche y en la familiaridad.

Bien pronto Viera es el amigo y compañero íntimo del marqués de Santa Cruz, y esta intimidad le arrastra en las moradas de los demás cortesanos de Carlos III: el duque de Alba, el marqués de Ariza, el duque del Infantado, el marqués de Villafranca y su hijo el duque de Fernandina, el conde de Montijo, el duque de Híjar, el conde de Fernán Núñez... ¿Cuántos de éstos estaban tocados de jansenismo, habían leído a Rousseau y seguían el rápido andar de las ideas en Europa?

Seis años (1770-1776) fué Viera preceptor del hijo del marqués de Santa Cruz, titulado marqués del Viso. En este tiempo la Academia de la Historia le había honrado con recompensas, aumentando su crédito ante la estimación de los nobles, y así cuando el educando se casa con una hija de los duques del Infantado, sigue Viera instalado con el marqués de Santa Cruz, sigue siendo el consejero y el alentador en las adversidades que se suceden; danle viruelas a la joven marquesita, enferma de rara melancolía el marquesito y se acude a

buscar la salud en las aguas de Spa y en los divertimientos de las capitales de Europa. Viera los acompañaba. Y es una fiebre desbordada de conocer hombres, de ver monumentos antiguos y actuales, de revolver bibliotecas y archivos, de admirar y desentrañar obras de arte, de estudiar costumbres e ideas, de aprender ciencia la que le acomete. No padece estas ansias un hombre detenido en el borde de la teología tomística que abastece y sacia y detiene y mata toda curiosidad.

X

Toma notas de todo y relata cuanto ve y cuanto oye... Se advierte la emoción con que apunta que ha conocido a Franklin, al astrónomo de Lands, a Condorcet, a D'Alembert, a La Harpe, a otros muchos, con quienes los relaciona el conde de Aranda, que es nuestro embajador en París. La estimación de Viera se acrece con el testimonio de su "Historia de Canarias", de la que ya iban publicados tres tomos. Y como D'Alembert y Diderot proyectaban ampliaciones a la Enciclopedia, y aún Diderot aprovechó materiales de estos en su "Correspondencia", ¿se limitó Viera en sus relaciones con los enciclopedistas a autorizar que se tomase de su "Historia de

Canarias" lo que pareciera bien o se ofreció a redactar él mismo noticias para la titánica obra?

Y luego un viaje por Europa, acompañando al marqués de Santa Cruz. Muerto tísico en la flor de su juventud su hijo el del Viso, buscó modo de perpetuar su sucesión casándose de nuevo con una linda vienesa, de diez y seis años. Y de este viaje por Francia, por Italia, por Suiza, por Austria, por Alemania, por Holanda, hizo un relato en que se citan centenares de nombres, menos el de Voltaire, que era el que entonces sonaba más en Europa, el que alborotaba todas las conciencias y sembraba semillas de ideas en todos los entendimientos.

X

Viera conserva su apariencia doctrinal ortodoxa; estudia, escribe y practica como un enciclopédista. Estudia apasionadamente física y química; contando sin duda con la bolsa abierta del amigo fraternal, marqués de Santa Cruz, hace experimentos; en Madrid es el primero que eleva globos. Su prestigio en la corte acrece de día en día, se le ofrecen cargos y encumbramientos... Lo rehusa todo; pide un arcedianato que vaca en Fuerteventura, y quiere huir de Madrid, recluirse

cerca del lugar natal, ofrendar a su tierra sus postreras actividades y morir escondido y olvidado...

Cada día, a medida que avanza en edad, se va marcando más precisamente en su rostro la "carátula" de Voltaire, la sonrisa satánica de Voltaire. Y su miedo no es sin duda a esta semejanza, sino que día a día a este lector insaciable, Voltaire se le mete más adentro en el alma. Y simboliza así Viera y Clavijo un estado de conciencia de los españoles cultos del siglo XVIII; el miedo a llevar las ideas que se apoderan de sus entendimientos a sus consecuencias últimas. Este miedo está en Jovellanos y en Cabarrús; está en los liberales vestidos de cura que acuden a las Cortes de Cádiz; está en muchos nobles de los que Viera conoció en las cortes de Carlos III y Carlos IV... ●

Y así llegó a la muerte, sin caer en declarada heterodoxia, el arcediano que tenía contraído el rostro por la sonrisa de Voltaire...

Lector, quienquiera que seas, si alguna vez llegas al jardín de la Orotava, y pasas por el Realejo de Arriba, ofrenda unas flores al pie del sencillo monumento en que se ha colocado allí el busto de este gran español.

Dionisio PEREZ.

Del epistolario de Viera

Carta al Ilustre Cabildo de la ciudad de La Laguna

M. Ilre. Sr.: Presentando a V. S. el primer tomo de la Historia General de nuestras Islas de Canaria, que acabo de publicar en esta Corte, no hago otra cosa que cumplir con el natural tributo y obligación de un celoso y reconocido hijo de la patria, que amando apasionadamente sus glorias, venera las grandes preeminencias de V. S., primer depositario de ellas.

Y así como me prometo que habrá de ser de la aprobación y agrado de V. S. este útil trabajo, emprendido no sin largas expensas por un exceso de amor al país, y por las razones que en el prólogo de la

obra se apuntan; tampoco dudo que ha de hallar en la generalidad de V. S. un Mecenas propicio y honrador, que alentándome en la grave tarea a que me he consagrado, proteja con sus auspicios y toda especie de socorros mis buenas intenciones para la debida prosecución de lo comenzado.

La Historia de las Canarias va a ser la historia de V. S., y el campo de los mejores sucesos que puedo referir: es como los legítimos propios del Ayuntamiento de Tenerife. En esta inteligencia, séame lícito suplicar a V. S. tenga la condescendencia de honrar este ejemplar, colocándolo en sus apreciables archivos para eterna memoria de mi atención al Ilustre Senado de la patria.

Nuestro Señor guarde a V. S. muchos años. Madrid, 31 de julio de 1772. B. L. M. de V. S. su más atento seguro servidor, Jph. de Viera y Clavijo.

Carta a D. Fernando Molina y Quesada, regidor de Tenerife

Mi estimado dueño y amigo: Quando recibí la mui apreciable, mui bella, y mui filosófica carta de Vm. con data de septiembre próximo pasado, andaba yo en mi caravana de los Sitios, pues desde agosto hasta diciembre lo pasé fuera de Madrid en las jornadas de la Corte. Se me han pasado insensiblemente los correos y los días sin contestar a Vm., y si no he podido tomarme tiempo para una cosa de tan dulce satisfacción como la de escribir a un amigo que es de los de mi mayor aprecio, y que me favorece con su buena correspondencia y cariño, inflera Vm. cuáles serán mis pocos instantes de libertad.

No por eso se figure Vm. que es el bullicio o la variedad de objetos de Madrid lo que me distrae; vivo en la Corte como en Tenerife, y desengañado de que en todo es más el ruido que las nueces, me burlo de

las nueces y del ruido. Lo que me ocupa es el continuado ejercicio a que me condena mi destino en esta tierra. Tengo salud, gracias a Dios, comodidades, práctica del mundo y filosofía: así observo mucho, me desengaña mucho, rabio mucho, y a ratos me divierto bastante. Porque aunque no fuese sino el ramo de pedantes y el de petimetres habría para morirse de gusto.

A vista de esto y de la miserable pintura que Vm. con su agradable y vigoroso pincel me hace de nuestra pobre patria, doi por bien empleado el no hallarme ahora en medio de sus ruinas, mayormente en las circunstancias en que se ha desencadenado el diablo de San Miguel que está sobre el Pico de Teyde. Más quiero poner yo a todos en mi Historia, que no que me pongan a mí en la suya, como decía el cardenal de Richelieu hablando de los Thuasinos.

Tengo prevenido a mi hermano atienda a Vm. con un exemplar de los pocos que he podido remitir, y me alegraré sea obra de su aprobación, así como ella es un puro efecto de mi ardiente deseo de servir a la patria. Bien sé que no hallaré muchos agradecidos, y que sobrarán zoylos y mal contentos, pero ningún autor trabaja sino para la posteridad."

**Carta al propio señor Molina y
Quesada**

Madrid, 12 de Agosto de 1774.

Querido amigo mío: Ya están en mi poder todas las preciosas memorias que Vm. se ha servido remitirme por el inspector, y en otro pliego separado. Me es mui dificultoso ponderar el gusto, consuelo, y admiración que he recibido con este fruto del zelo, aplicación, inteligencia y patriotismo de Vm., cuyas qualidades juntas dudo se hallen en todas nuestras Islas, aunque se buscasen con un candil. Los extractos están hechos con sumo discernimiento, porque las noticias son interesantes y peregrinas, y las citas están con el mayor esmero y exactitud. Doi a Vm. muchísimas gracias por esta gran prueba de su amistad y afecto a la perfección de nuestra historia, porque si bien es evidente de cuán sumo trabajo habrá sido para Vm. esta tarea, creo, sin embargo, que además de la satisfacción que Vm.

tendrá con ser tan útil, no dexará al mismo tiempo de haberse divertido con el repaso de tan bellas especies de nuestras antigüedades olvidadas. Esta tarea sería mui insulsa o mui pesada para otra alma vulgar, pero no tanto para un filósofo que me hace una pintura tan agradable de su desengaño, su retiro, su vida natural y amor à la lectura.

Espero que le sirva a Vm. de mayor estímulo para no desistir en lo comenzado la misma necia oposición de los zoylos, gente máchina, que sólo se gobierna por pasiones torcidas y fines mui ridículos. Chillen quanto quisieren. Sus chillidos se pasarán, la obra será duradera, y la aprobación de la Europa hará más agradecidos a los hijos de los que ahora murmuran. Son muchos los elogios que recibo de todas partes. Ultimamente don Miguel de Lobera (a quien Vm. acaso conoce) me ha escrito con singulares expresiones, me ha comunicado algunos papeles, y me ha enviado la Vida del Sor. Guillén, su tío. Estoy mui reconocido à sus cordiales cartas y amable correspondencia.

Siento que no haya de pronto persona que salga de esta Corte a Cádiz para que lleve el libretillo de cocina que Vm. me pide. Buen pronóstico para los amigos que están en posesión de ir todos los años al Fe-

questito gentil, en donde se muestra Vm. amable. Pero no descuidaré, como ni tampoco en remitir con el dicho libro el anteojito que Vm. desea tener para ver la procesión del paso. Creo que a Vm. le acomodará el mismo grado de que yo uso, o uno menos. Este servicio haré a Vm. con tanto más gusto, quanto me intereso ahora más de veras en la conservación de sus ojos. ¡Dios los guarde como los míos, y guarde sus niñas! Aprecio de corazón el acuerdo que hace de mí mi señora doña Isabel, a cuyo obsequio me repito, como también a la señorita y señoritos.

La pintura que Vm. me hace de nuestros Elysios es terrible, pero por desgracia verdadera. Esto no obstante, en lugar de acobardarme al escribir su historia, me estimula mucho más, ya para consolarnos con lo que fueron, y ya para descubrir la causa de lo que son. Desengañémonos. Nunca las Islas han tenido tanta necesidad de historia, a causa de sus muchas historias.

Conserve Vm. su importante salud, escriba, filosofe, y mande en todo como puede a su más afecto verdadero amigo y servidor, J. Viera.

**De una carta al Marqués de la Villa
de San Andrés y Vizconde de
Buen-Paso**

Madrid, 9 de Abril de 1776.

Tengo concluído el tercer tomo de mi Historia: tomo importante: tomo crítico, en que daré pruebas de constancia y valor: tomo, en fin, que se leerá, y no se conocerá el inmenso trabajo que ha sido menester para ordenar, coser, aclarar y no omitir lo útil, omitiendo lo inútil. VS. que sabe los papelorios que han venido de allá, conocerá cuánto quebradero de cabeza habrá sido menester para sacarles la sustancia, y hacerla potable y dulce. Esta locura útil en que me he metido sin qué ni para qué, me ha sido y será mui costosa. Yo me hallaría hoi con más de 1.500 pesos en el bolsillo para otros fines de más provecho a este individuo; y no iría perdiendo el amor a la Patria escribiendo sus glorias. Los canarios tenemos talento de enfadarnos unos a otros. Ya no tiene remedio, Seguiré mis sacrificios, diciéndome

a mí mismo lo que decía "Juan de Veredas", famoso barbero del Puerto de la Orotava: "Muger, échame a coser un par de huevos, que en este mundo todo se queda acá." Vandewalle (no lo creí) ha afloxado cono- cidamente en la pretensión del donati- vo capitular. Pueden haber media- do influxos de malandrines; Pero el mayor de todos será la gloriosa idea que le ocupa y le entusiasma de im- primir la comedia de los Guanches, de Lope de Vega, con notas, genea- logías &c. Esta comedia, que encon- tramos citada en el autor de la Bi- blioteca Indiana, la descubrió Van- dewalle, por encargo mío, en la Real Biblioteca, y en la de los Carmelitas Descalzos. Hállase en el tomo 10 de las Obras de Lope. Avisómelo; en- carguéle una copia; me la ofreció; pero después acá se ha ido retiran- do; no me ha dado la copia ni aún para leerla; me ha ocultado el pen- samiento de reimprimirla; ha olvi- dado el expediente de los ducados; y sabe Dios el batiborrillo de espe- cies y fárragos acapuchinados que dará a luz si logra sus intentos. La tal comedia no tiene otro mérito que el del asunto y el autor: por lo demás es un parto monstruoso de aquel fértil ingenio que sin duda se valió del Poema de nuestro Viana."

Carta al marqués de Villanueva del Prado

Como es sabido, en el año 1780 fué comisionado por el gobierno español el sexto marqués de Villanueva del Prado para la instalación del Jardín Botánico de la Orotava, en la isla de Tenerife. El Marqués pidió a Viera un índice de obras que le guiasen en su cometido, y el ilustre arcediano le dió sus pareceres en estos términos:

“Poseo, a la verdad, algunos rudimentos de la botánica especulativa y con mi Linneo y mi Le Mare, suelo deslindar la genealogía de las plantas en vista de su fructificación; pero, amigo, en esto de la práctica de la jardinería botánica soy un bolo. Usted me pide a lo menos noticias de los libros que hacen al caso, y pues dejo ya dicho que Linneo en lo especulativo es el San Agustín de esta ciencia, puede usted hacer venir la traducción, castellana de sus

obras, que acabá de publicar mi amigo don Antonio Palau.

En la Enciclopedia antigua se encuentran también varios artículos que pudieran serle útiles y de ellos he extractado algunos cánones o advertencias prácticas que acompaño en un papelillo, valgan lo que valieren. Me parece muy acertada la elección del terreno entre el Durazno y La Paz, pues sin dejar de ser la Carlota o principal colonia, se podrán variar los plantíos en temperies diversas. Calor y humedad es el temple de Filipinas y de la América por la mayor parte. Conozco y me complazco, viendo que esta soberana confianza va a proporcionar a usted la satisfacción de seguir la corte de la naturaleza, que así llamo yo el espectáculo del campo, y de empezar a disfrutar aquellos placeres sólidos e inocentes, en que siempre han deseado acabar la carrera de la vida los más grandes hombres.

La sociedad no es agradable en este país; pero el trato de la naturaleza lo es tanto o más que en París y Londres. ¡Qué gozo ver nacer, crecer y florecer bajo su mano tutelar estos arbolitos y plantas peregrinas en nuestro suelo, adoptarlas, protegerlas y enriquecer con ellas la patria!

Espero que usted me hará el gusto de irme comunicando los progre-

Desde que D. José de Viera regresó a las islas, se aplicó con singular placer al estudio y conocimiento científico de las producciones naturales del país. Había ofrecido en su historia de las Canarias el tratar de estas materias, con cuyas miras empezó a hacer algunas colecciones de piedras, lavas volcánicas, tierras, arenas, conchas, minerales, &.^a, y a distinguir y clasificar las aves, los brutos, los peces, los insectos, &.^a, observando botánicamente los árboles, arbustos, matas, plantas, yerbas, &.^a A fin, pues, de fijar los resultados de estas indagaciones, trabajó y escribió la obra titulada: "Diccionario de Historia Natural de las Canarias, o índice alfabético de los tres reinos, animal, vegetal y mineral con las correspondencias latinas", trece cuadernos en cuarto, año de 1799.

Deseando introducir en la provincia la afición deleitable al estudio de la historia natural, que hasta entonces casi nadie había saludado en ella, juntó en su casa, año de 1790, algunos amigos y personas de buen talento y gusto, a quienes en dos sesiones por semana dió un pequeño curso, teniendo a la vista las muestras de los objetos naturales de que se trataba. Aquí se recorrieron los tres reinos de la naturaleza, y se hicieron varios experimentos sobre los gases o aires fijos, con otras curiosidades químicas; de manera, que fué esta la época en que se empezaron a formar en las Canarias algunos rudimentos de gabinetes de historia natural, de que no se tenía idea.

Cuando en el año de 1785 hizo en Teror D. José de Viera el "examen analítico" de aquella fuente de agua agria con varios experimentos químicos, sobre la naturaleza del aire fijo o gas carbónico que la constituye acidula, escribió una memoria circunstanciada, que remitió a la Real Sociedad Económica de Amigos del País. La Sociedad, reconocida a este servicio, acordó nombrarle por socio honorario, cuya distinción admitió con el mayor gusto. Ya desde 1.º de Mayo de 1778, había sido también numerado en la Real Sociedad de Tenerife, bajo la misma calidad

de honorario, de que se le remitió a Madrid el correspondiente título.

Siguió Viera leyendo en dicha Real Sociedad de Amigos de Canaria, otras diferentes memorias, que fueron: Examen analítico de la fuente agria de Telde, sita en el barranco del Valle de Cásares. El de la fuente llamada de Morales, a súplica del corregidor D. Vicente Cano. Noticias sobre las minas de carbón de piedra, su naturaleza, &.^a Sobre el ricino o palmacristi, o higuera infernal, llamada vulgarmente tártago en estas islas, sus utilidades económicas, sus virtudes medicinales, &.^a Sobre el azai-go, tasayo, o raspilla que es la rubia silvestre, para el tinte rojo de lana, su uso, su cultivo, &.^a Sobre el modo de hacer el crémor tártaro y el cristal de tártaro de las rasuras de las pipas y toneles de vino. Sobre algunas observaciones relativas a la cría de los gusanos de seda. Sobre el modo de quemar el cófe-cófe yerba barrilla, para hacer la sosa o sal alcalina. Sobre el modo con que se hace en Francia el carbón de leña. Sobre el modo de formar pasta de la yerba orchilla, y su uso en los tintes. Sobre el modo de renovar los sombreros viejos. Sobre el modo de desengrasar la lana. Sobre varios secretos para el uso del arte de plateros y orífices, y dar distintos colores al

oro, &.^a Sobre el origen, naturaleza, cultivo y usos económicos de las papas. Sobre el modo de hacer pan de papas. Sobre el modo de regenerar la buena semilla de las papas. Sobre el mejor uso que pudiera hacerse de la pita o agave americana. Sobre algunas utilidades de la hortiga picante. Sobre el modo de hacer queso de leche de vacas a la holandesa. Sobre el modo de pulimentar el mármol, &.^a

Para instrucción del público, y en obsequio de este mismo Real Cuerpo, trabajó en la formación de un "extracto puntual de las actas de la Sociedad Económica de Canaria desde su creación año de 1777 hasta el de 1791", sacado de los cuatro volúmenes en folio que las componen, y con una introducción importante que debería leer todo buen patriota.

Influyó también mucho en la resolución de la misma Sociedad, de establecer en Canaria una pequeña imprenta, para cuyo coste se suscribió; y costeó el alquiler de una casa para nueva escuela de dibujo, cuya útil enseñanza se había suspendido por haberse demolido en el antiguo hospital de San Martín, la sala en que el Señor Obispo Plaza la había erigido.

En 1789 se encargó de algunas composiciones poéticas para explica-

ción de los adornos públicos de la ciudad de Canaria en las fiestas de la proclamación del Señor Rey D. Carlos IV.

Y en medio del general alborozo de las islas por la señalada victoria que obtuvo en la noche del 24 al 25 de Julio de 1797, la plaza de Santa Cruz de Tenerife contra la invasión que hizo la escuadra inglesa del Comandante Nelson, compuso la célebre "oda" que se imprimió en la ciudad de La Laguna por Bazanti.

Viera, botánico

En las interesantes Memorias que dejó escritas el insigne polígrafo isleño refiere que se aficionó al estudio de la botánica por indicación de su amigo D. José Antonio Cabanilles, haciendo sus primeros trabajos de herborización en los campos de Hortaleza, en una quinta de los marqueses de Santa Cruz.

Amplió después sus estudios con el gran linneísta Palau Verdero, y a su regreso a las islas se consagró por entero a completar su "Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias", en el que se describen minuciosamente las especies peculiares de la flora indígena.

En el prólogo de su obra, escribió Viera:

"Yo viajo y me acompaña un caballero de Madrid que acaba de llegar a las islas. El extiende la vista por nuestros campos; se para y ató-

nito me dice: "Hállome en un país donde todavía conozco muy poco la gente; pero conozco mucho menos las plantas. Todo es para mí nuevo. ¿Cómo se llaman estos árboles que me rodean? No los he visto nunca"...

"Aquél—le digo—es un drago, cuyo jugo purpúreo es una sangre, una resina preciosa. La otra es una palma descollada y longeva, cuyos frutos son dulces dátiles. Estos son los plátanos, musas o bananos que, erigidos y admirables por la amplitud de sus hojas, no menos que por lo tierno de sus troncos, dan grandes racimos de una fruta que se suele llamar conserva del cielo. El otro árbol, siempre frondoso, es el mocán, cuyas melosas frutillas eran el principal regalo de los antiguos isleños. El que ha brotado aquel otro vástago, orlado de gajos a la manera de los mecheros de una araña de luz, cuyas arandelas son de flores liliáceas, que liban las abejas, es una pitera, especie de áloe o agave americana. Los extraños arbustos que están vistiendo aquellos riscos, vienen a ser cardones, tuneras, guaidines, aliagas (vulgo alhulagas), leñanoeles, taginastes, verodes. Este empinado peñasco está cubierto de la yerba orchilla, cuyo tinte es tan estimado."

"Entre tanto viene a encontrarnos

un extranjero. Es él botánico y me dice: Canario, ustedes poseen en sus islas un citiso muy particular, que llaman escobón: otro citiso no menos singular, que llamáis retama blanca, una retama amarilla de cumbre, que no se conoce en ningún país... Lo mismo os digo de un hipérico que llamáis maljurada; de un kali aizoides que llamáis patilla; de una campánula que llamáis bicácaro; de un digital que llamáis ajonjolí; de un loranthus que llamáis balo; de una rumex acetosa que llamáis vinagrera; de un convulvulus fruticosus que llamáis guaidín; de una palo de rosa que llamáis leñanoel; de una bosea yerbamora que llamáis hediondo; de un dracocéfalo que llamáis algaritopa; de una siempreviva que llamáis oreja de abad... ¿Y acaso pensáis que vuestro mocán, vuestro marmolán, vuestro barbusero, vuestro paloblanco, vuestra haya, vuestros acebiños, son producciones de otros terrenos que los vuestros? Abrid los ojos y conoced vuestras singularidades.²

Viera, poeta

**A SU BIENHECHOR Y AMIGO, EL MARQUÉS
DE SANTA CRUZ, CON MOTIVO DE SU
MUERTE**

¿ Conque perdió su Grande ya la Corte?
¿ Las letras y las artes su Mecenas,
La nación al que hubiera honrado a Atenas,
La religión al que siguió su norte?

¿ De las virtudes la inmortal cohorte
En que las supo hacer dulces y amenas?
¿ Hijos, vasallos, siervos y almas buenas
A su modelo en la bondad y el porte?

Y yo, ¿ qué no he perdido? ¡ Ah! un señor
[grato
Que treinta años continuos tuvo a gloria
De amistad darme el envidiable trato...

No, no ha de ser mi angustia transitoria,
Pues deja bien grabado su retrato
Sobre mi corazón y en mi memoria.

CONSTELACION CANARIA

En este poema biográfico hace Viera la apología de una brillante pléyade de canarios que descolló por sus méritos y talentos en el reinado de Carlos IV. Formaban la «constelación» a que se refiere el poeta los señores:

D. Antonio Porlier, Marqués de Bajamar, ministro consejero, Caballero Gran Cruz de Carlos III, natural de La Laguna.

D. Domingo de Iriarte, del Consejo de Estado, natural del Puerto de Orotava, falleció poco después de haber ajustado la paz con

Francia en 1795, y hallándose nombrado Embajador cerca de aquella República.

D. Bernardo de Iriarte, natural del Puerto de la Orotava, también hermano del difunto D. Tomás de Iriarte, poeta de inmortal memoria, y sobrino del célebre D. Juan de Iriarte, Bibliotecario que fué de Su Majestad, bien conocido por sus obras de literatura.

D. Francisco Machado Fiesco, ministro y Contador General del Consejo y Cámara de las Indias, natural de la ciudad de La Laguna.

D. Estanislao de Lugo y Molina, Director de los Estudios Reales de Madrid con honores del Consejo Real y Supremo de las Indias, natural de la Villa de la Orotava.

D. José Clavijo y Fajardo, natural de Lanzarote, con honores del Consejo de Hacienda.

D. Agustín de Bethencourt Castro y Molina, Director del Real Gabinete de Máquinas del Palacio del Buen-Retiro, con honores de Intendente de Provincia, natural del Puerto de la Orotava.

D. Rafael Clavijo, de la Orden de Alcántara, natural de la isla de Lanzarote, Ingeniero Director, Brigadier de la Real Armada, Comandante General del único De-

partamento de Correos marítimos de la Corona, etc. En 1807 Jefe de Escuadra.

D. Domingo de Nava, Teniente General de la Real Armada, Director de la Academia de estudios de guardias marinas del Departamento de Cartagena, natural de la ciudad de La Laguna.

D. Cristóbal Bencomo, Maestro de Latitud del Príncipe Ntro. Sr., natural de la ciudad de La Laguna, Chantre de la Sta. Iglesia de Plasencia.

D. Francisco Wading, Maestrescuela, Dignidad de la Sta. Iglesia de Málaga, natural de la ciudad de La Laguna.

D. Pedro Agustín Estévez de Ugarte, Obispo de Mérida de Yucatán, natural de la Villa de la Orotava.

D. Manuel Verdugo, después de Prebendado, Canónigo Doctoral, Tesorero Dignidad, Arcediano titular y Juez Auditor de Rota de la Nunciatura, nombrado Obispo de Canarias, su patria.

He aquí las octavas que dedicó Viera a cada uno de los componentes de esta «Constelación»:

**Cuando en el cielo anoche yo veía
esa constelación de trece estrellas,**

que llama «Can Mayor» la Astronomía;
al ver también que son antorchas bellas
trece «canarios» en la Monarquía,
y que Carlos su Rey se sirve de ellas;
el «Can Mayor», con influencia varia,
me pareció «Constelación canaria».

I

En brillo y magnitud astro primero
cual Sirius es «Porlier», noble togado,
Marqués, Gran Cruz, Ministro Consejero,
gobernador feliz de un Real Senado;

árbitro un tiempo, con plausible esmero,
en la Secretaría del Estado,
por sus conocimientos tan profundos,
de la Gracia y Justicia de ambos mundos,

II

Del resplandor que Don Domingo Iriarte
en ciencias diplomáticas encierra,
testigos pueden ser en mucha parte
Francia, Italia, Alemania e Inglaterra,
El pone coto al furibundo Marte,
él calma los estragos de la guerra,
y Plenipotenciario en Basilea
la paz con Francia a España le granjea.

III

Hermano de esta estrella en lucimientos
Don Bernardo se ofrece a nuestra vista,
que lleno de buen gusto y de talentos
es digno del mejor panegirista.
Digno de ser, por sus merecimientos,
en el Consejo de Indias Camarista,
y digno Mayorazgo que, sin tasa,
la instrucción ha heredado de su casa.

IV

Desde el Consejo y Cámara ilumina
de la América rica el hemisferio
Don Francisco Machado, que examina
los tesoros que rinde aquel Imperio,
Y mientras con destreza peregrina
desempeña su insigne Ministerio,
si él cuenta de las Indias las ofrendas
las Indias contarán con buenas prendas.

V

Lugo Molina en los Estudios Reales,
con radiantes honores del Consejo,
Ilustre Director, hace inmortales
las bellas letras, de que es claro espejo
guiando tan benéficos raudales

de su pureza expone el fiel cotojo,
y atraído de un dulce magnetismo,
cuando los otros beben, bebe él mismo.

VI

¿Qué cuerpo celestial, cual astro fijo
puede ensalzar sus sabias producciones,
si se compara a Don José Clavijo,
pensador que emaló los Adiseses
redactor de un Mercurio no prelijo,
glorioso traductor de los Buffones,
y a quien tres reinos dan por privilegio
la Dirección del Gabinete Regio?

VII

De otro Real Gabinete primer astro
donde máquinas mil su ingenio ostenta,
Don Agustín de Bethencourt y Castro
nuevo Arquímedes ya se nos presenta:
El adivina, infiere, sigue el rastro
a cuanto en Londres o en París se inventa,
y haciendo a su Minerva sacrificios,
artes ilustra, perfecciona oficios.

VIII

Con luz que centellea en sumo grado,
Don Rafael Clavijo predemina
Supremo Director, astro encumbrado

del Cuerpo de Ingenieros de Marina;
Brigadier de la Armada, decorado
de la Ciencia Geométrica más fina;
General Comandante de Correos,
a quien sirven tritones y nereos,

IX

También del mar estrella directora
en Cartagena y su Academia ufana,
Don Domingo de Nava es quien mejora
los oficiales de la Armada Hispana.
Por su ciencia naval se mira ahora
entre los jefes de primera plana,
siendo merecedor como ninguno
de todos los favores de Neptuno.

X

A la constelación de la «Corona»
veo acercarse un luminar ufano,
que del Príncipe Real la alta persona
Instruye en el Idioma del Romano.
Así Bencomo con razón blasona
de su ascensión en cielo soberano,
y Chantre de la Iglesia de Plasencia
comienza a disfrutar de esta influencia,

XI

De los pajes del Rey maestro y guía,
Don Francisco Wadingo es corifeo,

que les da en la moral filosofía
las virtudes más propias de su empleo:
Este servicio a la alta Gerarquía
del Soberano, llena su deseo,
pues nuestro Rey, que el mérito decora,
con Dignidad de Málaga lo honora,

XII

Canónigo virtuoso de Zamora
Don Pedro Estévez cobra tanta fama,
que en fuerza de las prendas que atesora,
la Real bondad Obispo lo proclama.
Yucatán, aun sin verle, se enamora
del Prelado celoso que le ama,
y que es, sin fausto, tren, ni comitiva,
Obispo de la Iglesia primitiva.

XIII

Sobre nuestro horizonte (¡qué portentoso!),
se aparece una luz extraordinaria,
que teniendo en Canaria el nacimiento
es el primer Obispo de Canaria:
¡Oh, Don Manuel Verdugo, yo no intento
haceros la alabanza necesaria,
sino anhelar que brille siempre bella
de nuestra Patria la feliz estrella.

Epitafios

El Vizconde de Buen Paso

Con motivo de la muerte de don Cristóbal del Hoyo, Marqués de San Andrés y Vizconde de Buen Paso, fué encargado don José de Viera del elogio fúnebre, que hizo en el siguiente:

EPITAFIO

En fin, en esta Iglesia, en este Hoyo,
sin lápida, sin mármol ni epitafio,
sin ofrenda, sin tumba y sin escudo
Don Cristóbal del Hoyo halló el descanso.

Sólo así descansara aquel segundo
Marqués de San Andrés, y de Buen Paso
Vizconde sin igual, que dejó todo,
su nombre, fama y títulos dejando.

Nació en la Palma, pero sin manías,
creció en la Palma, pero no estirado,
y juntando lo afable a lo festivo

martirizó a la Palma en tiernos años,
Garachico e Icod, de sus vivezas,
gracias, chistes y enredos fué el estadio,
la Orotava y el Puerto fué su circo,
y su Valle de lágrimas Santiago.

Logróle el Portugal y la Inglaterra,
España, Francia y los Países Bajos,
y en todas Cortes, Reinos y Naciones,
al vuelo fué atendido este Canario.

Sufrió prisiones, sustos, contratiempos,
odios, delataciones y aún embargos;
mas las tranquilidades de su espíritu
las dice allá un Convento, acá Paso Alto.

Perdió la Poesía su acrimonia,
su pimienta, su sal y su hablar claro;
el cuento sus afeites y hermosura,
el juego su bullicio y su regaño.

Perdió la Medicina al que en su vida
una vez por dar gusto fué sangrado,
y la Ley un pleitista, cuyo puño
pobló de escritos propios muchos autos.

Perdieron los embustes su enemigo,
los hechizos y brujas su contrario,
el comercio y las Indias su insensible,
y todas las Imprentas su «Gonzalo».

Perdieron las Canarias con perderlo,
su historia de dos siglos. Ya, paisano,

no sabrás el carácter ni los hechos
de cuantos nuestras Islas habitaron.

Ya no sabrás qué General u Obispo
dijo tal cosa o resolvió tal caso.

Ya no sabrás qué damas fueron lindas,
ni sabrás quién fué tonto y quién fué sabio.

Porque al fin ya murió quien tantas veces
vió mudar personajes y teatros,
y con alma filósofa y risueña
aprendió en cada escena un desengaño.

¡En ochenta y cinco años, qué vería!
pero como este tiempo es momentáneo,
él murió confesando que su vida
un puro sueño fué de poco rato.

Encoméndalo a Dios, tú, pasajero,
que al sepulcro también vas caminando,
y sabes que vivir ocho u ochenta
lo mismo viene a ser tarde o temprano.

Obijt die 26 Novemb. anu. Dni. 1762.

A la muerte de Nélsón.

Viera y Clavijo escribió también un epitafio a la muerte de Nélsón, que salió anónimo, impreso en una cuartilla, sin fecha ni lugar de impresión. Este papel, que se estampó en La Laguna, en 1806, dice así:

El Impresor lo dedica a

DON HENRIQUE CASALON

para que lo haga reimprimir en L:
Hic faciet Nélsón, sed non omnis

Aquí, roto el vital lazo,
Nélsón, héroe marineró
Yace; mas no todo entero,
Pues se echa menos un brazo.
Perdiólo de un cañonazo;
Quando batido salió
De Santa Cruz, y si halló
Triunfos, los pudo adquirir
En Trafalgar y Abuquir;
Pero en Tenerife no.

Un ejemplar de este curioso epitafio cayó,

por entonces, en manos de algún canario menos «regionalista» que Viera, o quizás en las de un español peninsular, que cambió los versos 2, 3, 7, 9 y 10 de la décima por los siguientes:

2. Por un valeroso ibero
3. Yace Nelson, y no entero,
7. De Santa Cruz, que si halló
9. De otros allá en Abuquir;
10. Pero de españoles no.

No fué acertada la enmienda del anónimo poeta. Para mejorar el pensamiento de Viera, habría que presentar a Tenerife enriqueciendo con su glorioso hecho de armas el envidiado trofeo nacional.

La muerte de Viera. Sus retratos

En la madrugada del 21 de Febrero de 1813 dejó de existir en Las Palmas nuestro ilustre historiador.

En el testamento, otorgado en Telde, quince meses antes de su muerte, pide ser enterrado en el Templo catedral, capilla de S. José, lo que no pudo llevarse a efecto por impedirlo las disposiciones vigentes entonces, siendo sepultado en el cementerio católico de Las Palmas; pero en 1913, con motivo del primer centenario del fallecimiento, se cumplieron aquellos últimos deseos, trasladándose sus restos a la catedral y grabando en su tumba el epitafio que él mismo había ordenado: "Don José de Viera y Clavijo, Arcediano de Fuerteventura. Ecce nunc in pulveredore mit".

En Madrid, según dice en sus Memorias, fué retratado Viera por Don Isidro Carnicero; y pocos días antes

de su muerte, en Las Palmas, lo pintó D. José Ossavarry, conservándose este lienzo en las salas capitulares del Cabildo catedral. En la pintura aparece el historiador muy demacrado, pero con la mirada viva y una cierta sonrisa que recuerda bastante la del Voltaire. Aunque el retrato no es una obra de arte, ni mucho menos, debió tener gran parecido con el original, y es el que ha servido como documento para modelar el busto que por encargo del Ayuntamiento del Realejo Alto, ejecutó el escultor Jesús M.^a Perdigón, para el monumento erigido en el mencionado pueblo.

IMAGINEROS CANARIOS

Luján Pérez

(De la monografía publicada por el escritor
Santiago Tejera)

Introducción de

ELIAS DE TORMO



LÍBRERÍA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

INTRODUCCION

Luján Pérez, aisladísimo en la Gran Canaria, sin otro radio de viajes que el de la vecina Tenerife—resulta improbable el viaje a Cuba y en último caso nada tampoco significaría,—fué no obstante un artista de su tiempo, neo-clásico en la forma, aunque tan cristiano, tan hondamente castizo en el fondo.

Pero siendo un neo-clásico, otro de los muchos neo-clásicos de las postrimerías del siglo XVIII, es, gracias a Dios, otra cosa distinta que un académico.

Esa es su gran fortuna: que en vez de la

imitación directa de los modelos clásicos y pseudo-clásicos; tal cual era de rigor en todas las Academias, en todas las frigidísimas aulas de las Academias de Europa en su tiempo, se dejó llevar del alma de la raza, al contacto de la devoción popular, para la cual una imagen, sobre todo una imagen procesional, no ha de ser un trasunto bello de la verdad, tal cual creen en ella, con la Fe del carbonero, las multitudes devotas de la tierra que hablaba el castellano de Santa Teresa o el de Calderón y que mantuvo (sola en Europa) la policromía realista en la Escultura religiosa.

Para mí Luján Pérez es clásico, pero lo es por la aplicación de las doctrinas clásicas y no por la directa imitación de los modelos clásicos.

Y las doctrinas, tan discutibles, de los estéticos de la antigüedad, que repitieron, adocenándolas, los tratadistas de los siglos del Renacimiento, si pedían al artista una idealización de formas, si le forzaban a una selección, si le empujaban a la busca del tipo genérico de la belleza individual, a la formación del arquetipo perfecto, al fin no aconsejaban la imitación de la obra de otros artistas en la rebusca de lo bello ideal (que decían), sino la imitación de la naturaleza, directa-

mente, aunque no íntegramente, esclavizándose a sus defectos e impurezas particulares.

La lección teórica la practicó Luján Pérez, como nadie la ha practicado, por la fuerza del caso raro suyo, aislado como vivió en las islas oceánicas, sin modelos de la antigüedad, acaso sin grabados siquiera, desde luego con escasísimos elementos de enseñanza artística. Y puesto él y a su modo a la rebusca de la forma humana que le parecía más perfecta—en la variedad de edades, sexo, situaciones y caracteres,—los elementos no se los dió hechos una Academia de San Fernando o de San Carlos, o de San Luis, o de Santa Bárbara, o de cualquiera de los santos de la dinastía borbónica española—y lo mismo, sin santoral, en Inglaterra y en Alemania o en Francia e Italia—sino que él, él mismo, y él solo, tuvo que deletrearlos en la realidad, copiando, (con clásico afán de idealización, eso sí), pero copiando de la Naturaleza: de la madre Naturaleza a cuyo contacto todo gran artista recobra fuerzas, como le pasaba a Anteo al tocar a su madre, la Tierra, en su lucha con Hércules. Las vírgenes de Luján Pérez, demasiado bonitas, los niños, demasiado rechonchos, se ve que son tipos tomados de la vida misma.

En los trabajos de Luján Pérez hay un se-

creto hábito de elegancia suprema, ante el cual me parece fría toda la obra de Villanueva, el gran prestigio de la Arquitectura académica española coetánea. ¡Y eso que bien se ve que Luján Pérez no era un profesional! Pero era un artista de corazón, de geniales adivinaciones.

Elías TORMO

I

Primeros escultores canarios.—La infancia de Luján Pérez.—Su vocación artística

El movimiento artístico en el archipiélago canario respecto a la escultura, se inicia a mediados del siglo XVIII y acaba en el primer cuadrante del XIX. Tardío fué y de corta existencia, pero de relativo mérito porque se consideró original, sin otra escuela que algunos libros que trataban de artes y del estudio de la naturaleza.

Sin embargo, de nuestra escrupulosa averiguación sólo hemos podido saber que por los años 1667 a 72, se estrenaron en esta ciudad varias imágenes para la Semana Santa, encargadas al estatuario Lorenzo de Campos, natu-

ral de la isla de la Palma. Muy escasa debió haber sido su importancia cuando, un siglo después, fueron sustituidas por las del eximio escultor cuya vida artística vamos a dar a conocer.

Siguió a Campos en la isla de Tenerife, año 1750, el Alférez de Milicias, Rodríguez de la Oliva (a) «el Moño», tan corto en conocimientos escultóricos y pictóricos, que mal pudo comunicarlos a sus paisanos.

Se reputan por sus mejores obras los tres apóstoles que duermen detrás de Cristo orando en el Huerto, de la Parroquia de la Concepción en la ciudad de los Adelantados. De ninguna obra suya, que merezca mencionarse, tenemos noticia.

En más humilde y apartado ambiente, en la Villa de Guía, isla de Gran Canaria, nació el 9 de mayo de 1756, José Luxán y Pérez, hijo de José Luxán Bolaños y de Ana Pérez Sánchez, acomodados labradores, siendo padrino de pila su tío el Presbítero don Fernando Sánchez Navarro, que fundó para su ahijado un pequeño vínculo.

Desde la casa en que vino al mundo y que aún existe en el sitio denominado las «Tres Palmas», distante unos cuatro kilómetros del pueblo, se entretenía el niño José Luxán, ca-

mino de la escuela, en hacer rayas sobre las piedras que hallaba a su paso, y sus juguetes favoritos fueron muñecos de arcilla o greda, modelados por sus manos.

Cuando su madre le llevaba a la Iglesia, se tendía boca abajo, y en las baldosas del pavimento encontraba ancho campo a sus expansiones de hacer trazos.

Constante, laborioso por inclinación, siendo ya adulto, en este ir y venir de su casa al pueblo y en todos los instantes que se encontraba desocupado, modelaba figuras en madera con el clásico cuchillo del país, como años más tarde de su hermano Carlos, hombre de carácter retraído y costumbres hurañas, pero habilísimo en revestir los aperos de labranza. Su hermana, María José, tuvo fama en las labores de su sexo y enseñó a bordar en cro a las primeras Hermanas de la Caridad que se establecieron en Guía.

Hizo su primera comunión a los diez años, en la pequeña ermita del barrio de «Fontanales», jurisdicción de Moya. Y personas de su familia refieren que, mientras su madre hablaba en la sacristía con un fraile encargado del santuario, el niño quedó como extasiado en presencia de la imagen de San Bartolomé.

Expresó lo mucho que le gustaba el Santo y

dijo: «Yo haría uno como éste, pero si tuviera mi cuchillo».

Prometióle el fraile un regalo si así lo cumplía; y cuál no sería su asombro al contemplar, dos semanas después, una pequeña efigie que aquel le mostraba, en madera de escobón, de bastante parecido con el Patrono de la ermita. «Esto, agregó el fraile, no es cosa humana; aquí está la mano de Dios».

II

Revelación del escultor.—Dos grandes obras

A los 27 años de edad presentaba Luján Pérez, en la capital de Gran Canaria, sus primeros ensayos escultóricos, toscos, recargados, que consistían en cabezas, manos y pies de imágenes de vestir, compuestos sus ropajes de

lona pintada, con sólo las lecciones de dibujo que le diera don Cristóbal Afonso, discreto aficionado, según el juicio que nos merece el retrato que pintó en esta ciudad del séptimo marqués de Acialcázar y los lienzos que decoran el retablo mayor de la Concepción de La Laguna, en la isla de Tenerife.

Aun estamos por saber el nombre del escultor que enseñara al mozalbete de Guía a manejar herramientas y conocer las maderas, y por lo que nos refieren sus nietos, cuando el padre de Luján le trajo a Las Palmas, por consejos del teniente de Milicias Provinciales del Regimiento de Guía, don Blas Sánchez de Ochando, natural de la ciudad de Murcia, y, por tanto, conocedor de las glorias de Salzillo, creyó además conveniente recomendarlo a la única persona que se dedicaba a hacer imágenes.

Volvió el padre, pasado algún tiempo, y al preguntar por los adelantos del chico a su maestro, hubo éste de contestarle: «Señor, usted se burla de mí, porque su hijo es más diestro que yo en el oficio.»

Acababa de establecerse en Las Palmas una Escuela de Dibujo, en la que el incipiente escultor canario aprende rudimentos de arquitectura, única cosa que pudo enseñarle, apar-

te sus apreciables observaciones, el arquitecto y entonces racionero del Cabildo, autor y director de los planos para continuar el templo catedral de Canarias, doctor don Diego Nicolás Eduardo.

Y así como Alonso Cano se detuvo en Sevilla en copiar la celebrada colección de clásicas estatuas y bustos en mármol que, en su palacio de la llamada Casa de Pilatos, tenía el Duque de Alcalá, Luján Pérez aprovecha los rudimentarios modelos que, por acuerdo de la Real Sociedad Económica y bajo la presidencia del Obispo don Antonio de la Plaza, se encargaron a Madrid, inaugurándose con extraordinaria solemnidad la primera Escuela de Dibujo en Canarias, la noche del 7 de diciembre de 1787.

Cuando otros artistas habían formado ya su escuela y producido sus mejores obras, Luján, sin perder el carácter que había comunicado a las primeras suyas, empieza a depurar las líneas de los rostros, manos y pies, y sorprende a los cuatro años de abierta esta Academia y treinta y siete de su edad, llevando sus conocimientos del verdadero arte al más alto grado de perfección en formas y proporciones del desnudo.

Luján poseía una superior práctica y des-

treza para desbastar los grandes bloques, presentando a los primeros golpes de su cincel decidido y seguro, el bosquejo de lo que, pronto, había de quedar en condiciones de pulimento, muy de notar en las extremidades de sus estatuas, en tal manera acabadas, que jamás usó empastes ni otros aditamentos, obedeciendo, dóciles a su inspiración, como si fuesen cera, los más resistentes materiales. Una cabeza de San Juan, que dejó sin pintar, confirma lo que contaba a este propósito su discípulo y pilongo Manuel Hernández (a) el «Morenito». «El maestro», decía, dejando entrever el respeto y admiración con que de él, siempre, hablaba, «exigió, muchas veces, a los que solicitaron su enseñanza, que fuesen ante todo, buenos carpinteros si habían de seguirle en su arte».

En el año de 1793 presentó Luján dos grandes obras, suficientes para acreditar su reputación, si otras no se conocieran de su mano: el Cristo de la Sala Capitular y el de la «Columna», que se venera en la iglesia del Pino, de Teror.

En ellas empleó los conocimientos que le detuvieron algún tiempo en la copia de los modelos de la Academia de Dibujo, demostrando su profunda inteligencia, en el estudio

de la anatomía y modelado de las formas, con esa flexibilidad en los contornos que empleara en todos sus desnudos, sin recurrir a violencias que ni son propias de su estatuaria divinizada, ni habían de reputarle de competente en lo que más tiene de trascendental y difícil su arte.

La cabeza del «Cristo a la Columna» es la misma que duerme, con augusto reposo en el Cristo Capítular, así en el corte clásico de sus facciones, como en el sedoso anillado de la barba y cabellos, recogidos en simétricas ondulaciones, a la altura de los hombros.

Termina, asimismo, para que fuesen admiradas durante la Semana Santa del siguiente año, el Crucifijo que está en la Capilla del Sagrario de la referida iglesia y las imágenes de la Virgen y San Juan Evangelista que componen el paso del Calvario.

III

Luján y su maestro Eduardo.—Su primer viaje a Tenerife.—El pintor Luis de la Cruz.

El primer viaje de Luján a la ciudad de La Laguna, fué en los días en que su maestro, el señor Eduardo, ve acercarse los últimos de su vida.

Acude presuroso a su lado, cual si se considerase uno más de la ilustre familia de los Eduardo; escucha sus juicios y consejos y presencia el extenso y sapientísimo informe que redacta de la obra de la Catedral, devorado por la fiebre y la inquietud de su imaginación que contribuía a excitar, según expresa el Dr. Antonio Santos, las continuas y delicadas cartas, en las que se llama a su iglesia,

desde el momento que termina el plazo de la licencia concedida para restablecer los quebrantos de su salud.

Con estos juicios, informes y consejos, recoge el agradecido Luján en la mañana del 30 de enero de 1798, el postrer aliento de su valedor y maestro.

Cerca de un año llevaba residiendo el escultor en casa del opulento portugués naturalizado en España y residente en Tenerife, don Felipe Carballo Almeida, cuando regresa a su patria, después de haber modelado la cabeza y manos de San Agustín, para el convento de frailes de aquella ciudad, y otras imágenes para las parroquias de la Concepción y San Juan Bautista en la Orotava, donde está la «Dolorosa», que talló en casa de los señores de Bethencourt y Castro, sirviéndole de modelo una joven guapa, a quien hacía afligir, contándola cosas tristes.

Se conocieron y trabaron estrecha amistad el escultor y Fray Ignacio Sánchez de Tapias, lector jubilado y Definidor de la provincia de Canarias en el convento de San Miguel de las Victorias, que deseaba a toda costa este viaje, y Fray Antonio López, Lector de Artes del convento de la Orotava, más conocido por el «Santero», dos grandes hombres que abarca-

ban todos los ramos del saber humano.

Ninguna mejor ocasión para enterarnos, en su propia tierra, de que don Antonio Manuel de la Cruz nació en la Orotava y era pintor y estofador de mucho mérito, y hasta se dice que tallador inteligente, el cual pasó a la Gran Canaria, llamado a colaborar con el famoso maestro Pérez, que así se conocía a Luján en Tenerife.

Su hijo Luis, que cultiva con éxito la pintura, consigue acompañar a su regreso a Las Palmas al maestro Pérez, en cuya casa encontraron siempre mesa puesta y ocupación los que se dedicaban a las artes plásticas, y así se ve que a poco de llegar, obtiene permiso para unas copias de cuadros de la catedral y pinta directamente un retrato del obispo don Manuel Verdugo «hecho a la última perfección».

A mediados del año siguiente, el noventa y nueve, conociendo el Cabildo que el exaltado y notable artista canario Juan de Miranda se negaba a concluir el que de este obispo le encomendara para la antesala capitular, «por atender a ciertos negocios de pesca en que piensa dedicarse en lo sucesivo», se acuerda «que mediante hallarse en esta ciudad el pintor don Luis de la Cruz, lo ejecute, «según

lo quiere el Cabildo», y por ello se le abonau 100 pesos corrientes.

Este artista tinerfeño recibe posteriormente lecciones de Miranda, que no abandona su pasión por la pesca, aunque, como otras veces la necesidad le obliga a soltar la caña y recurrir a sus pinceles, con los que se traslada a Santa Cruz de Tenerife, a cumplir importantes compromisos de cuadros que son prodigio de composición, enérgico y seguro dibujo y agradable colorido.

En estas obras le sorprende la muerte, en octubre de 1806, y su único discípulo, don Luis de la Cruz, marcha a Madrid, donde es reputado como retratista y merece el título de pintor de S. M. y la cruz de Carlos III.

En la obra del señor Osorio y Bernard «Artistas españoles del siglo XIX» encontramos los siguientes datos de este notable pintor tinerfeño:

«Cruz y Ríos (D. Luis de la). Pintor al óleo y de miniaturas, a quien llamaban «el canario» por haber nacido en Canarias.

«Los muchos y muy notables retratos que hizo, especialmente en miniatura, le hicieron alcanzar el título de pintor de S. M. y el gran cordón de la Orden de San Miguel,

que le fué remitido por Carlos X, a propuesta de la Corte de España. Falleció en Málaga, hacia el año de 1850.

Deben citarse entre los retratos, el de S. M. la Reina doña Isabel, los de los señores Infantes doña María Francisca de Braganza, don Carlos María Isidro y don Francisco de Paula Antonio de Borbón y el de un húsar.

«También fueron muy elogiados sus lienzos de flores y frutas.»

Antes de este viaje del escultor, tuvo noticias de otro a la misma isla su biógrafo e hijo político, licenciado don Bartolomé Martínez de Escobar, en la «Memoria» que leyó en el «Gabinete Literario» de Las Palmas el 16 de marzo de 1850. «Marcha por recomendación del mismo Afonso (su primer maestro) a la villa de la Orotava y apenas tres días le bastaron para admirar y recoger los rasgos y contornos de la bella efigie de «Jesucristo en la Columna». Y en otro lugar de su breve trabajo que fué impreso agrega: «Un sólo viaje hizo Luján Pérez fuera de estas islas, de Canaria a la de Cuba, por saciar su curiosidad artística. Había oído hacer elogios y vagas descripciones de algunos que retornaban de la ciudad de la Habana, re-

lativas a la máquina movida por el agua, con la que asierran las maderas y reducen a tablazón y menudas piezas para la construcción naval y fabril, sin la fatiga ni sudor del hombre»... «y sin despedirse de su familia, se embarca y llega a la Habana, y permanecé allí sólo quince días que tardó el retorno del mismo buque, ya pesaroso de haber visto lo mismo que había imaginado.»

Son las únicas pruebas que de este único arriesgado viaje más allá del archipiélago, realizó el artista, sobre las aguas del Atlántico. Personas avanzadas en edad oyeron de otras que hubo de arrepentirse de tal aventura, no pasando del puerto de la Orotava.

IV

Las Dolorosas de Luján.—Su «niña» predilecta.

La «Dolorosa» de Luján, perteneciente a la Parroquia de Santo Domingo, de Las Palmas,

está considerada como una de sus obras más notables.

Es una Virgen que, al parecer, no llora; sus lágrimas se han secado y nos laceran el alma cuanto más la contemplamos.

La «Verónica», obra, asimismo, de Luján aunque buena, porque nada hizo el insigne maestro que merezca reproche, no alcanza la importancia auténtica de la Dolorosa.

Fueron estas esculturas costeadas por el Cuerpo de Escribanos, dando origen a la procesión del «Paso», la tarde del Miércoles Santo de 1803.

Para contemplar estas propias obras, aguardaba el artista el momento más interesante en que regresaba la procesión, entrada la noche, a la luz de los hachos que llevaban las Comunidades y cofradías religiosas, entre rezos de la muchedumbre y los acordes de la música de la Capilla de la Catedral, que acompañaba el canto del «Miserere».

A esas horas en que podía ocultarse de la curiosidad pública, salía, por la casa que comunicaba por la trasera con la de su taller, en la calle de Santa Bárbara, las dos de su propiedad, y que daba a la de «Jaime», o de «Las Merinas» luego de «Canónigos» y hoy «López Botas».

Idéntico ejemplo de estilo que en la «Dolorosa» de Santo Domingo, se repite en la admirable que contemplan, subyugados, por su extraordinaria belleza y expresión, propios y extraños, colocada en la Catedral. «Son dos tipos distintos de mujer, dos momentos diferentes de dolor, diversas las actitudes; una de la madre que desfallece, camino del Calvario; otra de la que apura el cáliz del sufrimiento, sus manos bajas y entrelazadas, mostrando así su conformidad con la voluntad divina; agitados los amplios y bien observados pliegues de sus vestiduras, movidas por el viento que sacudía, estremeciéndolas, las cruces del Calvario.

Sirvió de modelo para esta imagen una joven, en quien todos admiraban rara hermosura, Josefa María Marrero, sorprendida por el artista en los días que la dejaron huérfana sus padres.

Con las que ejecuta Luján Pérez en este período de su vida artística, hubiera pasado a la posteridad, mereciendo el nombre antonomástico de «escultor de las Dolorosas».

Pero, adelantándonos algunos años, diremos que a más de las referidas, se inspiró en otras no menos bellas e intensamente expresivas, y son las que elevan sus ojos a la al-

tura, excediéndõ á todas la que llamaba su «niña mimada», su «predilecta», codiciada de cuantos visitaron su estudio y trataron de vencer con ventajosas ofertas la resistencia que opuso siempre a venderla, pudiendo más los ruegos de su gran amigo don Felipe Carballo Almeida, a quien se decidió regalarla, en ocasión que se encontraba en Las Palmas, con motivo de un pleito que seguía en la Audiencia.

Aportó el portugués a Tenerife con muchísima razón orgulloso, triunfante, con la imagen, que entrega a la Hermandad Sacramental de La Laguna, para que fuese colocada en la parroquia de La Concepción, donde se admira y venera, con otra de Nuestro Señor en el Huerto, también de Pérez y hecha por encargo de este su amigo, siendo ministro de la Orden Tercera, estrenándose en la Semana Santa de 1805.

Costaron la cabeza y manos cincuenta y siete pesos y seis la madera, por haberse aprovechado la armadura del antiguo.

Consiguió el facsimile, que talló para la «niña predilecta», con dos pequeñas estatuitas de San José y la Virgen para un «Nacimiento», en un viaje que hizo de Tenerife a Las Palmas, don Juan Díaz Máchado, Mayor-

domo que fué del Cabildo general de aquella isla, el que, viéndose arruinado, por desfalco de sus hijos don José y don Domingo, dos grandes talentos, pero dos balas perdidas, hizo obsequio de la pequeña imagen a su abogado defensor en este asunto don Juan Bautista Bethencourt, pasando, por herencia a la familia de Herrera, y, posteriormente, a don Juan Herrera Fernau.

La Virgen y San José se hallan en poder de los hijos de don José Melgues, heredero del señor Díaz Machado, que contaba estas cosas al ilustre escritor don José Rodríguez Moure.

La bellísima Dolorosa de vestir que está en la parroquia de la Concepción, en Santa Cruz de Tenerife, es donación de don Gaspar de Fuentes, que así lo dice en su testamento doña Dolores Contreras y Fuentes, su nieta, legando para su culto 6.000 pesetas.

V

Nueva estancia de Luján en Tenerife.— Febril actividad del artista.

Los dos últimos meses de 1801 encontramos otra vez al artista en el Puerto de la Cruz, isla de Tenerife, huésped de la familia Nieves Ravelo, reedificadores y patronos del convento de monjas clarisas de este pueblo, por compra del Patronato al alférez Juan de Adunas, de que no tuvo la suerte de enterarse Viera y Clavijo, que afirma se debió, en 1630, al capitán don Juan de las Nieves Ravelo; y allí ejecuta, con asombro de todos, la ascética figura de Santo Domingo de Guzmán, sustituyendo el antiguo y feísimo, que aún existè por haberlo adquirido la familia de los Blanco para la ermita de San Antonio,

cuyo Patronato compraron a su verdadero fundador Alférez don José Borges Fimudo.

Desempeñaba el cargo de Alcalde Real en aquel Puerto y Valle de Orotava, el pintor don Luis de la Cruz y Ríos, de quien se valen los frailes y familia de Nieves Ravé-lo para que consiga un segundo viaje de su amigo y protector el gran estatuario, del que se decía «figura como uno de los hombres más inteligentes de Canarias».

Fué, entonces, cuando conoció Luján a su más aventajado discípulo, Fernando Estévez, cuyas obras no han sabido apreciar sus paisanos, que nos deberán el habernos lanzado a la ventura de Dios, en busca de su partida de nacimiento, en un libro sin índice, de la parroquia de la Concepción, en la Orotava. Tenía Estévez diez y seis años y aprendía modelado con el Lector de Artes, Fray Antonio López, que sorprende y encauza las tempranas condiciones artísticas del niño, interesándose, de acuerdo con Fray Luis Sánchez de Tapias, a quienes ya conocemos, para que el Maestro Pérez le tomase a su cargo, a cuyo efecto, igual que antes lo hiciera de la Cruz, se trasladó Estévez a la isla de Gran Canaria, no tardando en que se le considerase el más notable escultor tinerfeño.

Se sabe que el Maestro ha recibido en barcos que arriban a aquellas playas, algunas cartas del Deán Toledo y de sus íntimos, en las que le solicitan con urgencia, tornando a Las Palmas, inesperadamente, con harto pesar de sus otros amigos y de los que esperaban verle, ocupado en las mismas estatuas que le llevaron, esta vez, al más delicioso paraje de la isla vecina; compromisos que acepta para remitirlos en la forma que lo ha verificado, a principios de este año, con algunas imágenes para la misma isla y la de Lanzarote, poseedora, esta última, de un Cristo llamado de la buena muerte, y una virgen de Candelaria, en el lugar de Tinajo, Nuestra Señora de la Encarnación en Haría, Las Mercedes que tenía parecido con la de Guía y fué pasto de las llamas, con otras diferentes joyas de arte, en un voraz incendio de la iglesia principal de la Villa de Teguisse; un San Andrés en el lugar de Tao, jurisdicción de dicha villa, más una Santa Fé pequeña, en la ciudad de Arrecife, capital de la isla, y otras.

La isla de Fuerteventura tiene pocas, pero buenas efigies de este autor. Una famosa Santa Ana, de reducidas dimensiones, en Casillas del Angel; Dolorosa y Nazareno en Betancuria; un San Antonio pequeño en La Antigua;

en San Sebastián, (Gomēra) existe un Cristō, en un retablo principal de su iglesia, y en Sevilla, Parroquia de San Isidoro, una preciosa imagen de Nuestra Señora de la Salud, apellidada la Virgen Canaria.

Su cincel no vacila ni descansa para dar cumplimiento a los muchos encargos de las siete islas, cual si todos presintieran que la muerte había de sorprenderle cuando aún prometía otro tanto la entereza de sus años y rápido encumbramiento de sus facultades artísticas.

VI

Los últimos días del gran escultor

Repuesto del ataquē que le pusō a las puertas del sepulcro, se retira al campo, buscando alivio en el clima incomparable de la Atalaya, jurisdicción de Santa Brígida, en

una extensa propiedad de doña Isabel del Castillo, esposa de don Esteban Icaza, su buen amigo.

Le acompañan su hija Francisca, su primo y discípulo, de oficio ebanista, Juan González Navarro, que no se aparta de su lado durante su enfermedad, con pérdida de sus quehaceres y casa, y a quien ordenó el artista se le diesen doscientos pesos por lo bien que le había asistido, y sus criados Francisca Pérez y un mozalbete que era costumbre, entonces, tener en las casas para el servicio de recados.

Poco tiempo permanece, a su regreso, en Las Palmas, dedicando algunos ratos a dejar acabada la hermosísima virgen del Carmen que le había encomendado el Presbítero don Mariano Rodríguez, Rector del Convento Agustino, percibiendo de éste los cuarenta pesos que le restaban por su trabajo.

En esta obra, como en la de la Antigua, terminó algunos detalles «el Morenito», tales como la nube y parte posterior del manto, de que poco se cuidara su maestro, suponiendo, sin duda, que no habían de salir de sus nichos.

Luján Pérez ha experimentado alguna mejoría, y con ella, la dicha de pasar al

pueblo donde se meció su cuna, y aunque imposibilitado en el ejercicio de su arte, no sabe estar inactivo y halla descanso en dibujar continuamente, tarea en que le veía su hija Francisca que contaba, a la sazón, diez años.

Dirige y costea las obras de aquel cementerio, pero en la tarde del 15 de diciembre de 1815, hallándose en su casa, acompañado de persona extraña a la familia, acomételo nuevo funesto ataque: hizo una seña a su huésped, indicándole el sitio donde guardaba un calmante, y no siendo comprendido, expira, si bien habiendo recibido días antes, según consta de su partida de óbito, los Santos Sacramentos de la penitencia y extremaunción. Muerte santa había de tener quien como nuestro ilustre biografiado, demostró en sus obras inmortales su fe viva y sus sentimientos religiosos. El autor de las sublimes imágenes del «Cristo» de la sala capitular de Nuestra Señora de «la Antigua», concebidas en un arrebató de inspiración cristiana, tenía, sin remedio, que morir con la muerte de los justos.

**LAS PRINCIPALES OBRAS DE
LUJAN PEREZ**

He aquí una relación de las obras más notables del gran escultor:

EN GRAN CANARIA

CATEDRAL BASILICA: Ntra. Sra. de los Dolores.—Crucifijo de la Sala Capitular.—Ntra. Sra. de la Antigua.—San José.—Diez y seis estatuas del cimborrio.—San Marcos, para el monumento del Jueves Santo.—Relieve en mármol de Santa Ana y la Virgen.—Un Crucifijo pequeño en la Capilla de San José.—Otro Crucifijo en la de la Antigua y otro en la de San Jerónimo.

PARROQUIA MATRIZ: Crucifijo del Altar Mayor.—San Agustín.—Santa Mónica.—Ntra. Sra. del Carmen.—San José.

SANTO DOMINGO.— Ntro. Señor de la Caída.—Dolorosa.—San Juan Evangelista.—La Verónica.—Cristo Predicador.—Santa Rosa.—Cirineo.

SAN FRANCISCO: Ntro. Señor del Huerto.—Ntra. Sra. del Socorro.—San Pedro Penitente.—San Pedro de Alcántara.—San Juan Evangelista.—Cuatro Evangelistas y cuatro Angeles, esculturas pequeñas que adornan el trono del Corpus.

ERMITA DE SAN JOSE: Crucificado.—Dolorosa.—San Juan Evangelista.—San Antonio de Padua.

ERMITA DEL ESPIRITU SANTO: Dolorosa.

IGLESIA DEL HOSPITAL DE SAN LAZARO: Nuestra Sra. de Candelaria. San Blas.

PARROQUIA DEL PUERTO DE LA LUZ: Nuestra Señora de la Luz.

TELDE: San Juan Bautista.—San Pedro Mártir.—Dolorosa.—San José.—San Juan Evangelista.—Santo Cristo.

LOS LLANOS (TELDE): San Gregorio.—San José.

VALSEQUILLO: Crucificado del Altar Mayor.—Nuestra Señora de los Dolores.—Arcángel San Miguel.—San Feta.

AGUIMES: Santo Domingo de Guzmán.—San Vicente Ferrer.—Virgen de las Esperanzas.—San José.

GUIA: Crucificado.—Dolorosa.—Ntra. Sra. de las Mercedes.—Cristo Predicador.—Cristo a la Columna.—Cristo en el Huerto.—San Sebastián (en su Ermita).

GALDAR: Purísima.—Ntra. Sra. de la Encar-

nación.—Ntra. Sra. del Rosario.—Nazareno.—Dolorosa.—San Sebastián (en su Ermita).

AGAETE: Crucifijo del Altar Mayor.—Purísima.—Dolorosa.—San Juan Evangelista.—San Sebastián (en su Ermita).

TEROR: Cristo Crucificado.—Cristo a la Columna.—Dolorosa.—San Juan Evangelista.

SANTA BRIGIDA: Crucifijo del Altar Mayor.—San José.—San Juan Evangelista.—Dolorosa.

SAN MATEO: Santo Cristo en el Sepulcro.—Dolorosa.—San Mateo.—Santa Ana.—San Juan Evangelista (desaparecido).

TEJEDA: San Miguel Arcángel.

MOYA: San Judas.—San Simón.—San José.—San Andrés.—Ntra. Sra. de Guadalupe (reformada).

SAN LORENZO: San Lorenzo.—San Sebastián.—Ntra. Sra. del Rosario.

SANTA LUCIA DE TIRAJANA: Santa Lucía.

SAN BARTOLOME DE TIRAJANA: San Bartolomé.

FONTANALES: San Bartolomé.

ARTENARA: San Matías.

INGENIO: San José.—San Blas.

ARUCAS: San Sebastián.—San Pedro.—Santa Lucía.

BAÑADEROS: San Pedro.

EN TENERIFE

Aunque existen contradicciones al apreciar en esta isla las esculturas de Luján Pérez, confundiéndolas con las de su discípulo Estéves, podemos ofrecer como seguras las siguientes:

PARROQUIA DE LA CONCEPCION (SANTA CRUZ): Dolorosa.—San José.

LA LAGUNA: Dolorosa.—Nuestro Señor del Huerto.—San Agustín.—San Plácido.

PUERTO DE LA CRUZ: Santo Domingo de Guzmán.—Dolorosa.—San Juan Evangelista.

GARACHICO: San Joaquín.—Santa Ana.

CANDELARIA: Santo Cristo Expirante.

LANZAROTE, FUERTEVENTURA Y GOMERA

ARRECIFE: Santa Fe.

TEGUISE: Nuestra Señora de las Mercedes.

HARIA: Nuestra Señora de la Encarnación.

TINAJO: Señor de la Buena Muerte.—San José.

PAGO DE TAO: San Andrés.

CASILLAS DEL ANGEL: Santa Ana.

ANTIGUA: San Antonio de Padua.

BETANCURIA: Dolorosa.—Nazareno.

SAN SEBASTIAN: Un Santo Cristo.